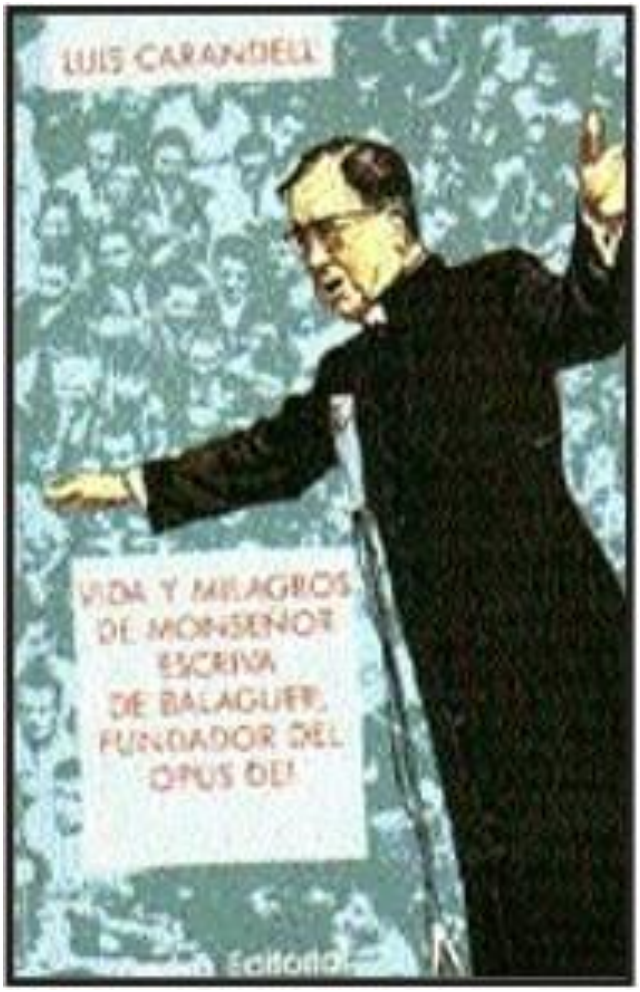
VIDA Y MILAGROS DE MONSEÑOR ESCRIVÁ DE BALAGUER, FUNDADOR DEL OPUS DEI

Autor: LUIS CARANDELL



Por cortesía de

¡NOS FUIMOS!

http://www.opusdeilibros.com

I N D I C E

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1992 4
LUIS CARANDELL MADRID, 1992 14
PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1975: ANDANZAS Y DESVENTURAS DE UN BIÓGRAFO 15
"MADE IN SPAIN" 25
NIÑOS, AUNQUE NO NIÑOIDES 32
"EL CURA MÁS GUAPO DEL MUNDO" 38
MARQUÉS DE PERALTA 46
HIJOS DE TODAS LAS CLASES SOCIALES 54
LA ESTETICA DEL APELLIDO 62
LA CIUDAD AMURALLADA 67
DE HINOJOS ANTE EL PADRE 74
LA QUIEBRA DE "ESCRIVA, MUR Y JUNCOSA" 80
BAÑOS DE MULTITUD 89
"LA CIUDAD DE LONDRES" 99
BURRO DE DIOS 102
EL BELEN DEL OPUS DEI 109
TORRECIUDAD 113
FLOJO EN LATIN 117
SU TÍO EL CANÓNIGO 121
LA SANTA COLERA 126
EL SECRETO Y LOS ESCAPARATES 129
"ES MUY SANTO Y TIENE QUE IR A MADRID" 139
LOS DOCE APOSTOLES 144
EDUCADOR DE TECNÓCRATAS 150
"NOS HAN HECHO MINISTROS" 157
EL "APOSTOLADO DE LA INTELIGENCIA" 161
"LA SANTA COQUETERIA" 166
DIAS DE ROSAS Y ESPINAS 172

APOTEOSIS 177
EPILOGO PARA 1992 180
BIBLIOGRAFÍA 189

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1992

Luis Carandell Madrid, 1992

El libro que el lector tiene en las manos fue publicado el primer trimestre de 1975 en vida del biografiado, el hoy Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei. Yo había venido trabajando en esta, más que biografía, semblanza de Monseñor desde fines de los años sesenta, cuando la Obra por él fundada adquirió un papel de primera importancia en el desarrollo político de España. Se había constituido el llamado "gobierno homogéneo" compuesto por personalidades pertenecientes al Opus Dei o que estaban, cuando menos, como entonces se decía, "en su órbita". Mi intento era estudiar la vida y la personalidad del Padre y Fundador con la esperanza de que esto pudiera arrojar alguna luz sobre el comportamiento de sus "hijos" y de la Obra en su conjunto. La estructura familiar y paternalista del Opus Dei hacía verosímil la suposición de que el carisma del Padre pesaba y pesa tan decisivamente en la forma de proceder de sus hijos que se puede decir que "la Obra es el Padre". Difícilmente se encontraría en la Iglesia otro Instituto, Orden o Asociación de fieles en los que la influencia del Fundador fuese tan determinante como en el Opus. Sus miembros están convencidos de que la idea fundacional surge en la mente del Padre por inspiración divina. Nada de lo que él dice o hace se discute y todos sus actos, por nimios que sean, resultan significativos. Los "hijos" llevan siempre una fotografía suya en la cartera y, periódicamente, escriben su "carta al Padre". Monseñor, en vida, se comunicaba con ellos a través de unas circulares que firmaba con su tercer nombre de pila, Mariano. Sus apariciones públicas eran auténticos baños de multitud, con aclamaciones de "¡Padre, Padre, Padre!". Personas que en estos años han visitado la cripta del palacio romano de la calle de Bruno Buozzi, sede generalicia del Opus Dei, donde reposan sus restos, han contado que los responsables de la Obra obligan a los visitantes a avanzar de rodillas desde la puerta de la cripta hasta la tumba de mármol verdinegro sobre la que se lee EL PADRE.

Comencé a trabajar en la semblanza de Monseñor con la idea de que el conocimiento de la vida, la obra y la personalidad del fundador era el mejor camino para conocer el Opus Dei. Me encontré entonces con que la Obra no había publicado biografía alguna de Escrivá de Balaguer. Entre el material de propaganda que el Opus Dei distribuía no había más que una

muy breve semblanza del fundador escrita por don Florentino Pérez Embid para el libro “Forjadores del mundo contemporáneo” y un Perfil biográfico publicado por el periodista Carlos Escartín para “Diario de Navarra” y reeditado en un folleto. Ambos trabajos pertenecían más al género de la hagiografía que al de la biografía propiamente dicha y daban muy pocos detalles sobre la vida de Escrivá. Se limitaban a reseñar sus datos biográficos más esenciales y se extendían en cambio en sus rasgos espirituales y en la importancia de su actividad apostólica y de su obra.

Debo decir que me extrañó esta parquedad informativa sobre el hombre que en la Obra de Dios lo era todo. Pensé que había en la Obra y en su Fundador cierta voluntad de ocultación, que quizá para ellos era “santa ocultación”, con esa capacidad que el opusdeismo tiene de santificar las cosas más corrientes; un cierto deseo de mantener alejada y rodeada de un halo de santidad, la figura del Padre sin entrar en detalles, que debía parecerles “nimios”, sobre la vida terrenal de quien había sido instrumento divino para la gestación del Opus Dei.

Conocí por entonces alguna anécdota de personajes eclesiásticos que demostraba que el Fundador se ocultaba, santamente quizá, pero se ocultaba. En una ocasión, por ejemplo, el padre Arrupe, general de la Compañía de Jesús, le preguntó al que por entonces era el Nuncio de Su Santidad en España, Monseñor Riberi, si había visto a Josémaría Escrivá de Balaguer, fundador y presidente general del Opus Dei. “No, no”, contestó el Nuncio con el gesto de extrañeza del superior que espera en vano una obligada visita. Y, al parecer, así lo cuentan, el padre Arrupe ladeó canónicamente la cabeza para decir al oído del prelado en tono de amistosa confidencia: “Yo, señor Nuncio, a veces dudo de que exista”.

Tenían fundamento las dudas del padre Arrupe porque cuando él asumió las responsabilidades del cargo de general de la Compañía de Jesús, escribió una carta a cada uno de los prepósitos de las órdenes y congregaciones religiosas e institutos seculares, anunciándoles su intención de visitarles personalmente. Todos ellos contestaron que no era el general de los jesuitas quien debía visitarles a ellos sino ellos quienes debían acudir humildemente ante el general de los jesuitas. “No vengáis vos hacia nos. Somos nos quienes vamos hacia vos”. En este toma y daca de la cortesía vaticana se hacía patente el deseo de inaugurar una nueva etapa en la historia de las relaciones entre las órdenes. Pero hubo una excepción: el presidente general del Opus Dei no contestó a la carta del padre Arrupe. No se arredró por ello el dinámico jesuita. Telefoneó personalmente a Bruno Buozzi, 73-75, la sun-

tuosa residencia de Monseñor Escrivá de Balaguer en Roma. Fuentes fidedignas informan de que Arrupe llamó a Monseñor hasta cinco veces y las cinco le contestaron que "el Padre" no estaba en casa. Posteriormente, mucho más tarde, los dos hombres de Iglesia tuvieron ocasión de entrevistarse y se fotografiaron juntos en la terraza de un edificio del vaticano, teniendo por fondo la grandiosa cúpula de Miguel Ángel.

Mi estado de ánimo era más bien pesimista, conociendo ésta y otras anécdotas reveladoras del deseo de ocultación del Fundador del Opus Dei, cuando me dirigí por carta a Monseñor Escrivá de Balaguer, pidiéndole que accediera a recibirme personalmente, ya que tenía el propósito de hacer una semblanza de quien yo considero, y así se lo decía "una importante figura de nuestro tiempo". Cuando el biografiado vive el biógrafo no puede excusar el contacto personal con él. En mi caso, razones de fuerza mayor me lo impidieron. No es maravilla que el hombre que había hecho esperar al Nuncio de Su Santidad, que había dejado sin contestar la carta del general de los jesuitas y que le había tenido pegado al teléfono en humilde y desproporcionada solicitud de audiencia no respondiese a la petición de un periodista que le había pedido entrevistarse con él. A medida que iban pasando las semanas y los meses sin que yo obtuviese contestación a mi carta, sentía una explicable inquietud por el futuro de mi trabajo. En vista del silencio de Roma decidí dirigirme a la secretaría de información del Opus Dei para saber si tenían alguna noticia que hiciera referencia a mi petición. La secretaría conocía mi solicitud de entrevista pues simultáneamente había escrito a uno de los secretarios, Luis Gordon, enviándole una copia de mi petición y rogándole que la apoyara oficialmente. Con Luis Gordon había tenido yo anteriormente, por iniciativa suya un cambio de impresiones acerca de cierto controvertido punto de "Camino" que yo me había permitido glosar en un capítulo de mi libro "Los españoles", aparecido en la primavera de 1968. Luis Gordon me invitó a acudir a las oficinas de la secretaría en la calle Vitrubio de Madrid. La cosa vino porque, al hablar de la sexualidad española, yo había transcrito la famosa máxima de "Camino" que dice: *"El matrimonio es para la clase de tropa y no para el estado mayor de Cristo. Así, mientras comer es una exigencia para cada individuo, engendrar es exigencia sólo para la especie, pudiendo desentenderse las personas singulares"*.

Al citar esta frase del Padre Escrivá, cualificado moralista moderno, yo pretendía señalar la pervivencia en nuestro tiempo de la tradicional actitud española ante el sexo. Luis Gordon —creo que animado por el apostólico espíritu de lo que en el Opus Dei se llama "corrección fraterna"—, me explicó que el pensamiento del Padre Escrivá de Balaguer era muy distinto

de lo que yo había supuesto y, precisamente, Monseñor había sido uno de los primeros en defender y propugnar la dignidad y la santidad del estado matrimonial. Le dije a Gordon que, aunque a mí me repugnaba aquella referencia elitista a las "personas singulares" frente a las exigencias comunes de la "clase de tropa", trataría de estudiar mejor el ideario del Fundador y que, si quedaba convencido, no tendría inconveniente en retocar mi comentario a la discutida máxima. Este episodio tiene para mí alguna importancia porque fue a partir de esas conversaciones sobre la conocida sexología del Padre Escrivá cuando pensé en adentrarme en el estudio del Opus Dei y de la personalidad de quien lo fundó.

En mi segunda visita, destinada a comprobar si había respuesta a mi solicitud de entrevista, me hicieron pasar, igual que la primera vez, al saloncito de gusto burgués, con su tresillo tapizado en terciopelo oro, su lámpara de pie de pergamino, su moqueta de color ocre, su mesita de mármol jaspeado, su lámpara de cuentas de cristal suspendida del techo en el centro de la sala. No puedo explicar ahora las hondas resonancias sociológicas que percibí yo en el españolísimo gusto de aquel saloncito confortable. Me vino a la memoria, por vía de contraste, mi fugaz paso por la Acción Católica, en los años de la inmediata posguerra, a los catorce o quince de mi edad, y aquellas catequesis de los barrios pobres barceloneses con las paredes desconchadas, los bancos desvencijados, la estufa negra sobre la cual hervía un puchero con hojas de eucaliptus, donde los hijos de buena familia iban a ganar el cielo y la completar la ingente labor de recatolización emprendida, pocos años antes, en la guerra, por el nacionalcatolicismo. Desde aquella cochambre hasta el aterciopelado saloncillo del salón del hotelito de Vitrubio, los invictos niños de los años cuarenta habían hecho un largo recorrido.

No se hizo esperar mi interlocutor, que esta vez era el jefe de la secretaría del Opus Dei madrileño, Javier Ayesta. Conocía a Ayesta por la referencia que de él hacía Daniel Artigues en su conocido libro "El Opus Dei en España" llamándole, equivocadamente, por cierto, "el padre Ayesta", pues el hombre que tenía a su cargo la secretaría del Opus Dei en Madrid, ya fallecido, no era ni fue nunca sacerdote. En el libro de Artigues, por lo demás muy bien informado y documentado, se hace referencia a una entrevista del periodista Marcel Niedergang con Javier Ayesta publicada en "Le Monde" en la que el secretario de la Obra declara que "el Opus Dei es algo muy similar a la FAO o a la UNESCO". Como dice Artigues al comentar esta entrevista, cualquier persona puede obtener información acerca de la FAO o de la UNESCO con sólo abrir los anuarios correspondientes. Animado, yo

también, por esta esperanzadora analogía, le pedí a Ayesta datos e informaciones que me pudieran ser útiles para hacer la semblanza de Monseñor Escrivá, al tiempo que lamentaba la ausencia de biografías o, siquiera, de alguna semblanza que pudiera ayudarme en el trabajo que me proponía hacer. Salí aquella tarde del hotelito de la calle Vitrubio tan ayuno de datos como había entrado. Quizá mi interlocutor recordara durante nuestra conversación la máxima 645 de "Camino que dice:

"¡Qué fecundo es el silencio! – Todas las energías que me pierdes con tu falta de discreción son energías que restas a la eficacia de tu trabajo–. Sé discreto".

Todo lo que Javier Ayeta me dijo durante la visita es que no consideraba llegado el momento de que se escribiera una biografía de Monseñor Escrivá y que, si yo lo intentaba, mi libro quedaría incompleto y tendría muy poco tiempo de vigencia. Me sublevaba la idea de que solamente un miembro de la Obra o una persona que estuviera en "su órbita", pudiera acometer la tarea de biografiar a su Fundador. Tal cosa no habría sucedido, por seguir con la comparación que mi interlocutor había hecho, con los fundadores de la FAO o de la UNESCO. Yo creo que la negativa del Opus de proporcionarme datos redobló mi determinación de conseguirlos por mi propia cuenta.

Pregunté después al jefe de la secretaría si le había llegado de Roma alguna indicación relativa a mi solicitud de ser recibido por Monseñor Escrivá "en audiencia privada". Me dijo que "de palabra" se le había comunicado que "el Padre" tenía un programa densísimo de trabajo y que, por otra parte, no juzgaba que su persona fuera lo suficientemente importante como para ser objeto de una especial atención. Que, no obstante, llegado el momento, tendría "sumo gusto en recibirme". Pregunté entonces a mi interlocutor qué plazo calculaba él que tendría que durar mi espera. *–"Unos tres años", dijo. Y añadió una frase que, como luego he podido comprender, era muy del estilo de una pía asociación con tan señalada vocación internacionalista. "Delante de ti, dijo, hay sesenta periodistas esperando, muchos de ellos, extranjeros".*

Salí de la secretaría con las ideas confusas respecto a lo que debía hacer y con un folleto de propaganda de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, que fue todo lo que pude obtener de la representación oficial del Opus Dei en Madrid. Mi conversación con Ayesta, que transcurrió en tono de máxima cordialidad, su negativa a darme datos de la vida de Monseñor Escrivá me confirmaron en la idea de que el Fundador es y seguirá siendo la pieza clave del Opus Dei, el eje alrededor del cual gira la vida de

lo que entonces era un Instituto Secular y que ahora es una Prelatura Personal. Un amigo mío solía decir en la época en que los miembros de la Obra procuraban ocultar su condición que la prueba decisiva para saber si una persona es del Opus es hablarle despectivamente del "Padre". "Saltan enseguida", decía mi amigo porque dicen que Escrivá es "su padre" y que cualquier persona saltaría si le hablaran mal de su padre. Hace ya mucho tiempo, sin embargo, que el "padre de familia" ha bajado en España del pedestal en que en otro tiempo se le tenía colocado. Lo que todavía Juanito Valderrama ha podido decir de la figura de la madre, que "madre no hay más que una y a ti te encontré en la calle", difícilmente podría aplicarse en nuestros días a la figura, antes venerable, del padre. El Opus Dei resucita a las puertas del año 2000 un trasnochado paternalismo. El propio Escrivá se refería a los miembros del Opus llamándoles "hijos" e "hijas" y ellos convertían al Padre-Fundador, ya en vida, en un mito inaccesible. Lo sigue siendo después de su muerte. Monseñor Alvaro del Portillo le sucedió en la presidencia del Opus Dei y es hoy obispo de la Prelatura Personal. Pero "el Padre" sigue siendo Monseñor Escrivá.

Esta paternidad espiritual, interpretada con los criterios familiares de la época de la infancia de Escrivá, es lo que ha dado al Opus Dei su cohesión de gran familia. La obra del "Padre" se difunde originalmente en un sector de la sociedad española que, por las mismas épocas, elige formas totalitarias y también paternalistas de gobierno. En "Camino", el libro fundamental del Opus Dei, escrito en Burgos durante la Guerra Civil, Escrivá insiste mucho en la idea de que la relación entre Dios y el hombre se manifiesta siempre como una relación entre padre e hijo. En muchas de sus máximas se invita al lector a sentirse continuamente niño:

"El niño débil, si es discreto, procura estar siempre cerca de su padre".

o

"¿No ves con qué mala gana da el niño sencillo a su padre, que le prueba, la golosina que tenía en sus manos? Pero se la da. Ha vencido el Amor".

o bien

"Los niños no tienen nada suyo, todo es de sus padres... y tu padre sabe siempre muy bien cómo gobierna el patrimonio".

Esta relación padre-hijo que, según Escrivá debe mantener el hombre con Dios es paralela a la que los miembros de la Obra mantienen con el fundador-padre. Y, en las máximas de "Camino", lo mismo que en los otros

libros escritos por él o en su forma de actuar durante su vida, Escrivá se presenta siempre a sí misma como “Padre” de sus “hijos”. Los niños creen ciegamente en él, le tienen por santo y no se cuestionan jamás su autoridad ni su carisma fundacional.

Después de la muerte de Monseñor en 1975, han aparecido varias biografías y semblanzas del Fundador del Opus Dei escritas por miembros de la Obra o por personas muy próximas a ella. Pertenecen todas ellas al género laudatorio en el que, incluso algunos aspectos de su vida que pudieran ser objeto de crítica se convierten en motivos de alabanza. Desde el momento en que decidí escribir mi semblanza de Escrivá de Balaguer, pensé que mi libro, tal como me había anunciado el jefe de la secretaría del Opus Dei de Madrid, Javier Ayesta, quedaría pronto superado por los trabajos de personas que le conocieron y trataron o que tuvieron más fácil acceso que yo a la historia de su vida. Mi sorpresa, al leer estos panegíricos, fue comprobar que ninguna de las informaciones que yo di en mi libro publicado en 1975 era desmentida por los biógrafos oficiales. Añadían algunos datos y anécdotas, silenciaban otras, pero no variaban sustancialmente el relato de los hechos de la vida de Escrivá. Por esta razón he decidido reeditar ahora este libro en su versión original, incluyendo tan sólo un epílogo para dar cuenta de los acontecimientos posteriores a su publicación y unas notas al texto destinadas a ampliar los datos o corregir algunas imprecisiones.

Los biógrafos, o mejor diría, hagiógrafos del Opus Dei dan, claro está, una imagen de la vida del fundador muy distinta o contraria incluso a la que yo doy en este libro. La diferencia está, no en los hechos, sino en su interpretación. La regla de oro del periodismo dice que “los hechos son sagrados, las interpretaciones son libres”. Con esta libertad, pero sin ocultar o tergiversar los hechos y, menos aún, inventárselos, debe trabajar también quien quiera componer una biografía. Los hagiógrafos de la Obra, y se les puede llamar asó porque parten de la idea de que están escribiendo la Vida de un santo, no ocultan ni tergiversan los hechos, pero los interpretan de otro modo, a menudo de forma bastante peregrina. Por poner un ejemplo, Escrivá era un hombre en extremo irascible y colérico. Cualquiera diría que ese rasgo de su carácter, que le hace por ejemplo insultar a sus colaboradores, dar patadas a los muebles o emprender una implacable persecución contra personas que abandonan el Opus, es un defecto. Los biógrafos oficiales hacen de ese defecto virtud y hablan, en frase acuñada por el mismo Escrivá, de su “santa cólera”. Leyendo, por poner otro ejemplo, la vida del fundador del Opus Dei, cualquier persona desapasionada verá que se trataba de un hombre ávido de honores, dignidades y títulos y que acumuló durante su

vida todos los que pudo. Como se explica en las páginas de este libro el fundador del Opus Dei consiguió, en los años cuarenta, alargar y hacer más pomposo su apellido solicitando al Ministerio de Justicia el añadido del gentilicio "de Balaguer", nombre del pueblo leridano de donde procedía su familia. Posteriormente, a fines de los sesenta, solicitó el marquesado de Peralta. Por mucho que uno se caliente la cabeza buscando interpretaciones de estos hechos, difícilmente llegará a la conclusión de que Escrivá hacía esas cosas por humildad. Pues bien, es a la virtud de la humildad y no al defecto de la vanagloria a lo que, en último término, atribuyen los biógrafos oficiales estos hechos de la vida del fundador.

Libros como los de Salvador Bernal, Andrés Vázquez de Prada o el alemán Peter Berglar son una continua loa de las acciones, omisiones, saberes y decires de Monseñor Escrivá, y no sólo de sus virtudes sino también de sus defectos convertidos, como por ensalmo, en virtudes heroicas. Su biógrafo alemán no tiene empacho en comparar la obra de Escrivá con la de Cristóbal Colón y también dice que, al lado de "Camino", "libro inconformista con el que todos los cristianos pueden identificarse", "Las Consideraciones intempestivas" de Nietzsche "son casi inofensivas e ingenuas". Al hablar de las fotografías que se conservan de Monseñor cuya imagen, según dice él, no varió especialmente a lo largo de su vida, Peter Berglar habla de personas cuyo rostro sufrió en cambio muchas transformaciones a medida que avanzaba su edad. Para ilustrar esta idea, busca casos, no de personas corrientes, sino de grandes personajes de la historia: Napoleón, Goethe, Rembrandt, Beethoven, Einstein o la gran duquesa Anastasia de Rusia. En otro momento, el biógrafo de Escrivá encuentra su contrafigura nada menos que con Lenin. Como se ve, no se andan con chiquitas, como se dice, los "hijos" a la hora de buscar paralelismos a la personalidad del "Padre".

Vázquez de Prada, lo mismo que otros escritores de esta escuela, insiste mucho en la fama de santidad que acompaña a don José María entre quienes le conocen desde los tiempos de la fundación de la Obra. Un hombre que ha sido "instrumento divino" para la creación del Opus Dei —y nótese que ya en el mismo nombre está implícita la "inspiración divina" que le lleva a fundarlo—, no es mucho que sea considerado santo por los que le siguen. Se le atribuyen poderes que no tienen los demás mortales. Se dice que recibe señales del Cielo y que tiene premoniciones que suelen cumplirse. Vázquez de Prada cuenta, por ejemplo, que el Padre Escrivá, estando en Burgos, durante la guerra vaticinó la muerte repentina de un alto funcionario, el señor Bermúdez, que se disponía a acusar a uno de los miembros de la Obra de ser

un espía al servicio de la República. El Padre fue al despacho del señor Bermúdez para interceder por su discípulo sin lograr persuadirle de que desistiera de su propósito. Al bajar por la escalera del edificio dijo para sí en voz que oyeron sus acompañantes: “Mañana o pasado, entierro”. Al día siguiente, vieron, a la puerta de una iglesia, la esquela de defunción de aquel funcionario y entonces el Padre rezó por el señor Bermúdez y dijo a sus discípulos que tenía la convicción de que Dios había concedido al muerto la gracia del arrepentimiento final.

Esta firme creencia en la santidad del fundador que desde los comienzos de su apostolado se manifiesta entre sus seguidores y que el mismo Escrivá se encarga de alimentar insinuando que ha sido objeto de la elección divina, es a mi juicio el factor determinante de la configuración del Opus Dei y de la forma de ser y de proceder de la Obra y de sus miembros. Una vez admitido que el fundador es un santo portador de un mensaje divino resulta imposible a sus devotos seguidores mirar con ojos críticos lo que él hace, dice o escribe. La característica más llamativa del Opus Dei es la falta de espíritu crítico de sus socios en todo lo que se refiere al Padre y al origen divino de la Obra. Diga lo que diga, haga lo que haga, escriba lo que escriba le escuchan, le contemplan o le leen con la convicción de recibir un divino mensaje. En este libro se cuenta una anécdota muy reveladora de la acrítica docilidad de los “hijos” ante los actos, a veces inescrutables, del Padre. Un día, en el descanso de uno de sus coloquios, Escrivá pide una Coca-Cola. Los “hijos” presentes se miran unos a otros y comentan entre sí en tono admirativo: “¡Ha pedido una Coca-Cola!” como tratando de adivinar la honda significación sobrenatural de que pida ese refresco.

Una de las manifestaciones más notables de esta falta de espíritu crítico es la forma que los socios de la Obra tienen de considerar los “defectos” del fundador. Porque, eso sí el fundador tiene defectos y él mismo los reconoce. De forma histriónica, este hombre a quien no puede negarse talento para la puesta en escena manifiesta a sus hijos sus propias humanas flaquezas. Un día, por ejemplo, según cuenta uno de sus biógrafos, durante una tertulia con sus íntimos colaboradores, don Josemaría levanta los ojos al cielo y se le oye musitar: “Señor, ¡Josemaría no está contento con Josémaría!”. Otras veces sus confidencias se expresan de forma más tajante o incluso con crudeza. Escribe en un artículo: “... veo que no soy nada, que no valgo nada, que no tengo nada, que no puedo nada; más, ¡que soy la nada!”. Se califica a sí mismo de “instrumento inepto y sordo” o de “fundador sin fundamento”. No ahorra improperios dirigidos a su persona y de pronto dice en público que él es “un botijo de barro, un cacharro”, “un trapo sucio” o “un pingajo”.

Sus hijos le escuchan temblorosos y se revuelven contra el rigor de tales términos, atribuyendo la capacidad que el Padre tiene de menospreciarse y de auto-insultarse a la virtud de la humildad propia de los santos.

Esta falta de espíritu crítico de los socios de la Obra les hacía vivir en un mundo cerrado —precisamente a ellos que tienen por misión vivir y santificar su trabajo en el mundo—, de horizontes mil veces más cerrados, se diría, que los de un monje de clausura. No admiten la más leve crítica ni otra interpretación que la que ellos dan de la santidad del fundador y del origen y desarrollo de la "Obra de Dios". Atribuyen cualquier crítica, cualquier interpretación en contrario a mentirosas o calumniosas maquinaciones de los enemigos del Opus Dei, cuando no del Demonio.

Con este mundo cerrado, con esta propensión al secreto y esta constante negativa al diálogo me topé yo cuando empecé a recoger datos para componer lo que entonces llamé el "retrato robot" del fundador de la Obra. El retrato de un hombre al que me estaba vedado el acceso y acerca de quien se me cerraban las principales fuentes de información. Para hacer esta "identificación posible" del personaje envuelto en la "discreción" opusdeista procuré reunir los documentos que dan constancia de las fechas principales de su biografía, de las modificaciones introducidas en sus apellidos, de la concesión de títulos nobiliarios y otras distinciones académicas, civiles o eclesiásticas. Estudié las obras publicadas por el padre Escrivá a lo largo de su vida, desde "Consideraciones Espirituales", un opúsculo de 1934 cuyas máximas incorporó luego a "Camino", hasta "Santo Rosario", las colecciones de "Homilías" y su tesis doctoral, "La abadesa de las Huelgas", la obra que mejor puede servir para estudiar el ideario político del fundador del Opus Dei. El propósito que me guiaba al leer estos libros no era el de hacer un análisis del pensamiento ascético y religioso de Escrivá sino el de tratar de adivinar, a través de ellas, el carácter y la forma de ser de su autor.

Pero mi retrato-robot se nutrió sobre todo de declaraciones de personas que conocieron a Monseñor. En Barbastro, la ciudad donde nació, en Logroño o en Zaragoza me entrevisté con amigos o conocidos de su familia y con algunos de sus compañeros de instituto o de seminario. Hablé también con algunos miembros del Opus Dei que me dieron su versión de la vida del fundador, siempre dentro de la reserva y "discreción" que caracteriza a la Obra. El material más abundante me llegó de mis conversaciones con personas que, habiendo sido durante largo tiempo miembros de la Obra, la abandonaron después. Desde los primeros tiempos, el Opus ha registrado un grandísimo trasiego de entradas y salidas. Da la impresión de que la Obra es un lugar en el que mucha gente parece estar interesada en entrar, pero del

que son también muchos los que salen, algunos de ellos fuertemente traumatizados por la experiencia. Cada año, por la festividad de San José, que es cuando los numerarios deciden si van a renovar o no las promesas y votos, algunos socios abandonan la Obra. La salida de un socio, según pude comprobar en mis conversaciones de entonces, es siempre muy mal acogida por los directores. He conocido casos de socios que, habiendo decidido marcharse, fueron perseguidos hasta altas horas de la noche de San José por los compañeros de residencia constituidos digámoslo así, en "comandos espirituales". En un caso, el "hijo emancipado" logró ponerse a buen recaudo en casa de un amigo que no tenía nada que ver con el Opus, a pesar de lo cual fue hallado y sermoneado hasta muy avanzada la madrugada con argumentos que el propio interesado calificaba de muestras de "chantaje moral".

Con los datos que me fue posible reunir y con las declaraciones de estas personas intenté trazar un retrato psicológico de Monseñor Escrivá que fuera útil para una mejor comprensión de una asociación que tanta importancia había llegado a adquirir en la política y en las finanzas de la España de entonces. Ese retrato no solamente tenía que dar los rasgos de su carácter sino reflejar también el clima de la época que le tocó vivir. La historia personal de Escrivá, la fundación del Opus Dei, su expansión y desarrollo están estrechamente ligados a las vicisitudes por las que nuestro país tuvo que pasar. No se comprendería la personalidad del fundador sin referencia a su tiempo. Ni se explicaría lo que la Obra ha llegado a ser hoy sin referencia a la Guerra Civil Española y a la larga dictadura franquista que propició su desenvolvimiento.

De ahí, quizá, que, en España, más que en ningún otro país, haya causado estupor, también entre muchos católicos, la decisión de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos de beatificar a Monseñor Escrivá de Balaguer. Una decisión tomada con prisas en un papado propicio, gracias a la inmensa capacidad de propaganda desplegada por el Opus Dei. Antes de que el lector abra las páginas de este libro, no me queda sino decir, al ver Beato a su protagonista, aquella gran verdad: ¡Cuán inescrutables son los caminos del Señor!

Luis Carandell Madrid, 1992

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1975: ANDANZAS Y DESVENTURAS DE UN BIÓGRAFO

Alfonso C. Comín Barcelona, marzo 1975

Pocos habrán sido los universitarios cristianos de las décadas 40 y 50 que se hayan librado del asedio proselitista del Opus Dei. El amigo que trataba de librarnos del camino de perdición que nos acosaba, el salvador dela emboscada que nos tendía el mundo concupiscente y carnal, se multiplicaba aquí y allá, en facultades y escuelas especiales. El "apostolado de la inteligencia" de que habla Luis Carandell en este libro y que conducía a los miembros del Opus Dei a ver abusivamente inteligencia en todo universitario algo espabilado, ha marcado la convivencia y el equilibrio mental de las universidades españolas de aquella época. En cuanto te separabas del grupo bajo el claustro o te acercabas a pedir un café con leche dispuesto a engullir el modesto bocadillo, ya tenías al lado, solícito y pertinaz, al ángel de la guarda. "Oye, ¿te ha invitado a merendar a la residencia? o, "Después de ver la película, me pasaron a una salita donde un grupo de residentes iniciaron un asalto a mi vocación, a mis cualidades desaprovechadas para mayores empresas y.… me defendí como pude...", eran conversaciones habituales por aquel entonces. En principio, todos los universitarios estábamos al alcance del agresivo instituto secular.

Sin tener nada en contra del Opus Dei, sólo por el mero hecho de mantenerse independiente respecto a la Obra, resultabas poco menos que tendencioso y lascivo, peligrosa persona de la que convendría advertirse. No entrar en la Obra era algo así como menospreciarla. Recuerdo mi final con el compañero de curso que, a la salida de las clases, seguí casualmente con frecuencia la misma ruta que yo y que al decirle por enésima vez —es posible que ya algo airado— que no insistiera, que el domingo no iría al Colegio Mayor Monterols y que no entraría nunca en la Obra y aquello tan elemental y evangélico de que "muchos son los caminos que llevan a Dios, muchos e inescrutables", me contestó: "Bueno, eso piensas; pero vas camino de la perdición". Y así acabamos sin que yo considerara que por no entrar en la Obra tuviéramos que romper hostilidades. Pero él no entendía otro tipo de relacionarse que la de la captación de neófitos. La amistad sin proselitismo no formaba parte de sus vísceras.

Al cabo de los años sufriría todavía un nuevo conflicto con la Obra. En 1965 publiqué en “El Ciervo” un artículo titulado “Diálogo sobre el Opus Dei”, en el que trataba de exponer los rasgos característicos del Instituto tal como se representaban en la época: espíritu de pertenencia, concomitancias integristas, utilización de “medios ricos” en su tarea apostólica, proselitismo agobiante, etc. Me atrevo a decir que el artículo estaba redactado con espíritu fraternal, dentro de un clima de diálogo tenso, pero cordial. Pese a ello las reacciones que provocó en diversos miembros simpatizantes de la Obra fueron de notable agresividad. El antiguo compañero de la Escuela de Ingenieros que no había logrado conducirme al “buen camino” me escribió una carta severa en la que me acusaba de no aplicar el espíritu de caridad que seguramente tendría con los protestantes, “hermanos separados” y que con ellos discriminaba. (“Hermanos separados”, rara línea de demarcación que yo no compartía, ni comparto, al considerar que no existen “hermanos separados” sino hombres en lucha, clases sociales enfrentadas y que ni siquiera la Iglesia católica es para mí la “gran familia”, sino simplemente un extraño lugar, fermento de fe, sólo comprensible cuando se sumerge en la marca agitada de la humanidad. Pero mi antiguo compañero reclamaba título de derecho al sobresaliente por pertenecer a la familia de los “hermanos unidos” en el seno de la Iglesia Católica.) Como entonces vivía en Málaga, donde el Opus no tenía afincamiento notable por las dificultades que le planteaba monseñor Herrera, en aquella época obispo de Málaga, me visitó un miembro de la Obra de Granada.

Éste trató de probarme lo innoble de mi proceder, mi error al redactar semejante artículo, y me presionó con “santa coacción”, suavemente, para que publicara una rectificación pública. Cuando le dije que no había dado ningún argumento convincente para hacerlo —la discusión había sido realmente digna de un mimo entre sordos, su “teoría de la seglaridad en la Iglesia” alucinante para quienes tratábamos de vivir como hombres “mondos y lirondos” con esa leve Palabra que llamamos Evangelio en lo más hondo- concluyó que siempre sucedía igual con quienes tratábamos de “ganar fama criticando al Opus”; éramos incapaces de rectificar nuestros crasos errores.

Con todo lo dicho, suficientemente conocido por cualquier ciudadano que haya vivido la realidad española de aquellos años, especialmente en sus ambientes universitarios, he tratado simplemente de recordar un dato de partida fundamental para la buena lectura de este libro: el Opus Dei —y en la sombra del retrato al fondo, su fundador- ha sido un elemento pertinazmente presente en la vida civil y eclesial de “nuestra juventud”. Es decir, antes de la eclosión de los hombres del Opus Dei en la vida política española en sus

más altos niveles, antes de la era iniciada con el nombramiento de Alberto Ullastres en febrero de 1957 como ministro de Comercio, el acoso de las conciencias y la presencia proselitista del Opus Dei había hecho de esta institución un polo de referencia inevitable en el seno de la Iglesia española... Y no digo de la cultura española "strictu sensu", porque las relaciones entre el Opus Dei y cultura contemporánea se baten más bien, pese al potencial de "instrumentos culturales" con que ha contado (universidades, Colegios Mayores, centros profesionales, etc., ...), como personajes sin gran capacidad de comunicación. Bueno, claro, según el concepto que tengamos de cultura. Pues aún hay quien defiende el valor contemporáneo de la cultura feudal.

Esta situación nos había llevado a muchos de nosotros a leer el libro-raíz que inspiraba tanto ardor proselitista en los compañeros insistentes. La verdad es que yo deseaba penetrar el origen de tal poder de persuasión. La lectura de "Camino" fue para mí una experiencia inolvidable. Pasé del asombro a la "santa indignación", para utilizar una frase querida al recio lenguaje de Escrivá de Balaguer y de otros espiritualistas de la época. Inevitablemente me pregunté (y conmigo otros amigos que estaban también tratando de entender cómo podía escribirse una obra así en el siglo XX): ¿Quién será el personaje capaz de haber redactado semejante itinerario de consejas religiosas? ¿Cómo habrá logrado esta zona de influencia en nuestra sociedad en base a semejante carrera de tales 999 exclamaciones espirituales?

Creo que Luis Carandell trata de contestar a esta pregunta crucial. Como verá el lector a través de esta "vida y milagros", sólo a partir de una paciente labor de investigación que casi recuerda la del antropólogo en busca de antecedentes prehistóricos o la del arqueólogo interpretando leves signos rupestres, le ha sido posible dibujar este "retrato robot" con monseñor al fondo. Pues, pese a tratarse de un personaje en vida —hecho que podría haberle facilitado la tarea hagiográfica—, Luis Carandell ha debido peregrinar por la geografía peninsular en busca del más nimio dato perdido, en busca de referencias, de viejos amigos y compañeros de Escrivá que le explicaran tales o cuales anécdotas claves de su personalidad, averiguando orígenes y linaje familiar, procurando interpretar el sentido pleno que tiene para la Obra el hecho de que el padre no se coja la sotana como cualquier sacerdote, su magnificencia al bajar las escaleras, o la trascendencia de su elevación de brazos. Estructurando al mismo tiempo un cuidado fichero en el que ha contrastado datos y referencias de las obras del "padre", acumulando así una base sistematizada del arrollador pensamiento de Escrivá de

Balaguer. Gracias al “trasiego de entradas y salidas” característico de la Obra, no pocas personas han ido facilitando pinceladas que han permitido a Luis completar el “retrato —robot” de un hombre a quien nunca ha visto, pese a ser su contemporáneo, Al no poder contar con acceso a las fuentes directas que lógicamente la Obra debe tener para perfilar una biografía del Padre, al no obtener datos y referencias de los “organismos competentes”, Luis ha debido peregrinar por la piel de toro y, de Barbastro a Burgos, de Logroño a Madrid, pasando por el inútil intento de la visita a la residencia de Bruno Buozzi, 73, en Roma, acumulando así en directo los datos que permitan penetrar la mirada profunda del impulsor de Torreciudad. Como en el prólogo de su libro, Luis explica con detalle las andanzas y desventuras que ha debido correr para ofrecernos la primera biografía “strictu sensu” del fundador del Opus Dei, no me extiendo en este aspecto de la cuestión.

La semblanza, parcial sin duda, que ofrece este libro se basa en datos rigurosamente contrastados. Las fuentes son el dato “conquistado” por el andariego Carandell pateándose la península; y así el “biógrafo-investigador” nos presenta, si no todo, casi todo lo que hasta ahora se puede reunir de primera y propia mano sobre la ínclita figura del iniciador de la “prodigiosa aventura del Opus Dei”. El trabajo de Carandell, aun centrado en describir el perfil del “cura más guapo del mundo” al que siendo seminarista asediaban las chicas de Zaragoza, y en el análisis de sus complejos componentes caracterológicos, ofrece en su “retrato-robot” algunas tesis cruciales para la buena comprensión del Opus Dei que, en otros análisis de la Obra tales como el de Artigues o el de Ynfante, se han escapado. La fundamental, la concepción familiar-paternalista que la obra de Luis Carandell ilustra, labra con atención. “La segunda aportación original de Escrivá radica en el hecho de haber fundado su Instituto sobre los cimientos de la célula familiar. Esta “gran familia” que los socios o “hijos” pasan a engrosar a medida que entran a formar parte de la Obra, va a regirse por los principios paternalistas que le impone el concepto de que la institución de la familia tiene la pequeña burguesía provinciana a la que Escrivá pertenece” —piensa el autor- dando así una de las clases centrales de su obra. Otras “tesis” o reflexiones se desprenden alusiva o explícitamente de esta “biografía-río”. Entre ellas, la fundamental, de la vinculación entre impulso de la Obra y la salvación religiosa que surge inseparablemente de la guerra civil en España de los años cuarenta. El machismo paradójicamente freudiano con el que se aborda el papel de la mujer en la sociedad —véase el capítulo “La santa coquetería” o las penetrantes referencias a las originales relaciones entre el ímpetu secular de

monseñor Escrivá y las no menos dominantes ideas del padre Ayala —fundador de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, autor de "Formación de Selectos"- sobre el tema, así como con la Compañía de Jesús, son cuestiones que trazan importantes perfiles de este peculiar representante del nacional-catolicismo.

A partir de los datos y de las formulaciones "opusdeísticas" que Luis Carandell nos ofrece, no debe sorprendernos que esta fundación finalmente aparezca en la mente del "padre", no como una obra humana, sino como intemporal, al margen de la Historia, apenas sometida a cambios ni influencias de ningún tipo; ni tampoco que el propio Escrivá considerara —y así se lo dijera personalmente al Papa en una entrevista- "que él, con la fundación del Opus Dei, se había anticipado en varias décadas a las ideas formuladas por el Concilio".

La peculiar insistencia sobre la "nueva teoría" del papel de los laicos en la Iglesia, hace de esta cuestión otra piedra de toque sustancias para entender Obra y padre. Carandell aborda el tema con cuidado y nos recuerda las bases sobre las que se desarrolla la peculiar idea "opusdeística" de la "santificación del trabajo y del mundo por el trabajo", llegando por esa vía al "deber de estado". La máxima 359 citada por Luis centra la nueva teología "andariega" al margen de los acontecimientos históricos: "Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional y habrás santificado el trabajo". Ya tenemos el "sombrero sobrenatural" con que cualquier accionista del más exquisito banco cubre su cerebro religioso bautizando así su afanosa tarea de financiero cristiano. Ya tenemos abierta la vía —¿para qué vamos a pensar que existen clases sociales en un mundo santificado por el trabajo, sea éste el del consejero del banco o el de picador en la mina?- que permitirá a Juan Bautista Torelló concluir su trabajito sobre "La espiritualidad de los laicos" diciendo: "Esta espiritualidad primordialmente laical lo mantendrá siempre en su sitio, donde Dios lo ha buscado, y, finalmente, lo conducirá a morir en "una buena cama, como un burgués..., pero de mal de Amor" (final del punto 743 de "Camino" en que, en su todo, dice: "Me hablas de morir "heroicamente". – ¿No crees que es más "heroico" morir inadvertido en una buena cama..." y sigue lo anterior). Todo va siendo desentrañado por el análisis de Carandell, que finalmente nos incita a preguntarnos sobre éstas y tantas otras cuestiones a través del recorrido histórico-biográfico por el que cabalga para delinear su cuidado "retrato-robot". Y así muchas de las máximas-consejas de "Camino" adquieren pleno relieve en el encuadre histórico-psicológico que sitúa la Obra entendida como una "gran familia" con un solo padre.

En este libro se hallan muchas respuestas a la cuestión “Pero, ¿qué es el Opus Dei?”, que tantos nativos y extranjeros se han venido haciendo hasta hoy. No todas las respuestas, por supuesto. Pero confieso que, al menos yo, que desde que leí “Camino” no había dejado de preguntarme por la ardorosa personalidad y por el poder del autor del nuevo Kempis —traducido a decenas de idiomas y difundido más allá de los dos millones y medio de ejemplares- he podido entender no pocas de su fisonomía hasta ahora sólo entrevistas en la sombra de los grandes edificios que lo arropan.

Todo lo dicho hasta aquí explica por qué cuando, allá por el invierno de 1971, cuando era director literario de Editorial Estela —que a finales de 1969 había iniciado una nueva etapa cultural con nuevo equipo- Luis trajo su original “Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei” sintiera inmediatamente la pasión de que la obra se publicara, de que tantos pudieran conocer esa “Vida y milagros” de quien estaba en la bóveda de una obra explicativa de muchos aspectos de nuestra historia contemporánea. Todos los compañeros de Editorial Estela participaron de la misma pasión. “Salvaremos los obstáculos, Luis”, le dije en un arranque invertebrado. “¿Tú crees?” “Sí... Nunca hay que darse por vencido antes de hora.” Teníamos esta conversación, original en mano, en tiempos de lo que Luis denomina, según frase acuñada por la prensa, del “gobierno homogéneo”, cuando Estela estaba viendo el despegue inesperado de “Autopista” de Jaume Perich, obra prologada precisamente por el autor de esta “Vida y milagros”.

En pleno furor y vigor tecnocrático, Perich había escrito un aforismo “docente” e impertinente: “De momento, al célebre “Camino” no se le va a cambiar el título para llamarle “Autopista.”

Este coqueteo entre las obras de infraestructura económica y las propiamente religiosas de la Obra dio origen al título que recogía un cúmulo de aforismos y de chistes que Perich venía publicando en “El Correo Catalán” en su sección “Peris-Match”, materiales que, en el caso del humorista catalán resultaron ser señas de identidad de la realidad política contemporánea del país. Estábamos comenzando lo que después se ha calificado como el “boom” del humor político. Pero si nosotros creíamos que ése era un buen camino para señalar otros peajes diferentes de los señalizados por las barreras y vallas sembradas por la península, la realidad es que el horno no estaba para bollos y así se vio pocos meses después.

A partir del título y del aforismo citado —que, en conjunto no pretendía marcar una pauta polémica- el público en general creyó ver en “Auto-

pista” de Perich una alternativa “humorístico-político-relajadora de represiones mil- a las máximas “tenso-directivo-marca el paso” de “Camino”. Personalmente siempre he defendido que la analogía es injusta e incorrecta. Es verdad que uno hallaba “Autopista” en muchas mesillas de noches de ciudadanos agobiados que, antes de sumergirse en pesadillas, frustraciones y sueños agobiantes plagados de claveles rojos deshojados rociando las calles de su ciudad y de sus tierras asediadas, leían unas cuantas máximas librándose así de posibles visitas al psiquiatra. Y es verdad también que esto podía hacer suponer que ya estaba abandonando la sana tradición de leer unas líneas del viejo Kempis o del nuevo escrito por monseñor Escrivá de Balaguer, en plena euforia de cruzada y de nacional-catolicismo para bien dormir acompañados del ángel de la guarda, desviándole así muchos ciudadanos por la laicizante y peligrosa vía de reír y sonreír con las amarguras del humorista catalán.

Pero la analogía no se sostenía. Primero, ya querría Perich tener el sentido del humor que ejerce Escrivá de Balaguer a lo largo de una obra que, tratando de ser evangélicamente religiosa, nos lleva en 999 saltos, escritos con increíbles sobresaltos lingüísticos, del llanto a la carcajada. ¿Acaso no son ésas las coordenadas del humor? Por otra, ya querría Perich tener el recio estilo castellano, “tambour battant”, de que hace gala el fundador del Opus Dei en su veloz recorrido desde la vulgaridad de esta tierra hasta la gloria de un cielo señalado para los escogidos. La última razón es que Perich no ha leído “Camino” —según me consta y lo rubrico— y difícilmente podía pensar que la recopilación de sus aforismos se considerarían “alternativas” históricas a las palabras del padre. La prueba es que cuando —como suele suceder cada vez que alguien se refiere públicamente al Opus de palabra o por escrito- Perich fue solicitado por algún miembro de la Obra para tener un diálogo cordial, y dijo tímidamente: “Es que yo no creo en Dios”, le contestaron: “Pero es igual, venga que hablaremos...” Por eso, cuando estoy prologando el libro de Luis Carandell, me veo obligado a polemizar con él cuando en su “ídem” a “Autopista” de Perich se permitió afirmar abusivamente, al señalar las venas catalanas influyentes en el humor de Perich, la incidencia “de otro mosén, esta vez aragonés, aunque de remoto origen catalán, monseñor Escrivá de Balaguer, el autor de “Camino”, de quien toma Perich la concepción de la estructura del libro”. (Además no conozco todavía ninguna edición de “Camino” que vaya acompañada de ilustraciones parejas a las que Perich ofrece en su “Autopista”. En esto sí le gana al “cura más guapo del mundo”).

Y así parece que el éxito de “Autopista” —entendida como ironía con peaje de “Camino”— junto con la publicación de alguna otra obra —particularmente la edición castellana de la biografía del cardenal Vidal i Barraquer de mossén Muntayola, que había circulado en catalán sin más consecuencias como exponentes de la nueva línea cultural que Editorial Estela había iniciado en 1969 y que se estaba reflejando en un católico más acorde con las necesidades culturales del país y con nuestra historia más próxima— disgustaron de tal manera a algunos sectores de la ortodoxia administrativa y no administrativa que condujo a sancionar a Editorial Estela con la anulación de su inscripción en el registro de Información y Turismo con la consiguiente prohibición de seguir editando. Es decir, Estela pagó un duro tributo al encontrarse repentinamente cerrada la barrera de control del peaje. En junio de 1971 se nos dijo: – Ustedes dejan de circular por estas carreteras culturales y a otra cosa. El caso es que el optimismo de la frase “salvaremos los obstáculos” apareció desenfrenado. Se vio que con el “gobierno homogéneo” en funciones, las críticas a la Obra y a su fundador no eran del gusto de los gendarmes fronterizos de la cultura religioso-política del país. Ésas, entre otras.

Al reanudar el “camino” mediante la puesta en marcha de Laia, entreabiertas las puertas de una mayor posibilidad crítica, el original de Luis Carandell, pacientemente en reposo durante cuatro años, nos hizo señas. El dibujo se animó y la tarea cultural de desentrañamiento de uno de los misterios de la España contemporánea, —pero ¿quién es Escrivá de Balaguer? — empezó a inquietarse, a exigir presencia, voz en el concierto cultural del cambio y de los aromas silvestres. Y así, con leves modificaciones, fruto de nuevas investigaciones, peregrinajes y lecturas, fruto de nuevas investigaciones, peregrinajes y lecturas, modernizado algún dato, indicando alguna nueva referencia de inefables revistas de la Obra tales como “Telva” o “Nuestro tiempo”, Luis dejó el “retrato-robot” del padre concluido, con lo cual hoy llega por fin al lector la primera aproximación seria y crítica de una personalidad inaccesible —Luis, si te hubieras apuntado a la lista de espera, quizá después de los despegues internacionales, hubieras pillado un viaje de reclutamiento para nativos y te hubieran concedido la entrevista; ves, te falta la santa paciencia del santo Job—, padre de una “gran familia” que se extiende por el mundo entero.

Ahora podemos explicar estas y otras cosas. Hubiera sido bueno poder decirlas en su momento. No fue posible y lo hacemos ahora. No por ánimo

de despertar viejas querellas, sino para clarificar futuras situaciones. Muchas cosas han cambiado en el país en estos años. También el Opus. Estoy seguro de que muchos de sus miembros serán capaces hoy de recoger cuantas sugerencias y apuntes hay en esta obra de Carandell para "mejor enmienda" y superación de "escrúpulos". Y que, así, igual que hemos ido conociendo la "vida y milagros" de los fundadores de tantas y tantas empresas religiosas que han venido marcando la historia de nuestro país, este escorzo con Escrivá al fondo permitirá a propios y extraños de la Obra penetrar galaxias y estrellas errantes de la España contemporánea.

Esta obra es, pues, una aportación cultural de primera magnitud, que hubiera podido llegar cuatro años antes a las manos del lector. Pero ya se sabe, nunca es tarde cuando llega, si es que llega. Nuestros esfuerzos editoriales, como los intelectuales de Luis Carandell, están muy lejos de la provocación. Consideramos la tarea cultural como un proceso abierto, libre, crítico. Por ello no abandonamos nunca el proyecto de publicar esta biografía que nos permite adentrarnos en ciertos azares de la historia de España contemporánea, azares como éste iniciado en Barbastro en los años de 1902 y que tiene su tránsito y culminación en la inspiración divina que el 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Ángeles Custodios, conduce a Monseñor Escrivá a iniciar una "Obra-gran familia" que se consolidará en 1947 con la solemne promulgación de la Constitución Apostólica "Provida Mater Ecclesiae" por el Papa Pío XII, Obra que tan sólo puede entenderse en el fenoménico nacional-catolicismo a que dio lugar la guerra civil, tal como Carandell deja claramente descrito.

Ya hemos visto que llegar hasta aquí no ha sido fácil. La "Vida y milagros de Escrivá de Balaguer", antes de plasmarse en letra impresa, han tenido que seguir andanzas y desventuras propias. ¡Ah!, la aventura de escribir en España, querido Luis. "Poco recio es tu carácter: ¡qué afán de meterte en todo! Te empeñas en ser la sal de todos los platos... Y —no te enfadarás porque te hable claro— tienes poca gracia para ser sal: y no eres capaz de deshacerte y pasar inadvertido a la vista, igual que ese condimento. Te falta espíritu de sacrificio. Y te sobra espíritu de curiosidad y de exhibición." Máxima 48, Luis, capítulo 1, referido al carácter. Aplícatelo, y que se lo aplique Laia.

Pero, al tiempo, entre nosotros, y cuando hablamos, no en tertulia, sino un poco entre sencillos y atareados por nuestra cultura, por nuestra pobre tierra y las vemos así y les deseamos otra "fragancia" que no sea la de bucólicos lirios, nos atrevemos a decir: "Luis también ha hecho su obra." Y

como toda obra honesta, en busca de la verdad, ¿no es también una “obra de Dios”?

Alfonso C. Comín
Barcelona, marzo 1975

“MADE IN SPAIN”

En abril del 1967, monseñor Escrivá de Balaguer le decía a un periodista:

“En pocos sitios hemos encontrado menos facilidades que en España. Es el país —siento decirlo porque amor profundamente a mi Patria— donde más trabajo y sufrimiento ha costado hacer que arraigara la Obra.”

Esta admirable afirmación, en modo alguno ajena a ese espíritu de “santa audacia” que el fundador ha sabido imprimir a la Obra, se complementa todavía con esta otra, hecha a un corresponsal extranjero:

“Entre los sesenta y cinco países en los que hay personas del Opus Dei, España es un país más y los españoles son una minoría”.

Se viene observando en estos últimos años una creciente preocupación, en monseñor Escrivá y en los portavoces oficiales de la Obra, por desligar lo más posible al Opus Dei del contexto español en el que fue creado y en donde, necesariamente, dio sus primeros pasos. Sin que, naturalmente, se llegue a negar nunca su origen, hay un visible interés por “deshispanizar” el contenido histórico y cultural del desarrollo del Instituto.

Tal vez no sea ajeno a este deseo el hecho de que la Obra no haya tenido el menor empeño en divulgar más detalles de la biografía del fundador que los meramente necesarios para certificar su existencia física. [Como he dicho en el prólogo a esta edición, después de la muerte de Monseñor Escrivá de Balaguer han aparecido algunas biografías escritas por miembros de la Obra. El lector encontrará una relación de ellas en la bibliografía.]

Como sería exagerado afirmar que monseñor Escrivá de Balaguer ha sido lo que llamaríamos un católico de tipo “nacionalista” o “patriotero” español, especie, como se sabe, muy bien representada dentro y fuera del clero de la época que a él le ha tocado vivir. En los escritos de Escrivá de Balaguer no nos persigue, como sucede a menudo en la literatura religiosa de la posguerra, la sensación de que la divinidad sea, por decirlo en frase de José María González Ruíz, de nacionalidad española. No cae directamente en la tentación, a la que sucumbieron muchos de sus contemporáneos, de identificar el catolicismo con la Hispanidad. Claro está que no faltan en sus libros algunas afirmaciones que pueden hacer pensar que está muy cerca de caer en esa identificación, como, por ejemplo, la que hace en el prólogo de

“Santo Rosario”, libro escrito en los años inmediatamente posteriores a la guerra y fechado en el santuario de Fátima en febrero de 1945:

Como en otros días ¡Lepanto!
ha de ser hoy el Rosario
arma poderosa,
para vencer a los enemigos
de la Santa Iglesia Romana y de la Patria.

Pero el belicoso catolicismo de Escrivá de Balaguer no parece querer encerrarse dentro de las fronteras españolas. Aspira a la universalidad, y si habla de “Patria” se refiere a todas las patrias. No aparece como un nacionalista español, aunque su pensamiento es de clara afiliación nacionalista en el sentido político de la palabra. Tal vez el pasaje que más claramente identifica las ideas del fundador del Opus Dei en este punto sea la máxima 525 de “Camino” en la que, después de afirmar:

Ser “católico” es amar a la Patria. Sin ceder a nadie mejora en ese amor. añade:

Y a la vez tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo.

No cabe duda, sin embargo, que el Escrivá de la época en que escribe “Camino” se mueve plenamente dentro del campo de la cultura española tradicional. Todas las referencias a autores, personajes o hechos históricos son autores, personajes y hechos históricos españoles. Sucesivamente van apareciendo santa Teresa de Jesús, san Ignacio de Loyola, san Francisco de Borja, Cisneros, Velázquez, Valdés-Leal... y las Navas de Tolosa, Lepanto..., buena prueba de que, aunque el autor admirara e hiciera suyas, como él mismo dice, las “glorias” de franceses y alemanes e italianos e ingleses, no se acordaba probablemente en el momento de ninguna de esas glorias. Hay, en una de las máximas, una alusión a “un autor extranjero” que no he podido identificar, pero que podría muy bien ser el voluntarista monseñor Tihamer Toth, entonces muy de moda entre los que se ocupaban de la formación de la juventud. La constante preocupación a que antes me refería, manifestada por el fundador y por la Obra, de correr, como suele decirse, un tupido velo sobre el origen español de su contenido cultural aparece con

mucha claridad haciendo el interesantísimo ejercicio que consiste en comparar la versión original española de “Camino” con las versiones en otros idiomas. He elegido para ello concretamente la versión inglesa y he podido comprobar, no sólo que desaparecen las alusiones a personajes españoles como Cisneros, símbolo de la energía y voluntad, o a batallas como la de las Navas de Tolosa o Lepanto, como imagen gráfica de la lucha interior, lo cual puede ser explicable en función de la comprensión del texto, sino que también desaparecen referencias mucho más próximas y acaso comprometedoras. En la conocida máxima 145, escrita en Burgos, se dice:

Frente de Madrid. Una veintena de oficiales en noble y alegre camaradería. Se oye una canción y después otra más.

Aquel tenientillo del bigote moreno sólo oyó la primera:

“Corazones partidos yo no los quiero

y si de doy el mío

lo doy entero”.

En la versión inglesa, la frase “Frente de Madrid” se convierte en “The battle front”, es decir, “Frente de Batalla”, y queda eliminada por tanto la alusión a la guerra civil española y al asedio de Madrid, en el que tomaron parte algunos de los miembros que entonces tenía el Opus Dei y, entre ellos, el tenientillo del bigote moreno que, al parecer, es uno de los doce discípulos iniciales del padre Escrivá. Lo mismo sucede en otras versiones —al griego, húngaro, esperanto, alemán, entre otras—, en que incluso suprime la alusión bélica. El lector extranjero verá, por tanto, en esta máxima, una pura anécdota de camaradería militar que pudo ocurrir perfectamente, por ejemplo, entre los soldados ingleses o americanos en la Segunda Guerra Mundial.

[Coincidiendo con el final del proceso de beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer un sacerdote inglés, ex-miembro de la Obra y que había tratado mucho al fundador, Vladimir Feltzman, hizo a la revista “Newsweek” unas declaraciones en las que señaló las simpatías pro-nazis del Padre. Feltzman le dijo: “Se ha acusado a Hitler de matar a seis millones de judíos. En realidad, sólo fueron cuatro”. La Obra ha desmentido enérgicamente la posibilidad de que el fundador dijera tal cosa y ha asegurado que, por el contrario, amaba mucho a los judíos. Y que, en un coloquio de los que él solía celebrar, contestando a un hebreo que le había hecho una pregunta, le dijo: “Yo amo mucho a los judíos porque amo mucho a Jesucristo. Le amo locamente y es hebreo, y no digo que “era” hebreo, sino que “es”.

Jesucristo vive y es un hebreo como tú. Luego, el segundo amor de mi vida, es una hebrea, María Santísima".]

Como tendremos ocasión de ver, no terminan aquí las muestras de la sutil cirugía practicada en "Camino" para la "desespañolización" de la ideología del fundador. Cosa, por otra parte, lógica para una Obra que aspira a ser, como ha dicho el propio Escrivá de Balaguer, "un mar sin orillas". Y, sin embargo, aunque el Opus Dei haya llegado a ser hoy una Obra universal, aunque se haya extendido por setenta países y afirme tener setenta mil miembros en todo el mundo, aunque su libro fundamental, "Camino", se haya editado en setenta mil lenguas diferentes, continúa siendo de todo punto imposible comprender al Opus Dei, que por ahora es inseparable de la personalidad del fundador, desligándolo del contexto español en que el fundador vivió y se formó.

Esto no lo digo solamente por el hecho de ser España, todavía hoy, el país en que el Opus Dei tiene comparativamente mayor importancia. Se viene estimando que el total de los socios del Opus Dei en todo el mundo asciende en la actualidad a unos setenta mil, sin que al parecer se incluyan en esta cifra sus cooperadores y mucho menos sus simpatizantes. No hace mucho, un periódico madrileño dirigido y controlado por miembros de la Obra, ha dicho que el Opus Dei tiene en España unos treinta mil miembros. Por otra parte, basta echar un vistazo a la tabla de ediciones que aparece publicada en la última edición de "Camino", de venta al público en las librerías, para darse cuenta de que de las 71 ediciones que se han hecho de este libro, 25 lo han sido en castellano y las demás se distribuyen en una larga lista de idiomas que comprende no sólo el inglés, el francés, el alemán o el ruso, sino también el latín, el griego, el albanés, el húngaro, el croata, el rumano, el chino mandarín, el tagalo, el armenio, el swahili, etc.

Curiosear en las estanterías de la librería del Opus en Madrid, Neblí, dedicadas a las ediciones de "Camino", constituye una experiencia pintoresca. Leemos junto a "The Way", "Der Weg", "Chemin" o "Caminho", títulos como "Ut", "Put", "Roa", "Drum", "Michi" o "Vojo". Esta proliferación de traducciones "a todos los idiomas del mundo" es una de las manifestaciones más expresivas de la capacidad propagandística de la Obra.

Aun contando con que parte de las 25 ediciones castellanas se hayan distribuido en Iberoamérica, no cabe duda de que España sigue siendo, con mucho, el país del mundo donde se ha vendido mayor número de ejemplares. Sin embargo, aunque esto no fuera cierto y tuviera razón monseñor al afirmar que los españoles son en la Obra una minoría, por más que en el

Consejo General que dirige el Opus Dei se haya procurado reducir al mínimo el número de miembros españoles, ello no quiere decir que no siga siendo primordialmente una obra española. Y no lo digo tampoco por el hecho de que la evangelización emprendida en todo el mundo se haya llevado a cabo desde sus orígenes con fondos allegados de fuentes españolas. Los habitantes de este país, desde la época de Felipe II, estamos acostumbrados, y resignados, a sufragar la salvación de las almas de allende los Pirineos, por decirlo de alguna manera. Así no puede impresionarnos el hecho, del que deberá tomarse buena nota cuando se haga en el futuro la historia de este Instituto Secular [Actualmente, convertido en Prelatura Personal] de que las primeras "misiones" que el Opus Dei tuvo en los Estados Unidos y en otros países fueron creadas y organizadas por becarios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuyo secretario general era uno de los cerebros del Opus Dei, don José María Albareda, y que esos becarios, a lo que iban era a "fundar" las primeras casas y residencias del "mar sin orillas", con arreglo al principio del padre Escrivá de que "gasta lo que debas aunque debas lo que gastes". Eso no importa, como tampoco importa, el objeto de determinar la "españolidad" de la Obra, el hecho, de por sí significativo, de que los primeros extranjeros que formaron parte del Opus Dei, cuando éste no se había lanzado todavía a la conquista de los cinco continentes, fueran croatas refugiados en España, perseguidos en su país por colaboracionismo con los alemanes. Estos son temas que sin duda serán estudiados a medida que se haga necesario poseer informaciones sobre la historia del Opus Dei, pero que caen totalmente fuera del ámbito de este trabajo. Lo fundamental en la apreciación de esa "españolidad" que la Obra parece querer disimular ahora es que nadie que no sea español o no esté familiarizado con el estilo de vida y la mentalidad de un sector muy concreto de la sociedad española al que el fundador pertenece desde su nacimiento, puede comprender las profundas connotaciones culturales e ideológicas que el Opus Dei lleva consigo. Esto es lo que da un interés especialísimo al estudio de la historia personal del fundador, un sacerdote nacido y educado en la tradicional clase media provinciana española. La Obra que él va a fundar, recogiendo profundas aspiraciones de su clase, quedará indeleblemente marcada por sus orígenes y se desarrollará al amparo de determinados acontecimientos de la historia española.

He aquí una afirmación que no compartirán los miembros de la Obra, a quienes he oído repetidamente expresar su convencimiento de que el Opus Dei surgió en la mente del fundador por inspiración divina y, por lo tanto, tiene muy poca importancia el dato meramente accidental del país en que la

Obra naciera o las situaciones puramente personales por las que pudiera pasar el fundador. En una ocasión pregunté a un periodista amigo mío que pertenece a la Obra cuáles creía él que eran los autores que más pudieron influir en monseñor en la época de gestación del Opus Dei. Yo pensaba, por ejemplo, en los grandes místicos o ascéticos del pasado como santa Teresa, san Ignacio o santa Catalina de Siena, o bien escritores modernos como Ramiro de Maeztu, Unamuno, Ortega o el jesuita padre Ayala, fundador de la Congregación de "Los Luises", de la que surgió el núcleo inicial de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, o su primer presidente, Ángel Herrera. Ante mi asombro, y con el aplomo de quien está repitiendo una consigna, mi amigo me contestó que no había existido en monseñor ningún tipo de influencias intelectuales, por el sencillo hecho de que el Opus Dei había sido inspirado por Dios en su mente y Dios no acostumbra a tener influencias intelectuales de ningún tipo.

Naturalmente, yo no me propongo negar esa posibilidad en la intervención divina en una Obra que lleva el nombre de Opus Dei, es decir, Obra de Dios. Todos los miembros de la Obra con quienes he hablado, sin excepción, me han insistido en la imposibilidad de estudiar la figura del padre Escrivá sin tener en cuenta el carácter sobrenatural de la inspiración que le llevó a crear el Opus Dei. El mismo fundador, en un coloquio celebrado en la capilla Barbazana de la catedral de Pamplona con un grupo de periodistas, lo dio a entender claramente. El corresponsal de France-Presse en España le preguntó:

– *¿A qué atribuye usted el gran desarrollo del Opus Dei en el mundo?*

A lo que el padre respondió:

– *¿Usted se lo explica? Yo, no. Humanamente no tiene explicación. Es Obra de Dios y sólo Él podría satisfacer su curiosidad".*

Calculo que, por muy perfectos que hubieran sido, y lo son, los servicios de la France-Presse, difícilmente habrían podido "cubrir" la información que el padre Escrivá sugería. El corresponsal se limitó a tomar nota de la respuesta, como yo me limito a transcribirla, no sin añadir que, a pesar de todo, creo que puede tener alguna importancia en la formación histórica del Opus Dei el hecho de que su fundador naciera en Barbastro en casa de un honrado comerciante de tejidos que, con el tiempo, vino a menos; o bien el hecho de que el libro fundamental del Opus Dei, esa especie de "Así hablaba Zaratrusta" del opusdeísmo, "Camino", fuera escrito en la habitación de un hotel de Burgos, entonces capital de la España del 18 de julio, en el fragor de la guerra civil.

* * * * * * * * * *

NIÑOS, AUNQUE NO NIÑOIDES

Y, sin embargo, esta nota de sobrenaturalidad tan insistentemente repetida por los miembros de la Obra al explicar el origen y el desenvolvimiento del Opus Dei, tiene a mi manera de ver una enorme importancia en la conformación del Opus Dei y de la mentalidad de sus miembros. Sin entrar a discutir si el padre Escrivá recibió o no el encargo divino de constituir el Opus Dei, lo cierto es que el Opus Dei se constituyó como si el padre Escrivá hubiera recibido ese divino encargo [No sólo el Opus Dei fue creado por inspiración divina, sino que también lo fueron la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que agrupa a los sacerdotes de la Obra, así como la rama femenina del Opus que, según propias declaraciones, Escrivá no quería crear y Dios le ordenó que lo hiciera]. Las consecuencias de este hecho son incalculables en muchos aspectos, y hacen posible que se cree alrededor de la figura del fundador una aureola de santidad que explica las tumultuosas manifestaciones de devoción de que sus hijos le hacen objeto y, como veremos, dan pie a la arraigada creencia de que el padre tiene el don de obrar milagros. Pero esta profunda y no ocultada convicción de origen divino del Instituto tiene sobre todo repercusiones de orden humano que afectan al desenvolvimiento mismo del Opus Dei en la medida en que condicionan la capacidad de crítica de sus miembros y, por tanto, la capacidad de autocrítica de la Obra en su conjunto.

Uno de los contados periodistas españoles que han escrito sobre el Opus Dei desde un punto de vista crítico, Armando Segura, decía en una serie de artículos publicados a fines de 1966 en “El Noticiario Universal de Barcelona”: “El Opus Dei es monseñor Escrivá”, “La esencia de Opus Dei es ser una sola persona”, y “la Obra es el padre”. Estas afirmaciones de Segura podrían ser discutibles en el sentido de que la creciente complejidad de los problemas que el Instituto tiene planteados en todo el mundo haya hecho quizá que el padre perdiera el control de tipo “familiar” que tenía originariamente, cuando su paternidad llegaba a tal extremo que, a su madre, doña Dolores, que vivía con él en la residencia, los estudiantes la llamaron “la abuela”. Pero las afirmaciones de Segura siguen siendo ciertas si las interpretamos en el sentido de que la Obra está de tal manera conformada por el pensamiento y la sensibilidad del padre que puede decir que la Obra “es” el

padre. Resulta de todo punto imposible exagerar el dominio que este hombre ejerce sobre el espíritu de sus “hijos”, a los cuales no cesa de repetir, desde hace cuarenta años, una frase que les es muy cara: “¡Sois libérrimos, oídme bien, sois libérrimos!”, afirmación que sería totalmente innecesaria fuera de una concepción paternalista.

Tal vez las máximas más ilustrativas de “Camino” en este sentido sean las comprendidas en los capítulos de “Infancia espiritual” y “Vida de infancia”. Ambos capítulos tienen, naturalmente, un contenido religioso. El hombre es niño, y debe seguir siéndolo, ante Dios, su Padre. Pero, si podemos dejar al margen esta vertiente puramente espiritual y nos fijamos sólo en el lenguaje, como vehículo de la psicología del autor, encontraremos posiblemente en esas máximas la mejor expresión de su arraigado paternalismo. Dice el padre Escrivá en la máxima 868:

Sé pequeño, muy pequeño. —No tengas más de dos años de edad, tres a lo sumo. —Porque los niños mayores son unos pícaros que ya quieren engañar a sus padres con inverosímiles mentiras.

Ser niño, tiene, en la concepción de monseñor Escrivá, la ventaja de que cuando un niño “tropieza y cae, su padre se apresura a levantarle”, Cuando un hombre solicita un favor “es menester que acompañe la hoja de sus méritos”. Si el que lo pide “es un chiquitín, basta con que diga: soy hijo de Fulano”. Acaso sea por esta consideración, de tan honda resonancia pequeño-burguesa, que monseñor recomienda: “No quieras ser mayor. —Niño, siempre niño, aunque te mueras de viejo”. Pero, cuidado, el niño debe ser niño, pero no “niñoide”, término este último de creación personalísima del padre Escrivá. No debe intentar tampoco andar con zancos: “Pero niño, ¿por qué te empeñas en andar con zancos?” “¿Has visto algo más tonto que un chiquillo hombreando?” “No te me plantes en la edad del pavo”, añade el buen sacerdote barbastrino. “Ah, y deja esas mañas de perro faldero.”

Pero el esquema paternalista del padre Escrivá adquiere toda su dimensión en esta máxima:

Niño bobo: el día que ocultes algo de tu alma al Director, has dejado de ser niño porque habrás perdido la sencillez.

Hay momentos en que la insistencia del autor de “Camino” sobre la necesidad de la “Infancia espiritual” resulta particularmente jocosa:

¡Cuánto te cuesta esa pequeña mortificación! Luchas (...) Mira: ¿has visto con qué facilidad se engaña a los chiquitines?

No quieren tomar la medicina amarga, pero... ¡anda! —les dicen— esta cucharadita por papá; esta otra por tu abuelita.

Define la “bobería” espiritual diciendo que es “el diálogo entre el niño inocente y el padre chiflado por su hijo”. El diálogo que se transcribe en la máxima es muy sugerente:

¿Cuánto me quieres? ¡Dilo! —Y el pequeñín silabea: ¡Mu-chos millo-nes!

Acaso no estemos ya muy lejos de comprender los motivos por los cuales se acusa al Opus Dei de una notable incapacidad para la autocrítica. El niño bobo de la máxima no está realmente en la mejor disposición para autocriticarse. Tiene un padre que vela por él, el padre Escrivá, y está repetidamente vacunado contra cualquier virus crítico que pudiera hacerle dudar. El pensamiento del fundador es tajante en este sentido y hace pensar que sólo de una crítica de ese pensamiento —al menos en algunos de sus aspectos— podría arrancar la “apertura” en el Opus Dei. “Ese espíritu crítico, ¿me perdonas que te lo diga?, es un gran estorbo”, dice monseñor. “Entonces —preguntas inquieto— ¿ese espíritu crítico que es como sustancia de mi carácter?” El padre Escrivá tiene siempre respuestas para todo. También para esta pregunta. “Mira, te tranquilizaré, toma una pluma y una cuartilla; escribe sencilla y confiadamente —ah, y brevemente—, los motivos que te torturan, entrega la nota al superior, y no pienses más en ella. El, que hace cabeza —tiene gracia de estado—, archivará la nota... o la echará en el cesto de los papeles.”

Varios ex miembros del Opus Dei con quienes he tenido ocasión de hablar me cuentan que, cuando llegaba el momento de escribir la amorosa “carta al padre” que anualmente o con mayor periodicidad le dirigen todos sus “hijos”, el director de la residencia donde vivían solía decirles:

–No le contéis problemas. Sólo cosas agradables.

Ignoro si esto es así en todos los casos, pero me imagino que, si las personas con quienes hablé de este tema no me engañaron, la montaña de papel que se acumula en determinadas épocas en la residencia de Bruno Buozzi, en el elegante barrio romano de Ai Monti Maroli, será poco menos que una montaña de flores. Es la consecuencia tal vez de haber visto cómo los superiores echaban al cesto de los papeles las notas que dictaba ese “espíritu crítico que es como sustancia de mi carácter”, como decía el joven interlocutor del padre Escrivá. De esta manera, en el pensamiento del autor de “Camino”, la crítica se interpreta como pura “habladuría”, “faena de comadres”, “trapisonda, enredo, chisme, cuento, insidia”, “¡lengua, lengua, lengua!”, “tu obediencia debe ser muda ¡esa lengua!”

No tiene nada de particular, en estas circunstancias, que un miembro del Opus Dei me dijera que dentro de la Obra no existe el problema generacional que atraviesa el mundo. No puede haberlo, en cuestiones básicas, aunque sea cierto que, como afirman algunos, llegue a haber "incluso republicanos" en el seno de la organización. Que todos fueran tan monárquicos como el teórico opusdeísta Ángel López-Amo, autor de "La Monarquía de la reforma social", no sería de tanta gravedad como este respeto sacralizado que parecen manifestar los miembros del Opus Dei en todo lo que se refiere al padre Escrivá. Pueden ser republicanos, pero continúan siendo en este aspecto monárquicos absolutistas de "vivan las cadenas" sin reforma social, por añadidura. Una de las cosas que más me han chocado al hablar con los miembros del Opus Dei, en la medida en que ellos han querido hablar conmigo, ha sido el hecho de que se obstinaban en ignorar las críticas que desde fuera se dirigen a la Obra. Los que, de alguna manera, "hacían cabeza" en puestos de responsabilidad dentro de la Obra conocían esas críticas y habían leído los libros o artículos de los autores que se han ocupado del Opus Dei en sentido crítico. Los habían leído, pero no habían sacado al parecer de su lectura ningún provecho. Los daban de baja con un gesto de la mano y se limitaban a atribuirlos a una animadversión insidiosa contra el Opus Dei. Así, Urs von Balthasar, el teólogo suizo que con tanta altura ha analizado los aspectos integristas del opusdeísmo, había conspirado contra la Obra con nocturnidad y alevosía —desde la covachuela del rencor y el odio—; Daniel Artigues, el católico francés del documentadísimo libro "El Opus Dei en España", era "el pseudónimo de un equipo" formado por enemigos personales de la Obra conjurados para desacreditarla. Una de las personas con las que hablé, que "hacía cabeza", aunque no me pareció que la tuviera, se alegraba de que, según él dijo, la edición francesa del libro de Artigues no se hubiera vendido también como la editorial esperaba. En cuanto a los que no tenían ningún puesto de responsabilidad, se notaba que no habían leído ni pensaban leer ninguno de estos "malignos" trabajos. ¿Cómo podía pensar de otra manera una gente que, en la meditación diaria de "Camino" podía encontrarse con máximas como la 339:

Libros: no los compres sin aconsejarte de personas cristianas, doctas y discretas. —Podrías comprar una cosa inútil o perjudicial.

¡Cuántas veces creen llevar debajo del brazo un libro... y llevan una carga de basura!

Pero no es esto lo que más me extrañó, sino el asombroso hecho de que, por no conocer, estos opusdeístas no conocían, ni siquiera, la biografía del padre Escrivá. No sé quién decía que había conocido a dos tipos de

miembros del Opus Dei: los listos y los sinceros. Y que los sinceros no son listos y los listos no son sinceros. Yo no diría tanto, pero, para entendernos, y para seguir dentro del esquema, los listos con quienes hablé no me dijeron nada porque no quisieron. Tenían interés en ocultarme lo que sabían de la vida del padre Escrivá. En cuanto a los sinceros, estoy convencido de que, si no me dijeron nada, fue porque no sabían nada, más allá de esas pequeñas anécdotas que se cuentan dentro de la Obra. Se trataba, en la mayor parte de los casos, de una ignorancia sistematizada, de una ausencia de curiosidad fomentada por la Obra para mantener incólume el halo mágico del fundador.

En años recientes se ha observado en el Opus Dei una cierta "apertura" consistente sobre todo en difundir un mayor número de noticias sobre la marcha de la Obra. Esto se ha venido haciendo en un cierto tono triunfalista, no exento de autosatisfacción por los indudables progresos que el Opus Dei ha logrado en todo el mundo. Como consecuencia de esta nueva política, los socios del Opus Dei ya no niegan serlo, como lo negaban hace unos años, cuando la imaginación popular había hecho circular el chiste aquel que, comparando a los socios del Opus con los platillos volantes, decía: "¿Sabes cómo llaman a los del Opus?" –"No." –"Pues, los ORNI: Objetos Religiosos No Identificados." Esta época de la no identificación ha pasado a la historia, según parece, pero la nueva política no supone en absoluto un "aggiornamento" en el sentido del Concilio Vaticano II. En el Opus Dei no ha comenzado todavía una verdadera autocrítica. Ha habido un cambio de lenguaje, un poco impuesto por los tiempos. Ya el padre Urteaga, uno de los más señalados discípulos de Escrivá de Balaguer, no podría afirmar como lo hacía en 1948 en "El valor divino de lo humano" que "los cristianos, antes de perecer, arrasaríamos el mundo". Ya los miembros universitarios de la Obra no defienden a puñetazos a "su padre" ni provocan altercados como el que se organizó en la Universidad de Barcelona hacia el año 1964 cuando alguien empezó a hablar mal del Opus Dei y ellos reaccionaron violentamente diciendo que habían atacado a la Obra y la Obra era "su madre" ["Nuestra Madre Guapa", como la llamaba el fundador] y "a nadie le gusta que hablen mal de su madre". Con ocasión de aquel incidente, Alfonso Comín contaba en la revista católica "El Ciervo" que un joven monje del Císter, que estudiaba en la Facultad de Derecho de aquella universidad, le había dicho al contemplar esta escena de la defensa de la Obra-madre:

-Fíjate tú, es como si yo dijera que el Císter es mi madre.

Y añadía:

"Mi madre es, si quieres, la Iglesia. En cuanto al Císter, no es más que una tía lejana, muy lejana".

No cabe esperar que el culto a la personalidad del fundador, que tan señaladamente se practica en el Opus Dei, haga posible por ahora que sus miembros miren al Instituto con el ánimo distendido con que mira su Orden un monje del Císter. Sin embargo, es indudable que el planteamiento del Opus Dei como tía lejana de sus miembros abriría nuevas y hasta halagüeñas perspectivas a la convivencia.

* * * * * * * * * *

“EL CURA MÁS GUAPO DEL MUNDO”

Don Enrique Gutiérrez Ríos, ex rector de la universidad de Madrid, devoto opusdeísta y autor de una biografía del profesor Albareda, describe en su libro una visita que su biografiado hizo a don Josemaría Escrivá hacia 1935 en la vieja residencia de Ferraz. Descompongo el párrafo en tres fragmentos, porque me interesa ahora dar la dimensión humana del personaje. El profesor Albareda esperaba en la salita de la residencia y al cabo de unos momentos, apareció don Josemaría con los brazos abiertos, tendidos hacia abajo, sonriente.

Tras esta impecable salida:

Albareda se sintió abrazado: preguntas por sus padres, por sus hermanos —con sus nombres—, por las Navidades recientes.

El hecho de recordar los hombres de los hermanos de Albareda, a quien casi no conocía aún por esa época, sugiere ya unas nada desdeñables dotes de hombre público. Y prosigue Gutiérrez Ríos:

Don Josemaría había puesto las manos sobre los brazos caídos de Albareda y le miraba con cariño, sonriente: el rostro algo inclinado —la barbilla próxima al pecho—, la mirada intensa, casi por el borde superior de las gafas de concha, esa expresión tan personal...

Apenas puede añadirse nada al emocionado retrato que del padre Escrivá hace aquí el doctor Gutiérrez Ríos. Personas que han conocido y tratado al fundador del Opus Dei me han confirmado de palabra esa “cautivadora impresión” que don Josemaría causa en sus interlocutores. Se habla de “maneras suaves”, “unción religiosa”, “suprema dignidad” y hasta “elegancia”. Se fijan unos en su forma de andar, a la vez firme y pausada, otros en la manera de sentarse, los de más allá, en el gesto único con que se frota, sacerdotalmente, las manos. “No se puede hacer usted una idea —me decía un antiguo colaborador suyo— de la distinción con que don José María baja las escaleras. Jamás se sujeta la sotana con las dos manos, como muchos curas. El, con una sola mano, con gesto elegantísimo. Como un rey.” Y añadía con admiración: “¡Nunca ha visto usted unas escaleras tan bien bajadas!”.

No se crea, sin embargo, que monseñor Escrivá sea un personaje encopetado con ademanes hieráticos. Por el contrario. El propio Gutiérrez Ríos da cuenta en su libro de la "soltura" de sus movimientos al decir:

Don Josemaría se movía casi sin cesar, con una naturalidad y soltura que eran elegancia de ademanes; inclinaba el cuerpo hacia el que estaba dirigiendo entonces sus palabras —aunque éstas fueran para todos—; se ponía en pie, daba algunos pasos por la habitación, volvía a sentarse, a veces en distinto sitio... Daba a la conversación una hondura humana, un clima de interés palpitante que lo envolvía todo".

No falta quien, en una atrevidísima comparación, relacione el atractivo personal, el poder de seducción del padre Escrivá con el que parecía poseer en alto grado el escritor francés Malraux. Aunque se reconoce que el traducidísimo autor de "Camino" es considerablemente más grueso y de estatura algo menor que el de "L'Espoir", quiere verse en él, tanto como en Malraux, ese "charme misterieux", ese encanto arrebatador que, cualquiera que sea el lugar donde se encuentre, lo convierte en el centro y norte de todas las miradas. "Cuando monseñor está presente —me decía un devotísimo hijo suyo, profesor del colegio de Gaztelueta de Bilbao—, se esfuman como por ensalmo todas las demás personas. Sólo se le ve a él." Un sacerdote de Zaragoza me contaba que, con ocasión de ser nombrado monseñor Escrivá de Balaguer doctor Honris Causa de la universidad cesaraugustana, el entonces arzobispo de la diócesis, don Casimiro Morcillo, quedó tan en segundo plano en la ceremonia y en la recepción que posteriormente se ofreció al nuevo doctor, que comentó al regresar al palacio episcopal: "Yo no sé para qué he ido. Allí no pintaba nada". No me han hecho ningún caso".

No todo el mundo sabe apreciar por igual, sin embargo, esa elegancia, misterioso encanto y suaves maneras que, según sus admiradores, son virtudes innatas de monseñor Escrivá de Balaguer. Sus compañeros del seminario de Zaragoza, por ejemplo, tienden a infravalorar esas virtudes.

–Era un vanidosillo– me decía, en tono cariñoso, el vicario general de la diócesis, don Luis Borraz, aclarando que, en aquella época, la inmensa mayoría de los seminaristas eran muchachos de pueblo, de familia humilde, que difícilmente podían comprender "las elegancias que se traía" ya entonces el futuro fundador del Opus Dei.

Otro compañero de carrera de Escrivá me aseguraba:

–Se dejaba el pelo entero, mientras nosotros lo llevábamos al cero.

Y un tercero:

–Era muy presumido. Usaba calcetines de seda. [Viéndole tan remilgado, sus compañeros de seminario le aplicaban un calificativo aragonés: "pijaíto"].

Don Antonio Mainar, el comunicativo párroco de la iglesia de San Miguel, que tenía colgado en la pared detrás de su mesa de despacho un grabado del Sagrado Corazón adornado con una bandera española, me decía:

–Mire, Escrivá era, ¿cómo voy a decirle?, "de la "nueva ola".

La afirmación que más me impresionó de cuantas me hicieron los compañeros de monseñor fue la de que, de seminarista, "llevaba siempre el bonete ladeado". Cuando les preguntaba si conservaban alguna fotografía de la época de estudios, en que pudiera aparecer don Josemaría Escrivá me decían:

–En esa época no se acostumbraba a sacar fotografías. Y es una pena porque si tuviéramos una fotografía, distinguiríamos en seguida a Escribá por el bonete ladeado.

Todos los compañeros parecían coincidir en el hecho de que el seminarista Escrivá era hombre bien parecido. Ya en Barbastro, varias personas me habían asegurado que la madre de monseñor, doña Dolores, era de joven "una de las mujeres más guapas de Barbastro" y que monseñor "había salido claramente a su madre". Que así debía ser lo ratifica la anécdota sucedida a raíz de ser nombrado Escrivá, recién ordenado sacerdote, sustituto del párroco del pueblo de Perdiguera, un cargo que ocupó solamente durante algunas semanas. El mencionado párroco de San Miguel, don Antonio Mainar, se encontró en Zaragoza con unos del pueblo de Perdiguera y, sabiendo que a los de aquel pueblo les gustaba ser los primeros en todo, les dijo:

-Maños, ¡que os han nombrado al cura más guapo del mundo"

Otra anécdota, esta vez de la época en que Escrivá era estudiante de los últimos cursos del teologado, confirma todavía ese extremo. Me la contó un cartujo con quien me fue concedido hablar, haciendo con ello una excepción en la severísima orden de san Bruno. Este cartujo, el padre Hugo, lleva cuarenta años en la Orden y, para que se vea el rigor con que el silencio y discreción se imponen en ella diré que, cuando le expuse al padre prior el motivo que allí me llevaba y le dije que el padre Hugo había sido en el siglo compañero de monseñor Escrivá, el prior contestó: "no lo sabía".

Me autorizó en seguida a hablar con el padre Hugo, con quien tuve el gusto de departir durante más de una hora no sólo del tema que a mí me interesaba, sino de otras muchas cuestiones. Me habló del régimen de la vida de la Cartuja, del silencio y aislamiento de toda la semana, interrumpidos

sólo durante las horas de paseo de los domingos. Y de cómo, a fuerza de años de soledad y recogimiento, se llegaba a perder absolutamente el interés por las cosas del mundo.

–Si me preguntara usted quiénes son los ministros actuales, no se lo sabría decir— me decía el buen cartujo.

Sus recuerdos del padre Escrivá eran mucho más precisos que los que conservaba de sus compañeros. Eran, por decirlo así, más recientes, en el sentido de que, habiendo entrado en la Cartuja a los pocos años de haberse ordenado, junto con Escrivá, como sacerdote, esos recuerdos de la época del seminario eran prácticamente los últimos de su vida en el mundo. Sus cuarenta años de meditación, lejos de borrarlos, parecían haberlos fijado. Hablando de monseñor Escrivá, yo le dije que había sacado la impresión, por lo que me habían contado en Zaragoza, de que monseñor era en su juventud un tanto presumido y mundano. Negó el cartujo con vehemencia estas afirmaciones y aseguró que "era bueno". Fue entonces cuando me contó el incidente que, a su manera de ver, demostraba las rectísimas intenciones que se albergan en el alma del joven Escrivá.

Por lo que el padre Hugo me dijo, tanto él como Escrivá vivían en la residencia de san Francisco de Paula, que estaba apartada del seminario de san Carlos y marchaban a pie todos los días por las calles de Zaragoza en fila de a dos para asistir a clase en el seminario. Aquí hay un detalle que es interesante anotar en este análisis de la personalidad de Escrivá de Balaguer y es que, según me dijo el padre Hugo, Escrivá marchaba siempre "un poquito separado de la fila", como si no quisiera confundirse con los demás. Describía el cartujo, con no disimulada admiración, la forma de andar de su compañero, pausada y majestuosa, el manteo soberbiamente recogido con una mano, la cabeza erguida y los ojos inclinados hacia el suelo. Añadía yo mentalmente a esta imagen los detalles que me habían dado los demás compañeros, a saber, que, lejos de llevar la cabeza rapada como los otros muchachos aldeanos, Escrivá se dejaba el pelo entero y se colocaba siempre el bonete de cuatro picos ligeramente ladeado. Sucedió, pues, que una mañana, cuando marchaban juntos al final de la fila el seminarista "de la nueva ola" y el hoy cartujo padre Hugo, hacia el seminario de san Carlos, al llegar a la plaza de san Pedro Nolasco, dos chicas se quedaron paradas al borde de la acera contemplado la apuesta figura de José María Escrivá. "El no volvió la cabeza ni les hizo caso", me decía el padre Hugo con la extrema modestia de quien lleva cuarenta años de rigurosa clausura. Al día siguiente, a la misma hora, las chicas estaban de nuevo en la acera de la plaza de san Pedro Nolasco, en idéntica actitud provocativa. Al tercer día, otro tanto. Por fin, al

cuarto día, las dos muchachas se metieron en el portal y, cuando los seminaristas pasaron, les dijeron por lo bajo al futuro fundador:

– *¿Tan feas somos que ni siquiera nos haces el menor caso?*

Y él, así me lo contaba el padre Hugo, contestó con cajas destempladas:

– *¡Unas sinvergüenzas es lo que sois!*

El cartujo pronunciaba estas palabras con la misma santa ira con que debió pronunciarlas su compañero, como el "vade retro" con que los anacoretas de la antigüedad cristiana ahuyentaban al demonio que les tentaba. En este momento, sin embargo, no nos interesa la significación espiritual que pudiera tener la actitud honesta y reservada del joven seminarista, bien fuera debida a una cierta timidez de su carácter, bien a que ya despuntaba en él la ardorosa vocación que andando el tiempo le llevaría a acometer grandes empresas espirituales. Lo que nos interesa aquí es el hecho mismo de que unas chicas zaragozanas vieran en la persona del seminarista tales atractivos que no vacilaran en abordarle en medio de la calle. Este aspecto de la personalidad del fundador, por trivial que pudiera parecer, tiene importantes repercusiones en la forma de ser de la Obra por él creada. El hecho de que, a la madre de monseñor, a "la abuela", se la considerara una mujer guapa y de que monseñor lo fuera hasta el extremo de recibir de las mujeres apasionadas proposiciones en su desfile diario por las calles de Zaragoza, no es absoluto ajeno a la arraigada preocupación esteticista que se observa todavía hoy en el Opus Dei. Es fama, por ejemplo, que no se ve en el Instituto con buenos ojos el ingreso de personas notoriamente feas y aunque, naturalmente, no existe en esto una norma rígida, pues se tienen en cuenta otras condiciones, es indudable que la españolísima supervaloración de la guapura, con su regusto lejanamente racista, tiene en la elección de candidatos del Opus Dei la misma importancia que ha venido teniendo en la familia española de clase media tener "hijos buenos, inteligentes, despiertos, bien educados... ¡y guapos!" Monseñor Escrivá de Balaguer extendía al campo de la espiritualidad esta preocupación familiar española al decir, en un coloquio, hace unos años, que "necesitamos que suban a los altares jóvenes atléticos y chicas guapas". Y añadía con su característico humor de clérigo: "Y no sólo por guapas".

Un ex miembro del Opus Dei me dijo en una ocasión que él había oído decir, sin que hubiera podido comprobarlo que, en los primeros tiempos de la historia de la Obra, al padre le gustaba que sus discípulos se vistieran con túnicas blancas para la celebración de determinadas ceremonias religiosas.

No sé si esto es cierto o se trata de una pura leyenda. Lo que sí sé es que está muy en la línea del esteticismo litúrgico del padre Escrivá tal como aparece en sus escritos y especialmente en algunas máximas de “Camino”. Indudablemente, el estudio de lo que llamaríamos la Estética escrivaniana es de gran importancia para comprender el fenómeno sociológico del Opus Dei. El gusto personal de fundador, en efecto, impregna todas las construcciones religiosas del Instituto y, a mi manera de ver, influye también decisivamente en la decoración de sus edificios civiles. Pero esa ocurrencia litúrgica de vestir a los discípulos con túnicas está sobre todo en línea con la concepción angelológica de Escrivá de Balaguer. En los oratorios e iglesias del Opus Dei no faltan nunca representaciones pictóricas y escultóricas de los ángeles y arcángeles, jóvenes bellísimos que aparecen triunfantes dando muerte con su espada a hombrones sudorosos y carnales en cuyos ojos brilla el fuego de la concupiscencia. San Miguel, San Rafael, San Gabriel presiden la vida del Instituto Secular, dan vida a sus “Obras” o secciones. Históricamente, la fundación misma del Opus Dei tiene lugar un 2 de octubre, día de los santos Ángeles Custodios. A lo largo de las páginas de “Camino” se escucha un constante batir de alas; y el padre Escrivá, tras recomendar al lector: “Sé recio. Sé viril. Sé hombres”, añade: “Y después... sé ángel.” [En uno de los retratos que están en la Casa Generalicia del Opus Dei en Roma, monseñor aparece entre dos ángeles].

Que el esteticista Escrivá de Balaguer, por tanto, hubiera inducido en algún momento a sus hijos a vestir la túnica de los ángeles tiene menos importancia que el hecho mismo de que los quisiera ángeles. A veces me he preguntado qué resultado daría el experimento de ilustrar una por una las máximas de “Camino”. El resultado sería un tremendo relato de aventuras, un tebeo de guerra entre el bien y el mal, entre el ángel y el demonio, entre la voluntad y la desidia, entre la carne y el espíritu, entre la pulcritud y el desaliño. ¡Qué excelentes “bocadillos” harían las frases cortantes del editadísimo libro! Y tras esta lucha a muerte en la que interviene toda una teoría de personajes, desde los más soeces e inmundos hasta los más sublimes, resplandecería la victoria del ángel, un ángel que posiblemente no vestiría de blanca túnica de raso como en los viejos tiempos, sino una buena chaqueta cuidadosamente elegida por sus superiores para que estuviera a tono con esa elegancia que ya despuntaba en el seminarista incomprendido por sus rurales condiscípulos. “Conviene vestir bien”, es una frase que se oye a menudo en los centros del Opus Dei y que a veces se incluye como recomendación en esas pequeñas “notas” que llegan de cuando en cuando a las residencias firmadas por “Mariano”. El propio fundador se refería hace muy

poco tiempo en una entrevista a la necesidad de que sus hijos prestaran atención al “arreglo personal”.

A pesar de que en el Opus Dei se ha prescindido de cualesquiera hábitos o distintivos como los que se utilizan en las órdenes y congregaciones religiosas más antiguas, y la elección del traje o vestido se deja a la libertad de cada uno, puede apreciarse una cierta uniformidad en la manera de vestir de los miembros de la Obra. Favorece esta uniformidad el régimen económico a que están sometidos los socios, especialmente los numerarios, que suelen vivir en común en casas o, como se dice en el Opus Dei, en “familias”, compuestas por lo general de ocho o diez miembros. A fin de mes, los numerarios entregan sus sueldos o ganancias al secretario y cuando necesitan hacerse un traje o comprarse unos zapatos, consultan con el director para que les autorice a realizar ese gasto extraordinario. Aunque el director no tiene atribuciones para decidir cómo tiene que ser ese traje, no cabe duda de que su consejo pesa decisivamente en este aspecto. Según antiguos miembros, hubo una época en que, en cada ciudad, había una persona que se ocupaba de “orientar” a los socios cuando necesitaban renovar su vestuario y les dirigía a determinados establecimientos más o menos ligados a la Obra.

Es probable que, en esta materia de la elegancia, la disciplina de la Obra se haya relajado un poco en los últimos tiempos, tal vez por el temor de que el atildamiento que se venía recomendando pudiera chocar en determinados ambientes, sobre todo entre los intelectuales y jóvenes universitarios. De todas maneras, la Obra tiene en eso, como en otros muchos aspectos, una especie de “techo” que difícilmente puede rebasar y que viene impuesto por el mismo tono aristocratizante que se respira en las enseñanzas del fundador. Por lo que se refiere a la mujer, la moda que el Opus Dei prefiere, por no decir propone, puede estudiarse muy claramente, al menos en España, en una revista femenina dirigida por mujeres miembros de la Obra: “Telva”, cuya divisa podría ser muy bien ser la de una modernización de la ñoñería tradicional española. En cuanto a la moda masculina, no poseemos que yo sepa material impreso que nos ayude en este punto. No es una moda distinta de la impuesta por la sociedad de consumo. Más bien podría decirse que la forma de llevar esa moda es lo que le da su carácter distintivo. Ante la dificultad de explicarle al lector lo inexplicable, recurriré a una anécdota que le pasó a un amigo mío el cual, por cuestiones profesionales, se citó en un bar elegante al que él solía acudir por las noches, con una persona que era miembro del Opus Dei. Cuando el del Opus Dei entró en el local, mi amigo estaba sentado con un famoso actor y otras personas. Excusándose, se levantó de la mesa del actor y fue a sentarse en otra mesa

con el de la Obra. Hablaron del asunto que tenían que tratar y, cuando terminaron, mi amigo acompañó al de la Obra a la puerta del local y volvió a la mesa del actor y sus acompañantes. Pues bien, nada más sentarse mi amigo, el actor le preguntó por lo bajo: “Oye, ese tío es del Opus, ¿no?”

Y así es como visten los del Opus.

Visten de forma que no puedan contradecir, en ningún momento, el “Manual de urbanidad” que a veces es “Camino”; como cuando dice:

–Si no corriges las maneras bruscas de tu carácter, si haces incompatibles tu celo y tu ciencia con la buena educación, no entiendo que puedas ser santo. —Y si eres sabio, aunque lo seas, deberías estar amarrado a un pesebre, como un mulo.

El ideal del Opus Dei no es ser un mulo, es ser un ángel. Y un ángel es, por definición, intachable. Se concibe un ángel sin túnica, tal como están los tiempos. Pero no se concibe un ángel con los pantalones arrugados. Y así se cuenta que monseñor Escrivá de Balaguer, cuando se reúne con sus discípulos, recibe gran alegría al verlos tan impecables, tan impolutos, tan a la imagen y semejanza de lo que él soñó desde su lejana juventud aragonesa. Y dicen que se los queda mirando y exclama satisfecho: “¡Qué guapos son mis hijos!”.

* * * * * * * * * *

MARQUÉS DE PERALTA

Según la “Enciclopedia heráldica y genealógica”, el escudo de la casa de Peralta, rama de Benabarre, tiene en ampo de plata una banda de gules cargada de tres estrellas de oro y acompañada en lo alto de un águila de su color y, en lo bajo, de un ala de sable. La genealogía del apellido Peralta parece remontarse al siglo XIV. La misma “Enciclopedia” indica que la familia procede por varonía del infante de Navarra don Pedro, hermano del rey navarro don Carlos III el Noble y, por línea de hembra, de una hija de Pedro Martínez de Peralta, de la que el citado infante tuvo un hijo natural, llamado mosén Pierres de Peralta, que es con quien comienza la filiación de esta familia en la cual habían de nacer ilustres españoles como don Juan de Tassis y de Peralta, conde de Villamediana, el célebre caballero y poeta que murió asesinado en Madrid durante el reinado de Felipe IV. Una rama de la familia, por una serie de conexiones, llegó a La Puebla de Castro, lugar del partido judicial de Benabarre, ciudad de la actual provincia de Huesca, situada no lejos de Barbastro. Aesta rama sebió pertenecer don Tomás de Peralta quien, según se afirma en la solicitud de rehabilitación del título de este nombre, es antepasado de monseñor Escrivá de Balaguer.

No he podido seguir la genealogía de monseñor, aunque no hay motivo alguno para sospechar que el consejo de ministros, el consejo de Estado y la Diputación de la Grandeza de España, organismos que informaron y conocieron de la solicitud, no exigieran todo el rigor que conlleva la rehabilitación de un título. No me ha sido posible ver el expediente, que obra en el Ministerio de Justicia, ya que para ello era necesario contar con la autorización del titular, es decir, del Marqués de Peralta. Por otra parte, miembros del Instituto Salazar y Castro de Heráldica y Genealogía, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, me informaron de que los expedientes de los títulos concedidos en España por el archiduque Carlos de Austria, entre los que al parecer se cuenta este marquesado, están todos en Viena, sin que pueda encontrarse en España ninguna referencia ni estudio sobre tales títulos. He visto, pues, solamente, a falta de la documentación completa, la Resolución publicada en el Boletín Oficial del Estado de fecha 25 de enero de 1968 dando cuenta de la solicitud de rehabilitación del título a nombre de don José María Escrivá de Balaguer y Albás, de fecha 24 de enero de

1968, publicada en el Boletín Oficial del Estado del día siguiente, y el Decreto 1851/1968 de 24 de julio, accediendo a la solicitud, que aparece en el Boletín del día 3 de agosto del mismo año de 1968.

De la lectura de estas dos fuentes se desprenden algunos datos de interés que creo necesario señalar. En la Resolución se dice que "el título de marqués" fue concedido el 12 de febrero de 1718 por el archiduque Carlos de Austria a don Tomás de Peralta. No se dice que el título concedido fuera de marqués de Peralta, sino el de marqués simplemente, y se añade que el solicitante pide su rehabilitación "eligiendo en la gracia ahora interesada la denominación de marqués de Peralta". Asimismo, en el decreto se dice que se rehabilita a favor del solicitante, "el título de marqués con la denominación de Peralta", añadiendo que ello se hace "sin perjuicio de tercero de mejor derecho". Esto parece significar que no existía originalmente un título de marqués de Peralta, sino sólo un título de marqués para el cual se elige ahora la denominación de marqués de Peralta.

Por otra parte, en la misma fecha de la Resolución dando cuenta de la solicitud presentada por don José María Escrivá de Balaguer y Albás se publica otra Resolución anunciando que se ha presentado la solicitud de don Santiago Escrivá de Balaguer y Albás, hermano del anterior, pidiendo la rehabilitación del título de barón de San Felipe, concedido a Don Francisco Castillón el 23 de mayo de 1728, es de suponer por el mismo archiduque Carlos. Esta segunda solicitud parece haber sido denegada o al menos no aparece en el Boletín Oficial del Estado, por lo que yo he podido ver, noticia alguna de su aceptación.

He dado estos detalles, aun a riesgo de causar fastidio al lector, porque me parecen significativos de las precarias condiciones en que los hermanos Escrivá de Balaguer y Albás solicitaron la rehabilitación de los respectivos títulos y no para discutir un problema meramente genealógico que está fuera del ámbito de este que hemos llamado "retrato-robot" del fundador del Opus Dei. Un miembro de la familia Albás con quien hablé en Zaragoza, me decía que, aunque él no había estudiado el expediente del título, creía firmemente que tenía mejor derecho que monseñor Escrivá, por la sencilla razón de que la madre de monseñor, doña Dolores, era la hija menor de don Pascual Albás y doña Florencia Blanca, mientras que la abuela de este Albás zaragozano era la hija mayor de este matrimonio. No quiero meterme en líos de familia ni sé (y el pariente de monseñor tampoco lo sabía) si el título solicitado corresponde a la línea materna o paterna del solicitante. Abonaría esta última suposición el hecho de que don José Escriba, abuelo paterno de monseñor Escrivá de Balaguer— y ya veremos más adelante qué explicación tiene la

sensible variación ortográfica, así como el pomposo alargamiento del apellido— era oriundo del pueblo de Peralta de la Sal, famoso en la historia por haber sido cuna de san José de Calasanz. Por otro lado, si alguno de los dos apellidos era apto para ser galardonado con un título nobiliario, este apellido era el de Albás, pues, según manifestaciones del Albás de quien he hablado, esa familia es de algún abolengo en la provincia de Huesca. [El fundador presumía, con la mayor humildad, desde luego, de la prosapia de su familia a la que, según él, pertenecieron nada menos que San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías y el médico Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre y que murió en la hoguera de la Inquisición de Ginebra. Como quien no quiere la cosa, Escrivá respondía, en una tertulia, a los que le calificaban de santo: "hay un santo, pariente mío lejano, a quien yo quiero mucho... otro antepasado mío fue quemado por la Inquisición protestante. ¡Anda! Tampoco soy de madera de herejes..."]

Abandono ahora mi torpe incursión en la noble ciencia de la genealogía para preguntar: ¿Cuál es la razón que pueda justificar el hecho de que monseñor Escrivá de Balaguer, sacerdote y fundador de un Instituto que persigue la santificación de sus miembros y del mundo, solicitara un título nobiliario? ¿Se hallaba ya en el ánimo del joven seminarista cesaraugustano, que usaba calcetines de seda y llevaba el bonete ladeado, ver algún día su nombre inscrito en la "Guía de la nobleza"? ¿Había surgido esta idea tardíamente, en el sacerdote que bajaba las escaleras mejor bajadas del mundo? A los pocos días de haberse dado en los periódicos la noticia de la solicitud del título, Juan Gomis publicaba en la revista "El Ciervo" una nota titulada: "¿Qué es esto, monseñor?", en la que decía:

¿Qué es esto? ¿Cómo es posible que un cura aspire a estos honores? Si el Opus Dei encuentra críticas y recelos en amplios sectores y es acusado de clasista, ¿se rehabilitará a base de que su fundador y cabeza rehabilite título marquesal? No, no es posible. Uno diría que la noticia es una inocentada, obra de algún periódico zumbón y poco amigo del Opus y del autor de "Camino". Pero no se trata del día de los Inocentes. Es verdad, sí, verdad.

No abundaron los comentarios de prensa. Los periódicos se limitaron a dar la noticia, elocuente por sí sola. Los comentarios estaban en la calle. Un sacerdote contestatario amigo mío me dijo: "El próximo título que va a pedir es el de duque de Dios". Circuló por Madrid un chiste que decía que el Opus había evolucionado de tal manera que la portada de "Camino", que antes decía:

CAMINO

ahora tenía que decir:

Marqués de Peralta

AUTOPISTA DE PEAJE

Un periódico francés publicó una nota según la cual el motivo por el que monseñor había rehabilitado un título era el de que aspiraba a ser nombrado regente. Se decía que el mismo Escrivá había dicho que en él concurrían las tres condiciones para tan alta responsabilidad: la popularidad, el sacerdocio y, ahora, la nobleza. También se ha dicho en algún momento que el Opus Dei pretendió hacer suya la Orden de Malta. En este caso, el título hubiese facilitado al fundador el acceso a la cúspide de una Orden de tanto abolengo.

También eran interesantes las respuestas que pudieran dar los miembros del Opus a tan insólita pregunta. Una señorita de la Caja de Ahorros de Zaragoza, con quien hablé, me dijo que al rehabilitar el título "que llevaban sus antepasados", monseñor había querido demostrar que "incluso los títulos nobiliarios pueden santificarse". Otro miembro del Opus, cuando le pregunté cómo podía explicarme aquello, me contestó muy serio: "Eso demuestra la profunda humildad de monseñor". Me dijo que los sobrinos de monseñor, los hijos de su hermano Santiago, tenían interés por el título y su tío, para complacerles, había decidido solicitarlo en contra de su propio criterio. Bastantes años después de haber obtenido el reconocimiento del título de marqués de Peralta, monseñor Escrivá ha cedido este título a su hermano. Esto no demuestra, sin embargo, nada respecto de las intenciones de monseñor al solicitar el título. Recordemos que su hermano Santiago había solicitado la baronía de San Felipe, que no le fue concedida, al tiempo que monseñor pedía el marquesado de Peralta.

El 25 de enero de 1968, Monseñor escribía, con el familiar nombre de Mariano, la siguiente carta al consiliario del Opus Dei en España, don Florencio Sánchez Bella:

"Querido Florencio: Que Dios me guarde a esos hijos de España.

En esta vida, y no pocas veces, a pesar de mi flaqueza, me ha dado el Señor fuerzas para saber cumplir deberes más bien antipáticos.

Hoy, después de considerarlo despacio delante de Dios y de pedir los oportunos consejos, comienzo a cumplir con uno, que solamente es antipático —para mí— por las circunstancias personales mías; para cualquier otra persona será cosa gustosa y sin quiebras.

Desde la altura de mis sesenta y seis años, vienen a mi recuerdo mis padres, que tanto hubieron de sufrir —estoy seguro—, porque el Señor tenía que prepararme como instrumento —bien inepto soy— y ahora estoy persuadido que es la primera vez que, en cosas de este mundo, guardo un "dulcísimo precepto del Decálogo". Hasta ahora, pido perdón porque no os he dado buen ejemplo, mi gente me sirvió de medio para sacar adelante la Obra: también Carmen y, de algún modo, Santiago.

Me ha movido también, en el caso actual, a obrar como obro no sólo lo que parece claramente nuestro "buen derecho", sino la posibilidad de ayudar a los hijos de mi hermano. De otra parte, observo rectamente el espíritu de la Obra: ser "iguales" a los demás. Esto me hacía notar un Cardenal de la Curia, la semana pasada: con "la manera de ser" del Opus Dei, decía, su conducta es consecuente y razonable.

Ayer os hice decir, por medio de Alvaro, cuando hablasteis por teléfono, que no me importan los comentarios —que no harían, si se tratase de otra persona cualquiera, de otro ciudadano español, y os ruego que, si dicen o escriben algo molesto, que sea lo que sea será injusto, "hagáis oídos sordos". De todas formas, si "prudentemente" se puede evitar que los haya, mejor sería evitarlos, aunque a última hora da igual.

Ya os he abierto mi conciencia: es, de mi parte, una obligación razonable y sobrenatural.

Un abrazo muy grande. Contento, de tanta labor de almas que hacéis en esa queridísima tierra nuestra.

Os quiere y bendice vuestro Padre, Mariano".

Obsérvese que, si al comienzo de la carta la solicitud del título nobiliario es un deber "más bien antipático", luego pasa a ser "la posibilidad de ayudar a los hijos de mi hermano" y, en los últimos párrafos se convierte en "una obligación razonable y sobrenatural".

Conviene tomar nota de esta última contestación, que pone de relieve la "profunda humildad" que supone solicitar un título de nobleza, porque es muy propia de la peculiar lógica que suele utilizar en sus razonamientos el fundador del Opus Dei y, por extensión y docencia, sus hijos. Para seguir

conjeturando acerca de las posibles motivaciones que hubiesen podido inducir a monseñor a solicitar el título de marqués de Peralta, hay un dato que merece la pena tener en cuenta, aunque por sí solo no pueda explicarlo todo. Al parecer, y por lo que me aseguran antiguos miembros de la Obra, el secretario general del Opus Dei, don Alvaro del Portillo, verdadera eminencia gris de la Obra —según se dice— es de familia noble. Don Alvaro ha tenido siempre un ascendiente especial sobre don Josemaría, ascendiente que algunos explican diciendo que cuando monseñor abandonó la España republicana para trasladarse a Burgos cruzando por el monte la frontera de Andorra, dejó en Madrid al que es ahora su segundo de a bordo expuesto a los peligros que el mismo fundador arrostrara durante su estancia en la capital. Al parecer, monseñor Escrivá, durante el arriesgado viaje andorrano, se lamentó repetidamente de su decisión de haber dejado en Madrid a Alvaro del Portillo y desde entonces ha procurado por todos los medios compensar aquel abandono, convirtiéndole en su principal consejero. El hecho de que Alvaro del Portillo sea de familia noble, con todo lo que ello implica, puede haber tenido un considerable peso en el ánimo del padre.

No cabe pensar, sin embargo, que tal haya sido la motivación determinante de esta decisión sin precedentes. En el fundador pueden adivinarse inclinaciones aristocráticas propias. El joven que andaba separado de la fila, cuando iba a clase al seminario de san Carlos, escribió después páginas de inconfundible sabor elitista. Más adelante veremos que la esencia misma de su pensamiento tiene claro contenido aristocrátizante. Nos contentaremos ahora con citar unas frases de su tesis doctoral, “La abadesa de las Huelgas”, que demuestran, al menos, su admiración por la nobleza de sangre. Dice monseñor en el prólogo, con su peculiar estilo:

Aquí te presento, amable lector, a la famosa abadesa de las Huelgas. Quiero contarte, de esta ilustrísima señora, lo que fue su gloria y su blasón durante siglos.

Vas a verla gobernar, como lo hiciera una reina, a los numerosos vasallos de su extenso señorío, con alcaldes y merinos que administraban justicia en su nombre, cuando no lo hacía por sí, sentada en su tribunal...

Y si todo esto no te moviera a tener admiración, espero que abras mucho tus ojos cuando la sorprendas dando licencias para celebrar el Santo Sacrificio...

La verás también encerrar en la cárcel de la torre del Compás a sus súbditos...

Espero que llegues a sentir admiración por una de las mayores glorias de nuestra historia; allí, en santa María, ofrecieron su vida al Altísimo, en oblación religiosa, infantas y nobles de León y Castilla...

Apenas puede encontrarse otra muestra más elocuente de la profunda admiración que la grandeza y el señorío despiertan en el autor de "Camino". Pero si estuviera seguro de que con ello no voy a fatigar al lector, daría todavía otra. Y es la lista, posiblemente incompleta, de los títulos y honores que monseñor ha acumulado durante su vida y de los cuales alardea la Obra en las semblanzas que de él publica:

-Doctor en Derecho (Madrid).

-Doctor en Sagrada Teología (Roma).

-Profesor de Derecho Romano (Madrid).

-Profesor de Filosofía y Deontología (Escuela de Periodismo, Madrid).

-Rector del Patronato de Santa Isabel (Madrid).

-Prelado Doméstico de Su Santidad.

-Académico "ad honorem" de la Pontificia Academia Teológica Romana.

-Consultor de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades.

-Fundador y Presidente General del Opus Dei.

-Miembro del Colegio de Aragón.

-Doctor Honoris Causa de la Universidad de Zaragoza.

-Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

-Hijo Predilecto de Barbastro.

-Hijo Adoptivo de Barcelona.

-Hijo Adoptivo de Pamplona.

-Gran Cruz de San Raimundo de Peñafort.

-Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

-Gran Cruz de Isabel la Católica.

-Gran Cruz de Carlos III. [Se asegura que los socios españoles mandaron labrar en oro macizo la Gran Cruz de Carlos III que había de ser impuesta al fundador por el gobierno español. Cuando Escrivá la vio, la rechazó con cajas destempladas y dispuso que la Gran Cruz debía de ser de brillantes.]

-Gran Cruz de Beneficencia.

-Marqués de Peralta. [Monseñor Escrivá, ha sido, posiblemente, el único sacerdote de toda la historia de la Iglesia católica que ha pedido un título nobiliario. Las personas que tenían alguno renunciaron a él al ordenarse. Escrivá tardó años en ceder el título de Marqués de Peralta a su hermano Santiago. Personas que tenían entonces una estrecha relación con él, afirman que se disgustó mucho cuando supo que Santiago se casaba con una profesora de la villa de Casetas, próxima a Zaragoza. Le habría gustado que se casara con una marquesa. Se negó a ir a la petición de mano y sólo consintió en viajar a Zaragoza a condición de hospedarse en el palacio de Cogullada, donde solía alojarse Franco en sus visitas a la ciudad. Las autoridades locales, no sin justificadas dudas, accedieron a su petición. No fue en cambio a la boda de Santiago y Gregoria, familiarmente llamada Yoya, a quien casó don Alvaro del Portillo. Para la ocasión, el Opus consiguió hacer a Santiago, Caballero del Santo Sepulcro, al objeto de que pudiera lucir algún uniforme vistoso. A Yoya, el fundador le tuvo siempre manía, según cualificados testigos, por ser maestra en vez de marquesa.]

He aquí una relación de títulos que podrían envidiarle los más encopetados personajes de la España contemporánea. Pero, si queremos profundizar algo más en la personalidad de Escrivá de Balaguer, debemos añadir que lo característico de monseñor es la capacidad de simultanear la pomposa cosecha de honores mundanos con una filosofía de clara raíz ascética. Se pueden ambicionar los éxitos y aplausos del mundo o bien se puede seguir la dura senda del ascetismo. Lo peculiar del padre Escrivá es haber hecho las dos cosas. Así, el fundador del Opus Dei, uno de los españoles más copiosamente galardonados de nuestra época, ha podido escribir este párrafo de la máxima 677 de “Camino”:

Honores, distinciones, títulos... cosas de aire, hinchazones de soberbia, mentiras, nada.

HIJOS DE TODAS LAS CLASES SOCIALES

Un sacerdote de Logroño que fue compañero de Escrivá en el seminario de la ciudad me contaba que, cuando se enteró de la famosa noticia de la solicitud de rehabilitación del título marquesal, no pudo evitar que se le escapara una gráfica expresión riojana. La cristiana caridad a que su ministerio le inclinaba hizo que, en seguida, el sacerdote logroñés encontrara explicaciones y justificaciones de lo que parecía debido a un puro delirio de grandeza de su compañero de estudios. Pero mientras estábamos charlando en su casa de Logroño, la tarde en que le visité, sentados al calor de la mesa camilla, me confesó que su primera reacción, cuando le trajeron el periódico con la singular noticia, había sido exclamar: "¡Qué fatada!" La palabra fatada viene de fato, que es una variante popular de fatuo, pero la expresión se emplea ahora en la Rioja como equivalente del "¡Qué bobada!", común en Castilla. Es curioso, y vale la pena señalarlo de paso, que la palabra fato designa también en estas regiones de la antigua Iberia a los habitantes de Huesca. Monseñor, que es barbastrino, es por tanto fato y así, la exclamación de su compañero logroñés nunca habría sido mejor aplicada que en este caso. Pero mi interés al anotar este primer impulso del buen sacerdote no se debía sólo a mi debilidad por las sutilezas del idioma. Mi reverendo interlocutor conocía muy bien las circunstancias en que se desenvolvió la vida de José María Escrivá y de su familia en Logroño y no tiene nada de particular que expresara su sorpresa al saber que, pasados los años, su amigo había decidido abandonar el estado llano al que pertenecía para entrar en un gremio que, en la imaginación del español de la calle, y mientras no se demuestre lo contrario, se identifica con una cierta prepotencia.

No tardaré en narrar las estrecheces que por desgracia hubo de sufrir la familia del fundador cuando, como consecuencia de la quiebra del honrado negocio de venta de tejidos que poseían en Barbastro, se vieron forzados a abandonar la ciudad del Vero [La ciudad se encuentra en la unión de los ríos Cinca y Vero] para trasladarse a Logroño. Quisiera antes, sin embargo, insistir en la relación que guarda el aristocrático paso dado por monseñor al solicitar la rehabilitación del título de marqués de Peralta, con la ideología acusadamente clasista que impregna toda su obra. Hay un dato histórico que no carece de significación en este sentido y es que, cuando a

fines de 1925 el padre Escrivá, recién ordenado sacerdote, llega a Madrid procedente de Zaragoza, uno de sus primeros empleos en la capital es el de preceptor de los hijos de un marqués. No he podido averiguar de qué marqués, ni cuál era su gracia, pero es lo cierto que en la época en que el joven sacerdote empezó, como él mismo ha dicho más tarde, a "barruntar" lo que debía ser el Opus Dei, acudía diariamente a casa de un aristócrata madrileño para dar clase de latín y humanidades a sus hijos. [Hay constancia de que, por aquella misma época, Escrivá era confesor de la marquesa de Onteiro y decía la misa en su casa]

Su trabajo de profesor particular en Madrid de la Dictadura le permitió ponerse en contacto con los círculos aristocráticos y de la burguesía acomodada entre cuyos hijos recluto el fundador a sus primeros discípulos. El tipo de jóvenes a los que el padre Escrivá se dirigió originalmente aparece con mucha claridad en la máxima 63 de Camino, en uno de cuyos párrafos se insiste en la conveniencia de tener un director espiritual, y que comienza diciendo:

Tú —piensas— tienes mucha personalidad: tus estudios —tus trabajos de investigación, tus publicaciones—, tu posición social —tus apellidos—, tus actuaciones políticas —los cargos que ocupas—, tu patrimonio...

Es evidente que el autor no se refiere aquí a una sola persona sino a un grupo de jóvenes que, por sus condiciones sociales y económicas, constituyen un conjunto de "escogidos", una élite. A estos jóvenes afortunados está dedicado Camino. En ninguna de sus máximas tenemos la sensación de que el autor se dirija a personas de condiciones sociales diferentes a la de estos que podríamos llamar "superhombres" teniendo en cuenta el estado social de España en la época en que el padre Escrivá comenzó entre ellos su labor apostólica. Solamente quien sea o pretenda ser un superhombre o un arcángel puede sentirse destinatario normal de tan estimulante lenguaje. Un joven en estas condiciones, al decir del padre Escrivá, no puede "adocenarse". "¿Adocenarte? ¿Tú... del montón?" No debe volar "como ave de corral" cuando puede hacerlo "como las águilas". Se considera a sí mismo "caballero cristiano" y no se acomodará a la voluntad de "cualquier criaturilla". Por el contrario, habrá de ser "guía, jefe, ¡caudillo!". "¡Si has nacido para caudillo!", "que obligues, que empujes, que arrastres con tu ejemplo con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio".

Creo interesante decir aquí que este napoleónico lenguaje de Camino no ha sido en absoluto rechazado ni juzgado improcedente por los seguidores del padre Escrivá. Este libro, al que se ha llamado "el Kempis de los tiempos modernos", se sigue considerando intocable en todos y cada uno de

sus puntos. Ni el fundador ni los miembros de la Obra han apuntado hasta ahora el menor signo de autocrítica en este sentido. Las frases que acabo de transcribir se siguen citando como el primer día y no sólo en los candorosos folletos de píos propósitos que la Obra edita, sino también en los estudios más enjundiosos y serios que puedan escribir sus hijos. Es asombroso, por ejemplo, que Juan Bautista Torelló, que es o ha sido fino poeta en lengua catalana y traductor de Rainer Marie Rilke, no vea inconveniente en hablar del "magnífico lenguaje de Camino", como lo ha hecho en su trabajo La espiritualidad de los laicos. Una de las características más acusadas de la personalidad del fundador, que parece haber transmitido como herencia espiritual a sus hijos, es la de tener siempre razón, la de no desdecirse jamás de una afirmación hecha ni reconocer un error cometido. Digo esto porque cualquier crítica que se haga del contenido o del lenguaje de Camino no es una crítica de manifestaciones que pudieran considerarse superadas u obsoletas de la labor creadora del fundador, sino una crítica de algo plenamente actual y vigente. La única cirugía estética que se ha practicado en el cuerpo sacralizado del libro fundamental del Opus Dei ha sido, como he dicho, el retoque, en las versiones a idiomas extranjeros, de sus rasgos más escandalosamente celtibéricos a fin de no alarmar al lector, a quien se supone sensibilizado por las vicisitudes de la historia contemporánea.

Con referencia a las frases que citaba antes, por ejemplo, la pregunta: "¿Adocenarte? ¿Tú... del montón?", que da en castellano una imagen despectiva de los demás, se traduce al inglés por "You a drafter? You... one of the crowd?", que significa sólo "uno que sigue la corriente" y "uno de la masa" o "uno de tantos". Permanecen en inglés las metáforas ornitológicas de las gallinas y las águilas, tan del gusto del autor barbastrino, pero al traducir "caballero cristiano" por "christian gentleman" se pierden irremisiblemente para el lector anglosajón los sutiles matices del caballeresco contenido que la frase tiene en castellano. Algo parecido sucede al dar la expresión "cualquier criaturilla", con que se alude claramente a alguna mujer que debilitaba la voluntad del discípulo, por la frase "the most insignificant creature", que no tiene el mismo contenido despreciativo que la expresión española manifiesta por el sexo femenino. Otro tanto podríamos decir de "clase de tropa", afirmación clasista que se esfuma en la traducción inglesa de "soldiers". Finalmente, apenas es necesario indicar los matices que se pierden al traducir la palabra "¡caudillo!" por "leader", con olvido de los signos de admiración que la refuerzan en el original castellano.

En los últimos años, el Opus Dei ha tenido especial interés en difuminar lo más posible su primitiva imagen aristocratizante y ha extendido su

apostolado, como gustan de repetir los folletos de propaganda que edita el Instituto, “a todas las clases sociales”. El periódico de Madrid, “Nuevo Diario”, en la época en que pertenecía a la Obra, publicaba un reportaje en el que contestaban a las preguntas del periodista sobre temas relacionados con el Opus Dei, como decía el anuncio del reportaje, una serie de “taxistas, camareros, guardias municipales, carboneras, banderilleros, modistillas, peluqueros, etc., todos ellos miembros de la Obra”. El propio fundador ha podido decir que hay en el seno del Opus Dei “desde campesinos que cultivan la tierra en pueblos apartados de la sierra andina, hasta banqueros de Wall Street” y que “para mí, igualmente importante es el trabajo de una hija mía que es empleada del hogar, que el trabajo de una hija mía que tiene un título nobiliario”. Es interesante señalar aquí que, en el corazón magnánimo del fundador, no se hacen diferencias entre las personas por el “simple hecho” de su pertenencia a clases sociales diversas. El padre Escrivá demuestra con ello poseer en alto grado otra virtud de gran predicamento en España: monseñor es “muy sencillo”. Lo mismo le da charlar con un gran financiero que con una asistenta, con un albañil que con una condesa. Tiene una especial debilidad por los bedeles de la universidad de Navarra, a quienes abraza efusivamente en sus visitas, y por las asistentas, a las que suele llamar “esas benditas mujeres de la limpieza”. A los financieros los trata muy simpáticamente, un poco como si fueran niños que no piensan más que en jugar con sus juguetes. Cuando alguno de ellos se presenta con un coche nuevo, monseñor se pone muy contento y dice: “Ay, este hijo mío, ¡qué coche tan bonito se ha comprado!”.

No sabía que, como afirmaba “Nuevo Diario”, hubiera en la Obra “carboneras” ni “banderilleros”, aunque tenía noticia de que existían “peluqueros”, “modistillas” y “guardias municipales” miembros del Opus Dei. En cuanto a “taxistas”, que yo sepa, hay uno o dos en la capital de España. Cuando el viajero sube al taxi, el conductor opusdeísta se vuelve a él y, con una sonrisa, le tiende un ejemplar de Camino para que lo lea durante el trayecto. Pero no se crea que la expansión social del Opus Dei se limita a estas profesiones de las que podría decirse que están al servicio de la clase media de las ciudades. Alardea el Instituto de contar entre sus miembros “incluso” a mineros asturianos. Como se encargaron de propagar los órganos de difusión ligados a la Obra, uno de los números fuertes de la concentración opusdeística que tuvo lugar en Pamplona con motivo de la asamblea de “Amigos de la Universidad de Navarra”, fue precisamente la llegada de un grupo de “simpáticos” mineros asturianos que se pasearon durante varios días por la ciudad con su “típico” casco con linterna. Esta “escogida representación del

mundo obrero regaló al padre" una lámpara de mina. [Los biógrafos de la Obra insisten mucho en resaltar la labor apostólica que Monseñor Escrivá hacía ya en el Madrid de los años veinte entre los pobres y los enfermos, cohonestándola con la que llevaba a cabo entre los aristócratas y los hijos de buena familia. En su celo espiritual, Escrivá llegó al extremo de acudir a un burdel madrileño para dar los últimos auxilios a un pobre señor que allí se estaba muriendo.]

Siguiendo las inclinaciones populistas del fundador, el Opus Dei ha procurado intensificar en estos últimos años su acción apostólica entre las clases populares especialmente por medio de la creación, en los suburbios de algunas grandes ciudades, de Centros de promoción social y capacitación profesional de los obreros que a ellos acuden. Estos centros están sostenidos por las caritativas aportaciones de industriales y comerciantes que ven con buenos ojos esta labor de formación técnica y religiosa de la clase obrera. A este tipo de centros pertenece el llamado Tajamar, en el madrileño barrio de Vallecas, donde recientemente el Opus Dei organizó unos "cursos de Teología para obreros". Otra realización demostrativa de la "inquietud social" del Opus es el centro ELIS (siglas de las palabras italianas Educación, Trabajo, Instrucción, Deporte), situado en el popular barrio romano del Tiburtino. Contrariamente a lo que sucede con los grupos cristianos más avanzados, que en su acción social no invocan motivos religiosos de ningún tipo, la actitud del Opus Dei es totalmente confesional. Sin mencionar concretamente el campo laboral, que en la época en que se escribió Camino quedaba a mil millas de distancia de su actividad apostólica, el fundador se refiere en una de las máximas del libro a la necesidad de mantener esa confesionalidad:

Aconfesionalismo. Neutralidad. —Viejos mitos que intentan siempre remozarse.

¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católicos, al entrar en la universidad o en la asociación profesional o en la asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?

La reciente y creciente, preocupación del Opus Dei por extenderse entre la clase obrera ha sido caricaturizada en la imaginación popular española, a través de chistes y juegos de palabras. De un famoso banco, que según se afirma está controlado por miembros del Opus Dei, decía uno: "El consejo de administración de ese Banco está totalmente compuesto por gente obrera". "¿Cómo por gente obrera? —contestaba el otro—. ¡Pero si son supercapitalistas!" A lo que el primero replicaba: "No, hombre, no. Quiero decir que todos son de la Obra". Se decía también que en un edificio en

construcción perteneciente a una conocida inmobiliaria se había colocado un cartel con esta leyenda:

Prohibida la entrada a toda persona ajena a la Obra.

Como se ve, monseñor tiene "hijos e hijas" a todo lo ancho del espectro sociológico: campesinos y banqueros; "empleadas del hogar" y damas nobles; obreros y presidentes de consejos de administración; mujeres de la limpieza y modelos de alta costura; carboneras y cantantes de ópera; ingenieros y taxistas; y también, como el mismo monseñor dijo en la memorable ocasión de Pamplona, "gitanos y guardias civiles". El Opus Dei de los años setenta es un completo muestrario de las posibilidades laborales del variopinto mundo occidental. Un conocido mío, miembro de la Obra, me resumía triunfalmente esta situación diciendo: "Mira. Tenemos de todo".

El Opus Dei tiene "de todo", pero esa misma preocupación por aportar especímenes del mayor número posible de variedades sociológicas, ese divertido muestreo que se nos presenta en el escaparate de la Obra, no hace más que confirmar el carácter profundamente conservador del pensamiento del padre Escrivá que inspira la acción de sus "hijos". Cuando el fundador dice en las entrevistas de prensa que "venero a las autoridades de los países que visito", se manifiesta plenamente de acuerdo con el ideario de toda su vida. Monseñor no pone nunca en cuestión las estructuras sociales que encuentra en esos países. Su labor apostólica empieza a partir de esas estructuras. El "nosotros no sacamos a nadie de su sitio" quiere decir, sobre todo, que el Opus Dei considera que cada persona está bien donde está y debe seguir estando en el sitio que ocupa. En una elocuente máxima de Camino el autor dice:

¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! ¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto al que pertenece?

Y añade, perspicaz:

No es otra la razón del malestar del mundo. Persevera en tu lugar, hijo mío.

En una ocasión, un miembro de la Obra que trataba de explicarme la esencia del mensaje del fundador del Opus Dei, me contó una historia que, según dijo, a él le había hecho llorar. El clímax del episodio lo constituía la muerte del protagonista, un muchacho del Opus que trabajaba como empleado de una tienda de tejidos. Al parecer, este muchacho se quedó solo en el establecimiento una tarde en que sus compañeros, a la hora del cierre,

salieron precipitadamente para ver un partido de fútbol que transmitía la televisión. El chico del Opus renunció a ver el partido con el fin de poner en orden unas piezas que habían quedado tiradas sobre el mostrador. Y he aquí que en este mismo momento se murió de un ataque al corazón. Al parecer, el chico había dejado escritas unas cartas en las que, con frases acertadísimas que no podía reproducirme, hablaba del profundo impacto que había hecho en su alma la idea del padre Escrivá de que cada uno debía estar en su sitio y servir desde ese puesto a los demás. Que, si todos hiciéramos lo mismo y fuéramos menos egoístas, el mundo andaría de otra manera.

Me contó también otra historia parecida, de estas que podríamos llamar de "morirse al pie del cañón". Se trataba de un obrero, mecánico de automóviles, también del Opus, que se quedó muerto mientras arreglaba la dirección de un "600". Lo mismo que el muchacho que se murió poniendo en orden las piezas de tela, este obrero dejó también cartas escritas hablando de la gran ayuda que las enseñanzas del padre Escrivá habían representado para él, pues le habían hecho comprender que, para alcanzar la perfección, no hace falta más que servir a los demás desde el propio puesto de trabajo. Quien sea obrero, pues obrero; quien sea financiero, pues financiero. Mi interlocutor me contaba emocionado estas historias de fallecimientos testimoniales y ejemplares de abnegados hijos de monseñor Escrivá de Balaguer.

La ñoñería del mensaje del Opus Dei al mundo del trabajo alcanza niveles espectaculares en una colección de libritos ilustrados que se distribuye en las iglesias y centros de la Obra. Uno de los cuadernos se titula El trabajo de Pedro y otro, Antonio I el Grande. Pedro es el campesino y Antonio, el obrero. Pedro alcanza pronto la santidad y, de hecho, aparece desde las primeras páginas con el halo de santo sobre la cabeza. La agricultura siempre ha sido una profesión más sana que cualquiera de las que se puedan ejercer en las ciudades. A Antonio, llamado Toño por sus compañeros, le cuesta más trabajo comprender la idea de Escrivá de Balaguer de que la santidad consiste simplemente en hacer bien el trabajo de cada día. Antonio sueña con hacer grandes cosas. Se imagina que va montado en un caballo, vestido de romano, y se imagina también que es propietario de una gran fábrica en cuya fachada se puede leer un letrero luminoso que dice: ANTONIO. Finalmente, viendo que no puede conseguir su sueño de vestirse de romano y salir montado a caballo y mucho menos todavía su sueño de ser propietario de la fábrica, decide ir a ver a su tío Pedro en el pueblo para que le indique el camino que debe seguir. Resulta que Antonio tiene un primo muy cabezota y manirroto que se llama Pandolfo y, desde que Antonio se convierte gracias a la buena influencia de su tío Pedro, su única preocupación consiste

en reformar el carácter imposible de Pandolfo. En el curso de la narración se nos presenta una deliciosa galería de dibujos que muestran los diversos oficios y empleos dados, cada caso por partida doble, con las inscripciones: no así y sí así. Hay dibujos de “empleada del hogar”, oficinistas, burócratas de ventanilla, albañiles, camioneros. En cada dibujo, el que trabaja mal y protestando tiene cara de malo y amargado mientras que el que trabaja bien está sonriente y tiene siempre el halo de santo sobre la cabeza. Finalmente, todo el mundo se convierte y aparece una especie de plaza en que todos van con el halo de santo, cada uno a lo suyo. En la última página, Antonio, el obrero del Opus Dei, aparece sobre un pedestal de mármol con la inscripción: “Antonio I el Grande”.

* * * * * * * * * *

LA ESTETICA DEL APELLIDO

El más temprano indicio documental de que disponemos respecto a las inclinaciones aristocratizantes del padre Escrivá, que con el tiempo había de cristalizar en la solicitud de rehabilitación del título de marqués de Peralta, es un edicto publicado en el Boletín Oficial del Estado de fecha 16 de junio de 1940. No se trata aquí de la reivindicación de un título nobiliario ni de otra grandeza, prebenda o beneficio a que se creyera con derecho el interesado. Se trata de una operación que en cierto modo pudiera considerarse preparatoria para la obtención del marquesado, pero que tiene por sí misma significación considerable. Es el anuncio, que se publica a efectos de que puedan oponerse en el plazo de tres meses cuantos se consideren con derecho a ello, de la solicitud presentada por los hermanos, Carmen, José María y Santiago Escrivá y Albás en el juzgado número nueve de los de Madrid para que:

"se les autorice para modificar su primer apellido en el sentido de apellidarse Escrivá de Balaguer que, según se expresa en el escrito inicial, es el nombre que individualiza a la familia".

La justificación que para ello se da es la siguiente:

"ya que por ser corriente en Levante y Cataluña el apellido Escrivá, dando lugar a confusiones molestas y perjudiciales, se unió al apellido el lugar de origen de esta rama de la familia, la que es conocida por todos como Escrivá de Balaguer".

Se aportan al expediente del juzgado número nueve, en apoyo de esta última afirmación de que la familia era conocida por Escrivá de Balaguer, tres certificados: uno del Vicariato General del Arzobispado de Valencia de 17 de mayo de 1940, otro del vicecanciller del Obispado de Madrid-Alcalá de 18 de mayo de 1940 y el tercero de la Jefatura de FET y de las JONS del pueblo de Albuixech (Valencia) de 17 de mayo de 1940. Curiosamente, sin embargo, no se aportaba ninguna certificación procedente de Barbastro ni de ningún otro pueblo o ciudad de Aragón. [Los biógrafos oficiales silencian esta operación de maquillaje de los apellidos del fundador]

Del documento se desprende, por tanto, sin lugar a dudas, que el apellido original de monseñor no es el sonoro de Escrivá de Balaguer y Albás, con que ahora se le conoce, sino el más modesto de Escrivá y Albás. El

argumento que se da en la solicitud, de que el apellido Escrivá es corriente en Levante y Cataluña y por ello "puede dar lugar a confusiones molestas y perjudiciales", es ya de por sí revelador de un evidente deseo de distinguirse en quien, como el padre Escrivá, no es catalán ni valenciano, sino aragonés, y en esa época, es decir, a principios de los años cuarenta, tenía establecida su residencia en Madrid. El único apellido que podía haberle inquietado en el sentido de las "confusiones molestas y perjudiciales" es un apellido noble: Escrivá de Romaní, de quien podría muy bien ser que se hubiera sentido competidor el futuro marqués de Peralta. Por otra parte, con este criterio, ¿qué confusiones no habrían de molestar y perjudicar entonces a los millones de españoles que llevan apellidos corrientes en la propia región y ciudad en que viven?

Veamos ahora si en la partida de bautismo de monseñor Escrivá, pues la de nacimiento se perdió en los últimos desastres nacionales, se arroja alguna luz sobre este estupendo caso. Transcribo la partida que copié en el libro de registro de la catedral de Barbastro:

En Barbastro, a trece de enero de 1902, don Ángel Malo, regente de la Vicaría Catedral, bautizó solemnemente a un niño nacido a las veinte y dos del día nueve, hijo legítimo de don José Escriba, natural de Fonz y de doña Dolores Albás, natural de Barbastro, cónyuges vecinos y del comercio de esta ciudad. Abuelos paternos, don José, de Peralta de la Sal, difunto, y doña Constancia Corzán, de Fonz; maternos, don Pascual, difunto, y doña Florencia Blanc, de Barbastro. Se le puso por nombre José María Julián Mariano, siendo padrinos don Mariano Albás y doña Florencia Albás, tíos del bautizado, siendo aquél y ésta casados vecinos de Huesca y representada en virtud de poderes por doña Florencia Blanc, a quienes hice la advertencia del ritual.

En una anotación al margen, dice:

Por orden del M.I. señor delegado episcopal de esta Diócesis de Barbastro, dictada el 27 de mayo de 1943 se muda en esta partida el apellido "Escriba" en "Escrivá de Balaguer", debiéndose escribir así en lo sucesivo: José María Julián Mariano Escrivá de Balaguer Albás, hijo legítimo de don José Escrivá de Balaguer y de doña Dolores Albás.

Barbastro, 20 de junio de 1943 José Palacio

Aquí aparece otro elemento interesante y es que la familia no se llama originalmente Escrivá, sino Escriba, es decir, con be y sin acento. Confirmando este extremo, muchas personas con quienes hablé en Barbastro y sobre todo las que, por su edad, recordaban al padre y a la madre de monseñor

en la época en que vivieron en la ciudad, conocían a la familia por "Escriba" y se sorprendían mucho de que, andando el tiempo, hubiera surgido como por ensalmo el apellido "de Balaguer", de que en aquella época no se tenía la menor noticia. Un señor me dijo: "Mire, yo creo que se lo han sacado de la manga". Todos en el pueblo hablaban de "la casa de Escriba", "la tienda de Escriba". Con esto de Escriba me sucedió una cosa y es que cuando le conté a un sacerdote de Madrid amigo mío cómo llamaban a monseñor en Barbastro, aprovechó la oportunidad para hacer el chiste de que el Opus Dei estaba constituido "por un escriba y setenta mil fariseos", y añadió la españolísima pregunta de si monseñor no sería de origen judío. Esto dio ocasión a que en el retrato robot del fundador del Opus Dei interviniera inesperadamente don Julio Caro Baroja, experto, como se sabe, en cuestiones de onomástica, el cual me dijo que el apellido de Escriba no demostraba nada y que los judíos conversos españoles habían procurado más bien ocultarse en la época de las persecuciones, para lo cual no era lo más indicado ponerse, como dijo don Julio, "semejante apellido".

Hay que decir, sin embargo, que desde una fecha muy temprana, la familia tiene conciencia del origen catalán de su apellido, escribiéndolo con uve y con acento. En el expediente de estudios de monseñor en el Instituto de Enseñanza Media de Logroño (1915-1918) que he tenido ocasión de ver, él mismo se firma "José María Escrivá", aunque en el encabezamiento las autoridades académicas transcriban su nombre como "José María Escriba", que es el que debía figurar en sus documentos personales y, como hemos visto, en la fe de bautismo. No hay ningún inconveniente en aceptar que el abuelo de monseñor, don José, que había nacido en el pueblo de Peralta de la Sal, fuera de familia leridana, y oriundo de la muy próxima ciudad de Balaguer. No he podido comprobar este extremo, aunque es un hecho que la región del Somontano, a que pertenece Barbastro, y también Peralta de la Sal, ha estado históricamente más ligada a Lérida que a la misma Huesca.

Pero si el apellido "Escrivá", pese a la vacilación de los documentos oficiales, encuentra ya una forma definitiva en la infancia de monseñor, el gentilicio "de Balaguer" es de invención mucho más reciente. El padre de monseñor, que murió en Logroño hacia 1922, no supo nunca probablemente que, una vez difunto, iba a ser rebautizao con el altisonante "don José Escrivá de Balaguer y Corzán", en vez del más corriente "don José Escrivá y Corzán", que parecía convenir mejor al modesto empleo de dependiente de comercio textil que ejerció hasta su fallecimiento. Este apellido "de Balaguer" no aparece en ningún documento ni referencia hasta que su hijo José

María hace en 1940 la solicitud que hemos comentado. El seminarista zaragozano cuya actitud y cuyos modales chocaban a sus sencillotes y noblemente baturros compañeros, se ha puesto ya en contacto, una vez ordenado sacerdote, con el ambiente aristocrático de la Corte y ha asistido, en la guerra civil, al triunfo de los ideales hispánico-católicos. Aliviada la amenaza que planteaban las "hordas" populares, que tantísimo juego habían de dar en la literatura oficial de la posguerra, es ya el momento de añadir distinciones, honores o dignidades a los apellidos de quienes aspiran a desempeñar un papel de primera fila en la moderna historia de España. La decisión de añadir el apellido gentilicio "de Balaguer", tal vez incubada ya en años anteriores, toma cuerpo definitivamente al terminar la guerra civil.

El Ministerio de Justicia, por Orden de 18 de octubre de 1940, autorizó a don José María Escrivá y a su hermana soltera, doña Carmen, para adicionar a su primer apellido el de Balaguer, formando el compuesto Escrivá de Balaguer que usarán como uno solo y primero, conservando como segundo el que tienen en la actualidad" (es decir, el de Albás). La autorización al tercer hermano, don Santiago, fue objeto de otra Orden de 12 de noviembre de 1940. En la autorización a don José María y a doña Carmen se decía que:

"teniendo en cuenta que el apellido Balaguer no corresponde a los peticionarios, es indudable que debe ser incluido en la categoría de los gentilicios, constituyendo esta forma de adición de los apellidos uno de los modos más importantes de formarse estos en castellano, que por la importancia de la población de la cual procede la gente no existe el peligro de que los solicitantes se introduzcan subrepticiamente en otra familia a la cual corresponde legítimamente el apellido".

La primera edición de Camino, publicada en Valencia en 1939, va firmada todavía por "José María Escrivá". Lo mismo sucede con La abadesa de Las Huelgas, escrita durante la guerra, aunque editada en 1944, y con Santo Rosario, producto igualmente del ardor bélico-religioso del autor y fechado en 1945. En ediciones más recientes de Camino, en cambio, aparece ya el nombre en su forma actual: Josemaría Escrivá de Balaguer. Es interesante añadir que, cuando el fundador del Opus Dei solicitó y obtuvo el alargamiento de su apellido, algunos miembros de la familia Albás se lamentaron de ello, expresando su temor de que el ennoblecimiento del apellido paterno oscureciera y postergara al materno. Monseñor recogió probablemente la sugerencia, que no hacía otra cosa que dar todavía mayor realce y longitud a sus apellidos, y en algunas grandes ocasiones, como por ejemplo cuando presidió como gran canciller de la universidad de Navarra la asamblea de

que he hablado anteriormente, gustó de hacerse llamar monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás.

Pero esto no es todo. A lo largo de la vida de monseñor se observa una constante preocupación que pudiéramos llamar onomástica. Y no solamente su apellido, sino también su nombre sufre variaciones. Tal vez el lector haya percibido en el curso de este relato que existe una cierta vacilación en el nombre de pila del fundador del Opus Dei. Unas veces escribimos "José María" y otras "Josemaría", dependiendo ello del momento de su vida de que se trate. Para esta operación, monseñor no ha solicitado los permisos que fueron necesarios para la ortopédica prolongación del apellido. Es una cosa particular, sin pretensiones oficiales, aunque altamente expresiva de su obsesión por distinguir claramente su personalidad. Si no me equivoco, esta variación del nombre de pila procede de principios de la década de los sesenta, o es al menos a partir de entonces cuando empiezan a encontrarse testimonios impresos de esta sutil estilización. Hasta entonces venía escribiendo su nombre separando las palabras "José" y "María" en vez del actual "Josemaría", que debe parecerle más estético. Así escriben su nombre los miembros de la Obra y así aparece en las actuales ediciones de Camino. Su primera versión, en cambio, editada en 1934 bajo el nombre de Consideraciones espirituales iba firmada sólo con el nombre, sin el apellido: "José María". Aquí tenemos otra variante en la forma de presentarse al público este "Frégoli" de la antroponimia.

Resumiendo, la historia de las variaciones en los apellidos y en el nombre de monseñor Escrivá, con arreglo a la forma en que él mismo gusta de presentar su personalidad a sus contemporáneos, podemos trazar la siguiente tabla dando las sucesivas fechas aproximadas de los cambios introducidos:

1902 José María Escriba.

1915 José María Escrivá.

1934 José María.

1940 José María Escrivá de Balaguer.

1960 Josemaría Escrivá de Balaguer.

1964 Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás.

1968 Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, marqués de Peralta.

* * * * * * * * * *

LA CIUDAD AMURALLADA

Tal vez haya conseguido ya en estas páginas transmitir al lector la impresión de que monseñor Escrivá de Balaguer, y con él la Obra, tienen siempre lo que, con expresión de novela policíaca, podríamos llamar una "coartada" para todo aquello que monseñor hace o escribe. Recuérdese cómo algunos de sus hijos atribuían la solicitud del marquesado de Peralta a la profunda humildad del padre y a su deseo de complacer a sus sobrinos. Pues bien, el mismo argumento se repite ahora a propósito de la pomposa adición del apellido gentilicio "de Balaguer" al más modesto y menestral de Escrivá. Uno de los compañeros de Zaragoza, de quien sería acaso imprudente decir el nombre, me contaba que cuando vio a su condiscípulo por primera vez después de este ennoblecimiento de su linaje le "solté" con esa franqueza tan propia de su tierra: "Pero, José María, ¿por qué haces esas cosas?" Y dice que el padre Escrivá, tomándole del brazo y en tono confidencial, le respondió: "Mira, lo hago por complacer a mi hermana." En el caso del marquesado de Peralta por complacer a los hijos de su hermano Santiago y en el de la adición del apellido por complacer a su hermana Carmen, monseñor incoó "con profunda humildad" sendos expedientes de solicitud de unos honores que a él personalmente "no le interesaban".

Este echar las culpas de sus actos a los demás, cuando percibe que sus actos pueden ser desaprobados, es, según parece, una constante en la forma de proceder de monseñor. Antiguos miembros del Opus Dei cuentan por ejemplo que cuando algún ilustre personaje visita la fabulosa residencia de Bruno Buozzi, 73-75, "una vila vecchia de tipo toscano quattrocentesco", como dice don Florentino Pérez Embid al describirla, alrededor de la cual han surgido una serie de edificios que albergan la casa generalicia del Opus Dei, es el propio padre fundador quien le acompaña a través de los oratorios, capillas, salones, bibliotecas y demás dependencias del palacio. Aquí y allá, en una vitrina, en una hornacina, hay un recuerdo personal del fundador que se conserva allí como objeto venerado por sus hijos. Ora el cáliz con que

celebró su primera misa, ora la casulla que vestía la mañana que recibió la celeste inspiración de fundar el Opus Dei, ya la rosa de madera que, como tendremos ocasión de ver, se considera signo inequívoco de la predilección divina. Y dicen que, al pasar ante la vitrina con su acompañante, monseñor sonríe compasivamente y aclara, por ejemplo: "Estos hijos míos se empeñan en conservar aquí este cáliz con el que celebré mi primera misa. Yo los perdono porque sé que lo hacen por el afecto que me tienen. ¡Son tan buenos!" [Sus hagiógrafos confirman esta humilde propensión de Monseñor a aceptar a regañadientes los honores que se le hacen solamente "para complacer a sus hijos". Andrés Vázquez de Prada cuenta así el episodio de la concesión al fundador del título de Prelado Doméstico de Su Santidad:

"Don Alvaro del Portillo (como Procurador General y en nombre del Consejo) pidió que se nombrase al fundador "Prelado Doméstico" de Su Santidad, sin que él se enterara. Cuando se le informó del nombramiento —la data era del 2 de abril de 1947—, no quiso aceptarlo, hasta que, con muchos ruegos y argumentación sobre la secularidad de dicho cargo, terminaron de convencerle. Bien es verdad que rara vez se ponía el vistoso ropaje prelaticio ni calzaba el zapato de hebilla. Sentía el peso de la purpúrea vestimenta como un cilicio; pero, en ocasiones señaladas, sabiendo cuanto divertía a sus hijos el colorido, les seguía la corriente del buen humor"...]

Como se ve, el padre Escrivá tiene siempre respuestas para todo. No se arredra jamás, ni siquiera en las situaciones más comprometidas. Ya hemos visto como, en el libro de "Conversaciones", no sentía empacho en responderle a un periodista que España era el país donde menos facilidades había encontrado el Opus Dei para el ejercicio de su apostolado. En otra entrevista afirmaba que "si se diera alguna vez una intromisión del Opus Dei en la política, el primer enemigo de la Obra sería yo". Con la misma curiosa lógica que le caracteriza, da a entender a su ilustre visitante de Bruno Buozzi que "tolera" el desaforado culto a la personalidad que le tributan sus hijos, sencillamente porque "no desea contrariarles". No estoy tratando de insinuar que monseñor sea capaz de faltar a la verdad, lisa y llanamente, en sus contestaciones. Creo que el fundador es una de esas personas que han alcanzado tal grado de auto-convencimiento respecto de su propia misión en el mundo que su sentido lógico queda completamente satisfecho con las justificaciones que él mismo da de sus actos y del desenvolvimiento de su obra personal. El estudio de lo que los psicólogos llaman "la inautenticidad auténtica" nos llevaría a meternos por caminos que trascenderían el ámbito y las posibilidades de este libro. Tal vez sea de interés en este sentido recoger aquí la

noticia, que conozco de fuentes fidedignas, de que el profesor Erich Fromm tiene en preparación un estudio que titula "Psicopatología de Camino". [Que yo sepa, Erich Eromm jamás publicó ese trabajo]

Quienes estén familiarizados con la problemática del Opus Dei habrán podido percibir que esta peculiarísima forma que tiene monseñor Escrivá de Balaguer de contestar a las preguntas comprometidas que se le dirigen o de explicar las actividades del Instituto, es la misma que emplean los miembros de la Obra, sus hijos. Hablar con uno de ellos de la debatida cuestión del opusdeísmo es una experiencia realmente notable que, por lo que dicen, se parece bastante en este aspecto a la infinitamente más excitante de departir con el propio fundador. Cuando uno plantea las cuestiones que parece lógico plantear a un miembro del Opus Dei que actúa en capacitad de tal, es cuando se ve claramente el tremendo dominio que monseñor ejerce sobre sus hijos. No se trata aquí ya de un dominio efectivo y actual, como el que pueda ejercer un rey sobre sus vasallos. Han circulado últimamente informaciones que parecen indicar que el presidente general ha sido poco a poco desplazado del mando de la organización e incluso que ha quedado preso en la cárcel de oro creada por la disciplina que él mismo ha impuesto a la Obra. Ha habido rumores de que monseñor padecía una enfermedad y aunque esos rumores quedaron parcialmente desmentidos con ocasión de su viaje a España, no se descarta la posibilidad de que esa enfermedad exista. Qué clase de enfermedad sea, no se dice, y toda la cuestión se mueve en el campo de la mera conjetura. Pero el dominio que ejerce la personalidad de monseñor sobre sus discípulos no depende simplemente de su permanencia al frente del Instituto. Es un dominio de tipo mental que moldea la personalidad de sus hijos y los sintoniza con su pensamiento. Un dominio que se viene ejerciendo desde el día ya lejano en que los primeros estudiantes pasaron a formar parte del núcleo inicial de la "Gran Familia" que el Opus Dei ha llegado a ser más tarde. Un dominio que se ejercerá sin duda aun después de la desaparición física del fundador, mientras exista el Instituto.

No se puede discutir sobre el Opus Dei con sus socios. No aceptan el diálogo en un terreno mínimamente crítico, más allá de lo que la corrección o la cordialidad puedan exigir. Se limitan a negar pacientemente, en el mejor de los casos, las acusaciones que se les hacen. Repiten una y mil veces el eterno argumento claramente emanado de la mente del fundador y elaborado por los juristas de la Obra, de que "el hecho de que un organismo público, una entidad o una empresa estén dirigidos por o pertenezcan a miembros del Opus Dei no significa que estén dirigidos por o pertenezcan al Opus Dei

mismo" y que, en consecuencia, "la Obra no se hace responsable de las actividades de sus socios. [Don Laureano López Rodó, siendo ministro del gobierno a fines de los años sesenta, ilustraba esta idea diciendo que él era del Opus de la misma manera que era socio del Club de Tenis del Real Madrid, y que sus actos no obligaban a la Obra del mismo modo que tampoco obligaban al Real Madrid. Un agudo comentarista de la época dijo entonces que, según eso los goles que le metían al portero del Real Madrid no se los metían en rigor al Real Madrid, sino solamente a su portero.]

La actitud de los miembros de la Obra con respecto a las críticas que se les dirigen desde fuera está predeterminada ya en el pensamiento del fundador. Sería difícil encontrar un caso más claro de identificación entre un padre y sus hijos. Ellos, niños al fin y al cabo, saben que están seguros cuando navegan a través de las tempestades e inclemencias del mundo bajo la mano firme del timonel, su padre. Se sienten protegidos en ese refugio magnánimo y han sido advertidos de que el mundo querrá vengarse de ellos por odio y por envidia a su privilegiada posición, y los atacará con los venablos de la calumnia y la maledicencia o pretenderá desviarlos de su objetivo con halagos. En Camino hay todo un cuerpo de doctrina relativo a la forma en que la Obra habrá de contestar a semejantes asaltos. Son numerosas las máximas exclusivamente dedicadas a este tema y hay incontables alusiones parciales en otras máximas. Tal vez la que mejor expresa el pensamiento del fundador en este aspecto sea la 688, en la cual se contestan de una vez para siempre las posibles dudas que pudieran hacer zozobrar la firmeza del hijo. Problema:

Otra vez...: Que han dicho, que han escrito... En favor, en contra...: Con buena y con menos buena voluntad...: Reticencias y calumnias, panegíricos y exaltaciones...: sandeces y aciertos...

Solución:

– ¡Tonto, tontísimo!: ¿Qué te importa cuando vas derecho a tu fin, cabeza y corazón borrachos de Dios, el clamor del viento o el cantar de la chicharra, o el mugido o el gruñido o el relincho?...

El numen lúcido, la voluntad firmísima del padre Escrivá son y seguirán siendo el puerto seguro al que se acogen las frágiles barquichuelas de los socios. El ideario fundacional, transmitido de promoción en promoción a través de los años, protege a la Obra de la animadversión del mundo y así sus miembros descansan plenamente en la cohesión opusdeísta, se desinteresan de las críticas que se oyen en las afueras porque saben muy bien a qué

atribuirlas. Creo, con toda sinceridad, en la buena fe, en la honradez espiritual de los socios del Opus. No digo que, en un país como el nuestro, cuyas vicisitudes aconsejan cobijarse en buena sombra, arrimándose al buen árbol del refrán, no se hayan introducido en la Obra personajes sin otra inquietud espiritual que el medro y hasta es posible que algunos de ellos hayan llegado a escalar alturas considerables dentro de la casa. No tendría nada de particular y se ha dado el caso —en la época en que la voz popular acusaba al Opus Dei de hacer una política de acaparamiento de cátedras universitarias— de ciudadanos que han sido capaces de aparentar un fervor religioso y una acendrada piedad opusdeísta con tal de lograr el ansiado empleo. Entre los miembros de la Obra es frecuente citar el proverbio evangélico de que "de cada doce apóstoles uno es traidor", lo que sin duda alude a una triste experiencia del propio Instituto. El desvalimiento de las clases trabajadoras habrá impulsado a más de uno a buscar en los alrededores de la Obra la garantía de la continuidad de su trabajo. Igualmente, es proverbial el caso de financieros que asisten a ejercicios espirituales con el único fin de obtener descuento de papel en los bancos administrados por socios de la Obra que practican de buena fe lo que podríamos llamar "el apostolado a noventa días", haciéndose la españolísima consideración de que después de esos ejercicios "siempre queda algo" y por otra parte "no hacen ningún daño". Es notorio, por ejemplo, que desde que, a principios de 1974, se constituyó el gobierno Arias, del que, a diferencia de los anteriores, no formaba parte ninguna persona que fuese miembro del Opus Dei, disminuyó considerablemente la concurrencia de financieros y hombres de negocios en las misas, rosarios, retiros y otras prácticas que se celebraban en la cripta de la iglesia de San Miguel, en el barrio antiguo de Madrid. La clase acomodada española está muy acostumbrada a practicar lo que se ha venido llamando "una religiosidad de misa de doce". Pero aplicar este patrón al grueso de los socios de la Obra sería un error, además de una notoria injusticia, porque equivaldría a desconocer precisamente el elemento que ha dado la cohesión interna al Instituto y ha permitido que se ejerciera sobre los hijos la paternal influencia escrivaniana. Una crítica seria del Opus Dei como fenómeno sociológico debe partir de este reconocimiento.

Y así, de la misma manera que monseñor está convencido, en lo más profundo de su conciencia, de la veracidad de sus respuestas a la prensa, sus hijos se niegan a dar beligerancia, en lo referente a las actividades y al desarrollo del Instituto, a cualesquiera interpretaciones que se aparten del esquema que surgió en la mente fundacional, con la alegada ayuda de la inspiración divina, el 2 de octubre de 1928. Como hemos visto, consideran que

esas interpretaciones son básicamente erróneas y tendenciosas y se han alumbrado acaso con el concurso de la inspiración diabólica, ya que el verdadero enemigo de la Obra no es otro que el demonio, Satanás, que sugiere al padre Escrivá máximas como la siguiente:

Óyeme, hombre metido en la ciencia hasta las cejas: tu ciencia no me puede negar la verdad de las actividades diabólicas.

Consideran en todo caso que esos ataques que se les dirigen desde fuera son intolerables interferencias en sus asuntos internos. ¿No constituyen ellos acaso un pequeño Estado con una cohesión mística o una Gran Familia invulnerable? Nunca se insistirá bastante sobre el carácter "familiar" de la vida del Instituto, que se percibe con mayor claridad en los primeros tiempos. Se aplica a la Obra el esquema de la familia ideal de clase media española, a imagen y semejanza de la familia del propio fundador, que ha atravesado por situaciones difíciles, pero que ha salido a flote gracias a su vigorosa cohesión interna. Es más, no se trata sólo de crear una familia con la ejemplar y edificante unidad de la del honrado y abnegado comerciante don José Escrivá. Se trata de prolongar esa misma familia, cuyo jefe es ahora su hijo, el sacerdote llegado a Madrid desde Zaragoza, una familia en la cual cabría en principio toda la humanidad, si la humanidad se aviniera a aceptar sus condiciones. A medida que van ingresando en el Opus Dei, los "hijos" se incorporan a la familia Escrivá. Empiezan yendo a merendar y terminan quedándose. Don José María es el "padre", doña Dolores, "la abuela", doña Carmen, "la tía Carmen". A las personas que han favorecido excepcionalmente a la Obra, como por ejemplo a don José López Ortiz, nombrado después vicario general castrense y obispo de Tuy, se les designa con el cariñoso apelativo de "tío". El rápido crecimiento del Opus Dei complica naturalmente las cosas. La familia se extiende, se dilata, pierde algo de la intimidad de los primeros tiempos. El fundador se traslada a Roma. Fallece la abuela y también la tía Carmen, que tanta maternal solicitud y exquisitez femenina ponían en la casa. Pero los esquemas iniciales se reproducen allá donde se reúnen tres o más miembros de la Obra constituyendo una "familia" o "casa" presidida por el mismo espíritu del hogar fundacional.

Aun en nuestros días, cuando la Obra se extiende por cinco continentes y los socios se cuentan por decenas de millares, continúan éstos manteniendo el característico clima de relaciones familiares, esencial al Opus Dei, que encuentra su inspiración en la filosofía paternalista de monseñor Escrivá de Balaguer. En el seno de la Obra se recuerda todavía un pequeño prodigio, sin categoría de milagro, sucedido en los días inmediatamente siguientes a

la terminación de la guerra civil, que viene a conceder una especie de sanción sobrenatural a la ideología del fundador. Cuando el padre Escrivá y sus hijos entran en Madrid en aquellos días encuentran totalmente destruida, como consecuencia de los bombardeos, la residencia de la calle de Ferraz, 16, próxima al cuartel de la Montaña, a la que se había trasladado la "familia" Escrivá poco antes de la guerra. El padre y el pequeño grupo de sus hijos miran contristados el despedazado solar que fue su alma mater. Pero, entre los escombros, encuentran intacta una tabla de madera en la que aparece grabada la vieja máxima: "Frater qui adiuvatur a fratre quasi civitas firma", es decir: "El hermano ayudado por el hermano es como una ciudad amurallada." La tabla solía estar colgada, cuando ellos vivían en la residencia, en la pared del recibimiento y el hecho de que sea el único objeto preservado de la destrucción general, les parece cuando menos signo inequívoco de que su viejo ideal familiar sigue, después de todo, vigente.

* * * * * * * * * *

DE HINOJOS ANTE EL PADRE

Un amigo mío que no es ni ha sido nunca de la Obra pero que, durante sus estudios estuvo haciendo un curso de verano en la universidad de La Rábida, dirigida y controlada por gente del Opus Dei, me confirmaba el tono agobiantemente familiar que la dirección y los compañeros opusdeístas imprimían a la vida diaria en el "campus" universitario. En aquella época, hacia 1959, el mundo estudiantil no tenía todavía conciencia de lo que el Opus Dei ha llegado a representar más tarde. Mi amigo no se daba mucha cuenta del sutilísimo control que la Obra ejercía no sólo sobre sus miembros sino, sobre todos los pupilos que le habían sido confiados. La universidad de La Rábida está situada en un lugar aislado que hace muy fácil supervisar las actividades de los alumnos. Ha sido más tarde cuando mi amigo, reuniendo sus recuerdos y los de algunos de sus compañeros, ha podido llegar a la conclusión de que, como suele decirse, no le quitaron ojo de encima durante todo el verano. Nominalmente, así se decía en la propaganda del curso, los alumnos tenían las tardes libres y podían ir al vecino pueblo de Palos o a Moguer o a Huelva, pero el hecho es que mi amigo no recuerda haber salido del recinto universitario más que para bañarse en las playas vecinas, durante los tres meses que pasó allí. Compartía una habitación con dos compañeros que habían estudiado con él en la universidad de Sevilla, de los cuales tenía la completa seguridad de que no eran del Opus. Pero en la habitación había un cuarto inquilino que lo era. El esquema se repetía en todas las habitaciones de la residencia. Todavía más revelador es el hecho de que, según mi amigo recuerda ahora, durante todo el tiempo que permaneció en La Rábida no estuvo ni un momento solo. Ni un momento solo quiere decir que en cuanto se sentaba en un sillón a leer o salía de paseo por el jardín o se asomaba a una ventana para mirar el mar, se acercaba un muchacho con cara de bueno y se ponía a su lado. "Siempre había un tío allí", dice mi amigo. Algunos días, después de la comida, los tres compañeros "no-Opus" hacían planes para ir a Palos a distraerse, pero siempre les decían que el director había dicho que era conveniente que se quedaran para asistir a una conferencia-coloquio que se celebraba aquella tarde o bien que iban a jugar un partido de baloncesto o que había un campeonato de ajedrez. La perspectiva de aburrirse en Palos les hacía desistir del proyecto, pero la realidad es que

nunca pudieron tener una tarde libre. En una ocasión, un día que llegaron tres chicas inglesas a visitar la universidad, consiguieron meterlas en una barca y llevarlas a bañarse a una playa que estaba al otro lado de la desembocadura del río. Sin embargo, a la hora de embarcar se dieron cuenta de que había tres chicas y cuatro chicos: ellos tres y el del Opus de turno. Por no hacerle un feo y a pesar de que, como decía mi amigo, "nos fastidiaba el plan", le dejaron subir a la barca y se alejaron de la playa remando. Cuando estaban a cierta distancia vieron que el director, algunos profesores y un grupo de chicos del Opus les miraban con ayuda de prismáticos desde la galería de la residencia, vigilando sin duda, no sólo el peligro de que se hundieran en el mar sino el otro peligro, mucho mayor, de que pudieran naufragar, en compañía de las inglesas, en el "piélago de la concupiscencia".

Mientras mi amigo me contaba sus experiencias en La Rábida, yo estaba pensando que, si tal era el grado de vigilancia a que se sometía a los que no eran de la Obra, cuál no iba a ser el que se ejercería sobre aquellos a quienes el fundador consideraba hijos suyos porque habían entrado a formar parte de su propia familia. Esta familiaridad esencial en el Opus Dei se institucionaliza en diversas prácticas como la "corrección fraterna", el "coloquio breve" y sobre todo la "confidencia" entre diversas categorías de miembros, y el peculiar régimen económico del Instituto favorece la protección familiar de los "hijos". Un ex miembro de la Obra me contaba el sentimiento de tremenda soledad que le invadió el día que decidió abandonar el Opus Dei y se marchó de la residencia de estudiantes donde vivía para trasladarse a una pensión corriente. Era un muchacho de familia acomodada que no tenía por qué temer por su futuro y sin embargo, aquella noche, su primera noche fuera del control del Instituto, estuvo paseando por la calle bajo la lluvia pensando que le sería imposible arreglárselas por sí solo sin la ayuda de sus "hermanos" y sin la protección que los superiores y la Obra en su conjunto le habían venido prestando. Se sentía absolutamente perdido, a sus veinticinco años, este "niño" que se había soltado de la mano firmísima del padre.

Otro antiguo socio del Opus Dei me decía, para explicarme hasta qué extremo llega la ayuda y protección que el Instituto presta a sus hijos que, cuando él tuvo que hacer su tesis para doctorarse en Derecho, sus superiores le sugirieron que escribiera a don Laureano López Rodó, entonces catedrático de Derecho Administrativo de la universidad de Santiago de Compostela, para que le aconsejara. Lo hizo así y, en respuesta, don Laureano le envió el guión completo de la tesis, es decir, el trabajo prácticamente hecho. El tema de las relaciones humanas en el interior de la Obra requeriría un

libro entero escrito por alguien que hubiera vivido directamente durante algún tiempo esa experiencia. Si alguna vez hago yo mismo referencia a este tema es solamente en la medida en que creo que puede ilustrar el pensamiento paternalista del padre Escrivá. Una anécdota ayudará todavía al lector a captar el clima en que viven los miembros del Opus Dei. Una noche, hace ya algunos años, murieron en la carretera de Madrid a Sevilla en un accidente de tráfico dos sacerdotes de la Obra, el padre Pablo Vidal y el padre Del Toro. A los pocos días llegó a todas las residencias y centros del Instituto, no sólo en España sino también en otros países, una de esas "notas" circulares emanadas de la Casa Generalicia en Roma, o al menos directamente inspiradas por ella, en la cual se daba la noticia de la trágica muerte de los dos sacerdotes, y se aconsejaba a todos los miembros "que procuraran no viajar de noche por carretera".

Pero si el padre se preocupa por sus hijos, éstos obsequian constantemente al padre con una devoción y solicitud que no encuentran parangón de ninguna otra familia natural o espiritual de los tiempos modernos. El culto a la personalidad del fundador llega a tales límites que podemos decir que en esto, aunque sólo en esto, la Obra es totalmente "estalinista", por decirlo de alguna manera. Ya he hablado antes de lo mal que disimula monseñor ante sus visitantes el gusto que le da que sus hijos adquieran aquellos objetos que le pertenecieron en algún momento de su vida o que de alguna manera tienen un significado para él. Pues bien, esta recolección ha sido practicada por el Opus Dei en gran escala. La compra primera y obvia ha sido la casa donde nació monseñor Escrivá, en Barbastro. Está situada en un extremo de la plaza del Mercado, junto a almacenes de frutas y verduras. Durante un tiempo, después de la compra a sus anteriores propietarios, se dejó la casa tal como estaba, pues la tienda estaba aún alquilada. Peregrinos opusdeístas de todo el mundo solían visitar esta casa y, subiendo al piso donde monseñor había nacido, según me contaron testigos presenciales, entraban en la habitación y acercándose a las desnudas paredes, las tocaban como quien toca una reliquia. Posteriormente, el tendero se marchó, siendo indemnizado para que lo hiciera, y el Opus procedió a derribar la casa. En mi último viaje a Barbastro no encontré de la casa más que el solar. Posteriormente, según noticias que me llegan, los responsables de la Obra han adquirido dos o tres casas más en la calle que desemboca en la plaza, contiguas a la casa donde nació monseñor. El Opus, en efecto, no podía conformarse con una casa modesta y se propone construir al parecer sobre el solar de las varias fincas compradas una "casa natal" más holgada que la original y también más digna de la personalidad del fundador, que se va a destinar a un Centro de

Actividades Educativas. [La Obra, en efecto, ha construido en la plaza de Barbastro una "casa natal" de tamaño por lo menos doble a aquella en que nació Escrivá.] Más ambiciosa es todavía la compra de la ermita de Torreciudad y de los terrenos colindantes que hoy se extienden al borde del pantano de El Grado, a unos 20 kilómetros de Barbastro. La Virgen de Torreciudad es una antigua imagen venerada desde tiempos remotos en el Somontano y en todo el Alto Aragón, y se da la circunstancia de que doña Dolores, madre del fundador, era devotísima de esta Virgen, tanto que, con motivo de unos ataques o "alferecías" que padeció el pequeño José María, doña Dolores le llevó a Torreciudad para "ofrecerle" a la Virgen de la ermita. Volveré más adelante sobre este tema, pero es el hecho que monseñor, como su difunta madre, tiene gran devoción a Nuestra Señora de Torreciudad, y ahora la Obra ha revalorizado la ermita que estaba algo abandonada y ha construido en los alrededores un gran complejo residencial que cuando esté terminado albergará hoteles, colonias de descanso, casas de ejercicios espirituales y un Centro de Estudios Históricos de la Corona de Aragón. El proyecto, que está muy adelantado, como tendré ocasión de decir al describirlo, incluye una monumental basílica cuya cúpula ha sido excavada en la roca de la montaña, y supone una inversión que se calcula entre mil y dos mil millones de pesetas.

Esta adquisición de bienes muebles e inmuebles a través de la cual los miembros de la Obra demuestran al fundador el afecto que le profesan, ha registrado episodios pintorescos. He aquí, por ejemplo, lo que me contaba el párroco de la iglesia de San Cosme de Burgos, donde el padre Escrivá celebraba diariamente la misa durante su estancia en la ciudad, en los años de la guerra. Don Timoteo de la Peña, así se llama el párroco, me mostró a la izquierda del altar mayor un precioso altarcito barroco del siglo XVIII con una imagen de la Inmaculada del XVII. Don José María Escrivá vivía entonces en una pensión cerca de la iglesia y decía la misa todas las mañanas precisamente en el altar de la Inmaculada. Don Timoteo no era todavía, en la época de la guerra, párroco de San Cosme ni conocía al padre Escrivá, pero un día, hace pocos años, llegaron a su iglesia dos sacerdotes que dijeron que se habían enterado de que el padre Escrivá solía celebrar en un altarcito de aquella iglesia y que tendrían muchísimo gusto en adquirirlo para mandárselo a Roma como regalo al fundador del Opus Dei, pues sabían que era persona que tenía gran apego a los objetos que encerraban para él un recuerdo personal entrañable. Don Timoteo se extrañó un poco de aquella proposición pues nunca se había encontrado con el caso de un sacerdote que tuviera interés por coleccionar los altares en que había celebrado durante su

vida. Contestó que él no podía decidir por sí solo la insólita operación y que tenía que pedir autorización al señor arzobispo de Burgos. El prelado, consultado por don Timoteo, se negó a la transacción, pero los dos sacerdotes insistieron ante el párroco una y otra vez, ofreciendo no solamente pagar el precio que se estableciera por el altarcito, sino hacer una reproducción exacta para colocarla en la iglesia de San Cosme en el lugar del original. Se fue don Timoteo con el recado al señor arzobispo, el cual, tras mucho pensarlo y teniendo en cuenta que se trataba de complacer al fundador del Opus Dei, accedió por fin a que se hiciera tal como los dos sacerdotes habían ofrecido. A los pocos días llegaron a San Cosme tres o cuatro operarios de la empresa Talleres de Arte Granda, de Madrid, los cuales iniciaron la ardua tarea de tomar, centímetro a centímetro, los moldes del altar barroco y de la talla de la Inmaculada. Viéndoles trabajar en el altar, la gente pensó sin duda que estaban retocando algunas imperfecciones que el altar tendría. Un feligrés, sin embargo, que debía estar enterado de la pasión compradora del Opus, empezó a hacer preguntas a los obreros hasta que éstos, a pesar de las instrucciones que debían tener, declararon el verdadero propósito que les había traído. Hubo reuniones entre la feligresía en las que se decidió que el altar de la Inmaculada no salía de San Cosme. “Los fieles se amotinaron —comentaba don Timoteo—; fueron a ver al señor arzobispo, el cual me dijo: mira, Timoteo, no quiero líos, suspende inmediatamente las operaciones."

Esta vez monseñor no consiguió su anhelado propósito. Pero sus hijos tienen manera de compensarle con creces de esta privación. Ya he dicho que los miembros del Opus Dei se arrodillan ante el fundador. Todas las mañanas, en la residencia romana, una doncella con cofia entra en la cámara presidencial mientras monseñor se desayuna, y, arrodillándose, deposita sobre la mesa una bandeja de plata con la correspondencia. Todos sus hijos, lo mismo las humildes carboneras y los modestos barberos de que hablaba “Nuevo Diario” que los profesores universitarios, los banqueros y los políticos miembros de la Obra, se hincan de hinojos para besarle la mano. Y aquí hay otro dato que confirma una vez más el profundo rasgo de su carácter de que hablaba anteriormente. Monseñor “tolera” estas manifestaciones de la veneración que le profesan sus hijos, pero desea institucionalizar la costumbre que tienen de arrodillarse ante él para que no pueda pensarse que hay en su aceptación la menor sombra de vanidad, soberbia o engreimiento. Un antiguo miembro que desempeñó en su tiempo cargos de gran responsabilidad dentro de la Obra me contaba que, en un Congreso General del Opus Dei, al que asistió poco antes de abandonar el Instituto, el único punto que se discutió con verdadera amplitud, y sobre el cual se llegó a un acuerdo,

fue el de la obligatoriedad de que los miembros se arrodillaran ante el presidente general, quienquiera que fuese. Esto se hizo “para que el sucesor del padre Escrivá no se sintiera humillado” recordando que los miembros se arrodillaban ante el fundador. No tenían que ser menos los futuros presidentes. Una vez más el fabuloso personaje de nuestro retrato-robot quedaba a cubierto de toda posible crítica.

* * * * * * * * * *

LA QUIEBRA DE “ESCRIVA, MUR Y JUNCOSA”

Cuando en 1968, la Junta de la Diputación de la Grandeza de España se reunió para examinar el expediente de solicitud de rehabilitación del título marquesal con la denominación de Peralta a favor de monseñor Escrivá de Balaguer, sus miembros ignoraban absolutamente, por las noticias que tengo, que veintiocho años antes, en 1940, el fundador del Opus Dei había obtenido del Ministerio de Justicia la autorización para reforzar y ennoblecer su apellido original con un gentilicio. El apellido resultante, Escrivá de Balaguer, tenía y tiene, no cabe duda, cierta prestancia de noble prosapia, cierta sonoridad muy capaz de agasajar los refinados tímpanos de los componentes de la digna corporación. Habiendo quedado resuelto años atrás aquel expediente, el Ministerio de Justicia no tenía por qué hacer sabedores a los miembros de la Diputación de la Grandeza —y de hecho tampoco a los del Consejo de Ministros ni a los del Consejo de Estado, organismos que, como hemos visto, intervinieron igualmente en el asunto de la rehabilitación del título—, de la ortopédica operación de que había sido objeto el apellido. A los organismos que entendieron del expediente nobiliario no les correspondía investigar de qué modo se había formado el apellido del solicitante. Se atenían en este punto a lo que se les comunicaba desde la calle de San Bernardo al enviarles el expediente, es decir, que el solicitante se llamaba don José María Escrivá de Balaguer y Albás. Así, prevaleció desde el primer momento la impresión de que este apellido de Escrivá de Balaguer individualizaba a una familia linajuda, con plenos merecimientos, en punto a su antigüedad y prosapia, para optar a un título nobiliario. No digo todo esto, me apresuro a declararlo, para arrojar la más leve sombra de duda sobre la procedencia de la rehabilitación del título. Nada más lejos de mi intención. De lo que aquí se trata es de hacer ver al lector la necesidad que tiene de borrar de su mente la impresión que a él mismo puede haberle causado el sonoro apellido de monseñor, con objeto de mejor comprender las verdaderas dimensiones de su personalidad.

No son pocos los españoles que llevan apellidos compuestos, hasta el punto de que podemos afirmar que esos apellidos no designan hoy necesariamente a una clase social privilegiada. Otra cosa es cuando un apellido que era simple se convierte en compuesto por voluntad de los interesados, denotando su deseo de transmitir la imagen de su familia como familia de abolengo, acaso con tierras heredadas de sus mayores y con antepasados ilustres. No quiero con ello decir que el digno ejercicio del comercio textil, al que se dedicó durante su vida el padre del fundador del Opus Dei, sea incompatible con la nobleza. No lo es en modo alguno, pero cuando don Florentino Pérez Embid, en la nota biográfica ya mencionada, afirma que monseñor es "de antigua y limpia estirpe por ambas ramas del árbol genealógico", sin hacer ninguna otra aclaración sobre su familia o linaje, el lector corre el peligro de engañarse con respecto a la condición social del difunto don José Escrivá. Aunque no puede decirse que sea incorrecto desde un punto de vista semántico, no es frecuente oír decir de un señor que regente una tienda de tejidos que tenga "estirpe" ni "árbol genealógico". Son conceptos que se aplican con mayor propiedad a personas más encopetadas que el padre de monseñor, quien, por otro lado, parece haber sido, como veremos en seguida, persona de suma modestia y sencillez. Su propio hijo da fe de ello cuando, en la única información que da en público a propósito de su familia, dice: "Mi padre era un santo." Conviene, por tanto, que el lector, haciendo ahora caso omiso de las grandezas que ha oído sobre la familia Escrivá, se acostumbre a considerarla —sin excluir la inconcreta posibilidad de una ascendencia ilustre que justifique el título marquesal como a la familia de un pequeño comerciante, ya que cualquier otra cosa podría tergiversar su recta comprensión del personaje que estamos estudiando. Y si quiere encontrar en ella nobleza, piense en el bien establecido principio según el cual ningún otro título puede ennoblecer tanto a una casa ni darle tanto lustre como la virtud y honradez de sus hijos; honradez y virtud, esté seguro el lector, en que la familia de don José Escrivá brilló y brilla aún a gran altura.

"El padre de monseñor era verdaderamente un santo", me decía don Manuel Ceniceros en la tertulia de la que es asiduo a última hora de la tarde en el Café Ibiza del Espolón logroñés. "No santo, sino santísimo. Ya puede don Josemaría luchar si quiere llegar a ser tan santo como él." Don Manuel Ceniceros, actual gerente del almacén de tejidos "La Ciudad de Londres" de la calle Portales de Logroño, había conocido al padre de monseñor cuando ambos trabajaban en esta acreditadísima firma, fundada años antes por el emprendedor hombre de negocios catalán don Antonio Garrigosa, persona de gran predicamento en los medios textiles españoles. Por entonces, hacia

1920, don José Escrivá y Corzán era dependiente y don Manuel Ceniceros aprendiz del reputado comercio.

Fueron los reveses de la fortuna, como he apuntado ya en páginas anteriores, los que llevaron a Logroño al abnegado comerciante barbastrino. Su vida hasta entonces había girado alrededor de una tienda de tejidos situada en un recodo de la calle del General Ricardos, en Barbastro. La tienda es hoy propiedad de los señores de Lacambra, siendo éste el nombre que figura en el rótulo, y sigue dedicada a la venta de tejidos. Según me dijeron sus propietarios, el establecimiento no ha cambiado mucho en su disposición y arreglo, si bien la transformación que en estos años ha experimentado el negocio textil le da necesariamente un aspecto distinto al que debía tener entonces. Algunos de mis informadores aseguraban que esta tienda era originalmente propiedad de una doña María Romero, persona bien conocida en Barbastro. No he podido comprobar este extremo, pero es lo cierto que, quienquiera que entonces lo regentara, fue en este establecimiento donde el padre del fundador del Opus Dei se inició en su trabajo de representante de comercio textil cuando llegó de su nativo y no lejano pueblo de Fonz a mediados de la década 1880-1890, por lo que he podido colegir de la mal conocida cronología de su vida. Su cometido consistía al parecer, en aquella época, en correr los géneros que de Cataluña y otros centros de producción de España recibía el acreditado negocio, por toda la comarca del Somontano, de la que Barbastro es hoy todavía capital comercial. No faltan informadores que digan que los negocios textiles de entonces se dedicaban también a la producción de chocolate "a la taza", que fabricaban en grandes perolas en el sótano del establecimiento. El de doña María Romero no debía ser una excepción en este punto y es probable, por tanto, que don José Escrivá trabajara también este renglón complementario en su actividad como representante.

En aquel tiempo don José, soltero todavía, no tenía casa propia en Barbastro. Se hospedaba en la antigua fonda San Ramón que con el nombre de hotel San Ramón se alza todavía hoy en el paseo llamado El Coso. Este hotel había sido fundado por una mujer de gran temple, doña Rita Villacampa, y en este punto la historia de la familia Escrivá y del Opus Dei enlaza curiosamente con la historia de España. Esta doña Rita era sobrina del famoso general don Manuel Villacampa y del Castillo, que tomó parte con el general O'Donnell en la acción de Vicálvaro en 1854. Después de luchar incansablemente contra los carlistas, el general Villacampa fue separado del ejército por sus ideas republicanas y el 19 de septiembre de 1886 se puso al frente de las tropas que proclamaron la República en Alcalá.

Abortado el movimiento, Villacampa fue condenado a la pena de muerte que la reina regente María Cristina le conmutó por la de cadena perpetua. Los miembros del Opus Dei que hoy alardean de ser "incluso republicanos" gustarán sin duda de conocer este precedente liberal de la historia de la familia del fundador.

En la posible peregrinación de los devotos del padre Escrivá que podríamos llamar, utilizando el conocido slogan del Ministerio de Información y Turismo, "la ruta del fundador", no puede faltar una visita al hotel San Ramón, donde don José Escrivá pasó muchos años antes de que, al contraer matrimonio con doña Dolores Albás y Blanc, adquiriera la casa de la plaza del Mercado en que nació el futuro presidente general del Opus Dei. Se conserva prácticamente intacta la decoración modernista con que doña Rita quiso distinguir su casa. Lámparas de cuentas de cristal, cornucopias, espejos dorados, racimos de uvas de metal colgando de las paredes, nos transportan a la época en que residía en aquella casa el honrado representante de comercio.

Sus ambiciones, sin embargo, no se contentaban con este cargo, por más digno que pudiera parecerle. Aspiraba don José, como tantos otros de su profesión, a lo que se llamaba comúnmente "establecerse", es decir, a tener negocio propio. La ocasión se le ofreció pintiparada cuando, hacia finales de siglo, doña María Romero o quien fuera el propietario de la tienda, mostró sus intenciones de vender el negocio. No teniendo capacidad económica para adquirirlo por sí solo, constituyó sociedad con otros dos dependientes de doña María Romero, compañeros suyos, los señores Juncosa y Mur, naciendo de este modo la razón social "Escrivá, Mur & Juncosa", sociedad colectiva, con el objeto de explotar la tienda y el lucrativo negocio de la distribución comarcal de tejidos y chocolates. [Según Peter Berglar la empresa que ocupaba la tienda anteriormente se llamaba "sucesores de Cirilo Latorre" constituida en 1894 y de la cual formaba también parte Don José Escrivá y Corzán]

La boda de don José Escrivá y doña Dolores Albás debió de celebrarse a fines de 1897 o principios de 1898. Monseñor nació en enero de 1902. Para entonces, se había llevado a cabo ya la operación de compra de la tienda por parte de los tres dependientes asociados y la nueva familia se había aposentado en la casa que forma esquina con la plaza del Mercado y la calle Mayor, llamada también calle de los Argensola porque se encuentra en ella el palacio donde nacieron y vivieron los dos grandes poetas barbastrinos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. La casa de monseñor está a un paso, casi enfrente, de la de estos dos poetas de quienes escribió Baltasar

Gracián: “Dos laúdes tan igualmente acordes que parecían hermanos.” La celebridad se reúne en Barbastro a ambos lados de la calle Mayor y la fama de monseñor Escrivá de Balaguer y Albás no dista mucho de eclipsar, en el ánimo de las gentes de su ciudad natal, a la de los dos grandes poetas clásicos.

Encontramos por tanto a la familia Escrivá-Albás en los primeros años del siglo gozando de su nueva y bien ganada situación social de copropietarios de un negocio de tejidos, lo cual, en aquella época, era suficiente para darles tono de familia acomodada e incluso distinguida, teniendo en cuenta el papel de primera importancia que los textiles desempeñaban entonces en la economía de una ciudad de las características de Barbastro. La familia de don Pascual Albás y doña Florencia Blanc, abuelos maternos de monseñor, era también del comercio de la ciudad. No he podido llegar a averiguar con exactitud qué tipo de comercio regentaban. Alguien me dijo que tenían confitería y, aunque no me ha sido posible confirmarlo, podría sostener esta suposición el hecho de que existe todavía hoy en Barbastro una “Confitería Albás”. Por otra parte, la familia Escrivá-Albás pertenecía, por estrechos lazos de sangre, a la casta sacerdotal. Un hermano de don José llegó a ser párroco de Fonz. Dos hermanos de doña Dolores, don Carlos y don Vicente, a quienes volveremos a encontrar más adelante, eran igualmente sacerdotes y el primero de ellos llegó a ser canónigo de la Seo de Zaragoza.

Una persona que, por su edad, podía recordarlo, me dijo en Barbastro que doña Dolores tenía un tío obispo. He encontrado efectivamente a un obispo llamado don José María Blanc, que nació en Barbastro en 1845. Debía ser hermano de doña Florencia Blanc, abuela materna del fundador del Opus Dei. Este prelado entró por oposición con el número uno en el clero castrense en 1876 y fue párroco de distintos cuerpos de Infantería, siendo más tarde canónigo de la catedral de Valladolid y finalmente obispo de Ávila, donde murió en 1897. La tumba del obispo Blanc puede verse en el altar mayor de la catedral abulense. Como se verá, por tanto, bien se puede aplicar a monseñor Escrivá de Balaguer aquello de que “de casta le viene al galgo”, teniendo en cuenta los muchos y muy ilustres presbíteros y dignidades que tuvo su familia. No es difícil imaginar el clima de honda religiosidad que debía respirarse en casa del ejemplar comerciante. En 1905 fue fundado el órgano del Obispado de Barbastro, “El Cruzado Aragonés”, que sigue apareciendo en nuestros días como semanario de suscripción. No es difícil imaginar que el periódico católico de Barbastro, caracterizado, como su nombre indica —al menos en aquella época—, por una concepción bélica de la religión, encontró en don José Escrivá un lector asiduo y entusiasta, y

no cabe duda que “El Cruzado” formó parte, a través de las enseñanzas paternas o incluso directamente, de la alimentación espiritual del niño y más tarde del mocito José María. Un estudio detenido de esta publicación —cuyo carácter católico-nacionalista salta a la vista en una simple ojeada en los años en que pudo influir sobre el pensamiento del futuro fundador, es decir, entre 1910 y 1915, cuando ya José María —que nació en 1902— estaba en edad de comprender, arrojaría, sin duda, alguna luz sobre el proceso de formación de su pensamiento.

La religiosa felicidad de la familia quedó bruscamente interrumpida en el año 1915 como consecuencia de la quiebra del hasta entonces floreciente negocio de venta de tejidos. Hay varias versiones respecto de las causas de esta quiebra que había de representar una profunda conmoción en la vida de la familia. Un compañero de don José María Escrivá en el seminario de Zaragoza me decía que el propio Escrivá le había contado que su padre había tenido un pleito con unas monjas. Ignoro la importancia que pudiera tener este pleito, aunque no es probable que fuera la causa determinante de la ruina del negocio. En Barbastro he oído contar una historia que me parece mucho más plausible. Uno de los tres socios originales de la razón social, el señor Mur, decidió en un momento dado separarse de sus compañeros, para lo cual les vendió su parte. En el contrato se incluyó la llamada cláusula de no concurrencia por la cual el señor Mur se comprometía a no establecerse por sí ni por medio de tercero en el mismo tipo de negocio a fin de no hacer la competencia a sus antiguos socios en el mercado, entonces no muy amplio, de Barbastro y su comarca. A pesar de lo dispuesto en esta cláusula, el señor Mur dedicó al parecer el dinero que había recibido por la venta de su parte en la razón social al establecimiento de un nuevo negocio de tejidos, que puso a nombre de un tercero que actuaba a título de lo que suele llamarse un “hombre de paja”. Con el tiempo, el señor Mur tuvo dificultades con su nuevo socio quien, según me dijo un abogado de Barbastro, “le había salido truhán”. Se vio obligado a acudir contra él ante los tribunales y esto dio lugar a que los señores Escrivá y Juncosa tuvieran conocimiento oficial y prueba fehaciente de los pactos que su antiguo socio había suscrito en violación de la cláusula de no concurrencia. Demandaron a su vez al señor Mur por incumplimiento de contrato y el nuevo pleito entre Escrivá y Juncosa por una parte y Mur por la otra, duró al parecer cuatro años y significó a la larga la ruina de la empresa.

La quiebra de la razón social tuvo al parecer cierto tono dramático, como parece indicarlo el hecho de que ambos socios tuvieran que abandonar la ciudad donde habían venido trabajando durante tantos años. Juncosa se

marchó a Huesca y Escrivá a Logroño. Algunas personas de Barbastro con las cuales hablé me dijeron que monseñor "estaba amargado" de su ciudad natal y ésta era la razón por la cual no iba más a menudo por allí. Efectivamente, don Josemaría Escrivá de Balaguer no ha visitado Barbastro, al menos oficialmente, desde que su nombre ha adquirido el prestigio sin límites de que goza el fundador y presidente general del Opus Dei. Hay quien dice que ha estado allí "de incógnito", lo que no es improbable, ya que consta por noticias aparecidas en la prensa que ha visitado en alguna ocasión el complejo religioso-turístico-cultural de Torreciudad para inspeccionar las obras que allí se están realizando. El hecho es, sin embargo, que no ha hecho todavía hasta ahora su "entrada triunfal" en Barbastro. En unas declaraciones publicadas en "El Cruzado Aragonés" en mayo de 1969 (que, dicho sea, entre paréntesis, daban también la impresión de haber sido contestadas por escrito), monseñor decía que tenía muchas ganas de ir a su pueblo, pero que "no puedo andar de un lado para otro". Afirmaba que, aunque tenía solamente trece años cuando salió de allí, sentía un gran cariño por Barbastro y se enorgullecía de ser barbastrino. Muy en su estilo de permanente mentís de posibles rumores, que es característico de su forma de contestar a las preguntas que se le hacen, monseñor manifestaba, al preguntarle el periodista cuáles eran sus mejores recuerdos de su ciudad natal, que "todos mis recuerdos de Barbastro son buenos recuerdos". Esta afirmación parece contradecirse con lo que me decían algunas personas de la ciudad, de que, apremiados por los acreedores, "los Escrivá tuvieron que salir de Barbastro de noche".

Ya iremos viendo cómo la ruina de su padre en el negocio de tejidos que poseía en Barbastro, con la secuela de penuria y privaciones que la familia Escrivá tuvo que pasar en los años siguientes, deja en la tierna mente del niño José María un trauma profundo que se manifiesta inconfundiblemente a lo largo de su vida. Sin la ruina de la razón social "Juncosa & Escrivá" la personalidad del fundador del Opus Dei y, de hecho, el Opus Dei mismo, habrían tenido un contenido muy diferente del que ahora tiene. Pues aun admitiendo, como hemos convenido en admitir, la tesis opusdeísta del soplo de la inspiración divina sobre la mente fundacional, es lo cierto que el caldo de cultivo que esa inspiración habría encontrado hubiera sido de muy diversa índole de no haberse producido la quiebra del honrado comerciante. Apenas puede exagerarse la importancia que ejerce un acontecimiento de este tipo en la formación de un muchacho de trece años que, como hijo mayor de la casa, se siente directamente responsabilizado en el fracaso de los

negocios paternos. Inmerso en la mentalidad mercantil, para la cual la pérdida del dinero, de la posición social y, en definitiva, del "prestigio", equivale a una anulación de la propia personalidad, a la muerte civil y casi física, José María Escrivá, hoy de Balaguer, no logra superar el espectro de la ruina. Su vida, la obra de su vida, arranca y tiene su origen en esa ruina familiar. Es un "self-made-man", pero un "self-made-man" que no parte, como otros muchos de su clase, "de la nada" sino del quebranto económico de su familia. Su preocupación, visible en todas las épocas de su vida, consiste en reivindicar el buen nombre de su casa, injustamente mancillado en la injusta y sorda guerra del comercio. No debe olvidarse, en ningún momento, que el Opus Dei es ante todo una empresa familiar. Su núcleo inicial, ya lo he dicho, es la familia Escrivá, a la que sucesivamente se van incorporando los "hijos" o socios. Así, el triunfo del Opus Dei es un triunfo familiar, conspicuamente bendecido por Dios y favorecido por el desenvolvimiento de la historia contemporánea de España. Es gracias a esta combinación de fuerzas, la pasión reivindicativa del padre Escrivá, la asistencia del Altísimo y los avatares de la España moderna, que el hijo del dueño de la tienda de la calle del general Ricardos en Barbastro puede acometer la reconquista del crédito perdido. Y mientras la inmensa mayoría de los españoles, por utilizar una frase de Groucho Marx, pasan "de la nada a la más absoluta pobreza", el fundador se eleva, en meritísima ascensión, desde el abismo de los números rojos hasta la inmensidad del "mar sin orillas". Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, instrumento de ese milagro de la Providencia que apropiadamente llamamos "Opus Dei", simboliza hoy entre nosotros, paradójicamente, la Victoria de la Clase Media, la Apoteosis del Comercio. [Quizá las dificultades que su familia pasó cuando él era joven le inspiraron en su mayor edad la desmedida pasión por la riqueza que se percibe en muchas de las anécdotas que de Monseñor se cuentan. Un día, por ejemplo, sus "hijos" españoles le obsequiaron con una Columba, un tipo de sagrario que va colgado sobre el altar, hecho de oro. Escrivá lo rechazó y mandó que lo colocaran en una pequeña capilla, exigiendo que le hicieran una Columba de brillantes. Pero no sólo deseaba las riquezas para el culto, sino también para la sede central del Opus Dei donde él vivía. Una persona que lo visitó me contaba que había mandado poner en una habitación un suelo de onix y que, al mostrárselo, Monseñor le dijo: "Esto es de lo que las señoras se hacen anillos". Con frecuencia recorría las tiendas de los anticuarios y si veía una cosa bonita en casa de un amigo, se encaprichaba con ella y no paraba hasta conseguir que su amigo se la regalara. En una visita a Sevilla se enamoró de un biombo coromandel y estuvo a punto de conseguirlo. Una de sus "hijas", de familia noble, había llevado el biombo a la casa sevillana del Opus Dei

donde Monseñor debía almorzar al objeto de dividir el comedor para separar la mesa de invitados de las de los demás residentes. En cuanto vio el biombo, el padre Escrivá empezó a cuchichear con los responsables de la casa, los cuales comunicaron a la propietaria de aquel bello y valioso objeto, lo mucho que al fundador le había gustado y lo bien que haría en regalárselo. Ella se resistió porque el biombo pertenecía al patrimonio de su familia y tuvo que dar un millón de pesetas para hacer una reproducción del biombo que fue enviada a Roma].

* * * * * * * * * *

BAÑOS DE MULTITUD

Uno de los pocos y breves biógrafos que ha tenido el padre Escrivá de Balaguer, don Florentino Pérez Embid, dice de él estas palabras llenas de significación:

"Cualquiera que le hable, aunque no sea por vez primera, tendrá una sensación inolvidable de impresionante fuerza, de sobrehumana energía."

He aquí una afirmación con la que parecen estar concordes muchas personas que han conocido o visto de cerca al fundador del Opus Dei. "Un hombre extraordinario", "irradia bondad", "emana santidad", "es un santo", son las frases con que se le define. "Quien se le acerque —sigue diciendo don Florentino— siempre alcanzará a oír una palabra amable y esperanzadora, estimulante, firme, alegre, llena de sentido sobrenatural." Y si en privado monseñor cautiva a aquellos a quienes les ha sido dado conocerle, en público electriza a las masas. Esta es al menos la experiencia que puede recogerse en sus escasas, si fulgurantes, apariciones ante esa "muchedumbre" de que él mismo habla en la máxima 32 de Camino:

Tú no serás caudillo si en la masa sólo ves el escabel para alcanzar altura. – Tu serás caudillo si tienes ambición de salvar todas las almas.

No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre; es menester que tengas ansias de hacerla feliz.

La muchedumbre sabe que don Josemaría está llamado a hacerla feliz y se le entrega sin condiciones. Monseñor tiene, en efecto, unas dotes poco corrientes de hombre público, un sentido especial de la "mise en scéne" del personaje que él sabe que representa: el personaje del padre bueno y comprensivo, no por ello menos riguroso y autoritario, en cuya energía encuentran sus hijos el apoyo que necesitan para atravesar las tempestades de la vida, en cuya firmeza de pensamiento se disipan todas las dudas que puedan asaltarles. La aparición de este Gran Padre ante sus hijos se rodea siempre de una aureola de misterio en la cual resalta con innumerables matices la confianza paterna que él inspira, el clima de intimidad familiar que sabe

crear en torno suyo. Su "llaneza", que a veces explota en frases caseras y prosaicas, se acompaña siempre de una cierta "distancia" que le hace vagamente inaccesible y que valora todavía más las concesiones de su corazón magnánimo. No es en modo alguno el cura bonachón, de película italiana, que aspira a ser un vecino más entre los vecinos ni tampoco el sacerdote eminente, gran predicador en el púlpito, pero hombre frío en los contactos personales. Monseñor Escrivá de Balaguer no dilapida su campechanía como el primero ni, como el segundo, la niega. Ha sabido encontrar un perfecto equilibrio, "es" el equilibrio mismo, entre la simplicidad del cura rural español y el empaque del preboste romano. Así, es capaz de pronunciar, en "petit comité" con sus discípulos, frases como la que le oyó un día un hijo suyo cuando explicaba que la avaricia y la lujuria son los dos grandes vicios que tienen encadenada a la humanidad: "Los pecados del hombre se resumen en un palmo. El palmo que va del bolsillo a la bragueta."

He aquí, por contraste con esta frase de hondas resonancias carpetovetónicas, el relato que otro hijo suyo, el mismo que me contaba la manera única que tiene monseñor de bajar las escaleras, me hacía de su llegada a una concentración de socios del Opus Dei:

"Estábamos todos situados en semicírculo a ambos lados de la gran puerta de entrada esperando la llegada del padre. De pronto, tras una fila de coches, apareció el cadillac negro de monseñor. Aplausos, vítores, cantos de bienvenida. El automóvil se colocó frente a la puerta. Descendió el chófer uniformado, dio la vuelta al vehículo y abrió la portezuela. El padre estaba impecablemente sentado, con una finísima manta de lana sobre las rodillas. El chófer, entrando con medio cuerpo en el interior del coche, le quitó la manta haciéndola suavemente a un lado y se colocó de nuevo junto a la portezuela abierta. Monseñor entonces, apoyándose en el brazo del chófer, salió del coche pausadamente entre las aclamaciones de sus hijos."

La aparición de Escrivá de Balaguer en público está perfectamente calculada para producir el máximo impacto en los circunstantes. Monseñor está siempre en escena y sabe muy bien cuándo tiene que permanecer en una actitud grave y en qué momento resultará más eficaz golpear la conciencia de su auditorio con una frase casera o incluso pedestre. Es en este choque entre el misterio y el dicharacho, entre la sublimidad y la ramplonería, entre la Teología y el Refranero, donde reside gran parte del secreto de su éxito. Ver actuar a monseñor Escrivá de Balaguer en un acto público como el que se celebró por ejemplo en el teatro Gayarre de Pamplona con ocasión de la Asamblea de Amigos de la Universidad de Navarra, es al parecer una experiencia tan apasionante como la de asistir a una plática suya en un oratorio

o en una pequeña sala de conferencias con motivo, por ejemplo, de unos ejercicios espirituales. En seguida veremos cómo, en el primer tipo de manifestaciones públicas, monseñor hace gala dc un dominio de las masas que para sí quisieran muchos que se llaman políticos. En la intimidad del oratorio su preocupación se dirige a crear un clima de honda vibración espiritual. Por influencia del fundador, el Opus Dei ha estereotipado este clima misterioso, de penumbra sobrecogedora, en la celebración de los ejercicios. He aquí cómo el biógrafo de Albareda, Gutiérrez Ríos, describe el oratorio donde su biografiado escuchó por primera vez, hacia 1934, una plática del padre Escrivá:

Un oratorio pequeño con lámpara grande de sagrario; tres hachones de cera a cada lado del altar. En el centro, en la pared frontal, sobre fondo de tela roja, una escultura de santa María. Apenas cabían dos bancos y un reclinatorio a la derecha, al lado de la ventana de cristales cubiertos con "papel vidriera", que filtraban una luz tenue. Antes de la misa, don Josemaría Escrivá de Balaguer pronunció una plática.

Estaba sentado ante una mesita con tapete granate, a un lado del altar. Una pequeña lámpara de pantalla opaca ponía un círculo de luz sobre la mesa; allí había un crucifijo, que sacó del bolsillo, y su reloj; a un lado, un pequeño tomo de los Evangelios; delante, en medias cuartillas, el guión de la plática.

Luz de dos cirios a los lados del sagrario. El resto, en penumbra.

Teniendo en cuenta que la plática de que habla aquí Gutiérrez Ríos tuvo lugar en 1934, el ex rector de la universidad de Madrid se equivoca al transcribir el nombre y el apellido del padre Escrivá, que entonces no se llamaba Josemaría, sino José María, ni Escrivá de Balaguer, sino Escrivá a secas. Por lo demás, el ambiente de medieval penumbra es muy parecido al que puede encontrarse hoy en cualquier oratorio del Opus Dei, exceptuando tal vez el hecho de que, en la actualidad, la Obra ya no se ve obligada a imitar las vidrieras con papeles pintados. Puede comprarse vidrieras de verdad.

Un amigo mío barcelonés que fue invitado en su juventud a asistir a una plática del padre cuando éste residía aún en Madrid, me contaba que el fundador del Opus Dei tiene costumbre de personalizar al dirigirse a su auditorio. Mirando, por ejemplo, a un muchacho que le escucha sobrecogido, el padre grita:

– *¡Tú!*

Sigue un momento de silencio que aparece eterno. Luego:

– ¡Y tú, y tú, y tú! —señalando con el dedo a los aludidos.

Pero el padre Escrivá no se dirige solamente a los que le están escuchando, sino que también mira frecuentemente hacia el altar, hacia el sagrario, "con miradas encendidas", al decir de Gutiérrez Ríos, y habla a la Divinidad ante el religioso estremecimiento de los circunstantes.

Hay una anécdota muy reveladora a este propósito. Personalidades del séquito de don Juan de Borbón han contado en Madrid que cuando, no hace muchos años, el conde de Barcelona visitó a don Josemaría Escrivá de Balaguer en su residencia romana, el fundador le acompañó, como suele hacerlo con los visitantes ilustres, a recorrer la casa. Cuando entró la comitiva en la espléndida basílica construida en el recinto con todo el lujo que la Obra sabe poner en sus cosas, sucedió algo que, según dicen, dejó mudo de asombro al hijo de don Alfonso XIII. Don Josemaría Escrivá de Balaguer se acercó al coro de madera noble tallada y, sentándose en el sillón que le está reservado, y que aparece algo más adelantado que los demás, empezó a explicar a don Juan de Borbón que él se sentaba todos los días allí y hablaba con Dios de esta manera:

–Señor, Josemaría ha hecho mucho por la Iglesia. Y hará todavía mucho más...

Pero la especialidad de monseñor es su aparición ante las masas. Ahí es donde se manifiesta con todos sus matices su verdadera personalidad. La presencia del fundador entre la muchedumbre de sus hijos —que yo sepa no se ha enfrentado nunca con ninguna otra muchedumbre— provoca escenas entrañables. Se trata, claro está, de un tipo especial de muchedumbre. El pensamiento de monseñor en este punto aparece claramente en la máxima 914 del tan repetido Camino, cuyo breve análisis puede resultar ilustrativo. Dice el padre Escrivá:

¡Qué pena dan esas muchedumbres —altas, bajas y de en medio— sin ideal!

No hace distingos aquí, como se ve, entre las clases "altas, bajas y de en medio" de su peculiar concepción sociológica. Todas son igualmente "muchedumbres". Y a continuación, monseñor define:

Causan la impresión de que no saben que tienen alma: son…, manada, rebaño... piara.

Obsérvese la intencionada colocación de los puntos suspensivos hasta llegar al clímax final. Pero el autor tiene la solución. "Nosotros" (el Opus Dei), con la ayuda de Dios,

convertiremos la manada en mesnada, el rebaño en ejército... y de la piara extraeremos, purificados, a los que ya no quieren ser inmundos.

La multitud de los hijos de monseñor no es por tanto "muchedumbre" ni "manada", ni "rebaño" ni, mucho menos, "piara". Es si acaso "mesnada" o "ejército" pero nunca "piara". Han dejado de ser "inmundos" y manifiestan al fundador, de mil maneras, su agradecimiento. Alguien me decía que los miembros del Opus Dei tienen la costumbre de llevar la foto del padre en la cartera, de la misma manera que el buen hijo lleva consigo la de su progenitor en la carne. No he podido comprobar este extremo que, sin embargo, parece estar muy en consonancia con el tipo de sentimientos que suscita el fundador en sus discípulos. La multitudinaria devoción con que saben acogerle se puso de relieve en el curso de la ya mencionada Asamblea de Amigos de la Universidad de Navarra que tuvo lugar en Pamplona a fines de 1964. No asistí personalmente a aquella magna concentración por lo que me limitaré a recoger episodios narrados por los periodistas en publicaciones ligadas a la Obra, así como algunos testimonios de personas que estaban presentes. Durante aquellos días, monseñor "dio muestras de su incansable vitalidad y capacidad de trabajo". Presidió los actos académicos y religiosos, pronunció discursos y homilías y se sometió en varias ocasiones durante horas a las preguntas que quisieron hacerle los doce mil "Amigos" que se habían trasladado a Pamplona "desde todos los rincones de España" y también "desde el extranjero".

El coloquio que sostuvo con los asistentes al acto del teatro Gayarre fue quizás el más sonado de los que se celebraron, pero, durante aquellos días, monseñor recibió, uno tras otro, a innumerables grupos de hombres y mujeres "que no querían marcharse de Pamplona sin verle". Allí había "de todo", gente "de todas las clases sociales". En su crónica de "Telva", Pilar Salcedo enumeraba: "Gentes humildes. Viudas. Labradores llegados en trenes especiales desde toda España. Mineros, músicos, industriales, terratenientes, empleados y abuelas, muchas abuelas." Los mineros habían llegado desde Asturias, "curtidas y callosas las manos de tanto buscar en el fondo de la tierra", en una furgoneta que llevaba pintada la inscripción: "Los licenciados asturianos de la Universidad de la Calle (mineros y albañiles) saludan a sus colegas científicos de la Universidad de Navarra." La directora de "Telva", en una evidente sobreestimacíón del potencial del Opus Dei en la minería asturiana, decía que esos mineros (y albañiles) tenían "el orgullo formidable de representar a los que no pudieron dejar las galerías para asistir a la Asamblea". Los músicos se sentían pagados con "la alegría de haber agradecido, aunque sólo sea con nuestra presencia aquí y con el ruido que

hemos metido por las calles, la labor que monseñor Escrivá de Balaguer hace en el mundo". Los labradores miraban enternecidos las aulas y "era bonito sorprender sus miradas acariciando los pupitres o la pizarra y llevándose involuntariamente la mano al bolsillo como diciendo: ¡esto ha salido de aquí!" Estas "gentes humildes" habían dado "diez duros, veinte, cincuenta" para sostener la Universidad de Navarra. De las abuelas, de las viudas, de los industriales y de los empleados no se daban más detalles en la crónica, pero dos damas aristócratas terratenientes se acercaron a monseñor y éste les dijo: "Tenéis que daros cuenta de que dar ropa usada o calderilla ya está pasado de moda."

Había asimismo "hispanoamericanos". "Entre los alumnos de todas las nacionalidades de la Universidad de Navarra —añadía Pilar Salcedo— destacan por su número y simpatía los hispanoamericanos." Una mañana, la cronista sorprendió a los hispanoamericanos apostados al pie de la gran escalera. "Periodistas al fin, empezamos a investigar."

– ¿Qué hacéis aquí?

– Vamos a saludar todos los hispanoamericanos al Gran Canciller.

Entre la cadencia de sus palabras brilla la alegría de sus ojos.

Los estudiantes se amontonan en el vestíbulo y en la escalera.

A la periodista le debió parecer que había demasiados hispanoamericanos, porque añadía: "Sospecho que entre ellos hay también muchos españoles y descubro también rasgos orientales y algunas caras de color; pero no importa. El ambiente es simpático."

Cuando el Gran Canciller, don Josemaría Escrivá de Balaguer, descendió por la escalinata, los hispanoamericanos le aclamaron y un muchacho colombiano que llevaba "el carriel, ese bolso de piel que se cuelga en bandolera, muy típico en su país y en toda Hispanoamérica", le pidió a monseñor que se lo pusiera.

– ¿Cómo no, hijo mío?

"Brilla la emoción en los hispanoamericanos. El Gran Canciller se pone el carriel y todos se sienten en su patria porque son comprendidos y amados."

Una de las escenas más emocionantes de toda la Asamblea fue la que tuvo lugar entre monseñor y un negro. La contaba José Antonio Vidal-Quadras en "La Actualidad Española". En una de sus intervenciones, el padre Escrivá aludió a unas monjas navarras que, poco tiempo antes, habían sido martirizadas en el Congo. Como en la universidad de Navarra y en el Opus

Dei hay gente no sólo “de todas las clases sociales”, sino también “de todas las razas”, resultó que había allí cerca un negro africano el cual, al oír a monseñor relatar con toda la fuerza de su verbo apostólico el martirio de las religiosas, empezó a hacer gestos “como indicando al Gran Canciller que pedía perdón por la conducta de los de su raza”. La situación era apurada, pero monseñor no se arredró. Según Vidal-Quadras, “tomó al negro de las manos y le dio un apretado abrazo, diciéndole que no tenía por qué avergonzarse, que muchos blancos no habían sabido tratarles a ellos como personas. Y le regaló su crucifijo. El muchacho se sentó llorando.”

El padre Escrivá es un maestro en lo que se refiere a buscar golpes de efecto para electrizar a las multitudes. Una persona que estaba presente en los actos de la universidad de Navarra me contaba una escena en que el dominio de masas de monseñor alcanza su punto máximo. En un discurso, cuando hablaba de lo mucho que él quería a la universidad, tras un período brillantísimo cuyo estilo oratorio no me atrevo siquiera a remedar aquí, el Gran Canciller exclamó con toda la potencia de su voz: “¡Cuando yo muera...!” La multitud viéndose a pique de perder a quien era su sostén y apoyo, lanzó un tremendo alarido:

– ¡Nooooooooooooooo!

– “¡Cuando yo muera —repitió el padre ante el sollozante gentío que le escuchaba— mandaré que arranquen mi corazón y lo entierren en el campus de esta Universidad!”

Haría falta un libro entero para dar cuenta de la polifacética capacidad oratoria de Escrivá de Balaguer. Este hombre que conmueve a las masas sabe al mismo tiempo ocupar con dignidad la tribuna académica. En el acto que tuvo lugar con motivo de la concesión de los doctorados “honoris causa” por la Universidad de Navarra a los profesores de la de Zaragoza, don Miguel Sancho Izquierdo y don Juan Cabrera y Felipe, el Gran Canciller tuvo períodos de una nada desdeñable elocuencia:

Son dos maestros que han ocupado sucesivamente el sitial de Rector Magnífico en la Universidad cesaraugustana. Al nombrar al “alma mater” de mis enérgicas tierras de Aragón, no puedo dejar de evocar con ternura los años —nada fáciles para la Iglesia ni para la Patria— en los que acudí yo también a las aulas de su antigua casona, para seguir los estudios de leyes. Más tarde, cuando en mi vida, orientada por la voluntad de Dios, ha sido preciso en tantas ocasiones actuar con criterio jurídico, de seguro que

ha gravitado en mi alma, junto a las luces de la teología y de las otras ciencias sagradas, aquel sentido del derecho que aprendí en mis tiempos de estudiante universitario en Zaragoza.

Y al lado de esta docta soltura, monseñor acierta como nadie en la contestación rápida y brillante, en el bocadillo afortunado. En su crónica sobre la Asamblea de Amigos publicada en la revista "Nuestro Tiempo", Angel Benito daba cuenta de una de estas intervenciones. Uno de los presentes en el teatro Gayarre preguntó al fundador:

– ¿Cuál es la posición de los miembros del Opus Dei en la vida pública de los diversos países?

La respuesta de monseñor a aquel público necesariamente traumatizado por la "leyenda negra" de la Obra, provocó, según Angel Benito, "una entusiasta ovación" en el teatro. Escrivá gritó:

– *¡La que les da la gana!*

Al principio del coloquio, monseñor Escrivá "lleno de una razonada alegría, con su humor y su sencillez tan destacables en un hombre de su talla", como decía otro corresponsal, había dicho a los presentes:

-*No voy a hacer un discurso, preguntadme lo que queráis.*

Una atronadora ovación acogió sus palabras. El, el fundador del Opus Dei, Gran Canciller de la Universidad de Navarra, prelado de Su Santidad, Gran Cruz de Isabel la Católica, futuro marqués de Peralta, se sometía voluntariamente a las preguntas de las gentes humildes, de las viudas, de los labradores, de los mineros y albañiles, de los músicos, industriales, terratenientes, profesores universitarios, empleados y abuelas. El entusiasmo era indescriptible.

–¿En qué tenemos que soñar, monseñor? —preguntó un profesor universitario.

–Sueña —fue su respuesta— con hacer mucho bien a toda la humanidad.

Después de todas sus contestaciones —es una costumbre en él— el padre Escrivá añadía:

–¿Está claro? ¿Está claro?

Una señora le preguntó:

–Esta mañana nos habló con cariño del Papa. ¿Podría decirnos algo más?

–Sí —repuso el fundador—. En 1946, cuando acudí enfermo y cargado de cosas al Papa Pío XII, la primera persona que me atendió en aquel momento fue monseñor Montini. Desde entonces, la relación y el cariño han sido constantes. ¿Está claro? ¿Está claro? [La versión oficial del Opus Dei ha sido y es que "Monseñor amaba mucho al Papa". Consta, sin embargo, por muchas personas que le trataron, que en las épocas en que el Opus Dei tenía dificultades para obtener el reconocimiento de la Iglesia, Escrivá hablaba en tono despectivo del Pontífice reinante en aquel momento. Criticaba duramente a Pío XII, se reía de Juan XXIII y de Pablo VI llegó a decir, según varios ex-miembros de la Obra me han contado, que "Dudo de su salvación". Una ex-numeraria me contó que cuando invitaba a comer a un cardenal, se mandaba servir él primero y solía decirles a sus "hijas": "Papas y Cardenales hay muchos. Fundador del Opus Dei hay sólo uno"]

–¡Viva el Papa! ¡Viva monseñor Escrivá de Balaguer! —vociferó la masa.

–¿Por qué habla con tanta insistencia de la libertad? —preguntó un señor desde la platea. —Porque respeto firmemente todas las opiniones y, además, venero a las autoridades de los países que visito. ¿Está claro? ¿Está claro?

No es sólo su palabra incisiva. Es también su gesto, su movimiento corporal lo que acredita su condición de hombre público. José Antonio Vidal-Quadras describía en "La Actualidad Española" una muestra elocuente de este rasgo suyo que le convierte, podríamos decir, en el Mussolini de la espiritualidad. Escribía el periodista:

El espíritu de amor a la libertad y de comprensión de monseñor Escrivá de Balaguer se manifestó de mil maneras, con agudeza de expresión, acompañado a veces con el gesto, ante todos los grupos que le escuchaban.

Y contaba que, en uno de los coloquios, el padre Escrivá afirmó dirigiéndose al público:

Tenemos los brazos abiertos para todos, un amor muy grande por todas las criaturas. No podemos ser ni así —decía extendiendo sólo el brazo derecho—, ni así —extendía sólo el izquierdo—, ¡así!! —y ponía los brazos en cruz—, ¡para que quepan todos!

La gente se arremolina alrededor de él, trata de aproximarse a él para besarle la mano, para tocarle el borde de la sotana. Entre los vítores se oye la voz de una muchacha que exclama: "¡Le he tocado! ¡Le he tocado!" Caen de rodillas sesudos varones a su paso. Alguien me contó que, durante la

Asamblea de Pamplona, a la salida de los diversos actos celebrados en aquellos días, cuando ya el cadillac negro de monseñor se disponía a partir con su ilustre viajero, la presión de la masa era tan fuerte que los profesores de la Universidad de Navarra miembros de la Obra se veían obligados a rodear el coche haciendo una cadena humana, a fin de proteger la seguridad personal del fundador. Y que cuando el automóvil arrancaba, los más jóvenes de sus hijos corrían tras él a lo largo de un kilómetro gritando: "¡Pa-dre, padre, pa-dre!"

* * * * * * * * * *

“LA CIUDAD DE LONDRES”

Pero, resistiendo la tentación exegética o interpretativa en la que de modo tan perdonable condesciende a menudo la investigación hagiográfica, volveremos a los hechos. Y los hechos son que, una vez que la familia de don José Escrivá sufre los reveses de fortuna que quedan dichos, abandona Barbastro y busca refugio en Logroño. En este punto, sin embargo, no parecen estar contrastadas las fuentes informativas, pues mientras en su mayoría afirman que la familia marcha de la ciudad del Vero a la capital de la Rioja, no faltan los que aseguren que lo hace, no directamente, sino a través de Barcelona, ciudad en la que permanecen algún tiempo antes de instalarse definitivamente en Logroño. Como comerciante de tejidos, don José Escrivá y Corzán debía de contar en la Ciudad Condal con numerosas relaciones de negocios que podían tenderle una mano en el difícil trance que atravesaba. Sea como fuere, y tomara la familia el camino de Cataluña o de Castilla, el hecho es que hubo de ser un hombre de negocios catalán, el ya mencionado don Antonio Garrigosa, quien socorrió al quebrado barbastrino. Este don Antonio Garrigosa perteneció a la brillante generación de “selfmade-man” barceloneses que, a fines del pasado siglo, construyeron la reputación de Cataluña como país de hombres laboriosos y emprendedores, cortos en palabras pero de corazón magnánimo, dando lugar a toda una galería de proverbios y frases hechas que, como “el catalán, de las piedras saca pan” y “cuando un catalán es amigo, es amigo”, son aún tema inevitable en las conversaciones de los departamentos de segunda de los ferrocarriles españoles. Habiendo llegado a Logroño como simple aprendiz, fugitivo de una Barcelona sacudida por las luchas sociales, don Antonio Garrigosa llegó a poseer una amplísima red de comercios de tejidos, no solamente en Logroño, sino en otras ciudades de Castilla y Navarra. Su casa matriz fue, como he dicho, “La Ciudad de Londres”, próspero negocio que abre aún sus puertas en la logroñesa calle de Portales, desde donde don Antonio dirigía el vasto complejo de sus empresas. Su espíritu mercantil, su constancia, su tesonera capacidad de trabajo causaron y causan todavía hoy admiración en los medios

textiles de Logroño. El referido don Manuel Ceniceros recuerda cómo, siendo él aprendiz de la casa, don Antonio pasaba una noche entera cada semana ocupado en la paciente labor contable, que se preciaba de llevar personalmente, y como él, el señor Ceniceros, u otro empleado de "La Ciudad de Londres", se ofrecían a acompañarle durante las largas horas que duraba su tarea. A la mañana siguiente, don Antonio se lavaba y se aseaba en la trastienda y reanudaba su trabajo normal que habría de prolongarse durante todo el día. "Hombres como aquél, ya no quedan", comentaba don Manuel Ceniceros en el curso de la agradable conversación que sostuvimos en el Café de Ibiza del Espolón de Logroño.

La acogida de que don Antonio Garrigosa hizo objeto a don José Escrivá al admitirle como dependiente en su establecimiento "La Ciudad de Londres" habla ciertamente tanto en favor de la munificencia del laborioso catalán como de la acrisolada honradez del quebrado barbastrino. No era hombre don Antonio, en efecto, para meter en su casa a nadie que no fuera exactísimo cumplidor de sus deberes y honrado a carta cabal. Cualquier duda al respecto quedaría disipada por este solo hecho. No sabemos si don José Escrivá conocía de antiguo a don Antonio o bien si su relación se inició en esta época a través de amigos comunes en el mismo Logroño o en Barcelona, capital de la industria textil entonces como ahora. Este último supuesto explicaría el no confirmado viaje que, según algunas fuentes, realizó la familia a la ciudad catalana en busca de la protección de las numerosas relaciones de negocios que allí tenía. Sea como fuere, el caso es que en el mismo año de 1915 en que se produjo la infortunada, aunque trascendental quiebra (por las históricas consecuencias que de ella se derivaron), el padre del fundador del Opus Dei entra a trabajar como dependiente de "La Ciudad de Londres". Confirma esta fecha el hecho, que he podido comprobar personalmente en Logroño, de que el pequeño José María, que había venido cursando sus estudios en un colegio de Barbastro dependiente del Instituto de Enseñanza Media de Lérida (y posteriormente del de Huesca), traslada su matrícula, en el curso 1915-16, al Instituto de Enseñanza Media de Logroño.

Y en Logroño vive la familia, al parecer en una buhardilla del número 18 de la calle de Sagasta, en condiciones de estrechez y penuria si se comparan con la holgura y el buen pasar que tenían en la vieja casa de la plaza del Mercado, en Barbastro. Todos los días, puntualísimamente, don José sale de su casa para acudir a su trabajo, no sin antes haber pasado por la iglesia y, a menudo, por la imprenta de su amigo Larios, editor de publica-

ciones católicas. Describe el actual gerente de “La Ciudad de Londres”, señor Ceniceros, el carácter de don José Escrivá diciendo que era frugal y comedido en todo, fiel cumplidor de sus obligaciones y de extrema bondad y dulzura de carácter. Recuerda, por ejemplo, que por las mañanas, don José liaba unos cigarrillos y se ponía cuatro de ellos en una pitillera de metal que traía en el bolsillo, con el firme y nunca traicionado propósito de no sobrepasar esa ración diaria. Hacia las diez se tomaba un pequeño descanso en su trabajo. Enviaba a un aprendiz a la confitería a comprar un caramelo de naranja, de los que llaman en Logroño “catas”, que valían un céntimo, y ése era su frugal desayuno: la cata y un trago del botijo, que bebía echándose el agua en el bigote.

Hay un detalle que revela muy bien no ya cómo era don José Escrivá sino cómo se le consideraba. Me contaba el señor Ceniceros que, en aquella época, cada dependiente tenía su clientela y la atendía siempre. Era ésta una norma comercial que se mantenía celosamente pues se consideraba que daba seguridad y confianza al comprador el hecho de poder decir: “A mí me atiende Escrivá” o “A mí me atiende Silvestre”. El dependiente conocía las necesidades y disponibilidades de “sus” clientes y sabía si podía o no recomendarles que compraran la “sábana de la llave” o la tela de camisas “Grano de oro” o cualquier otro de los géneros y calidades que allí se vendían. Pues bien, la clientela de Escrivá, si se me permite apearle por una vez el tratamiento, pues a los dependientes no suele concedérseles, era siempre “la clientela fina”. La clientela “corriente” o la “ordinaria” iban a Silvestre o a otro dependiente cualquiera. Nunca a Escrivá. Ruego al lector que medite acerca de la significación que este hecho aparentemente trivial va a cobrar cuando el hijo del puntual dependiente de “La Ciudad de Londres” funde, años más tarde, su propia empresa espiritual y, a imagen y semejanza de su padre, se dirija, también él, a “una clientela fina”, antes de que la inquietud de los tiempos y el espíritu del Concilio le induzcan a extender su apostolado “a todas las clases sociales”.

* * * * * * * * *

BURRO DE DIOS

"Todo aquello —comenta monseñor Escrívá de Balaguer— en que intervenimos los pobrecitos hombres, hasta la santidad, es un tejido de pequeñas menudencias que, según la rectitud de intención, pueden formar un tapiz espléndido de heroísmo o de bajeza, de virtudes o de pecados. Las gestas relatan siempre aventuras gigantescas pero mezcladas con detalles caseros del héroe. Ojalá tengas siempre en mucho —¡línea recta!— las cosas pequeñas."

La máxima 826 de Camino constituye el mejor consejo, digámoslo así, de preceptiva literaria, para intentar hacer una semblanza biográfica del fundador del Opus Dei. Los detalles, que son importantes en cualquier trabajo, cobran en éste una especialísima significación. Porque hay que saber que en la vida, en la personalidad, en la obra de monseñor no hay absolutamente nada que pueda considerarse trivial. Todo lo que le pasa está lleno de sentido. No hay nada que sea gratuito o arbitrario, si no que todo encaja en un conjunto armónico. Por ejemplo, como ya hemos apuntado, son precisamente doce, ni más ni menos, los primeros discípulos escogidos por el padre Escrivá para iniciar su Obra. O bien, elige el día de los santos Angeles Custodios, el 2 de octubre, y no otro cualquiera, para la fundación. O, como veremos, quiere que sea el día de san Valentín, el 14 de febrero, y no otro día cualquiera, el día en que se funde la rama femenina del Opus Dei. Sus hijos están desde el principio acostumbrados al carácter trascendente de todos, incluso los más insignificantes actos del fundador, y reciben cuanto emana de su persona, por muy trivial que pueda parecer como una manifestación más de su carismática personalidad. Se cuenta por ejemplo que, mientras monseñor hablaba a los grupos opusdeístas que iban a saludarle con motivo de un viaje suyo a la Universidad de Navarra, en un determinado momento se detuvo y pidió a uno de sus "hijos" que le trajera una cocacola. Según me contaba una persona que asistió a la reunión, pues pertenecía entonces a la Obra, a la salida, el comentario general de los asistentes era: "Y, fíjate, ha pedido una cocacola", "¡Date cuenta, qué libertad de espíritu hay que tener para eso!", mientras los hermeneutas de la Obra anotaban cuidadosamente la significativa petición del padre destinada a ser interpretada algún día a lo divino. Es conocido para las personas que están familiarizadas

con el tema del Opus Dei, el hecho de que, desde que la Obra es Obra, y ésta es una práctica que permanece en nuestros días y permanecerá mientras el padre viva, dos “custodes” acompañan al padre siguiéndole a todas partes durante el día y la noche y anotan todo cuanto el padre hace o dice, seguros de que ninguna de las anotaciones que hagan deberá echarse, como suele decirse, en saco roto.

Así las cosas, el biógrafo recibe grandísimo consuelo de pensar que nada de lo que cuente de su biografía, ninguna anécdota o pasaje aparentemente irrelevante de su vida, va a carecer de importancia al objeto de estudiar su pensamiento. Como ejemplo de lo que en el Opus Dei cunden los hechos de la vida de monseñor citaré aquí una famosa anécdota que se suele fechar en los primeros años de la década de los treinta. El padre Escrivá, que en aquella época vivía en la calle Ferraz con su familia y sus discípulos y era capellán de un convento de monjas en Atocha, tomaba todos los días el tranvía para ir y volver de su trabajo. Que el tranvía jugó un papel en el pensamiento de este hombre en cuya vida nada es secundario lo sugiere la máxima 897 de Camino, donde el padre Escrivá alude al tranvía al escribir una oración para ser recitada mientras se viaja en este medio de transporte que, en gracia a la modernización y puesta al día que siempre constituye la preocupación del Opus Dei, se transforma en un autobús en la edición inglesa del famosísimo libro.

Pues bien, un día, mientras el padre Escrivá estaba esperando el tranvía, y aquí la investigación no afina lo suficiente e ignora detalles tan importantes como el número del tranvía y el lugar y hora en que sucedió el hecho, mientras esperaba, digo, el tranvía, se le apareció Satanás en persona y le empujó con violencia hasta hacerle perder el equilibrio. Cuando el buen sacerdote estuvo en el suelo, el diablo comenzó a insultarle llamándole “¡Burro, burro!” La persona que me refirió este episodio, que era un numerario que llevaba muchos años en la Obra, me dijo que, en esta ocasión, el demonio tomó la apariencia de un obrero mal trajeado, “un comunista o algo así”, en frase de mi informante. Esta es la versión que acerca del suceso debía circular entre los miembros de la Obra en los primeros tiempos de su existencia. El demonio cobra en efecto existencia real en las máximas de Camino. Se hace en ellas referencia a la “sugestión infernal” y se pinta con colores muy vivos al “maldito” —”y no servirán de nada al maldito esas cosas perversas...”—, al “demonio” —"el demonio de sobra conoce que sois sus grandes enemigos y una caída en vuestras filas, ¡cuánto le satisface!”—, a Satanás —”¡con que infame lucidez arguye Satanás contra nuestra fe católica!”—; al “enemigo” — "por esa tardanza, por esa pasividad, por esa

resistencia tuya para obedecer, ¡cómo se resiente el apostolado y cómo se goza el enemigo!”. No tiene nada de particular que en el seno de la Obra se atribuyera al demonio la agresión perpetrada contra el padre Escrivá mientras estaba esperando cl tranvía. [Oficialmente se ha dado después un relato ligeramente distinto de esta “aventura”. La agresión no fue perpetrada según esta versión mientras el padre Escrivá esperaba el tranvía sino cuando marchaba a mediodía por la calle de Atocha de Madrid y su autor no fue el Demonio sino “un sujeto de aviesa catadura”. Se añade, en cambio, que, de improviso, inexplicablemente, otra persona se interpuso entre el agresor y el agredido y repelió al energúmeno. Dando la vuelta al insulto, el desconocido protector le dijo a Escrivá: “Burrito sarnoso, burrito sarnoso”. El desconocido no era otro que el Angel de la Guarda. Desde entonces, el fundador se definía a sí mismo como “burro de Dios”. Un día, una persona le pidió que le diera un retrato suyo y él abrió un armario y sacando de él la figurita de cerámica de un burro se la dio a su interlocutor. En su fiesta de cumpleaños, más de una vez se le había oído decir: “Josemaria, tantos años, tantos rebuznos”. La expresión “burrito sarnoso” la utilizaba mucho como definición de sí mismo. Y, a veces, firmaba cartas e incluso artículos con las siglas b.s] En años recientes, sin embargo, se ha observado en el Opus Dei una tendencia a silenciar las intervenciones sobrenaturales en la vida del padre. Veremos esto con más detalle al tratar de los milagros que el fundador realiza y de los prodigios que se producen en torno suyo. A una persona que ingresara ahora en la Obra nadie le contaría que fue el mismísimo demonio quien agredió al padre Escrivá. Menos todavía le dirían que fue un obrero, ya que el Opus Dei consideraría esto imposible teniendo en cuenta los muchísimos desvelos que el Opus Dei, a través de la creación de Tajamar y otros centros similares, ha dedicado a la “promoción social de la clase obrera”.

Pero el episodio no termina aquí y pido perdón al lector por haber dado lugar a una natural impaciencia al dilatar su verídico relato lleno de profundas enseñanzas. Y es que mientras el demonio o el obrero o quienquiera que fuese insultaba al padre Escrivá llamándole burro, el fundador del Opus Dei murmuraba en el suelo: “Burro, sí. Pero burro de Dios”. Apenas es posible exagerar la importancia que este símbolo tiene en la moral escrivaniana. El autor de Camino, sin duda recordando aquel episodio de su vida, escribe en la máxima 998:

“¡Bendita perseverancia del borrico de noria! Siempre el mismo paso. Siempre las mismas vueltas. Un día y otro: todos iguales.”

El padre Escrivá insta a sus “hijos” a ser, en lo espiritual, como los borricos de noria. Y entre los socios de la Obra se ha puesto de moda tener en casa una figurilla de cerámica, de paja o de madera, que representa un burrito con albardas. En la época en que el secreto de la pertenencia de una persona a la Obra se mantenía con mayor celo que ahora, la presencia del burrito en el recibimiento de una casa, en la antesala de un despacho podía ser un indicio que el experto opusdeiólogo debía tener en cuenta para determinar si el inquilino pertenecía a la Obra.

Poseemos algún testimonio escrito relativo a la adhesión de los miembros del Opus Dei a este símbolo del burrito. Cuando Esperanza Grases, la joven numeraria barcelonesa que murió en 1959 tras una penosa enfermedad, y cuya causa de beatificación fue abierta poco tiempo después, volvió de Roma adonde había ido para visitar el Vaticano y conocer personalmente a monseñor Escrivá de Balaguer, traía en su maleta, según nos refiere su biógrafo Mercedes Eguibar, “dos burritos de diferentes medidas, con albardas”. “Me han dicho que tengo que llenar las albardas de cosas pequeñas” —decía Montse recordando la máxima 819 de Camino: “Porque fuiste in pauca fidelis —fiel en lo poco— entra en el gozo de tu Señor.”

Hay otros testimonios. Transcribo aquí la letra de una canción o himno que se canta a menudo en los centros e instituciones del Opus Dei. Se titula “Anda, borrico”, y dice:

Dónde va el carro vacío, dónde va sin carretero, sin estrella y sin camino, dónde va.

Va sin rumbo por los riscos, sobre el eco del barranco. Dónde irá el carro vacío, dónde irá.

Estribillo:

Anda, borrico, la cuesta arriba.

Mira esa estrella, mira, te mira.

En las siguientes estrofas se insta al carretero a seguir la ascética senda del sacrificio, mediante una imagen muy cara al padre Escrivá, el cual, según se dice, gusta de tener colgado en la pared de su cuarto de trabajo un repostero con unas plantas de cardo bordadas en la parte inferior y en la superior unas estrellas y la leyenda: “Per aspera ad astra” (por la aspereza hacia los astros). Después de pedir al carretero que cargue el carro con tierra de guijos, el himno dice:

Toma las riendas y sube

por la cuesta pina y dura, cruzando nubes y nubes hacia el sol.

Canta cuesta arriba, canta, con el chirriar de las ruedas, bajo el peso de la carga y el calor.

Canta, canta, carretero porque la carga de tierra será carga de luceros y de Amor.

Vuelta al estribillo:

Anda, borrico, la cuesta arriba. Mira esa estrella mira, te mira.

Los socios del Opus Dei cantan también a menudo otra letrilla que abunda en los mismos temas que la anterior. Hela aquí:

No se va de mi memoria lo que me han dicho al llegar:

Vas a ser burro de noria, borrico siempre serás.

Estribillo:

Salta, corre, vuela, mi fiel borriquillo, que en el cielo suenan a tu trotecillo cien campanillitas de plata y cristal.

Salta, corre, vuela, con garbo y con sal.

Que más da que en mi camino haya punzantes espinos si sé que rosas habrá. Que más da.

Vuelta al estribillo.

Es interesante anotar aquí que este símbolo de la extrema humildad que es el burro de carga fue elegido por un hombre que se acusa a sí mismo de soberbio. Satanás, al insultar al padre Escrivá llamándole "burro", en el famoso episodio de la parada del tranvía, dio muestras de no conocer muy bien las complejidades de su carácter. "¡Soberbio, soy un soberbio!" exclama monseñor desde el púlpito al predicar en una reciente ocasión en Zaragoza. La preocupación, la obsesión de que da muestras monseñor por la virtud de la humildad son por sí solas indicios claros de que nos hallamos ante una personalidad profundamente egocéntrica cuya vida espiritual es una continua pugna contra el pecado capital de la soberbia. En Camino, en sus homilías, en sus declaraciones públicas y privadas son constantes las alusiones a este combate que, como en un auto sacramental, se libra en la conciencia del padre Escrivá entre el mayor de los pecados y la virtud de la humildad que se le opone. Algunos compañeros de seminario del padre Escrivá recuerdan que, en una ocasión, con motivo de un buen examen que José María había hecho, le oyeron exclamar: "¡Formidable! ¡Soy formidable!" En su mayor edad, cuando una vez ordenado sacerdote se traslada a Madrid, va acentuándose en él la conciencia de su alta misión. Consta por

visitantes a la villa romana de Bruno Buozzii, que en la capilla de San Miguel Arcángel que el padre mandó construir allí hay una inscripción al pie del altar que dice:

Joseph Maria Escrivá de Balaguer

Pauper servus et humilis, Operis Dei conditor..., altare hoc sacravit...

en que se emplea la fórmula tradicional que hace referencia a la donación, ofrecimiento y consagración del altar. La inscripción, como se ve, confirma la obsesión de monseñor por declarar públicamente su miserable condición con fórmulas que en otro tiempo emplearon los santos. En su obra escrita esta obsesión de la humildad aparece en numerosísimos pasajes. No se trata solamente de Camino, donde hay un capítulo entero dedicado a la virtud de la humildad con expresiones tales como: "No olvides que eres... el depósito de la basura", "gusano sucio, feo y despreciable", "polvo sucio y caído", "Tú..., soberbia? ¿De qué?", "serás un montón de carroña hedionda, gusanos, licores malolientes, trapos sucios de la mortaja" que el autor dirige al que está leyendo tanto como a sí mismo. En las Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, al contestar a una pregunta del periodista sobre los laicos del Opus Dei que se ordenan sacerdotes, dice de paso que "son desde luego mejores que yo". En la homilía "En el taller de José", pronunciada en Roma el 19 de marzo de 1963, alude a su gran pasión al hablar de "el orgullo que barbota dentro de nosotros, la soberbia que nos hace pensar que somos superhombres" y casi podríamos decir que "presume" de humilde cuando, en la misma homilía, añade que "en este mismo momento, mientras os doy estos consejos, aplico personalmente la doctrina a mi propia miseria". Hay una anécdota que de una forma muy gráfica ilustra todavía acerca de la compleja personalidad de monseñor en este juego soberbia-humildad. El episodio tuvo lugar, según se dice, con motivo de una visita que el jesuita José María Llanos realizó a Bruno Buozzi, residencia romana de monseñor. Tomé la precaución de preguntar al padre Llanos si era cierto lo que se contaba de su encuentro con el padre Escrivá y comprobé que, si bien no confirmaba el hecho, tampoco lo desmentía. Se limitó a sonreír y cambió en seguida de conversación. Para captar toda la enjundia de la anécdota es preciso recordar el dato por muchos conocido de que José María Llanos ha sido uno de los religiosos que más ha contribuido al cambio de actitud de la Iglesia Católica española en estos años, un cambio que se ha manifestado en su personal vivencia del cristianismo. Habiendo sido en sus años jóvenes un notorio exponente del "nacional-catolicismo" español, Llanos ha evolucionado hacia una concepción profundamente social de la religión. Yo mismo le visité, obteniendo con ello la más viva imagen del radical cambio de

orientación de su pensamiento, en su pobre vivienda situada en uno de los barrios más pobres de Madrid, el Pozo del Tío Raimundo, donde Llanos vive en compañía de un reducido grupo de jesuitas obreros. [El padre Llanos falleció en febrero de 1992] Este hombre, que ha ejercido una profunda influencia en la Compañía de Jesús y en la Iglesia, fue invitado con motivo de un viaje a Roma a visitar la fastuosa villa donde reside monseñor Escrivá. Le hicieron pasar a una sala y, tras una breve espera, apareció en la puerta el fundador del Opus Dei con los brazos tendidos hacia delante, como suele, en santo ademán. Pensó sin duda Llanos que Escrivá iba a abrazarle, pero —aquí viene lo significativo del episodio— cuál no sería su sorpresa cuando el presidente general del Opus Dei se adelantó hacia él con paso vivo y postrándose a las plantas del jesuita comenzó a mascullar con voz de profunda emoción: "¡Soy un pecador! ¡Soy un pecador! Padre Llanos, ¡soy un pecador!"

* * * * * * * * * *

EL BELEN DEL OPUS DEI

El niño José María Escrivá comenzó sus estudios elementales, según he podido averiguar, en el colegio de los escolapios de Barbastro. El fundador de las Escuelas Pías, san José de Calasanz, era natural del vecino pueblo de Peralta de la Sal y el primer colegio que su congregación fundó en el mundo fue precisamente el de Barbastro. De ahí que al ser nombrado doctor honoris causa por la universidad de Zaragoza, en octubre de 1960, monseñor Escrivá hablaba de san José de Calasanz diciendo que "a mí me ha inspirado siempre una especial veneración [Recuérdese que decía ser pariente lejano suyo]. En mi visita al colegio pude hablar con un padre escolapio, don José Mur Cavero, hoy profesor del colegio y que fue compañero de José María Escrivá cuando éste estudiaba en Barbastro. "Entonces, ¿está usted escribiendo la vida de este muchacho?", me preguntó empleando un lenguaje que denotaba inconfundiblemente su condición de compañero de estudios de mi biografiado. El padre Mur me dijo que hasta hacía pocos años había estado en el colegio de Barbastro un anciano escolapio que fue profesor suyo y de José María Escrivá, el padre Orcal, posteriormente trasladado al colegio que los escolapios poseen en Jaca. No me fue posible hablar con el padre Orcal, quien por su avanzada edad había dejado ya la docencia. El padre Mur recordaba muy bien a José María Escrivá a pesar de que no lo había tratado mucho porque, según me dijo, en aquella época había en los colegios grandes diferencias sociales y él era de familia pobre mientras que Escrivá, aunque nunca fue rico, era de familia muy religiosa, lo que significaba un factor importante al calibrar la condición social de una persona. Don José Mur, que había pasado años en Argentina, no tenía una noción muy exacta del Opus Dei y de la importancia que había llegado a adquirir en España. Decía de su compañero de colegio que era un niño normal, no especialmente piadoso ni especialmente estudioso. Otras personas de Barbastro recordaban al José María Escrivá de esta temprana época, pero sus informaciones eran algo contradictorias, pues mientras, por ejemplo, el señor Aniquino, que había jugado con él de pequeño, sostenía que José María era un niño muy quieto

y tranquilo, la viuda de Corrales, igualmente compañera de infancia y actualmente propietaria de una imprenta en Barbastro, decía que era "muy enredador". La viuda de Corrales, quien me manifestó que seguía conservando su amistad con monseñor y que se escribían por las Navidades, añadió un nuevo dato al expediente escolar del fundador. Dijo que había sido compañera suya en el colegio de las monjas. Enviar a los niños varones, cuando eran muy pequeños, al colegio de las monjas era costumbre muy extendida en España hace ya años, y no me pareció en absoluto extraño que la familia Escrivá-Albás lo hubiera hecho con su hijo. En el colegio de las Hijas de San Vicente de Paul estuve hablando con una anciana monja, sor Guadalupe, que llevaba 52 años en el colegio. Me dijo que no podía acordarse de haber oído decir nunca que el fundador del Opus Dei hubiese pasado por aquellas aulas. Que, si acaso, podía haber sido profesora suya una sor Rosario, que fue fusilada en Valencia durante la guerra.

Don Francisco Javier Lalanne, por su parte, recordaba también a José María Escrivá. La madre de monseñor, "la abuela" como la llamaban los primeros discípulos, frecuentaba asiduamente la casa de la madre de Lalanne, doña Felicidad Fajarnés Villacampa, nieta del general Villacampa, de quien ya he hablado. Iba muchos días a visitarla y mientras las señoras hacían punto, los niños, Paquito y José María, jugaban en el jardín de la casa. Los Lalanne-Fajarnés Villacampa eran una familia rica y de abolengo de Barbastro. El mismo don Francisco Javier Lalanne es actualmente consejero y fundador de importantes empresas y propietario de bodegas y ganaderías en su pueblo natal. Parece que, con ocasión de la quiebra de la razón social "Escrivá, Mur y Juncosa", de la que ya he hablado, la familia Escrivá-Albás recibió alguna ayuda de la familia Lalanne-Fajarnés. No tendría nada de extraño que el asiduo trato de doña Dolores Albás y de su hijo con esta rica familia de Barbastro hubiese ejercido alguna influencia en las aspiraciones que empezaban a despertarse en la tierna imaginación del futuro fundador del Opus Dei.

Muchos recuerdos del niño José María Escrivá guarda también su vecino don Martín Sambeat, propietario de la tienda que, en la calle General Ricardos, está precisamente frontera a la que fue propiedad de "Escrivá, Mur y Juncosa, sociedad colectiva", actualmente regentada por los señores Lacambra. Don Martín dice que cuando monseñor estuvo en Zaragoza para ser investido doctor honoris causa por su universidad, le visitó en compañía de otras personas y habló con él durante un rato. "Yo me impresiono en cuanto veo un tío con galones", dice don Martín con su natural llaneza aragonesa, "y al ver a aquellos señores tan encopetados que le acompañaban, empecé a

tratar de usted al padre Escrivá. El me dijo: "Pero, Martín, ¿cómo tratarías tú a tus cuñados? De tú, ¿verdad? Pues tutéame, hombre." Sambeat quedó encantado con la visita. El padre Escrivá le dijo: "¿Todavía eres tan bruto? Recuerdo que me sacudías." Y Martín le contestó: "Ay, madre, estoy condenao por pegarte a ti."

La esposa de Martín Sambeat había sido también compañera de José María Escrivá en el colegio de las monjas. Esta señora pertenece a la familia Lacau, que posee todavía una armería en Barbastro y que debió de tener una estrecha amistad con las familias tanto del padre como de la madre de monseñor. Don Luis Lacau, el anciano armero, me dijo que monseñor se hospedaba en su casa cuando, algunas veces, iba de incógnito a Barbastro. Pero, aparte de estos recuerdos personales, no son muchos los datos que pueden encontrarse sobre la infancia de monseñor. Sabemos por un documento que se encuentra en la catedral de Barbastro, que el 23 de abril de 1912 José María Escrivá recibió la Confirmación de manos del administrador apostólico de Barbastro, don Antonio Ruano Martín, siendo su padrino don Ignacio Camps. Pero no sabemos mucho más y no volvemos a encontrar pruebas documentales hasta que, en 1915, la familia Escrivá-Albás se va a vivir a Logroño y registramos el traslado del expediente de estudios del mocito José María al Instituto de Enseñanza Media de la capital de la Rioja.

Cuando, a principios de 1970, visité Barbastro, encontré, entre las personas con las cuales estuve conversando, una gran excitación respecto al hecho de que la villa hubiese sido la cuna del fundador del Opus Dei. Apenas era posible comprender el clima que allí se respiraba sin tener en cuenta los extremos que, en un país tan centralista como España, alcanza lo que podríamos llamar la "soledad provincial". El hecho de contar entre sus hijos con una ilustre personalidad y con ascendiente en Madrid, representa para pueblos y ciudades la posibilidad de abreviar antesalas, abrir sésamos que de otra manera permanecerían cerrados y acelerar gestiones y expedientes para la solución de los problemas que tienen planteados. "¿Se da usted cuenta de lo que significa para nosotros que este señor haya nacido aquí?", me decían. Alguien me dijo una frase que se me quedó grabada: "Barbastro es el Belén del Opus Dei." Una persona que no tenía nada que ver con el Instituto fundado por su ilustre conciudadano me decía: "Tengo que ser simpatizante de la Obra porque yo soy de Barbastro y me doy cuenta de que beneficia al pueblo."

En octubre de 1969 había sido nombrado el llamado "gobierno homogéneo" en el que había algunos ministros vinculados a la Obra, y en Barbastro se tenía la impresión de que el Opus se volcaría, como suele decirse, en

la concesión de beneficios a la villa. Se había aprobado por entonces el proyecto de canalización del río Vero, en cuyas orillas está situado Barbastro, y se había concedido un polígono de viviendas y no eran pocas las personas que creían que esto se debía a la influencia del Opus. Otros decían, por el contrario, que estos expedientes habían seguido su curso normal y que el Opus no había influido en absoluto en su aprobación. Cuando, por aquellas fechas, fue suprimido el ferrocarril de Barbastro a Selgua, que para la ciudad suponía el enlace con la línea Zaragoza-Huesca, muchos pensaron que por influencia de los ministros vinculados al Opus pudiera echarse abajo el impopular proyecto de desmantelarlo. La desilusión fue grande cuando se vio que la RENFE llevaba adelante su propósito y Barbastro se quedó sin tren. No ha habido en realidad ningún indicio concreto de que la Obra y monseñor hayan hecho nada por "el Belén del Opus Dei", aparte del proyecto, que está en curso, de convertir la casa natal del padre Escrivá (debidamente ampliada mediante la compra de edificios contiguos) en un centro de actividades educativas y aparte del magno proyecto de la ermita de Torreciudad, situada a veinte kilómetros de Barbastro, al que me referiré en seguida. No parece criticable esta actitud, pues hacer otra cosa podría ser considerado como favoritismo por el pueblo que es la cuna del fundador y es posible que monseñor haya favorecido o piense favorecer a Barbastro empleando esas influencias indirectas y rodeos tan propios de su complicada personalidad. En cualquier caso, según he podido comprobar en viajes posteriores, hay cierto desencanto entre los barbastrinos, y flota en el ambiente el temor de que monseñor Escrivá de Balaguer, a pesar de que él mismo lo haya desmentido, no tenga de verdad cariño a su pueblo natal, donde su familia pasó las tribulaciones que se sabe con ocasión de la quiebra del negocio textil que regentaba. Por su parte, Barbastro se ha volcado en atenciones a su ilustre hijo. En la parte nueva de la ciudad se ha abierto una avenida que lleva el nombre de monseñor Escrivá de Balaguer. Ya hemos dicho que se le concedió el título de hijo predilecto de la villa. Y, en septiembre de 1974, la corporación municipal decidió concederle la medalla de oro de la ciudad, distinción que viene a añadirse a la larga lista de sus títulos. Como decía un barbastrino con quien estuve hablando: "Esto es lo que debemos hacer. Al Opus Dei no hay que pedirle. Hay que darle."

* * * * * * * * * *

TORRECIUDAD

Refieren fuentes dignas de confianza que, estando el niño José María en el pueblo de Fonz, próximo a Barbastro, adonde había ido para pasar unos días en casa de un tío cura que allí tenía, le sobrevinieron unos ataques cuya gravedad diagnosticó el médico consultado.

Adoptados los recursos de la ciencia y desahuciado el niño por los doctores que en Fonz, Barbastro y Huesca le examinaron, su madre, doña Dolores, le llevó a la ermita de Torreciudad, de cuya Virgen era muy devota, y José María sanó a los pocos días. Al preguntar a los informadores de qué tipo de enfermedad se trataba, algunos de ellos dicen que José María Escrivá padecía "alferecías", que es lo que modernamente se llama epilepsia, y añaden que entre 1902 y 1913 había muerto del mismo mal algún otro hijo o hija de la familia Escrivá-Albás [La mayor de los hermanos Escrivá Albas, nacida en 1899, era Carmen, la "tía Carmen", como la llamaban los socios del Opus. El segundo, Josemaría, nacido en 1902 y el tercero, Santiago que nació cuando la familia vivía ya en Logroño, en 1919. Entre el segundo y el tercer hijo murieron tres niñas: Rosario, Lolita y Asunción] Según un reportaje publicado por Joaquim Ibarz en el diario "Tele/eXprés" de Barcelona sobre el santuario de Torreciudad, un representante del Patronato que le acompañó a visitar las obras, el señor Riera Marsá, le dijo al periodista que el mal que aquejaba en aquella ocasión al futuro fundador era "meningitis o una enfermedad parecida". Cualquiera que fuese su dolencia, el hecho es que el mismo padre Escrivá ha contado: "Mis padres me llevaron a Torreciudad. Mi madre me llevó en sus brazos a la Virgen. Iba sentado en la caballería, no a la inglesa, sino en silla, como entonces se hacía, y pasé miedo porque era un camino muy malo." Y según el ya mencionado señor Riera Marsá contaba a Ibarz, "cuando el médico fue a casa de monseñor, preguntó a su madre: "¿Cuándo ha muerto el niño?" Pero el niño, gracias a la intercesión de la Virgen de Torreciudad, había curado completamente y estaba jugando con sus amiguitos."

El santuario de Torreciudad se encuentra a algo menos de veinte kilómetros de Barbastro, a cuya diócesis pertenece la parroquia de Bolturina de la que depende. El santuario está hoy situado a orillas del pantano de El Grado, construido en estos años sobre el río Cinca. Lo que antes era un lugar remoto, metido en las montañas del Somontano o bajo Pirineo aragonés, tiene hoy cómodos accesos gracias a las carreteras construidas por el Estado para el servicio de la presa. "Obras de la presa de El Grado", decía un gran cartel que pude ver cuando visité el lugar antes de entrar en el recinto donde se está construyendo el fastuoso complejo religioso-cultural-histórico-educativo-agrario de Torreciudad. Dentro del recinto, grandes carteles en varios idiomas anuncian: "El santuario y las obras sociales anejas se construyen con la generosa ayuda de muchas personas movidas por su amor a la Santísima Virgen. Agradeceríamos su donativo."

Expertos con quienes hablé me dijeron que el presupuesto de Torreciudad ascendía a más de mil millones de pesetas. Otras estimaciones más recientes lo aproximan a los dos mil millones. Hay que tener en cuenta que en las obras se han utilizado solamente materiales de primerísima calidad. Se han comprado, por ejemplo, tejas y otros materiales de construcción procedentes de edificios antiguos de la región. La llamada "Casa de la Compañía", del pueblo de Graus, está siendo trasladada piedra a piedra a Torreciudad. En la ermita, en el templo y en muchos otros edificios del complejo se han esculpido a mano en la piedra la rosa (cuya significación estudiaremos más adelante) y otros símbolos del Opus Dei. Ibarz decía en su reportaje que ha sido encargado al escultor catalán Juan Mayné, profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, un gran retablo de 15 metros de altura por 9,30 de anchura, que será construido totalmente en alabastro y cubrirá toda la cabecera de la iglesia. En la cripta se instalarán cuarenta confesionarios. El arquitecto a quien se han confiado las obras, don Heliodoro Dols, ha previsto la construcción de una explanada con capacidad para cuarenta mil peregrinos a fin de que en los días de grandes concentraciones se pueda seguir la misa que se celebrará en el gran altar construido al aire libre al pie de la torre de la iglesia. Unos 500 obreros trabajan desde hace varios años en las obras. [Hoy terminadas con la suntuosidad que estos proyectos anunciaban]

La devoción a Torreciudad es muy antigua en el Somontano. Según don Benito Torrellas, autor de la obra La Santísima Virgen en la provincia de Huesca, editada en Huesca en 1955 y premiada por la Diputación provincial, es completamente desconocido el origen del santuario y de su imagen. Se supone que datan del año 1084, en que liberadas las tierras del Somontano del dominio árabe, fue hallada la imagen y construida la ermita. Se trata

de una Virgen morena, semejante a la de Nuestra Señora de Montserrat, y existe la leyenda de que se apareció a unos leñadores de Bolturina declarándole su deseo de ser allí venerada. La imagen, de estilo románico, se encuentra actualmente en Madrid, donde está siendo restaurada. El señor Torrellas transcribe una copla que hace referencia a la gran antigüedad de esta devoción aragonesa:

Vuestra imagen fue el consuelo ya de antiguo del cristiano antes que el fiero africano profanara vuestro suelo.

En el viejo cuaderno de dedicatorias que se guarda en la ermita pude copiar algunas frases que manifestaban la devoción de los habitantes del Somontano a la Virgen de Torreciudad. He aquí algunos ejemplos: "Virgen Santa, Virgen pura, que apruebe la asignatura"; "Virgen Santa, que me cure las anginas"; "Te pedí un hijo y me lo diste. Y ahora me lo has llevado. Gracias"; "Llegué a mi pueblo el día 15 de mayo y ahora escribo esto para que se sepa que soy el 34 ermitaño de Torreciudad".

Para que se vea lo retorcido de los procedimientos que el Opus Dei emplea para hacer las cosas (lo que no es más que un trasunto de la complicada personalidad del padre) diré que la iniciativa de levantar el fabuloso complejo que sobrepasará en grandiosidad y coste a obras como el Valle de los Caídos, no partió del Opus Dei ni de monseñor, a pesar de la grandísima devoción que profesan a la Virgen de Torreciudad. La iniciativa partió, se dice, de un "grupo de hombres procedentes de cada uno de los reinos que componen la antigua Corona de Aragón", a saber, Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca, los cuales quisieron devolver a Torreciudad su antiguo esplendor. Este "grupo de hombres", cuya identidad no se especifica, constituyeron un Patronato y confiaron después al Opus Dei la dirección espiritual de la magna empresa. La Obra es maestra en combinaciones jurídicas, y lo cierto es que el Opus Dei no tiene, jurídicamente hablando, ninguna vinculación al grandioso complejo que se está construyendo a orillas del embalse de El Grado. Monseñor y su Obra, que se pasan la vida desmintiendo cosas, podrían siempre desmentir que el Opus Dei tenga nada que ver con la idea ni con la realización del proyecto.

El hecho de que la iniciativa de la construcción de Torreciudad fuera debida a "un grupo de hombres" de la Corona de Aragón impuso la necesidad de dar al proyecto una orientación histórico-cultural que satisficiera la muy catalano-aragonesa aspiración de devolver su antiguo esplendor a una perdida ermita del Somontano, donde el fundador del Opus Dei fue sanado, de niño, de una enfermedad por la milagrosa intercesión de la Virgen. Así

surgió la idea de crear un centro de estudios históricos de la Corona de Aragón que se albergará en un grandioso edificio construido en las proximidades del no menos grandioso templo y que contará con una residencia para investigadores e historiadores y con una biblioteca compuesta por miles de volúmenes, según se encargan de pregonar los folletos que se entregan con profusión al visitante de las obras de Torreciudad. Junto a este centro se crearán también otros centros de formación religiosa, cultural y educativa destinados a los habitantes de la comarca, que cumplen con el requisito no sólo de ser "de todas las clases sociales" como el Opus gusta de decir, sino también de pertenecer a la antigua Corona de Aragón. Y hay más, va a crearse un centro femenino de formación rural, varias casas de Ejercicios y retiros, residencias de profesores y alumnos, hosterías para peregrinos, instalaciones deportivas, etc. En abril de 1970 el fundador del Opus Dei realizó su romería a Torreciudad. Según un folleto editado por la Obra, monseñor no se detuvo en Barbastro y, antes de llegar a Torreciudad, descendió del coche e hizo casi una hora de camino, descalzo, hasta llegar a la ermita, rezando las tres partes del rosario, las letanías y otras oraciones.

* * * * * * * * * *

FLOJO EN LATIN

Habíamos dejado al jovencito José María Escrivá cuando estudiaba en el colegio de los escolapios de Barbastro. En el curso 1911-1912 José María se examiné en Huesca, pero en el curso siguiente los alumnos de Barbastro pasaron a depender del Instituto de Enseñanza Media de Lérida. No he visto el expediente de sus estudios en Lérida, pero sí en Logroño, donde aparece matriculado ya en el curso 1915-16. Su expediente no tiene mucho que comentar. Hay un pequeño detalle que no debe pasarse por alto. Su nombre aparece escrito en el expediente con B (con B de Barcelona, como se dice en España), tal como aparece en su partida de bautismo: José María Escriba, aunque él firma sus expedientes con el nombre escrito con V de Valencia, tal como se escribe ahora y se escribía ya entonces en su familia. En las notas que obtiene en sus estudios hay algún sobresaliente, varios notab1es y hasta algún premio. Pero se observa, en sus notas, una clara insuficiencia en una asignatura que llegará a ser trascendental para él. Va mal en latín. No cosecha sino tristes aprobados en una época que, como es notorio, no se caracterizaba por un excesivo rigor a la hora de las calificaciones.

Esta insuficiencia en las letras latinas va a pesar decisivamente en la vida y en la obra del padre Escrivá. La arrastra cuando entra en el seminario de Logroño y la seguirá padeciendo en el de Zaragoza. “Iba flojo en latín”, dicen sus compañeros de una y otra ciudad. No he podido saber exactamente el año en que José María Escrivá entra en el seminario menor de Logroño. Habiendo yo solicitado ver su expediente, el señor obispo de Calahorra-Logroño me contestó que no era posible ver el expediente de una persona sin su autorización expresa. Me consta que en el viejo archivo del seminario logroñés hay un documento fechado en 12 de noviembre de 1918 por el cual el administrador apostólico de Barbastro transfiere al obispo de Calahorra toda la jurisdicción que le corresponde por razón de origen sobre el joven José María Escriba y Albás. Lo que significa que, probablemente, entró en el seminario menor de Logroño en ese año de 1918, a los dieciséis de su

edad. La mayor parte de los que deseaban cursar la carrera eclesiástica entraban de niños en el seminario y así, no tiene nada de extraño que un cura que fue compañero suyo en Logroño me dijera: “Era una vocación tardía, es de los pocos curas que saben hacerse la corbata.” Y añadía: “Y no tiene idea de latín.”

La fórmula con que, aún hoy, se saludan los socios de la Obra es “Pax”, a lo que el saludado responde: “In aeternum”. Esta fórmula es en el Opus Dei una especie de santo y seña con que los miembros se reconocen. Durante el día, los socios deben recitar una serie de oraciones y muchas de ellas están en latín. “Serviam”, dicen en la oración para antes de acostarse, tendidos en el suelo o, en otro momento del día repiten, besando la tierra: “Non nobis, domine, non nobis, sed nomine tua da gloriam”. O bien recitan el salmo “Miserere”. Las paredes están siempre adornadas con reposteros o placas con inscripciones en latín. En latín se dice también a menudo la misa, a pesar de la norma general que, después del concilio Vaticano II, ha impuesto la costumbre de decirla en la propia lengua. El rosario se reza también en latín. Existe en el Opus Dei una verdadera obsesión por la tradicional lengua litúrgica de la Iglesia. Y no es difícil adivinar que esto no se debe sólo a un especial gusto por la antigua liturgia o a una resistencia ante las innovaciones introducidas en estos años. Se debe también, y quizá sobre todo, por todos los indicios, a la intensa preocupación que el padre Escrivá, y con él la Obra, manifiestan por demostrar el gran dominio que en aquella casa se tiene de la lengua sagrada. Las máximas de Camino están llenas de frases latinas, de expresiones que el autor invita a repetir como jaculatorias. Existen ediciones del libro en latín. El punto 193 de las Constituciones dice textualmente:

Estas Constituciones, las instrucciones publicadas y las que puedan en lo futuro publicarse, así como los demás documentos, no han de divulgarse; más aún, sin licencia del Padre, aquellos de dichos documentos que estuvieren escritos en lengua latina, ni siquiera han de traducirse a las lenguas vulgares.

Las que generalmente se tienen por constituciones del Opus Dei, aunque la Obra no las ha reconocido expresamente como suyas, fueron mantenidas en el más absoluto secreto hasta que Jesús Ynfante las reprodujo —tal como hemos dicho— como apéndice a su libro “La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia”, publicado por Editorial Ruedo Ibérico y aparecido en 1970. Para que se vea los extremos a que llega en el Opus la sacralización de la lengua latina, cuando en una ocasión, un periodista que trabajaba en el tema de la Obra, pidió a uno de sus miembros

que le mostrara las Constituciones, éste respondió muy en el estilo opusdeísta: “No las entenderías. Están en latín.” Mi particular impresión es que monseñor Escrivá y sus “hijos”, al defender de una forma tan tenaz el uso de la cada vez menos vigente lengua ritual están desmintiendo una vez más, como suelen hacerlo en tantos otros aspectos, aquella notoria insuficiencia que monseñor padeció en sus primeros años. Los traductores que hicieron la versión española de las Constituciones para el libro de Jesús Ynfante afirman en una nota que el original está escrito “en un latín que, ya dentro de la barbarie burocrática del latín eclesiástico, parece especialmente hórrido y torpe, salpicado incluso de algunas faltas gramaticales”. A pesar del tan repetido bache que monseñor sufrió en su formación latina, parece aventurado afirmar que la redacción de las Constituciones se deba a su pluma, pues hay que admitir que, en estos años, habrá tenido ocasión de practicar ampliamente, a juzgar por el uso exhaustivo que se hace del latín en el seno del Opus.

Pero, para volver al estudiante de los años en que la familia Escrivá vive en Logroño, es muy interesante anotar que el escueto, aunque laudatorio biógrafo del padre, don Florentino Pérez Embid, apunta en su ensayo que José María Escrivá estudió en el colegio de los maristas de Logroño, el colegio de San José, que se encontraba entonces en la plaza del Mercado, no lejos de la tienda de tejidos “La Ciudad de Londres”, donde trabajaba su padre. Comprobé personalmente este extremo visitando al director del colegio, quien me dijo que efectivamente Escrivá había estudiado en el colegio, aunque en aquella época los exámenes se realizaban en el Instituto de Enseñanza Media, y que, en el año 1967, el colegio había enviado a monseñor a Roma el diploma acreditativo de su condición de antiguo alumno, con motivo de las bodas de oro de su promoción.

Dice también don Florentino Pérez Embid que, en el colegio de los maristas, José María Escrivá coincidió con un muchacho de familia argentina, Isidoro Zorzano, que había de ser uno de los primeros discípulos del padre cuando éste fundara su Obra y que debió compartir sus aspiraciones adolescentes. No poseemos muchos datos de la vida de Zorzano. Sabemos que se hizo ingeniero industrial y que trabajó en Málaga. Por un tiempo, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, fue director de la residencia que el padre había fundado en Ferraz, 16, en Madrid. Durante la guerra, su nacionalidad argentina le permitió permanecer en la capital de la España republicana, mientras el padre Escrivá y otros discípulos cruzaban el Pirineo camino de Burgos. Isidoro Zorzano murió en Roma en 1943 y poco tiempo después de su muerte se abrió el proceso para su beatificación, que sigue en

curso, aunque la Obra no parece ahora demasiado interesada en hablar de este tema.

Durante el tiempo de su permanencia en Logroño, el empleado textil José Escrivá ve aumentar su familia con el nacimiento del hijo menor, Santiago, el actual marqués de Peralta tras la cesión que su hermano le hiciera del título. Cuando nace Santiago, en 1920, su hermano José María se encuentra ya estudiando en el seminario de Zaragoza. En 1924 muere el padre. Don Manuel Ceniceros que, como he dicho, trabajaba entonces como aprendiz de "La Ciudad de Londres", fue personalmente a la estación a esperar al joven seminarista, quien llegó a Logroño en el rápido procedente de Zaragoza. Años más tarde, en 1940, el fundador del Opus Dei estuvo en Logroño para ocuparse del traslado de los restos de su padre. Ignoro dónde se encuentra hoy la tumba de don José Escrivá. Es probable que esté en Roma, donde murió años más tarde su hija Carmen y donde presumiblemente fueron trasladados los restos de su esposa doña Dolores Albás [Actualmente la tumba de don José Escrivá y Corzán, la de su esposa Doña Dolores Albás, que murió en 1941, y la de su hija Carmen, fallecida en 1957, se encuentran en la misma cripta del palacete de Bruno Buozzi 73, en Roma, donde está enterrado el fundador]. Por otra parte, la familia Escrivá posee un panteón en el cementerio que acaso ha alcanzado mayor prestigio social en nuestra época: el cementerio del pueblo de El Pardo, aunque acaso este panteón pertenezca a don Santiago.

* * * * * * * * * *

SU TÍO EL CANÓNIGO

José María Escrivá debió estar muy poco tiempo en el seminario menor de Logroño. Cuando en noviembre de 1918, el administrador apostólico de Barbastro, a petición del propio Escrivá, transfiere su jurisdicción sobre el joven al obispo de Calahorra, a fin de que éste pueda conferirle órdenes menores y mayores, el futuro fundador está ya pensando en trasladarse a estudiar a Zaragoza. En Logroño, según su compañero de estudios en el seminario menor, don José María Millán, Escrivá simultaneaba su recién iniciada carrera eclesiástica con el bachillerato, que en los últimos años debió cursar por libre en el instituto logroñés. Pero, ¿qué ocurrió en el seminario de Logroño para que apenas obtenido el "Exeat" o transferencia de jurisdicción de Barbastro a Calahorra decidiera trasladarse a Zaragoza? No descartan ciertas informaciones la posibilidad de que José María Escrivá hubiese sido protagonista de algún incidente y hasta hay quien hace la atrevida hipótesis de una expulsión del seminario. El padre Millán explica este nuevo traslado de quien no se resignaba a ser un sencillo "mosén" en su diócesis, diciendo que Escrivá deseaba estudiar derecho, cosa que no era posible en Logroño, y que en Zaragoza existía Universidad Pontificia mientras el seminario de Logroño dependía de Burgos.

La falta de datos hace imposible seguir con exactitud los primeros pasos de la carrera del ambicioso joven. El jefe de la secretaría de información del Opus Dei en Madrid, Javier Ayesta, ya conocido del lector, decía en una entrevista a un diario católico holandés que monseñor estudió la carrera de derecho antes que la eclesiástica, que "se hizo abogado y posteriormente se ordenó sacerdote". Esto no es exacto, pues Escrivá comenzó antes la carrera eclesiástica que la de derecho y como veremos, simultaneó ambos estudios en Zaragoza. La afirmación de Ayesta se deriva de una de las más acuciantes preocupaciones del Opus Dei: demostrar que ellos no constituyen una organización clerical y que sus miembros son laicos químicamente puros, aunque algunos de ellos se hayan ordenado después sacerdotes. En este punto

remito al lector al libro de Yvon Le Vaillant, “Sainte Mafia”, que analiza muy bien este aspecto. Sólo diré aquí que, a pesar de ser la Obra una de las organizaciones más típicamente clericales de la Iglesia y a pesar de que todos los puestos claves corresponden en ella a los sacerdotes, englobados como se sabe en la llamada “Sociedad de la Santa Cruz”, la propaganda opusdeísta se empeña en demostrar que los sacerdotes de la Obra siguen ejerciendo las funciones que tenían cuando laicos y son “abogados-sacerdotes”, “médicos-sacerdotes”, etc., haciendo así hincapié en el carácter laical más que sacerdotal de su apostolado.

De todas formas, aquí nos interesa anotar que, desde una edad muy temprana, las ambiciones de José María le llevan a decidir cursar la carrera de leyes, de tanto prestigio social en España. [Poco antes de tomar la decisión de hacerse sacerdote, Escrivá quiso cursar la carrera de arquitecto. Desistió de su propósito, según se dice, porque su padre le dijo que eso significaba ser “albañil distinguido”]. Su madre, doña Dolores, mujer de gran temple al decir de quienes la conocieron, ejerce un papel mucho más importante que su esposo, el puntual empleado de “La Ciudad de Londres”, en lo que se refiere a espolear las ambiciones del hijo. Doña Dolores tiene en Zaragoza un hermano sacerdote, don Carlos Albás Blanc, que ocupa un cargo de relieve en la Seo zaragozana, el de canónigo arcediano. Sin duda, la influencia que ejercía don Carlos en el clero de la ciudad es un factor importante a la hora de decidir el traslado de los estudios de José María de Logroño a Zaragoza. Se describe a Albás como un canónigo a la antigua, hombre diplomático, de costumbres principescas, dentro del marco provinciano en que vive, que gusta rodearse de una pequeña corte de amigos a quienes reúne en prolongadas tertulias en su casa. Vivía don Carlos en esta época con un hermano suyo, don Vicente Albás Blanc, también sacerdote, quien, andando el tiempo, se trasladaría a Burgos después de haber obtenido una plaza de beneficiado en su catedral. Aunque se sostiene que don Carlos, y con él su incondicional hermano, fuesen de ideas más tradicionalistas que liberales, ello no obstaba para que mantuvieran amistades con personas de otros credos políticos. Consta que don Carlos tuvo influencia con el conde de Romanones, a través del secretario político de este último, señor Brocas, y la amistad y amparo del político liberal debió jugar algún papel en la obtención de las dignidades eclesiásticas que ostentaron los dos hermanos.

Muchas personas recuerdan a don Carlos Albás, hombre de gran prestigio en la ciudad. Uno de los que más le trataron fue don Francisco Izquierdo Trol, deán de la catedral de Barbastro durante un largo período y que, cuando yo le conocí, residía en Zaragoza y tenía a su cargo la página

religiosa de “El Heraldo de Aragón”. Don Francisco iba muchas tardes a casa de don Carlos Albás a tomar parte en su tertulia o a jugar al guiñote. Conoció también a José María Escrivá, quien, en los primeros tiempos de su estancia en Zaragoza, visitaba frecuentemente a su tío, y ha seguido manteniendo con el fundador del Opus Dei relaciones amistosas, hasta el extremo de que fue don Francisco Izquierdo quien procuró a monseñor a petición suya los primeros datos sobre la ermita de Torreciudad y su Virgen.

Las relaciones entre don Carlos Albás y su sobrino, al principio cordiales, no tardaron en enfriarse. Si a su llegada a Zaragoza, José María utilizó las influencias del canónigo arcediano y a través de ellas las del conde de Romanones (paradoja ésta de las más notables y divertidas de esta singular historia), pronto, sin embargo, se distanció de su tío y de algunos otros miembros de su familia zaragozana. No vamos a entrar en las causas y motivos de estas disensiones que, como es notorio, son tan frecuentes en las familias de la burguesía media española, que apenas añadirían nada de interés a este relato. Lo cierto es que don Carlos Albás y algunos otros familiares dejan de tratarse con los Escrivá-Albás y se tiene noticia de que no asisten a los acontecimientos y efemérides de la familia que continúa residiendo en Logroño. José María deja de tratarlos en Zaragoza, aunque mantiene buenas relaciones con otros tíos y primos suyos. Se sabe, por ejemplo, que, con motivo de uno de los viajes que monseñor realiza en la posguerra a Zaragoza, visita a una de sus primas por entonces enferma, y le dice: “Soy muy pobre y te doy el rosario que he llevado durante más de treinta años”, frase ésta muy digna de ser retenida en la descripción de la enrevesada personalidad del ya por entonces habitante del palacio romano de Bruno Buozzi.

Apenas llegado a Zaragoza, se supone que, a fines de 1918, el joven seminarista procedente de Logroño entra en el seminario de San Francisco de Paula y obtiene, sin duda por influencia de su tío, una plaza en la Residencia Sacerdotal de San Carlos. He mencionado ya los nombres de algunos de los compañeros de Escrivá en esta época. Aparte de don Luis Borraz, vicario general del Arzobispado de Zaragoza en la época en que yo le visité, del cartujo padre Hugo, en el siglo don Clemente Cubero, y de don Antonio Maimar, párroco de San Miguel, que antes he mencionado, debemos anotar también los nombres de don Manuel Yagües, actual coadjutor de la parroquia de Santiago, don Joaquín Borrero, director del Hogar Pigatelli, don Angel Lapeña, cura de Grisén, don Antonio Moreno, don Francisco Muñoz y un sacerdote que se trasladó a Madrid y fue nombrado director del Instituto Ramiro de Maeztu, don Manuel Mindán.

Ya he contado anteriormente la extrañeza que las maneras un tanto atildadas y peripuestas del joven Escrivá producen en sus compañeros, muchos de ellos gente del campo aragonés, cuya forma de ser responde a la descripción que hiciera Baltasar Gracián hace siglos: "Todo Aragón está poblado de gente sin embeleco." Sin que ello quiera decir que conserven de Escrivá un mal recuerdo, y aunque algunos de ellos declaran profesarle un sincero afecto, esta impresión de vanidad que produce su forma de vestir y de arreglarse, sus calcetines de seda, el bonete ladeado, el pelo largo cuando todos lo llevaban corto, el perfume que a menudo usa, constituye el recuerdo dominante que de él guardan sus compañeros. Incluso cuando bromea se hace patente su presunción. Un condiscípulo recuerda, por ejemplo, que en una ocasión, en el dormitorio, José María Escrivá se colocó sobre los hombros la colcha de la cama y preguntó a los demás: "¿Qué tal estaría yo de bailarina?" En otro momento, cuando alguien le tacha de ser antipático, contesta: "¿Yo? ¡Si soy más dulce que la miel de la Alcarria!" Un seminarista de entonces cuenta una anécdota muy reveladora de la personalidad de Escrivá. En una ocasión, en la capilla, este compañero se coloca detrás de José María y, sin querer, al arrodillarse, toca ligeramente la espalda del futuro fundador. "¡No me toques! —exclama éste-. ¡Me deshaces!"

En sus estudios en el Seminario, no obtiene resultados particularmente brillantes. "No era ninguna lumbrera —dice un condiscípulo, y añade con sacerdotal unción no exenta de ironía—: Para realizar su obra, Dios no elige a un superdotado, sino a uno del montón. Y aquí vemos la grandeza del Señor." Como ya he dicho, José María Escrivá simultaneaba sus estudios eclesiásticos con los de derecho en la Universidad de Zaragoza. Tal vez el hecho de cursar dos diferentes carreras le impidiera obtener resultados más brillantes en una y otra. Cuando en 1960, el rector magnífico de la universidad cesaraugustana, doctor Cabrera, invistió a don José María Escrivá de Balaguer con el doctorado honoris causa (a lo que don José María Escrivá de Balaguer correspondió más tarde invistiendo a su vez al doctor Cabrera con el doctorado honoris causa por la Universidad de Navarra), monseñor Escrivá apareció ante el catedrático que actuaba de padrino con la muceta azul de los doctores en filosofía y no con la roja de los doctores en derecho. El doctor Cabrera explicó en su discurso que la actividad a que se había venido dedicando monseñor Escrivá de Balaguer no era la específica de un doctor en derecho y que era la facultad de filosofía y no la de derecho la que había solicitado que le fuera concedido el doctorado honoris causa. Un catedrático de derecho con quien se examinó el seminarista José María Escrivá me dijo en una visita que le hice en 1970 al preguntarle yo por los resultados

que había obtenido monseñor en su asignatura: “No sabía mucho, no sabía mucho. Para un aprobadete. Le di notable porque era cura. Y se enfadó porque no le di sobresaliente.”

En Zaragoza pasa José María los años de su primera juventud hasta que se ordena sacerdote el 28 de marzo de 1925 y se licencia en derecho, obteniendo años más tarde el doctorado en la Universidad de Madrid.

* * * * * * * *

LA SANTA COLERA

“Podría decirse —escribe Alberto Moncada— que el padre es encantador, grato y persuasivo cuando se está a su favor. E intolerable, intratable y grosero cuando no se aceptan sus criterios.”

He aquí un rasgo que casi todos los autores que han escrito sobre el Opus en un sentido crítico están conformes en reconocer en el carácter del fundador. Tiene lo que suele llamarse “bruscas y violentas cóleras” en que monseñor pierde los estribos y comienza a gritar. Parece ser que una de las causas de mayor irritación para él es la salida del Instituto de alguna persona que haya prestado una valiosa colaboración o que, por la responsabilidad del cargo que ha ocupado, esté en situación de dañar a la Obra con sus posibles indiscreciones. Suele decir, cuando está enfadado: “Para el que abandone el Opus Dei, no doy diez céntimos por su alma.” A una asociada que estuvo durante largo tiempo en el Instituto desempeñando misiones de alguna importancia y que luego salió, la llamó a Roma y —según ella misma me contó— la increpó duramente diciéndole: “Estás en pecado mortal.” Después de haberle dedicado una larga y muy poco sacerdotal serie de injuriosos epítetos, le dijo: “¡La Magdalena era una pecadora, pero tú eres una corruptora!” Y la amenazó afirmando que “si se filtra algo de lo que tú has visto en la Obra, yo, José María Escrivá de Balaguer y Albás, haré publicar un editorial contra ti en todos los periódicos del mundo” [Merece la pena leer a este propósito los libros de María Angustias Moreno, una numeraria del Opus Dei que abandonó el Instituto y fue objeto de una implacable persecución].

“No pierdas tus energías y tu tiempo apedreando los perros que te ladran en el camino”, dice en una máxima el varón a quien, en algunos, al parecer, frecuentes momentos de su vida, vemos poseído de una “santa cólera”. En Camino salta en seguida a la vista el tono desabrido de los insultos que dedica a sus enemigos. Habla de “la señal viscosa que dejaron los sembradores impuros del odio”, del “pelele muerto e inútil”, de la “charca inmunda de donde salen vaharadas de soberbia”. Incluso al dirigirse a sus propios hijos les insulta por sus pequeñas faltas o debilidades: son “dulzones y

tiernos como merengues", "curioso, preguntón, oliscón y ventanero", "comodones, cucos o cobardes", "...eres un cerdo", "cacharro de los desperdicios", y así sucesivamente.

— Los asistentes a un coloquio que tuvo lugar en el centro de Tajamar con motivo de una visita del padre Escrivá de Balaguer en 1970, tuvieron ocasión de presenciar uno de estos ataques de cólera de monseñor mientras estaba hablando en el salón de actos ante sus "hijos" que le escuchaban. Alguien le preguntó qué pensaba él de la acusación que a veces se hacía a la Obra de intervenir en política. El padre Escrivá, en lugar de contestar con calma a una pregunta hecha sin duda para darle pie a desmentir lo que siempre está desmintiendo, se enfureció y comenzó a despotricar contra los que lanzan contra el Opus Dei tales calumnias. Al parecer, los presentes, sorprendidos ante la reacción del fundador, comenzaron a mirarse unos a otros con extrañeza, y por más que los responsables trataron de arreglar las cosas, no pudieron quitar a los presentes, ni siquiera a los que eran miembros de la Obra y devotos del padre Escrivá, la penosa impresión que les habían producido los exabruptos.

Otra anécdota confirma aún este rasgo del carácter del fundador del Opus Dei. En una ocasión fue a inaugurar un centro de la sección femenina dedicado a escuela del hogar. Monseñor es un hombre muy exigente en materia de gusto en la decoración y cuando entra en una estancia y ve, por ejemplo, un cuadro torcido, su sentido del orden le hace levantarse de la silla donde está sentado y colocar personalmente el cuadro en posición correcta. Aquel día, la decoración del local a cuya inauguración asistía no le debió gustar y comenzó a ponerse de mal humor.

Por más que intentaron tranquilizarle, prometiéndole sus hijas que introducirían en el local las deseadas modificaciones, el padre Escrivá se fue poniendo cada vez más nervioso y llegó un momento en que se acercó a una puerta y dijo: "Esta moldura es una porquería." Y tomando un extremo de la moldura, tiró de ella y la arrancó de cuajo. Luego hizo lo mismo con otras molduras de la misma puerta y con las de las ventanas más próximas. Las hijas de monseñor comenzaron a agitarse por aquella reacción y para que se vea cuál es la atracción que ejerce el padre dentro de la Obra, se sintieron impulsadas a participar, también ellas, en la destrucción que monseñor estaba llevando a cabo. La escena es apocalíptica porque —así lo cuentan— las veinte o veinticinco personas que había en el local se lanzaron a ultimar la labor de devastación que había iniciado el que todo lo inicia en el Opus Dei, quedando la sala y dependencias del local como si por ellas hubiese pasado Atila al frente de los hunos.

La cólera de monseñor es sagrada. Pero hay otra historia aún más terrible, si cabe, que ésta que acabo de contar. En una ocasión, hace unos años, el padre Escrivá asistía a una comida con seis u ocho personalidades altamente representativas de los movimientos católicos españoles. Se produjo en un momento dado, una discusión de escasa importancia entre monseñor y alguno de los comensales. Según me contó un amigo mío que estaba presente en la comida, la discusión era para dilucidar quién de los dos tenía razón a propósito de un determinado punto. Pero el padre fue acalorándose y, cuando se demostró que era él quien tenía razón en la disputa, miró de frente a su oponente y, en gesto que debe considerarse sin precedentes, le sacó la lengua, dejando a los comensales mudos de asombro y desolación.

* * * * * * * * *

EL SECRETO Y LOS ESCAPARATES

Sería difícil encontrar otra organización que como el Opus Dei fuese capaz de combinar la más absoluta "discreción", el más estricto secreto, con un sentido tan desarrollado de la publicidad. Uno se encuentra con personas reservadas, íntimas, secretas, que no gustan de pregonar sus sentimientos, sus deseos, ni siquiera sus éxitos. O se encuentra por el contrario con personas que difunden a los cuatro vientos sus grandezas y alardean de sus conquistas y triunfos. Los caracteres, en este como en otros aspectos de la personalidad, no se dan casi nunca, naturalmente, en estado químicamente puro. Entre el callado y el lenguaraz hay una inmensa variedad de matices psicológicos que hacen de la observación de los semejantes un ejercicio apasionante. Lo que no se encuentra tan a menudo es a personas que a la vez y en el mismo grado participen de ambos caracteres opuestos. Este es el caso de la asociación llamada Opus Dei cuya forma de proceder en este aspecto, como en tantos otros, no es más que un reflejo de la personalidad del padre. No olvidemos que se trata de una "gran familia", la familia Escrivá-Albás, ampliada hasta alcanzar proporciones de "clan" al que el jefe impone sus criterios.

Ya hemos visto en el curso de estas páginas la asombrosa coexistencia en el padre Escrivá de rasgos tan encontrados como los que le hacen ser a la vez humilde y soberbio, vanidoso y modesto. No quiero asignar a cada una de las ramas de la familia el origen de los capitales defectos y virtudes que pugnan en el alma del calidoscópico monseñor Escrivá de Balaguer. Sería primario hacerlo así, pero sí se puede decir que, en comparación con el modesto, con el humilde, con el resignado empleado de "La Ciudad de Londres", que acepta sin protestar la prueba de la ruina económica que el cielo le ha enviado, el linaje de los Albás me parece mucho más mundano, mucho más comunicativo y también mucho más luchador, mucho más ambicioso que el linaje Escrivá de las pompas y glorias del mundo.

Ya hemos visto a doña Dolores avivar en el alma del hijo los sueños que habrán de devolver con creces a la familia el rango perdido tras la quiebra de la razón social "Escrivá, Mur y Juncosa". Y el biógrafo de monseñor, en el estudio de los orígenes del carácter de su biografiado, debe anotar tanto la encomiable sencillez y resignación del honrado dependiente textil como la atractiva mundología de que hace gala la familia Albás, y concretamente su más destacado miembro, el canónigo arcediano de la Seo zaragozana.

Si fuese correcta la descripción de los caracteres dominantes de una y otra "rama del árbol genealógico" del fundador del Opus Dei, por emplear la frase de su biógrafo oficial, don Florentino Pérez Embid, entonces podríamos decir que su contradictoria personalidad se explica en gran medida por el contraste, por el juego, por la pugna Escrivá "versus" Albás y Albás "versus" Escrivá que se libra en ese campo de batalla que es la conciencia de monseñor. Así, para volver al tema que estábamos analizando, el padre dedica un capítulo entero de Camino a la "Discreción". Dice en la máxima 649:

¡Siempre el espectáculo! Me pides fotografías, gráficos, estadísticas.

No te envío este material, porque —me parece muy respetable la opinión contraria— creería luego que hacía una labor con vistas a encaramarme en la tierra..., y donde quiero encaramarme es en el cielo.

Y, en otras máximas, recomienda al lector "pasar inadvertido", "pasar oculto", "sé discreto", "¡qué fecundo es el silencio!", "¡calla!", y reprocha al discípulo su "espíritu de exhibición". Una famosa máxima, la 294, refleja mediante una metáfora la vida oculta en que el padre desea mantener a la asociación por él creada:

No se veían las plantas cubiertas por la nieve. Y comentó gozoso el labriego dueño del campo: "ahora crecen para adentro".

Monseñor Escrivá imprimió al Opus Dei ese carácter secreto que es su nota dominante cuando se le contempla desde fuera. En el registro de los institutos seculares, pues ésta es la calificación jurídica que el Opus Dei tiene dentro de la Iglesia [Posteriormente, en 1982, logró como he dicho, el status de Prelatura Personal mediante la Constitución Apostólica "Ut sit"] aparecen solamente unos pocos nombres de personas que constituyen el consejo general. Pero en ninguna parte puede encontrarse una lista de las personas pertenecientes a la Obra. Sus nombres se mantienen en secreto. En los últimos años se ha observado, sin embargo, cierto relajamiento en la celosa ocultación que ha venido siendo característica del Opus, al que la chistosa imaginación popular solía denominar hace unos años "Topus". Si antes,

los socios de la Obra negaban obstinadamente su pertenencia al Instituto cuando eran preguntados sobre este punto, ahora se limitan a sonreír, sin confirmarlo ni desmentirlo. El padre Escrivá, en una entrevista incluida en el libro "Conversaciones...", a que ya me he referido, decía que a los socios:

Les repugnaría llevar un cartel en la espalda que dijera: que conste que estoy dedicado al servicio de Dios. Esto no sería laical, ni secular. Pero quienes tratan y conocen a los miembros del Opus Dei, saben que forman parte de la Obra, aunque no lo pregonen, porque tampoco lo ocultan.

La ocultación, a pesar de lo que decía el padre, es en el Opus Dei una necesidad que emana de lo anómalo de su situación jurídica dentro de la Iglesia. No conviene que aparezca claramente la condición de socio del Opus Dei de una determinada persona, sencillamente porque, siendo la Obra un instituto secular jurídicamente hablando, los actos de esa persona obligarían al instituto. El Opus Dei, para eludir las consecuencias de esta situación, ha dado la batalla en dos frentes. En primer lugar, esta institución que lo desmiente todo se ha dedicado también en los últimos años a desmentir, a negar que sea un verdadero instituto secular, a pesar de que la constitución apostólica "Provida Mater Ecclesia" fue promulgada por Pío XII el 2 de febrero de 1947 especialmente para regular la situación jurídica del Opus Dci y, con él, de los institutos seculares. La Obra dice ahora que es "una asociación de fieles" y monseñor afirma que "ninguna autoridad en el mundo me obligará a ser religioso", insistiendo en el carácter laical de su asociación. Por otro lado, los juristas de la Obra —-y la creencia general es que ha sido el sacerdote-abogado, mejor dicho, el abogado-sacerdote don Amadeo de Fuenmayor, el verdadero genio jurídico de la Obra— han creado todo un aparato contractual privado para asegurar sus relaciones con los socios. Un aparato que —es la impresión general— parece funcionar considerablemente mejor en caso de beneficios que en caso de pérdidas.

El tema que, aunque no tan perfectamente como merece, ha sido analizado en otros estudios sobre el Opus Dei, excede claramente al ámbito de una semblanza del fundador. Lo que ahora quería decir es que, si bien la ocultación es en el Opus Dei una acuciante necesidad, y hay que decir que la Obra no tiene en este punto muy buenas perspectivas debido a que en el Vaticano parece sentirse cada vez más la urgencia de clarificar las cosas en este sentido, mi impresión personal es que monseñor, y el Opus Dei con él, dan muestras de una cierta delectación, de un cierto gusto por el secreto, de una diríamos manía por la ocultación. Monseñor es hombre que hace siempre las cosas con rodeos, con enrevesadas circunvoluciones, a menudo impuestas por la "táctica" a que es tan aficionado. Se cuentan a este propósito

algunas sabrosas anécdotas. En los años en que el Opus Dei, en su afán de ejercer un control cada vez mayor sobre la universidad española, procuraba apoyar la candidatura de sus socios o de personas situadas "en su órbita", en las oposiciones a cátedras universitarias —lo que hizo surgir el juego de palabra de llamarlas "opusiciones"— una persona cuyo nombre no hace al caso visitó en Roma a monseñor Escrivá a fin de solicitar de él una recomendación para las oposiciones en las que iba a participar. Monseñor, que es muy cuidadoso, sin duda con el ánimo de evitar que nunca pudiera decirse de él que hacía favoritismo tomando parte en el españolísimo juego de las recomendaciones, le contestó que no podía hacer absolutamente nada en su favor, aunque lo sentía en el alma por ser el solicitante persona que siempre había dado muestras de amistad para la Obra y para él mismo. Cuando ya se despedían, sin embargo, monseñor tomó la mano del frustrado visitante y le dijo: "Querido amigo, le voy a pedir un favor. Rece las tres partes del rosario y pida a la Virgen que le ayude a conseguir la cátedra." El opositor salió del palacio de Bruno Buozzi sin muchas esperanzas y se volvió a Madrid. Al mes, un tribunal mayoritariamente compuesto por profesores miembros de la Obra le designaba catedrático.

Más bonita aún, si cabe, es la anécdota que cuenta haber vivido personalmente don Pedro Laín Entralgo. Durante la guerra, estando en Burgos, don Pedro y su esposa se hospedaban en el Hotel Sabadell, un hotel donde vivían numerosos "refugiados" procedentes de la España republicana y entre ellos don José María Escrivá. Tendremos ocasión de decir más adelante que, en una de las habitaciones del Hotel Sabadell se escribieron al menos una parte de las máximas de Camino. Pero lo que ahora nos interesa es que el padre Escrivá comía diariamente con Albareda y otros discípulos suyos precisamente en una mesa que estaba al lado de la que ocupaban don Pedro Laín y su esposa. Durante semanas, Escrivá y Laín, que no se conocían personalmente, estuvieron comiendo uno al lado del otro, sin tener entre sí otra relación que la de saludarse cortésmente al entrar y salir del comedor. Y he aquí que un día don Pedro Laín recibió de un amigo suyo una carta en que le comunicaba que un sacerdote aragonés, don José María Escrivá, deseaba ponerse en contacto con él. Hace falta tener en cuenta el carácter comunicativo de los españoles, que con toda facilidad conversan con los vecinos de mesa, para calibrar el alcance de la anécdota. Dice don Pedro Laín que leyó la carta de su amigo mientras estaba esperando la comida, pues la había recogido en el casillero antes de entrar en el comedor. Y no tuvo más trabajo que levantarse y saludar al que durante semanas había sido su vecino, cuya

forma de ser quedaba tan gráficamente plasmada en el retorcidísimo expediente que había seguido para conocerle.

En relación con ésta que hemos llamado manía del secreto en el Opus Dei hay un interesante tema al que los opusdeiólogos aluden sólo de pasada, como no podría ser de otra manera, teniendo en cuenta los escasos datos que se nos ofrecen para su estudio. Me refiero a la cuestión de si el padre Escrivá, que comparte con muchos otros sacerdotes de su tiempo la abominación por la masonería y las sociedades secretas, pudo acaso pensar en adoptar algunos de los que él creía los métodos de esas sociedades con la intención de combatirlas en su propio terreno. Sugiere algo de esto una máxima de Camino, la 833, que transcribo a continuación porque en ella parece hacerse una velada propuesta de utilizar "para el bien" métodos que al mismo tiempo se condenan:

¡Caudillos!... Viriliza tu voluntad para que Dios te haga caudillo. ¿No ves cómo proceden las malditas sociedades secretas? Nunca han ganado a las masas. En sus antros forman unos cuantos hombres-demonios que se agitan y revuelven a las muchedumbres, alocándolas, para hacerlas ir tras ellos, al precipicio de todos los desórdenes... y al infierno. Ellos llevan una simiente maldecida.

Si tú quieres... llevarás la palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso... si correspondes con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que "omnes cum Petro ad Jesum per Mariam".

La máxima es lo suficientemente ambigua como para poder interpretarse en algún otro sentido, pero no cabe duda que esa misma ambigüedad sugiere que el padre Escrivá, en su propósito de formar ¡caudillos! invita a sus discípulos a ver cómo proceden las sociedades secretas. Niega que hayan ganado nunca a las masas, pero acto seguido dice que sus hombres-demonios revuelven a las muchedumbres, alocándolas y luego deja caer que "si tú quieres..." A algunos ha parecido significativo el hecho de que entre los miembros de esta Obra que entre nosotros ha sido calificada de "masonería blanca" se usen numerosos símbolos, contraseñas y signos. Si, por poner un ejemplo que el lector ya conoce, se encuentra uno en una reunión y una persona que acaba de llegar dice al ser presentada: "Pax", no hay que interpretar que esa persona se haya vuelto loca. Significa que es del Opus Dei y que lanza su santo y seña para que, si hay en el grupo otra persona perteneciente a la Obra se identifique diciendo: "In aeternum". Algunos intérpretes se han preguntado si el número nueve tiene alguna especial significación en

el Opus Dei. Camino tiene, precisamente, 999 máximas, y en la sobrecubierta de la primera edición, publicada en Valencia en 1939, aparece este signo del 9 dibujado con trazos rectilíneos, es decir, con un cuadrado del que sale un trazo vertical rematado por otro horizontal que sirve de base. Un sacerdote amigo de Escrivá me explicó que el padre le había dicho en una ocasión, hace muchos años, que este signo es un anagrama de la palabra OPUS DEI, cuyas letras escritas con trazos rectilíneos pueden efectivamente obtenerse descomponiendo el signo. [El biógrafo Andrés Vázquez de Prada desmiente esta interpretación y dice que este número 999 de las máximas de Camino era simplemente expresión de la devoción del autor a la Santísima Trinidad. También cuenta que este número y otros signos que había en el altar del oratorio de la casa de la calle Jenner de Madrid así como el oratorio en forma elíptica de la casa Diego de León fueron interpretados por los enemigos del Opus como signos cabalísticos].

De estos aspectos ocultistas de la Obra no tendremos información fehaciente hasta que alguna de las personas que pertenecieron al Opus en los primeros tiempos se decidan a contar sus experiencias. Un hecho es cierto, sin embargo: que el tema de la masonería constituyó una intensa preocupación para los católicos españoles en los años en que Escrivá, recién ordenado sacerdote, se trasladó a Madrid e inició su acción pastoral. Andando el tiempo, durante la guerra y en los años siguientes, el nacional-catolicismo emprendió una verdadera caza de brujas contra los sospechosos de pertenecer a “sectas y sociedades secretas” mediante lo que se conoció con el pintoresco nombre de “Tribunal para la represión de la Masonería y el Comunismo” [En los años cuarenta se presentó una denuncia ante este Tribunal acusando a la Obra de ser una “secta judaica en relación con los masones”. Vázquez de Prada dice que el general Saliquet, presidente del Tribunal dio por sobreseído el asunto cuando se enteró de que los miembros de la Obra eran personas de vida casta. “No hay que preocuparse; si viven la castidad, no son masones. No conozco masones que sean castos”, dijo el general.]. El padre Escrivá, hombre de su época, debió estar obsesionado también con los odiados masones. En su gruesa apreciación de cura provinciano debió calificar de “sociedades secretas”, como lo habían hecho otros católicos contemporáneos suyos, a entidades tan eximias como la Institución Libre de Enseñanza, cuyos fines y procedimientos, o lo que él consideraba como tales, procuró adoptar en su programa apostólico, como hemos de ver al referirnos a las influencias intelectuales que pueden apreciarse en su formación durante la década de su estancia en Madrid antes de la guerra.

Pero, a fin de volver ahora al análisis del claroscuro que siempre ofrece la personalidad de este hombre contradictorio es preciso que anotemos nuestra perplejidad ante el hecho de que el discreto padre Escrivá y el oculto Instituto que él funda no sientan empacho en compaginar esta "pasión por el secreto" con un asombroso sentido de la publicidad y la propaganda. La Obra se ha preocupado de crear una serie de "escaparates" como puedan serlo los centros de formación profesional obrera, Tajamar en Madrid, Xaloc en Hospitalet o el Centro Elis en el Tiburtino romano. O bien los centros culturales, como el famoso Strathmore College de Nairobi, el Nairana Cultural Center en Sydney, el Hontanar en Bogotá o la universidad impropiamente llamada de Navarra porque no es Navarra sino el Opus Dei quien la administra y dirige. O bien, algunos centros misionales como el establecido en el Perú con instituciones asistenciales y escuelas de formación obrera y campesina. Es importante señalar aquí que no todos los centros creados y regidos por el Opus Dei constituyen "escaparates" de la Obra en el sentido a que aquí nos referimos. Hace mucho tiempo por ejemplo que se ha dejado de pregonar que tal o cual residencia de estudiantes pertenece a la Obra. La creciente impopularidad del Opus Dei entre los estudiantes, no sólo de España, sino de todo el mundo, como lo sugiere el ejemplo del fracaso sufrido por la Obra entre los estudiantes de Friburgo, en Suiza, que cuenta Yvon Le Vaillant en su libro, ha recomendado emprender una "desopustización" de estas "realizaciones" universitarias del Instituto. No se advierte a los estudiantes que la residencia sea del Opus Dei, aunque luego se les somete al bombardeo ideológico y religioso propio de la Obra y al estricto control y vigilancia característicos de esta "gran familia" paternalista.

Tampoco se suelen airear, al menos en estos últimos años, centros tales como los de enseñanza de "hogar y cultura" como los que la sección femenina del Opus Dei tiene establecidos en varios países. El paradigma de estos centros es el llamado Los Tilos, fundado en Madrid hace ya años, de donde es fama que salen las mejores "empleadas del hogar" que puedan encontrarse en España, eufemismo este de particular invención de la Obra. Los Tilos y otras escuelas han constituido no sólo un excelente negocio que podríamos denominar de "agencia de colocación perfeccionada", sino también un sistema para meter numerarias del Opus Dei en las casas de la clase dirigente española. Hace unos años, todo el servicio de la nunciatura apostólica de Madrid estaba compuesto por personas procedentes de Los Tilos y otras escuelas, hasta el punto de que el entonces nuncio, monseñor Riberi, cuyo enfrentamiento con el Opus hizo época, afirmaba que se sentía rigurosa-

mente vigilado y que no podía hacer ni decir nada sin que el Opus se enterara. El hecho de que todo el personal de servicio fuese del Opus Dei hizo surgir el chiste de llamar a la casa del nuncio, la "Nunciatura Opustólica"... [Actualmente, las mujeres miembros del Opus Dei que se dedican al servicio doméstico en el centro de la Obra se llaman "numerarias auxiliares". Según testimonio de personas que tuvieron con el fundador un trato continuo, el Padre solía llamarlas "sirvientas". En vida del fundador, y no me consta que esta situación haya variado en nuestros días, las "sirvientas" eran objeto de una serie de discriminaciones. Toda su ropa estaba marcada con la palabra "servicio" y comían con cubiertos de aluminio, y no de plata o alpaca como los demás numerarios. A las que eran analfabetas no se las enseñaba a leer y escribir. Y no por simple descuido o inadvertencia sino porque así se cumplía el principio fundamental del Opus Dei según el cual cada persona debe permanecer en el sitio que Dios le ha asignado y santificar su trabajo. Manteniéndolas en el analfabetismo, estas mujeres seguirían siendo "sirvientas". Las "numerarias auxiliares" tenían que salir a la calle vestidas de uniforme y Monseñor se enfurecía si alguna directora disponía lo contrario. Cuando recibían visitas de sus familiares, éstos no tenían el derecho de sentarse en sillas, sino que se colocaban bancos en la sala de visitas para marcar la distancia con los familiares de las otras numerarias. Una persona que fue directora de la casa de la sección femenina en la calle Zurbarán de Madrid me explicó que, cuando Monseñor visitó esta casa, dispuso que las sirvientas plancharan la ropa al aire libre, en el patio, incluso durante el invierno. La directora se opuso a ello y entonces Escrivá se enfureció y le dijo: "Si tienes piedad con el servicio te quito de directora". Y añadió: "Las sirvientas son sirvientas porque son torpes. Sí no, serían catedráticas"]

La Obra ha elegido para su masiva propaganda aquellas "realizaciones" que le han parecido más acordes con el signo de los tiempos. En España se ha hecho, por ejemplo, una publicidad machacona del centro obrero de Tajamar. En las revistas de la Obra se han publicado numerosos reportajes sobre este centro que iba a suponer poco menos que la redención social del barrio de Vallecas, donde está situado. Constantemente, la secretaría del Opus Dei en Madrid ha invitado a periodistas españoles y extranjeros a visitarlo. En los folletos sobre este centro aparecen fotografías de obreros y aprendices manejando tornos o pulidoras, vestidos con un mono muy nuevo y con una cara de "sana alegría" y de espíritu de trabajo tales que uno piensa que... otro gallo les cantara a las relaciones entre el capital y el trabajo si se confiara al Opus Dei la formación de la clase obrera. Por poner otro ejemplo, elegido esta vez fuera de España, en las fotografías que la Obra difunde en

su propaganda sobre el “Centro Interracial” de Strathmore College de Nairobi, aparecen siempre estudiantes blancos mezclados con estudiantes de color jugando cristianamente al criquet. En las fotos de la Universidad de Navarra se destaca también la gozosa coexistencia en las aulas de todas las razas del mundo. En una de las más divulgadas el fotógrafo “sorprendió” en primer plano de la clase a dos negros, un japonés y una muchacha con aspecto de indonesia, dando así representación gráfica al universalismo de la Obra.

La Universidad del Opus en Pamplona ha sido objeto de una intensa propaganda por parte de la Obra. Se han organizado magnas concentraciones como la de los “Amigos de la Universidad de Navarra”, a que ya me he referido, con asistencia del padre rodeado de gran aparato carismático. Esta asamblea y otras concentraciones realizadas en Pamplona han dado lugar a la edición de numerosos folletos y también voluminosos libros distribuidos después profusamente. Un buen ejemplo del tipo de propaganda que realiza el Opus Dei es un libro de 350 páginas editado después de los actos de proclamación como universidad del preexistente Estudio General de Navarra en octubre de 1960. El volumen recoge los discursos pronunciados por los dignatarios oficiales y por monseñor Escrivá de Balaguer, así como la biografía de este último escrita por don Florentino Pérez Embíd y publicada después en la colección “Forjadores del mundo contemporáneo”, de Editorial Planeta. Pero la mayor parte del libro está constituida por las crónicas de los periodistas del Opus sobre los actos de Pamplona y por la repetición, página tras página, de prácticamente el mismo telegrama de agencia publicado en los distintos periódicos españoles [Quizá la manifestación más clara de la “pasión propagandística” del Opus Dei ha sido el deseo que siempre ha mostrado por controlar medios informativos. El fundador había expresado más de una vez su aspiración a tener periódicos en todos los países donde la Obra ejercía su apostolado. En la España de la Dictadura franquista el Opus fundó y controló diversos medios de información, tales como “El Alcázar”, que después pasó a la Hermandad del Alcázar de Toledo, “Nuevo Diario”, varios periódicos de provincias y revistas como “La Actualidad Española”, “La Actualidad Económica”, la revista agrícola “Tria”, la revista femenina “Telva” y “Mundo Cristiano”, la de ideología más integrista. También la agencia de prensa “Europa Press” estaba y está aún, ligada al Opus Dei. Un caso muy especial fue el del diario “Madrid”, controlado por Rafael Calvo Serer y dirigido por Antonio Fontán, uno y otro miembros de la Obra.

La actitud liberal del Madrid y sus críticas al régimen franquista, que culminaron en un famoso artículo de Calvo Serer, condujeron al cierre del periódico por parte del gobierno en 1971].

Objeto de especial predilección para la publicidad opusdeísta son algunos rasgos de la personalidad y de la vida del padre Escrivá. Mientras, como ya hemos visto, se ocultan importantes datos de su biografía y se escamotean informaciones de gran significación para el enjuiciamiento de la Obra por él fundada, se agrandan los detalles de prestigio. Por ejemplo, en las minúsculas biografías del fundador que se incluyen en las ediciones de Camino, lo mismo españolas que en otras lenguas, se mencionan exhaustivamente los títulos universitarios y eclesiásticos de monseñor: doctor en teología, doctor honoris causa, consultor de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, etc. Mientras tanto, no se hace referencia alguna al hecho de que Camino fuese escrito en Burgos durante la guerra civil. La nota biográfica salta desde 1928, año de la fundación del Opus Dei, a 1947, fecha de la aprobación del Instituto por la Santa Sede, pasando así por alto un elemento importantísimo para la comprensión de esta Obra que se organizó al calor del nacional-catolicismo imperante en la época de la guerra y se desarrolló gracias al propicio clima que encontró en la España surgida de la contienda civil.

* * * * * * * * * *

“ES MUY SANTO Y TIENE QUE IR A MADRID”

Con referencia a los años que pasó José María Escrivá como seminarista en Zaragoza, hay un hecho que la Obra se ha encargado de airear como sabe hacerlo y que aparece en todas las notas biográficas de monseñor. Se dice que Escrivá fue “superior del seminario” y uno de los biógrafos oficiales, Carlos Escartín, afirma que le nombró para este cargo el arzobispo de Zaragoza, cardenal Soldevila. Este es un buen ejemplo del uso de las técnicas “escaparatistas” de que hace gala el Opus Dei y de los recursos que en la casa se emplean para hinchar el curriculum del padre. La palabra superior no expresa en absoluto la misión que José María Escrivá, siendo todavía seminarista, tuvo a su cargo durante algún tiempo en los años de su carrera eclesiástica ni era ésa la palabra empleada para designar este cargo. En el seminario, como sucede en otros centros de enseñanza, existía y en algunos sitios aún existe, la costumbre de confiar a uno de los alumnos el control de la disciplina de sus propios compañeros. Un sacerdote de Zaragoza que estudió con Escrivá me dijo que este cargo se denominaba entonces “celador”, y que Escrivá lo ejercía en la residencia de san Carlos, donde ellos vivían y durante los desplazamientos que cada día tenían que hacer a pie desde la residencia al seminario y viceversa, pero no en el seminario propiamente dicho. El carácter de Escrivá, distante de sus compañeros, insolidario y deseoso de notoriedad, hace explicable la designación de nuestro personaje para el antipático cargo.

Algunas fechas completan nuestros conocimientos acerca de los años que pasó José María Escrivá en Zaragoza. El 14 de junio de 1924, según anotación que figura en su partida de bautismo, recibe el subdiaconado conferido por el Ilmo. señor don Miguel de los Santos Díaz y Gómara, y se ordena sacerdote el 28 de marzo de 1925. Dicen sus biógrafos que Escrivá recibió la tonsura clerical de manos del cardenal Soldevila, el famoso arzobispo de Zaragoza, que fue asesinado el día 4 de junio de 1923 cuando llegaba en su automóvil a la finca de recreo de “El Terminillo”, donde había

fundado unas escuelas. Don Juan Soldevila y Romero, aragonés de nacimiento, había ocupado la sede arzobispal zaragozana desde 1902 y gozaba de gran popularidad en Aragón, sobre todo por sus campañas en favor de los regadíos del Ebro. Políticamente se significó por su actitud de extrema derecha con motivo de sus intervenciones sobre las grandes cuestiones nacionales desde su escaño del Senado. Su muerte está relacionada con las luchas sociales de la época. El periódico "El Heraldo de Aragón" describía en sus crónicas de aquellos días la imponente manifestación de duelo que tuvo lugar en Zaragoza con motivo del entierro del cardenal en el templo del Pilar, cuyas obras había impulsado Soldevila grandemente logrando que fuera declarado monumento nacional. José María Escrivá debió sin duda tomar parte en los actos organizados en Zaragoza con motivo de la muerte del cardenal. La ideología de Soldevila, la personalidad de este príncipe de la Iglesia y los acontecimientos de junio de 1923 no pudieron dejar de ejercer su influencia sobre el joven seminarista.

Los biógrafos de la Obra suelen decir que Escrivá "comenzó su labor sacerdotal en parroquias rurales". En la ficha que de José María Escrivá se guarda en la secretaría de la cámara de la diócesis solamente figura el nombre de un pueblo: Perdiguera, donde el futuro fundador ocupó el cargo de regente auxiliar por enfermedad del párroco desde el 30 de marzo hasta el 18 de mayo de 1925, es decir, durante no mucho más de mes y medio. Se ha dicho también que Escrivá estuvo en otro pueblo que algunos creen que fue Romanos y otros Sobradiel. En la ficha que yo vi en la secretaría de cámara no aparece ningún otro pueblo aparte de Perdiguera. La "labor sacerdotal en parroquias rurales" fue por tanto brevísima, por no decir inexistente [Posteriormente, en 1927, el padre Escrivá se hizo cargo de otra parroquia rural de la diócesis zaragozana, la del pueblo de Fombuena. Estuvo allí exactamente durante dos semanas en la primavera de ese año. En Perdiguera había estado solamente un mes y medio, entre el 31 de marzo y el 18 de mayo de 1925. Sin embargo, el fundador daba mucha importancia al hecho de haber sido "cura de pueblo": "He estado dos veces en parroquias rurales, decía. ¡Qué alegría cuando me acuerdo! ¡Me hicieron un bien colosal, colosal, colosal! ¡Con qué ilusión recuerdo aquello!" Sus biógrafos se han encargado dc "hinchar" la experiencia rural de Monseñor].

"Fíjese usted, con lo que vale, quieren mandarle a un pueblo", se cuenta que andaba diciendo una señora de la familia del recién ordenado sacerdote. Y también "nuestro primo es muy santo y tiene que ir a Madrid". Don Florentino Pérez Embid dice que el padre Escrivá se trasladó a la capital de España en 1926. Es probable que el viaje se efectuara en los primeros

meses de este año y que el futuro fundador, que había quedado libre en mayo de 1925 de sus compromisos rurales, como se desprende de su ficha en la secretaría de cámara, empleara el resto del año en las gestiones necesarias para conseguir excardinarse de la diócesis de Zaragoza. Lo que Escrivá debió lograr entonces fue un permiso especial del arzobispo para trasladarse a Madrid. Según pude saber en Zaragoza, la excardinación propiamente dicha no se le concedió hasta después de la guerra civil [El padre Escrivá pidió dispensa en abril de 1927, para cursar el doctorado en Madrid. El arzobispo de Zaragoza don Rigoberto Doménech le concedió el permiso eclesiástico por dos años].

Una vez instalado en la capital, el joven sacerdote lleva consigo a su familia, la madre doña Dolores, la hermana Carmen y el hermano Santiago, que entonces era un niño de seis años, los cuales habían seguido viviendo en Logroño hasta que José María terminó la carrera, en una situación económica que no debió ser muy buena, sobre todo desde que, en 1924, murió el padre, don José Escrivá y Corzán. Es importante este viaje porque, como ya hemos dicho, la familia es el núcleo inicial de la Obra. Escrivá es en efecto el primer fundador de la historia de la Iglesia que parte del embrión familiar para la creación de su Instituto. En Madrid, don José María alquila un piso para residir con su familia y comienza su labor apostólica que, según sus biógrafos, realiza primero en los suburbios y en hospitales. Debe añadirse a esto el dato a que me he referido ya anteriormente, de que en los primeros tiempos de su estancia en la capital, José María Escrivá encuentra trabajo como preceptor de los hijos de un aristócrata.

Durante estos años el joven sacerdote aragonés obtiene, si hemos de creer a los biógrafos oficiales, la protección de don Leopoldo Eijo Garay, preconizado obispo de Vitoria en 1917 y que posteriormente había de ocupar la sede de Madrid-Alcalá. Esta información debe aceptarse con alguna reserva, pues monseñor y la Obra están muy interesados en demostrar que Escrivá contó en todo momento con “la venia y la bendición del queridísimo señor obispo”, como el mismo fundador ha dicho en una entrevista. Sea como fuera, lo cierto es que la figura del doctor Eijo Garay fue de gran importancia en el catolicismo español de aquellos años.

Preocupación dominante suya fue el tema del papel de la Iglesia en la enseñanza. Eijo Garay fue el inspirador del proyecto de ley de reforma de la enseñanza universitaria presentado por el ministro Castillejo, en uno de cuyos artículos se equiparaba a algunos centros de enseñanza superior de jesuitas y agustinos con las universidades del Estado en lo relativo a la obtención de títulos. Indudablemente, las ideas del doctor Eijo Garay debieron

ejercer influencia sobre el futuro Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

Al poco tiempo de llegar a Madrid, el padre Escrivá empieza a dedicar su actividad pastoral a los estudiantes. No sabemos a ciencia cierta la época en que comenzaron los contactos de Escrivá con jóvenes universitarios. A fin de sostener a su familia, y no contando con más ingresos que los que obtenía de su trabajo como capellán de un convento de monjas Descalzas de Madrid, debió dedicar alguna actividad a la enseñanza privada [Debo ampliar y precisar aquí la información que obtuve para la redacción original de este libro. Don José María fue capellán de la iglesia del "Patronato de Enfermos" que regentaban las "Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús", una institución fundada por Doña Luz Rodríguez Casanova. Daba además clases de Derecho Canónico en la Academia Cicuéndez, instalada en la calle de San Bernardo]. A fin de ayudar a su hijo a sufragar los gastos de la casa, doña Dolores, como hacen tantas mujeres madrileñas, debió recurrir al expediente de tomar huéspedes, que debieron ser preferentemente estudiantes. Para cuando, ya en los primeros años de la década de los treinta, el padre funda su primera residencia universitaria en la calle Ferraz, doña Dolores debía tener ya una amplia experiencia como "patrona". Cuando se habla de la fundación del Opus Dei, por tanto, no se debe olvidar el papel de cofundadora que corresponde a doña Dolores. Esta mujer de familia venida a menos conserva, "contra viento y marea", el orgullo y la "dignidad" de la pequeña burguesía provinciana española. Apremiada por la necesidad de sacar adelante a su familia, esta mujer de temple pone pensión, una pensión a la que los impulsos de su corazón de madre y el deseo de hacer olvidar los reveses que ha sufrido su suerte, van a dar un carácter familiar. Los huéspedes son "como de casa" y doña Dolores se instala en su papel de abuela. Esto va a ser de una decisiva importancia en la creación de la Obra porque permite al padre Escrivá constituir una organización muy poco burocrática que va a tener toda la eficacia y toda la fuerza de la familia tradicional española. El clima "de casa" que, como afirman los socios del Opus Dei, se respira aún hoy en las residencias de la Obra, es claramente una herencia de "la abuela". Cuando, según consta por diversos testimonios, a la muerte de doña Dolores, el padre Escrivá inicia gestiones, que luego abandona, encaminadas a abrir el proceso de beatificación de su madre, está reconociendo el papel trascendental que aquella mujer jugó en la creación del Instituto desde la españolísima e invencible fortaleza de la mesa camilla. [En su afán de ennoblecer a su familia, Monseñor Escrivá mandó pintar un cuadro, que se conserva en la Casa Generalicia del Opus Dei en Roma, en que su padre

aparece vestido con mayor elegancia que la que nunca pudo permitirse y su madre, con capa de armiño].

* * * * * * * * * *

LOS DOCE APOSTOLES

“Permítame —le decía monseñor a un periodista— que no descienda a más detalles sobre el comienzo de la Obra, que el amor de Dios me hacía barruntar desde el año 1917, porque están íntimamente unidos con la historia de mi alma y pertenecen a mi vida interior.” Los barruntos a que el fundador se refiere tuvieron lugar por tanto cuando José María Escrivá tenía quince años, es decir, durante el tiempo en que estuvo en el seminario menor de Logroño. Según esta afirmación, la idea de la Obra se habría ido incubando en la mente fundacional durante los once años que separan 1917 de 1928, en que oficialmente se sitúa el acontecimiento. Es éste el único indicio que poseemos respecto de la trayectoria espiritual seguida por el joven Escrivá. Hombre reservado, ninguna de las personas que le conocieron y con las cuales nos ha sido dado hablar recuerda haberle oído la más mínima confidencia acerca del importante negocio que desde tan temprana edad traía entre manos. Sus compañeros del seminario de Zaragoza, que le conocían bien, confiesan que se llevaron una sorpresa al saberle fundador de la Obra de Dios.

Sea como fuere, lo cierto es que —siempre según la versión oficial— fue el día 2 de octubre de 1928, festividad de los santos Angeles Custodios, cuando tomó cuerpo el proyecto largamente incubado. Comentaristas más escépticos sugieren que la verdadera fundación no se produjo hasta 1939 y que la insistencia de la Obra en buscarle un origen anterior se debe a la preocupación de desligar el origen del Opus Dei de la guerra civil española. Mi impresión personal es que, efectivamente, la estructuración de la Obra no se produjo hasta el tiempo que el padre Escrivá y un reducido grupo de sus hijos pasaron en el Burgos de 1939 y que no inició su actividad como tal Obra hasta los meses que siguieron al fin de la guerra, sin cuyo desenlace jamás habría sido posible el extraordinario desarrollo que ha llegado a alcanzar.

Esto, no obstante, no puede haber ninguna duda respecto al hecho de que el padre Escrivá venía trabajando en su proyecto desde mucho antes de la guerra como lo demuestra su actividad entre los estudiantes y la estrecha relación y el clima de familiaridad que había establecido con algunos de ellos. Hay sobre todo un dato de gran importancia. Me refiero a la aparición,

en 1934, de la obrita “Consideraciones espirituales” que va firmada solamente con el nombre, José María, y sin el apellido. Se trata de una colección de máximas o pensamientos editada en Cuenca, que lleva el “Nihil obstat” del entonces censor de la diócesis, don Sebastián Cirac, que años más tarde fue catedrático de griego del seminario de Barcelona y que debía ser amigo del padre Escrivá y de sus discípulos, razón ésta que justificaría la decisión de editar el libro en Cuenca.

“Consideraciones espirituales” puede considerarse como una primera redacción de Camino, al cual pasaron íntegramente o con muy pequeñas variaciones las 440 máximas que el libro contiene. Como Camino, está dividido en capítulos, pero sus máximas no van numeradas. Se puede consultar esta obra en la Biblioteca Nacional de Madrid y no deja de resultar sorprendente que los autores que han hecho la crítica del libro fundamental del Opus Dei hayan prestado tan poca atención a este librito, quizá dando por supuesto algunos de ellos que sus ejemplares se han perdido y no puede consultarse en ninguna parte, como no sea acudiendo a la Obra. “Consideraciones espirituales” es interesante para nosotros sobre todo por lo que en el libro falta, es decir, porque nos permite determinar cuáles son las máximas que el autor escribió en Burgos hasta completar las 999 máximas, así como las pequeñas, aunque significativas, modificaciones que introdujo en las que ya tenía escritas. El tema debería ser objeto de un estudio crítico que excede el ámbito de este trabajo, aunque no dejaré de hacer alguna referencia a él en algún punto particularmente interesante. Sólo diré aquí, en relación con la cuestión de que veníamos tratando, es decir, la de cuál fue el momento de arranque de la Obra, que aquellas máximas en las que el padre alude más o menos veladamente al Opus Dei como organización en marcha faltan en “Consideraciones espirituales”. Máximas como por ejemplo la 821, en que dice: “No me olvides que en la tierra todo lo grande ha comenzado siendo pequeño”, o la 911, en que transcribe un párrafo de una carta que ha recibido, que tras afirmar: “El deseo tan grande que todos tenemos de que “esto” marche y se dilate parece que va a convertirse en impaciencia”, pregunta: “¿Cuándo salta, cuándo rompe..., cuándo veremos nuestro al mundo?”, no fueron escritas para la edición de 1934, sino en Burgos, en los años de la guerra.

Las versiones que dan los miembros de la Obra sobre lo ocurrido en la mañana del 2 de octubre de 1928 varían levemente de una a otra. La historia pertenece —digámoslo así— a la leyenda opusdeísta, a su mitología, y, como el Opus Dei hace en todas sus cosas, ha evitado también precisar este punto. Una persona miembro de la Obra con la cual hablé, me contó lisa y

llanamente que en la madrugada del día de los santos Angeles Custodios, Dios se había aparecido al padre Escrivá y le había participado su deseo de que fundara el Instituto. Esta no es la versión oficial, pero ha venido circulando en el interior del Opus durante años e incluso, según he podido saber, ha aparecido en letra impresa en alguna publicación distribuida años atrás.

Otros informantes, también socios de la Obra, dan una versión algo más matizada. Dicen que, mientras en la mañana de aquel 2 de octubre, el padre Escrivá celebraba la misa, al llegar al momento de la consagración sintió que el espíritu de Dios descendía sobre él y le hacía ver claro lo que debía hacer para interpretar la voluntad divina. "Supo", me dijo escuetamente uno de mis informadores. Se habría tratado, por tanto, según esta segunda interpretación de los hechos, no de una aparición sino de una inspiración o revelación. Oficialmente no se dan en nuestros días estos detalles. La Obra se limita a decir que el padre fundó el Opus Dei ese día, pero no se dice cómo y en qué momento lo hizo. Sin embargo, se da a entender que hubo participación divina en el acto fundacional. La misma expresión con que se designa la fundación lo indica claramente: Opus Dei, obra de Dios realizada a través de un sacerdote elegido por el cielo. Don Florentino Pérez Embid dice en su semblanza de monseñor que "en la fundación se cumplen a la letra todas la circunstancias precisas para que la Obra pueda ser llamada Obra de Dios". El mismo Escrivá, al ser preguntado cómo se explica él que un sacerdote de veintiséis años tuviera una tan clara comprensión de lo que debía ser la Obra, contesta que "yo no tuve otro empeño que el de cumplir la voluntad de Dios" y pide al periodista, como ya hemos visto anteriormente, que comprenda que no puede descender a más detalles acerca de este punto porque están unidos a la historia de su alma, insinuando así la aparición, revelación o inspiración divina de que fue protagonista mientras celebraba la misa el día de los santos Angeles Custodios. [Según su biógrafo Peter Berglar, el padre Escrivá recibió esta iluminación cuando se hallaba recogido en su cuarto durante unos ejercicios espirituales en la Residencia de los PP. Paúles de Madrid, en la calle de García de Paredes.]

Por lo que se refiere al origen del nombre con que el padre Escrivá designó su milagrosa fundación existen diversos datos que pueden ayudar a dilucidar este punto. La expresión Opus Dei se ha venido utilizando en la Iglesia desde san Benito —según algunos estudiosos de la liturgia— para designar la recitación coral del oficio divino por los monjes. Otros precisan un poco más el término diciendo que se refería a los cultos que se celebraban en el presbiterio, es decir, en la zona del templo a la que no tenía acceso el pueblo. La expresión es eminentemente clerical, pero quizá, como parece

interpretar Jesús Ynfante, lo que Escrivá quiso al crear esta Obra de espiritualidad seglar fue hacer extensivo a los seglares ese Opus Dei hasta entonces reservado a los presbíteros.

Existen otras versiones anecdóticas acerca del origen de este nombre. Parece ser que fue un jesuita, con quien el padre Escrivá se confesaba en aquella época, el que le sugirió el término que debía emplear [El padre Sánchez Ruíz]. Otros dicen que le dio la idea un famoso obispo de Málaga que por los años de la República estaba desterrado en Madrid, don Manuel González García, fundador a su vez de las Marías Nazarenas, una congregación de monjas que visten de seglares. Don Manuel encontró a Escrivá un día en el obispado de Madrid y le preguntó: "¿Qué tal va esa Obra de Dios?", dándole así hecho el trabajo de buscar un nombre para su fundación. Debo añadir que, al menos por lo que yo he podido saber, la Obra, muy en su estilo de no aclarar demasiado las cosas, no se ha pronunciado nunca sobre esta cuestión terminológica.

Ya hemos visto cómo el padre Escrivá, al poco de su llegada a Madrid, había iniciado contactos con estudiantes y hemos admitido como muy probable la hipótesis de que la familia, para ayudarse en el sostenimiento de la casa, hubiese aceptado huéspedes, preferentemente estudiantes, entre los que el futuro fundador pudo sembrar ya sus ideas. El paso de la "pensión de familia" a la residencia de estudiantes lo dio el fundador a principios del curso 1934-35, al establecer en el número 50 de la calle de Ferraz la que había de encabezar la larga lista de residencias que hoy dirige el Opus Dei. Según algunos testimonios, la primera sociedad que el padre fundó se llamaba SOCOIN, sigla de Sociedad de Cooperación Intelectual, cauce por el que discurrieron durante breve tiempo las aguas de su inquietud antes de que estructurara definitivamente el Opus Dei. Esta sociedad estableció en la misma casa en que vivía la familia Escrivá, en Ferraz, 50, esquina a la calle de la Quintana, la residencia de estudiantes y academia DYA [Anteriormente estuvieron en un entresuelo de la calle Luchana. Según algunos testimonios, la instalación de la Residencia y Academia de Ferraz 50 pudo hacerse gracias a una herencia que don José María recibió al morir en el pueblo de Fonz el hermano cura de su padre, Mosén Teodoro Escrivá]. Don Enrique Gutiérrez Ríos, en su biografía de Albareda, describe esta residencia diciendo que era pequeña y vivían en ella alrededor de veinte estudiantes en dos pisos de la misma planta. Respecto al nombre de la residencia, Gutiérrez Ríos dice que la mayoría de los estudiantes eran de derecho y de arquitectura y que "había quien decía que el nombre de DYA aludía a estas dos carreras". Pero que Albareda, que iba allí con alguna frecuencia a comer con el padre

Escrivá, siempre pensaba que las siglas significaban "¡Dios y Audacia!". El biógrafo de Albareda, miembro del Opus como su biografiado, mantiene en este pasaje esa imprecisión en que la Obra gusta de envolver todas sus cosas. El tantas veces citado don Florentino Pérez Embid, por su parte, nos informa de que en el curso 1935-1936, el padre Escrivá trasladó esta residencia a "un noble palacio" de la misma calle de Ferraz que quedó destruido en los primeros días de la guerra cuando el asedio al cuartel de la Montaña, y de que fundó otra residencia en Valencia.

En la residencia DYA, que dirige el padre y administra doña Dolores, ahora ayudada por su hija Carmen, que entonces tenía treinta y cinco años, viven algunos de los primeros discípulos del fundador. Según informadores miembros de la Obra, estos discípulos fueron originalmente trece, de los que uno se casó, perdiendo así su título, estrictamente reservado a los célibes. De esta manera, el padre Escrivá, a imagen y semejanza de Jesucristo, inició su Obra con doce apóstoles. Sabemos muchos de los nombres de estos primeros discípulos, aunque sigue habiendo algunas dudas respecto de cuáles fueron exactamente los primeros. Algunos nombres son absolutamente seguros: Alvaro del Portillo, hoy secretario general del Opus Dei; Pedro Casciaro, que es procurador general; Juan Jiménez Vargas, catedrático de medicina en Pamplona; José María Hernández de Garnica, teólogo; Isidoro Zorzano, el ingeniero fallecido que fue compañero de Escrivá en Logroño; Eduardo Alastrué, catedrático de geología en Sevilla, que posteriormente salió de la Obra; José Luis Múzquiz, que hoy forma parte del consejo general del Opus Dei; Tomás Alvira, catedrático, y el célebre arquitecto Miguel Fisac, que dejó la Obra al poco tiempo. Se citan también los nombres de Ignacio Orbegozo, que hoy dirige las misiones del Opus en el Perú; Vicente Rodríguez Casado, actual director del Instituto Social de la Marina del Ministerio de Comercio; Federico Suárez Verdeguer, catedrático, Alfonso Balcells, Angel Santos Ruiz y algún otro. [Se mencionan también como primeros discípulos del fundador los nombres de Luis Gordon, padre del actual miembro de la secretaría del Opus Dei en Madrid, el escultor Jenaro Lázaro y el arquitecto Ricardo Fernández Vallespín.]

El impreciso Gutiérrez Ríos cita en su biografía de Albareda, al describir las vicisitudes que el padre Escrivá y sus discípulos sufrieron durante la guerra, algunos de los nombres de los primeros seguidores del fundador. Pero, con un criterio que encaja muy bien dentro de la forma de hacer las cosas del Opus Dei, omite los apellidos. Habla de Juan, Tomás, Pedro, Paco, Ricardo, Alvaro, Vicente, etc., como jugando al juego de las adivinanzas. Para que se vea el clima familiar que el padre impuso en la residencia DYA,

en el seno de la Obra se recuerdan todavía hoy los epítetos cariñosos o motes que se aplican a algunos de los primeros discípulos. Por ejemplo, a José María Hernández de Garnica le llamaban familiarmente “Chiqui”, y a otro estudiante, que no he podido saber quién es, “El Cateto”, porque no entendía la cosas.

* * * * * * * * *

EDUCADOR DE TECNÓCRATAS

“Tenemos que conquistar a las locomotoras porque son las que tiran de los vagones”, decía hace años el padre Escrivá a sus discípulos. He aquí una frase que el padre Escrivá no diría ahora, cuando su Obra pretende destinarse “a todas las clases sociales”, pero que era entonces la forma que el joven sacerdote tenía de expresar una idea que otros líderes católicos de su tiempo habían expuesto con mayor altura. Don Angel Herrera Oria, presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas que luego se hizo sacerdote y murió siendo obispo de Málaga y cardenal, había dicho que “aquel que dentro de una misma sociedad llegue a alcanzar el dominio de la cumbre, al fin y a la postre, es dueño de la sociedad entera”.

El tema de la influencia que la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, fundada a principios del siglo por el jesuita padre Angel Ayala, pudo ejercer sobre don José María Escrivá ha sido estudiado sobre todo por Daniel Artigues en su libro “El Opus Dei en España”. El autor se encuentra, claro está, con una carencia casi total de datos respecto de las actividades de Escrivá en esa época que sus seguidores llaman de “vida oculta” de la Obra. Tiene que recurrir entonces a hacer una interpretación psicológica tratando de descubrir cuáles podían ser los pensamientos de un sacerdote provinciano llegado a Madrid en esa época ante la situación del catolicismo español y sus reacciones ante las ideas propuestas por otros grupos católicos que en aquel momento se encontraban en primer plano. En su estudio, de gran interés de todos modos, Artigues da un dato revelador: el sacerdote francés Pierre Jobit, que se encuentra en Madrid en los años 1934-1935 realizando un estudio sobre la Acción Católica española, siendo como era un gran observador y habiendo estado en contacto con todos los grupos católicos madrileños, no hace alusión alguna en su trabajo, sin embargo, al padre Escrivá ni a sus seguidores, lo que sugiere la muy escasa importancia que entonces debía tener este grupo.

La Obra gusta de decir en su propaganda que el fundador fue antes de la guerra profesor de la escuela de periodismo que tenía establecida el diario católico "El Debate", órgano de la Confederación de Derechas Autónomas (CEDA). Ignoro cuál fue el grado de participación de Escrivá, pero un profesor que la tuvo muy activa, el periodista don Vicente Gállego, no puede recordar haberle visto. Todo induce a pensar que el padre Escrivá, que desde su adolescencia fue siempre muy reservado, muy distante, muy "suyo", como suele decirse, se mantuvo alejado de las organizaciones católicas, teniendo con ellas solamente los contactos imprescindibles. Si, por las breves noticias que de él tenemos, le vemos bullir dirigiendo estudiantes, creando academias y escribiendo libritos de máximas, es siempre en una esfera muy personal, muy privada, y no en el marco de los movimientos católicos de la época.

Esto no quiere decir, naturalmente, que Escrivá no conociera esos movimientos o no participara de las inquietudes de los católicos de su tiempo. La figura del padre Ayala, fundador de la ACNP, como hemos dicho, tiene que haber suscitado indudablemente el interés del joven sacerdote llegado a Madrid desde Zaragoza con vocación de fundador. Desde 1904, el padre Ayala estuvo al frente de las Congregaciones Marianas creadas por la Compañía de Jesús, a cuyos miembros se conocía con el nombre de "los Luises", porque estaban bajo la advocación del santo jesuita Luis Gonzaga. Es al dejar la dirección de los Luises en 1909 cuando el padre Ayala hace un llamamiento a los congregantes a quienes había dirigido y crea la ACNP. Los antiguos Luises se transforman así en acenepistas y sobre la base de una asociación piadosa se construye una organización que va a tener, por sí misma y a través del partido político que de ella nace, la CEDA, un papel de primera importancia en la vida española.

Entre el padre Ayala y el padre Escrivá existen paralelismos que, en muchos aspectos, podrían explicarse por la influencia que, presumiblemente, el primero ejerció sobre el segundo. La lectura de las obras del jesuita, que llevan títulos tales como "Formación de selectos" o "Consejos a los universitarios" recuerda bastante el estilo de Camino. Es una prosa labrada a martillazos, entrecortada, sincopada, tosca, con tosquedad sacerdotal. Escrivá es más lacónico que Ayala:

Si no eres señor de ti mismo, aunque seas poderoso, me causa risa tu señorío.

Ayala tiene un estilo más torrencial, más abundante, pero sabe ser también lapidario:

Qué pocos son los luchadores por la victoria de la verdad sobre el error, de la justicia sobre la iniquidad, del obrero contra su explotador, de la Iglesia contra sus enemigos.

¡Qué pocos!

El joven apóstol, ¿puede ser comodón?

No.

.....

El que no se sabe sacrificar no sirve para santificar a los demás.

Sería enormemente interesante hacer un estudio comparativo del pensamiento de ambos fundadores. Tal estudio, que exigiría un análisis detenido de las obras del padre Ayala, arrojaría mucha luz acerca de la elaboración de las ideas de Escrivá durante la década que transcurre entre su llegada a Madrid y el estallido de la guerra civil, es decir, los años de gestación de lo que iba a ser el Opus Dei, en que Escrivá redacta las máximas de "Consideraciones espirituales" que constituirán el núcleo de Camino. El padre Ayala es un autor prolífico cuya obra se extiende desde principios de siglo hasta la década de los cincuenta en que, ya anciano de ochenta años, sigue escribiendo con la misma vitalidad, con el mismo ardor que a veces parece juvenil, de los primeros tiempos. Apenas se hojean las obras de Ayala y de Escrivá se ve claramente que es al primero al que debe atribuirse la originalidad en la concepción relativa al papel de los laicos en la Iglesia y a la exigencia de que los católicos, a través de organizaciones seglares y no clericales, influyan en la vida social y pública de las naciones.

La deuda que el Opus Dei tiene con la Compañía de Jesús es inmensa, de tal manera que se puede afirmar que sin la existencia de la Compañía no habría sido posible el nacimiento de la Obra. La estructura interna del Opus Dei, sus Constituciones, el mismo libro fundamental, Camino, que en muchos aspectos no es más que un mediocre remedo de los "Ejercicios" de san Ignacio, los objetivos que el Instituto persigue revelan la omnipresente influencia de los jesuitas sobre la Obra. Se nos aparece ésta, más bien, como una rama desgajada del tronco de la Compañía, como una desviación de su naturaleza histórica. No es en vano que la más firme oposición que el Opus Dei encontró en sus comienzos en el seno de la Iglesia partiera precisamente de la Compañía de Jesús. [Las relaciones de Escrivá con los jesuitas siempre fueron malas. Una ex-numeraria que fue directora de una de las casas de la sección femenina del Opus cuenta que a un jesuita que tenía una hermana en la casa no le dejaban entrar y los dos hermanos se veían obligados a pasear por la calle durante el tiempo que duraba la visita].

El padre Escrivá hace también una aportación original a las ideas sobre el papel de los laicos que el jesuita Ayala, a sugerencia de Roma, había puesto ya en práctica en 1909 con la creación de la ACNP. En tres aspectos es original Escrivá y esta originalidad hará del Opus Dei una institución muy diferente de la fundación del padre Ayala. En primer lugar, como hemos visto, Escrivá afirma que el Opus Dei surgió en su mente una buena mañana de 1928 como un producto completo, acabado, que no es susceptible de perfeccionarse o de evolucionar. En el seno de la Obra se acepta esta idea de que el fundador haya tenido en algún momento una comunicación directa con la divinidad, aunque se habla de ella de una forma vaga. Como dice el ex miembro del Opus Dei, Alberto Moncada, "una historia interna susurrada por lo bajo hace mención de apariciones, de mensajes divinos que nunca terminan de explicarse bien". Así, el Opus Dei no es una obra humana, sino, como su mismo nombre pretende indicar, una Obra de Dios que es intemporal, que está al margen de la historia y no está sometida a influencias o cambios de ningún tipo. Todo el comentario que la celebración del Concilio Vaticano II mereció al padre Escrivá fue proclamar (y decirle personalmente al Papa en una entrevista) que él, con la fundación del Opus Dei, se había anticipado en varias décadas a las ideas formuladas por el concilio.

La segunda aportación original de Escrivá radica en el hecho de haber fundado su Instituto sobre los cimientos de la célula familiar. Esta "gran familia" que los socios o "hijos" pasan a engrosar a medida que entran a formar parte de la Obra va a regirse por los principios paternalistas que le impone el concepto que de la institución de la familia tiene la pequeña burguesía provinciana a la que Escrivá pertenece. El principio de obediencia, el principio de disciplina cobrarán así en el Opus Dei una rigidez que no han tenido nunca en la Compañía de Jesús y se acompañarán de un culto a la personalidad del padre. Con lo cual no tiene nada de extraño que, mientras vemos a jesuitas colocarse en la vanguardia del pensamiento católico, el Opus Dei permanezca anquilosado en ideas que se quieren eternas pero que han sido claramente rebasadas por el Vaticano II y por la evolución posterior de la Iglesia. Los obstáculos al "aggiornamento" del Opus Dei son insuperables o, por mejor decir, la idea misma del "aggiornamento" es inaceptable para este Instituto, que cree haber nacido perfecto en la mente fundacional.

Hay una tercera aportación original de Escrivá a la cuestión del papel de los laicos en la obra de la Iglesia. Me refiero a la idea de la santificación del trabajo y de la santificación del mundo por el trabajo. No es que se trate de una idea exclusiva de Escrivá. Responde a la filosofía utilitarista de la

época. Pero es Escrivá quien, en el marco del catolicismo español, la formula más explícitamente. Contestando a una pregunta en una entrevista incluida en el libro de “Conversaciones”..., el padre Escrivá dice que:

El objetivo, la razón de ser de la Obra no ha cambiado ni cambiará por mucho que pueda mudar la sociedad, porque el mensaje del Opus Dei es que se puede santificar cualquier trabajo honesto, sean cuales fueren las circunstancias en que se desarrolla.

Camino nos ofrece en este aspecto una filosofía estimulante que parece inspirarse más en Benjamin Franklin que en Jesucristo. “Aprovéchame el tiempo”, “No me explico que te llames cristiano y tengas esa vida de vago inútil”, “¡El ocio mismo ya debe ser un pecado!”. La máxima 359 expresa claramente la idea:

Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional y habrás santificado el trabajo.

Sobre esta concepción, los moralistas del Opus Dei han construido la doctrina del “deber de estado”. El cristiano, sin abandonar por eso la práctica de la oración y del apostolado, debe encontrar su camino de perfección en el trabajo. Dice José María Hernández de Garnica, uno de los más directos discípulos de Escrivá, en su libro “Perfección y laicado”:

La intervención de los seglares en el mundo se traduce en gran parte en una palabra: trabajo. Trabajo que es intrínsecamente humano, que se dirige a un objetivo próximo terreno, pero que el cristiano lo lleva a cabo con visión sobrenatural, entendiéndolo como voluntad de Dios y dirigiéndolo a su propio perfeccionamiento y a la santificación ajena.

Este ha sido el aspecto más visible y llamativo del proceder del Opus Dei, sobre todo para los españoles, que hemos visto actuar a sus socios desde una posición de poder político. En 1969, con la designación del gobierno llamado homogéneo, se completa la labor de “opusdeistización” de la política española iniciada años antes. Una oleada de energetismo desarrollista basado en la santa eficacia escrivaniana a su vez derivada de las tres virtudes cardinales propuestas en las máximas de Camino: la Santa Intransigencia, la Santa Coacción y la Santa Desvergüenza, invade el indefenso país. Vemos a ministros subiendo de cuatro en cuatro las escaleras de raudos aviones en que darán la vuelta al planeta, a atildados financieros santificando el mundo mediante la construcción de autopistas de peaje, a acartonados directores generales concediendo créditos sin límite para la promoción ecuménica de telares sin lanzadera.

No es el tema de este libro el análisis o la crítica de la labor del gobierno que se llamó “del Opus Dei”. Sólo citaré de pasada una frase del sociólogo José (Pepín) Vidal Beneyto. Vidal, mirando las cosas desde una perspectiva que parecía interesante, dijo que, políticamente hablando, el Opus Dei había representado sobre todo para España “un intento de legitimación del Sistema por el Desarrollo”.

Dando por supuesto que nuestro tiempo asiste al “crepúsculo de las ideologías”, los tecnócratas se disponen a hacer lo que en términos familiares a la burguesía española se llama frecuentemente “comerse el mundo”. Hay una anécdota expresiva en este sentido. Mucho tiempo antes de la guerra, cuando doña Dolores se había decidido ya a tomar huéspedes estudiantes para ayudar al sostenimiento de la casa, sucedió un día que, mientras la “familia” estaba comiendo, el pequeño de los Escrivá, Santiago, le dijo a su madre: “Mamá, los chicos de José María se lo comen todo.” La frase del niño fue celebradísima por el padre y los primeros discípulos y mandaron hacer un repostero para colgar en la pared, en que junto al dibujo de unas manos que sostenían un pedazo de pan podía leerse: “Se lo comen todo.”

La estimulante “doctrina económica” de Escrivá había de ejercer una indudable atracción sobre la burguesía española deseosa de hacer compatibles las creencias tradicionales con la explotación capitalista del mundo moderno. La idea de la santificación del trabajo y por el trabajo, la idea, en definitiva, de la equiparación del triunfo profesional y económico con la perfección espiritual no brota por generación espontánea en la mente de Escrivá. Es una idea de raíz protestante (y aquí es inevitable recordar el libro de Max Weber, “La ética protestante y el espíritu del Capitalismo”) que le llega no se sabe bien por qué complicados caminos. La verdadera innovación del padre Escrivá, su verdadero mérito radica en haber introducido esta idea en el estrecho marco del catolicismo de la época, cuya concepción de la riqueza, al menos de puertas afuera, nunca dejó de regirse por la inquietante imagen del camello intentando pasar por el ojo de una aguja, que los sacerdotes educadores de la burguesía procuraban suavizar diciendo que, en tiempos bíblicos, una aguja era un portillo abierto en la muralla. Con Escrivá, el dinero se hace católico y esto va a tener consecuencias incalculables en el desarrollo del capitalismo español en nuestra época. El hijo del arruinado comerciante textil de Barbastro ha rehabilitado así a su padre y ha devuelto a la “familia” Escrivá el crédito que un día le hiciera perder la quiebra de la razón social “Escrivá, Mur y Juncosa”.

Pero si debemos reconocer como dice Daniel Artigues, el singular olfato que supone haber predicado ya en los años treinta “una concepción dinámica, estimulante de la vida religiosa insistiendo sobre el éxito temporal y recordando ciertos aspectos del catolicismo norteamericano”, no es menos cierto que esta idea renovadora que con tanta devoción le agradecen sus hijos, coexiste en su pensamiento con una concepción totalitaria, casi diríamos, fascista del hombre y de las relaciones humanas. En lo que se refiere a la filosofía del éxito, Escrivá es un Dale Carnegie. Como conductor de hombres, parece más bien un Hitler. Esa rigidez de su concepto de obediencia, esa consideración del hombre como instrumento, como tornillo de la máquina de la Creación, el recelo que siente ante el espíritu crítico, el lenguaje, a menudo insultante y despreciativo, que emplea para atacar a su oponente son indicios de los criterios dictatoriales por los que se rige la Obra.

* * * * * * * * * *

“NOS HAN HECHO MINISTROS”

La imaginación popular ha asignado en España jocosamente al Opus Dei un lema que resume muy bien el juicio prevaleciente entre los españoles acerca de las actividades del Instituto: “Por el dinero hacia Dios.” La frase está bien elegida, además, porque tiene resonancias de un viejo lema: “Por el Imperio hacia Dios”, usado durante los años del triunfalismo. Ya hemos dicho lo inútil que resulta discutir con los socios del Opus Dei acerca de los objetivos que la Obra persigue en lo temporal. Con argumentos muy simples, sin permitir al interlocutor entrar en un examen racional del problema, los opusdeístas se limitan a negar la participación de la Obra en la política y a declarar la absoluta libertad de sus miembros. Como dice Artigues, sin embargo, en la España actual queda fuera de discusión que el Opus Dei ha adquirido, “volens nolens”, quieras que no, el aspecto de un organismo que no es exclusivamente religioso. Y la realidad es que la acusación que en España —e insisto en hablar de España porque es el país clave para la comprensión de la Obra, cuya existencia sería inexplicable fuera del contexto de la historia contemporánea española— se hace al Opus Dei es la de ser una organización político-religiosa que cuenta con enormes medios materiales y cuyo contenido doctrinal tiene un carácter integrista y tecnocrático. La acusación está fundada no sólo en “habladurías de la gente”, sino en textos de los teólogos y moralistas del Opus Dei. Esta es la impresión que se saca de Camino o de la lectura de la tesis doctrinal de Escrivá, “La abadesa de las Huelgas” ante cuya cuasi episcopal y también civil y penal potestad —pues ejercía jurisdicción sobre los pueblos de su señorío y dictaba sentencia y fulminaba censuras para la persecución de delitos— manifiesta el autor una admiración sin límites. O bien del pequeño tratado del opusdeísta Juan Bautista Torelló sobre “La espiritualidad de los laicos”, de contenido tan marcadamente antiprogresista o de la tesis de José María Hernández de Garnica que dice a propósito del papel de los laicos en la sociedad:

La participación en la función regia de Cristo se traduce para los seglares en el esfuerzo por dominar todas las estructuras terrenas, incorporándolas al nuevo orden que ha sido instaurado por Jesucristo al encajarlas en el lugar que Dios desea dentro de la Creación.

Desde un punto (de vista doctrinal, esta acusación de integrismo ha sido formulada por el teólogo suizo Hans Urs von Balthasar. En un artículo dedicado precisamente al Opus Dei y publicado en "Neue Zürcher Nachrichten" que lleva por título "Integralismus", dice este teólogo católico:

El integrista se esfuerza por todos los medios visibles, ocultos, públicos y secretos, en lograr primeramente una posición de poder político y social para la Iglesia con vistas a predicar el sermón de la Montaña y el Gólgota desde esta fortaleza y desde este púlpito ganados a puño. Esto, que a primera vista parece meramente táctico, encierra en sí, por fuerza, un juicio de valor. El valor final por cuyo motivo se reúne, se atesora y se invierte primariamente el dinero, el poder terreno. La organización se convierte primariamente e indefectiblemente en el remolque del supuesto valor instrumental, siendo así que el valor final es sencillamente el Cordero Humillado y el Amor Crucificado.

Es preciso preguntarse, naturalmente, hasta qué punto es posible que el pensamiento del padre Escrivá y del Opus Dei haya cambiado desde la época de la redacción de los textos fundamentales, apartándose de la ideología que con tan vehementes sospechas de verosimilitud ha sido tachada de integrismo. Desde Camino, completado por algunos otros libros que ya hemos mencionado, como "Santo Rosario" y "La abadesa de las Huelgas", el padre Escrivá no ha vuelto a hacer una exposición de su doctrina. En el libro de "Conversaciones" que recoge una serie de entrevistas originalmente publicadas en varios periódicos en años recientes, lo que monseñor hace es, más que exponer sus ideas, desmentir las acusaciones generalmente formuladas contra el Opus Dei y salir al paso de todas las críticas y censuras que se han hecho a la Obra. No hay ningún momento en que monseñor parezca dispuesto a reconocer en sus respuestas errores pasados o planteamientos que el tiempo le haya hecho superar o corregir. Solamente recuerdo en todo el libro una frase en que asoma muy tímidamente una concepción "historicista". Cuando se defiende de las acusaciones de clericalismo que se le lanzan por haber dicho que "el matrimonio es para la clase de tropa", se apresura a afirmar que él es quien más decididamente ha defendido el carácter sagrado del matrimonio y añade que con esa expresión no hacía más que recoger las ideas vigentes en la Iglesia en su época. Es el único momento en que parece sostener que existe la posibilidad de que su pensamiento haya podido modificarse. Por lo demás, durante todas las "Conversaciones" se parapeta en su férrea convicción de la inmutabilidad y eterna vigencia de las ideas fundacionales. [El historiador inglés y ex-jesuita Michael Walsh, en su libro El Mundo Secreto del Opus Dei, ha señalado que Monseñor Escrivá

no dejó ni una sola obra de Teología ni de exégesis bíblica. Y, a pesar de ello, en la propaganda de la Obra, se le cita junto a San Agustín, San Juan Crisóstomo o Santo Tomás de Aquino].

No hay por tanto ningún motivo para creer en una evolución del Opus Dei como consecuencia de los diametrales cambios operados en el pensamiento católico en nuestra época. Las variaciones son de lenguaje, de presentación, de fachada y, después del Concilio Vaticano II, la Obra ha quedado claramente situada en lo que, para entendernos, llamaríamos la extrema derecha del Catolicismo [el padre Valentín Feltzman, el mismo que reveló las simpatías pronazis del fundador del Opus Dei, dijo igualmente a la revista "Newsweek" que Escrivá, acompañado de Alvaro del Portillo, viajó a Grecia en 1966 para tratar de integrar al Opus Dei en la iglesia Ortodoxa porque con el Concilio Vaticano II, la Iglesia Católica "iba a la ruina"] y aquí surge un tema que merece la pena mencionar aunque caiga fuera del ámbito de un trabajo sobre la personalidad de1 fundador. Me refiero al pretendido pluralismo de los miembros de la Obra a quienes el padre no hace más que repetir que "sois libérrimos". Es evidente que existe una notable diferencia entre, pongamos por caso, el padre Urteaga, autor de "El valor divino de lo humano", sin duda el libro más belicosamente integrista del opusdeísmo, y un profesor y periodista como Antonio Fontán, que, junto con Rafael Calvo Serer, capitaneó uno de los más serios intentos de transformación de la prensa española creando, en torno al diario "Madrid", lo que él mismo llamó una fecunda "convergencia" que permitió hacer el gran periódico que la Administración terminó cerrando.

Los nombres de Fontán y Calvo Serer, quien desde una posición integrista en la época en que escribió "España sin problema" pasó a una actitud liberal y a una ruptura con el régimen, han servido para fundamentar la idea del pluralismo de la Obra. Hay que decir en primer lugar que tanto Fontán como Calvo Serer se mantienen dentro de la "discreción" opusdeísta. Se cita a Calvo Serer diciendo que "del Opus no hay que hablar, ni en bien ni en mal", y Antonio Fontán, en su libro "Los católicos en la universidad española actual", ha dedicado todo un capítulo a desmentir las acusaciones que se hacen al Opus con argumentos tan simplistas como los que utilizan todos los miembros de la Obra. La necesidad de mantener "el buen nombre de la familia" es primordial en un Instituto que no es en esencia más que la ampliación de la familia Escrivá primigenia. Pero uno no puede dejar de preguntarse cómo es posible que el ex director del diario "Madrid" esté totalmente de acuerdo con una organización cuyo fundador, según cuenta el ya citado ex miembro de la Obra Alberto Moncada, comentó cuando socios del

Opus Dei entraron a formar parte del gobierno español: “Nos han hecho ministros.”

* * * * * * * * * *

EL “APOSTOLADO DE LA INTELIGENCIA”

“A los hombres, como a los peces, hay que cogerlos por la cabeza”, dice una máxima de Camino. Con este lenguaje expresa Escrivá la idea de lo que él mismo llama “el apostolado de la inteligencia” que había sido formulada ya con mayor precisión por otros líderes católicos de su época. El padre Ayala, mediante la “formación de selectos” había pensado en asegurar la influencia de los católicos en la vida pública española. Pero Ayala era un hombre de acción y su objetivo estaba puesto más en la política que en la acción intelectual. El primero que expresó la idea de la necesidad de recristianizar la universidad fue el primer presidente de la ACNP, Angel Herrera, cuyas ideas debieron tener una indudable influencia en el padre Escrivá durante los años de su estancia en Madrid a partir de 1926.

Es conveniente hacer aquí un inciso para decir que la actuación del Opus Dei en los años de la posguerra ha tenido la virtud de cohonestar, o hacer olvidar al menos, los procedimientos empleados por otras organizaciones católicas, como la ACNP, que habrían sido puestas en la picota de no haber existido el Opus. Es muy interesante, en este sentido, la lectura del libro de A. Sáez Alba, La ACNP. La otra “cosa nostra”, publicado por Editorial Ruedo Ibérico. Con todo, el mismo Sáez Alba, en su muy crítico estudio, reconoce el carácter mucho más rígido, autoritario y monolítico del Opus Dei en comparación con la ACNP, la cual ha demostrado además una capacidad de evolución que la Obra no tiene precisamente debido al hecho de que mientras la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (que ha modificado su nombre con la supresión del adjetivo “nacional”, pasando a ser la ACP) sigue siempre las directrices de la jerarquía católica, el Opus Dei ha pretendido y pretende mantener una autonomía respecto de esa jerarquía.

Pero, para volver al tema que nos ocupa, el padre Escrivá parece haber tomado de Angel Herrera muchas de las ideas que luego hemos visto poner en práctica al Opus Dei en lo que se refiere a la acción universitaria. La comparación entre “Consideraciones espirituales” y “Camino” es ilustrativa en este aspecto. En la redacción definitiva del libro, hecha en Burgos durante la guerra como ya hemos dicho, se amplía considerablemente respecto del

libro de 1934 todo lo referente a la “Formación y estudio”. Se hacen referencias a la universidad y a los estudios universitarios que no aparecen para nada en las máximas de “Consideraciones espirituales”. Cabe pensar que en esos cinco años el padre Escrivá va precisando sus ideas en este sentido y lo hace gracias sobre todo a la influencia de la ACNP. En 1934-1935, en efecto, entra en contacto con un acenepista, José María Albareda, que posteriormente pasaría a formar parte del Opus Dei y organizaría, después de la guerra con la ayuda de otro acenepista, el ministro de Educación, Ibáñez Martín, toda la acción universitaria del Opus Dei a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que cristalizaría después en el “asalto a las cátedras” por medio de las famosas “opusiciones” y en la fundación de la universidad del Opus en Pamplona.

Las ideas de Escrivá y de los demás líderes católicos eran naturalmente resultado de la situación de “descristianización” en que se encontraba la universidad española. Francisco Giner dc los Ríos había fundado en 1876 la Institución Libre de Enseñanza, que tan importante papel había de jugar en la renovación del pensamiento español. En 1907 fue fundada la Junta de Ampliacion de Estudios, cuyo primer presidente fue don Santiago Ramón y Cajal, con el objetivo de remediar el retraso científico que España padecía. Giner de los Ríos había mantenido siempre el principio de independencia de la Institución Libre de Enseñanza, a la que se deben creaciones tan importantes como la Residencia de Estudiantes y el Instituto Escuela. La Junta de Ampliación de Estudios era un organismo dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. Sin embargo, muchos de sus miembros y entre ellos el secretario permanente, profesor José Castillejo, eran institucionistas y a los católicos no les fue difícil identificar a la Junta con la Institución, y atribuir a ésta una influencia dominante sobre la política educativa española. El padre Escrivá fue uno de los muchos católicos que veían con recelo el dominio de la Institución Libre, a la que consideraban de tendencia anticristiana. Se refiere sin duda a ella cuando habla de “las malditas sociedades secretas” y a los institucionistas cuando dice que “los enemigos de Dios, vacíos de ideas el cerebro, se dan tono de sabios y escalan puestos que nunca debieran escalar”.

Las críticas a la Institución adquirían entre los católicos tonos de violencia, como puede verse en esta frase del jesuita padre Ruiz Amado que cita Artigues: “Ese enemigo mortal de la enseñanza católica que, año tras año, se ha introducido poco a poco como un quiste en el Ministerio de Instrucción Pública hasta apoderarse de él.” Pío Zabala, por su parte, a quien cita Enrique Suñer en “Los intelectuales y la tragedia española”, decía de

los discípulos de Giner que "tienen estos señores la vista puesta en el ideal y las manos metidas en el cajón del pan", y otro profesor también mencionado por Suñer afirmaba: "A la Institución le pasa como a Dios, que está en todas partes y no se la ve."

El padre Escrivá, mientras participa en esta generalizada crítica de los católicos hacia la Institución, trata de aprovecharse al mismo tiempo de su ejemplo en la tarea que él mismo proyecta emprender con respecto a la universidad y a la enseñanza y adopta algunos de los procedimientos atribuidos a la Institución. Es curioso comprobar que, andando el tiempo, el Opus Dei hará en su acción universitaria muchas de las cosas que los católicos de los años treinta, incluyendo al padre Escrivá, culpaban a la Institución Libre de Enseñanza de estar haciendo. Así, la Institución tiene una enorme importancia en la gestación del Opus Dei, en primer lugar, porque la acción universitaria que la Obra se propone emprender originalmente se concibe como una forma de contrarrestar la influencia supuestamente anticristiana de la Institución. Y, en segundo lugar, porque la Obra tiene muy en cuenta las ideas de Giner de los Ríos y de los institucionistas para su "apostolado de la inteligencia". No es en vano que un historiador miembro del Opus, Vicente Cacho Viu, haya dedicado una obra al estudio de la Institución Libre de Enseñanza.

La residencia de Ferraz y luego los colegios mayores del Opus Dei creados después de la guerra, al igual que las residencias y colegios mayores de la ACNP y de otras instituciones, están inspirados en la Residencia de Estudiantes institucionista de la que salieron algunos de los más ilustres intelectuales españoles, si bien, como apunta Artigues, los precedentes de estos colegios mayores pueden buscarse en la Salamanca del Siglo de Oro. En estos colegios se forman las élites del Opus Dei que, según la ferroviaria imagen escrivaniana que he citado, estaban llamadas a ser las locomotoras que tirasen de los vagones. En un principio, y durante muchos años, la acción apostólica del Opus Dei se ejerció principalmente entre los universitarios hijos de familias burguesas todos ellos, que podían aportar a la Obra no sólo su talento de líderes sino también su dinero, sus negocios o sus ganancias profesionales de que hacían renuncia en favor del Instituto. Hubo una época, allá por los años cuarenta y cincuenta, en que el proselitismo opusdeísta llegó a adquirir caracteres agobiantes en los medios universitarios. Sólo dejaban en paz a los menos dotados o a los pobres y casi no había ningún estudiante que se viese libre del asalto espiritual convenientemente preparado por medio de las virtudes de la "santa coacción" y la "santa des-

vergüenza", por parte de los miembros de la Obra. Un poeta catalán, conocido por sus epigramas, Carles Fages de Climent, escribió a este propósito esta cuarteta:

Si els fills són tontos i dropos se'ls emportarà la meuca.

Però si són llestos, es veu que hi ha por que te'ls prengui l'Opus. ["Si los hijos son tontos y vagos, se los llevarán las malas mujeres. Pero si son listos, se conoce que corres el peligro de que te los quite el Opus."]

El estudio cobró en el Opus Dei un contenido elitista que sirvió para distinguir entre categorías o clases en el interior del Instituto. Para ser numerario, que es la máxima categoría dentro de la Obra, es preciso estar en posesión de un título universitario. La "titulomanía" es consustancial al padre Escrivá y a la Obra, la cual no pierde ocasión de mencionar los galardones académicos, doctorados honoris causa y títulos de todo tipo que el fundador ha acumulado durante su vida. El que no tiene título universitario se queda en el Opus en oblato, o, como se dice más modernamente, agregado. Entre las asociadas, las mujeres que se dedican a la limpieza de las casas del Opus se denominan "numerarias inservientes" [Actualmente, como ya he dicho, reciben el nombre de numerarias auxiliares]. Las rígidas distinciones de clase pueden haberse suavizado algo en los últimos años, pero es un hecho que, en los primeros tiempos de la posguerra española, los oblatos viajaban en clase inferior a los numerarios. Entre los sacerdotes del Opus Dei, que forman la llamada Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, se distingue también entre aquellos que proceden de la clase de los numerarios y los que eran oblatos antes de hacerse sacerdotes, correspondiendo a los primeros la superioridad jerárquica. Como se sabe, los numerarios y oblatos se distinguen de los supernumerarios en que los dos primeros grupos formulan los votos privados de pobreza, castidad y obediencia, mientras los supernumerarios son gente en general casada que, a cambio de una aportación económica, utilizan los servicios religiosos (y a menudo también las influencias políticas o económicas) de la Obra.

El apostolado del Opus Dei, durante mucho tiempo ejercido exclusivamente entre la clase burguesa o entre las personas destinadas al servicio doméstico, sólo se desplazó a otras clases sociales cuando el padre Escrivá se dio cuenta de las nuevas orientaciones del pensamiento de la Iglesia, sobre todo para ofrecer un escaparate que mostrara la "acción social" del Instituto. Su contenido continúa siendo eminentemente burgués y esto se percibe no sólo en la ideología, sino también en las manifestaciones externas de la Obra. El gusto con que están decoradas la residencias, las casas, la oficina y los salones de recepción de una institución como la universidad de

la Obra en Pamplona muestran inconfundiblemente este carácter del opus-deísrno. Al lector de Camino le sorprenderá encontrar en la nota justificativa de las ediciones que se han hecho del famoso libro la mención de que "mientras tanto, acaba de ponerse a la venta la cuarta edición de lujo". Alguien me contó que, en una ocasión, fue a cenar a casa de un conocido financiero simpatizante de la Obra y se encontró con la sorpresa de ver, junto a la mesa adornada con candelabros y flores, un facistol iluminado sobre el que se había puesto un ejemplar primorosamente encuadernado de Camino.

Los títulos universitarios, el dinero, los cargos políticos, el lujo en la decoración y el atildamiento en el vestir son cosas que constituyen una preocupación primordial para el padre Escrivá y para la Obra. "Ricos, inteligentes, bien parecidos y de buena familia", dicen que quería el fundador a sus hijos. Uno de los patronos del Opus Dei, situado en devoción sólo detrás de san José, es san Nicolás de Bari, un obispo de Mira, en la Licia, en Asia Menor, cuyo buen corazón le llevó a socorrer a un caballero pobre que había tomado la penosa decisión de prostituir a sus hijas por no poder dotarlas para el matrimonio. El santo arrojó sin ser visto por tres días consecutivos una bolsa de oro por la ventana de la casa del atribulado caballero, con lo que las tres doncellas pudieron casarse. El último día, el caballero le sorprendió mientras arrojaba la bolsa y, agradecido, pregonó su generosidad en la villa. Según una historia que circula en voz baja en el interior de la Obra, al padre Escrivá se le apareció san Nicolás un día en que se encontraba pasando graves apuros económicos y le dio dinero con que remediara su necesidad. San Nicolás de Bari, que se llama así porque su cuerpo está enterrado en esta ciudad de Italia, es objeto de un culto especial en la Obra. En todas las casas del Opus debe haber una imagen suya según una de las normas de las Constituciones. Bajo la imagen del santo —que como se sabe es patrono de los banqueros— debe figurar una inscripción en latín diciendo: "San Nicolás, ten cuidado de la casa."

* * * * * * * * * *

“LA SANTA COQUETERIA”

“No se escriben estas líneas para mujercillas. Se escriben para hombres muy barbados y muy hombres”, dice monseñor Escrivá en su libro “Santo Rosario”. Todas las obras del fundador del Opus Dei están dedicadas y dirigidas a los hombres, y en ellas se muestra un claro menosprecio por la mujer. El hecho no tiene mucho de sorprendente porque monseñor no hace más que recoger las celtibéricas ideas predominantes en la España de su tiempo. En Camino se exalta la virilidad casi como virtud: “Tu espíritu de varón”, “serás más varonil”, “en un varón no se comprende estar ocioso”, “Sé varón, —Esto vir”. Es posible que en una época y en un país en que la piedad religiosa era a menudo confundida con “cosa de mujeres”, la intención del padre fuera “prestigiar”, digámoslo así, la religiosidad entre los varones. En una ocasión dice, por ejemplo: “¿Que hacer novenas no es varonil...?” En cualquier caso, sin embargo, la lectura de sus obras produce la impresión de una degradación de la condición femenina, y uno se pregunta cómo puede una mujer leer Camino sin turbarse o irritarse ante el estallido de “machismo” que aparece en sus páginas.

En una de las máximas más citadas del libro el autor dice que “ellas no hace falta que sean sabias: basta que sean discretas”. Esto no obsta, naturalmente, para que monseñor haya desmentido que él quisiera decir lo que dice y haya afirmado que el Opus procura que “también las mujeres adquieran grados académicos en ciencias sagradas”.

El papel reservado a la mujer en el apostolado, según las máximas de Camino, es el de la “colaboración” que “no es posible desdeñar”. Su virtud es la discreción y de ellas “¡cuántos hombres barbados tienen que aprender!”. Pero el varón es superior: “Gravedad. Deja esos meneos y carantoñas de mujerzuela.” En el libro de “Conversaciones”, que recoge el pensamiento más moderno de monseñor Escrivá, trata de comprender el deseo de independencia profesional y personal de la mujer respecto del varón, pero insiste una y otra vez en la nobleza de la ocupación del hogar, que él considera como una verdadera “profesión” que “vale la pena” y para la cual —llega a

decir— “existen hoy en día medios mecánicos que la facilitan mucho”. Dice frases como éstas: “en la mujer hay algo que le es propio y que sólo ella puede dar: su delicada ternura, su generosidad incansable, su amor por lo concreto, su piedad profunda y sencilla”. Es lo que una hija de monseñor, esposa de un alto dignatario de la época “homogénea” de la política española, decía con una frase que fue muy comentada. Al preguntarle un periodista cuál era el papel de la mujer en la vida, respondía ella: “Ahuecar almohadones.”

La rama femenina del Opus Dei fue fundada el día 14 de febrero de 1930. Era el día de san Valentín y monseñor debió esperar a ese día por ser todo lo significativo que él desea que sean siempre las fechas importantes de su vida. San Valentín vivió en Roma bajo el reinado del emperador Claudio II, en el siglo III d.C. Habiendo sido apresado y condenado al martirio, san Valentín devolvió milagrosamente la vista a la hija del juez Asterio, que juzgaba su causa, como consecuencia de lo cual el juez se hizo cristiano con toda su familia. La idea de la curación de la ceguera de la muchacha debió ser tenida en cuenta por el fundador del Opus Dei al elegir esa fecha para fundar la rama o sección femenina del Instituto, en el sentido de que la entrada de una mujer en la Obra significa cobrar una “nueva visión” espiritual.

En el interior del Opus Dei se cuenta, con la poca precisión con que se hace referencia a los numerosos milagros y hechos sobrenaturales que venimos registrando en la vida del padre, una historia según la cual la Virgen se le apareció para pedirle que fundara la rama femenina. Varios autores citan este hecho que a mí personalmente me corroboró una numeraria del Opus. Lo que ocurrió después con las primeras mujeres que se asociaron al Instituto es oscuro. Se ha dicho que estuvieron poco tiempo y que un buen día se marcharon todas y dejaron al padre. Jesús Ynfante añade que la hermana de Escrivá, Carmen, comentaba que “las primeras chicas no valían para lo que quería José María”.

La sección femenina del Opus Dei funciona hoy en todos los países de mundo “completamente separada”, como dice el mismo monseñor, de la sección masculina del instituto. Este “completamente separada” de que la Obra alardea, como si la completa separación de los sexos fuese en nuestro tiempo un mérito, se alega probablemente para justificar el hecho de que, en el Opus Dei, la mujer no tiene acceso a los puestos directivos. No hay, por ejemplo, ninguna mujer en el Consejo General del Instituto y da la impresión de que, lo que ocurre no es que el Opus Dei esté dividido en dos secciones, una masculina y otra femenina, sino que el Opus Dei propiamente dicho está formado sólo por hombres y, además, hay una sección femenina

del Opus Dei, completamente separada. [“Separada, solía precisar Monseñor, por miles de kilómetros”]

De lo que no cabe duda, desde luego, es que esta completa separación es real. No hay contactos ni relación de ningún tipo entre los socios y las asociadas. No se ven ni se conocen o, si se conocen, se ven sólo en muy raras ocasiones, como puedan ser una recepción con motivo de haberle sido otorgado a monseñor Escrivá de Balaguer un nuevo título o galardón, la fundación o colocación de la “última piedra” —concepto éste de particular creación del Opus Dei gracias a la “santa eficacia”— de algún nuevo Instituto para la promoción de la clase obrera o de cualquier otra clase social de las que el Opus promueve. Solamente en un caso los numerarios de la Obra mantienen una relación continuada con asociadas. La que tienen los que viven en casas del Opus con la “numerarias inservientes”. La vigilancia que los directores de estas casas ejercen para evitar que la relación entre los residentes y las empleadas del hogar pueda desviarse de la pura relación de servicio llega a extremos verdaderamente increíbles. Un ex socio de la Obra me contaba por ejemplo que, en una casa donde él vivió las “empleadas del hogar” vivían en una parte del piso que el director cerraba todas las noches con llave. Esto ocurría en todas las casas del Opus, pero en aquella en donde mi informante vivía se daba la particularidad de que la parte del servicio, donde vivían las criadas, solamente se comunicaba con el portal por un montacargas y no había escalera. El montacargas no funcionaba de noche, de modo que, si se hubiese producido un incendio, las numerarias inservientes hubiesen muerto abrasadas.

Salvo en el caso de la “benditas mujeres”, como monseñor llama a las “empleadas”, no puede haber ningún otro tipo de convivencia, ni siquiera trabajo en común entre hombres y mujeres en el Opus Dei. Un ex numerario que llegó a alcanzar notoriedad como autor de libros de espiritualidad y que posteriormente salió de la Obra, tuvo a su cargo durante una época la dirección de importantes empresas culturales en el Instituto. Por el mucho trabajo que tenía llegó a conseguir que le nombraran una secretaria entre las numerarias del Opus Dei. Pero le impusieron como obligación hablar con ella solamente de asuntos relacionados con el trabajo y le prohibieron que le dirigiera la palabra, o incluso que la saludara, cuando ambos se encontraban en público.

El hecho de que monseñor diga ante una audiencia de hijos suyos que le aclaman: “Bendigo con las dos manos el amor humano, honesto y limpio”, y que afirme que él ha defendido siempre el carácter sagrado del matrimonio, no ha servido para borrar la mala impresión que todavía produce

la famosa contra posición entre “las persona singulares” y la “clase de tropa”, verdadera clave de la sexología opusdeística. La frase no ha sido retirada de Camino. En materia de moral sexual, monseñor Escrivá de Balaguer sostiene puntos de vista del más recio celtiberismo. “No quieras dialogar con la concupiscencia: despréciala.” “Aunque la carne se vista de seda, carne se queda”, “Goces, placeres sensuales, satisfacción de apetitos..., como una bestia, como un mulo, como un cerdo, como un gallo, como un toro”, dicen las máximas de Camino. [Hablando un día en un coloquio que se celebró en Venezuela acerca de la defensa de la feminidad y el pudor, Monseñor Escrivá aludió, muy en su estilo, a “esas mujeres que se exhiben por ahí como escaparates de carnicería”]

El Opus Dei aplica las ideas de moralidad del fundador no sólo en las casas donde viven sus numerarios sino también en las residencias habitadas por personas, muchas de las cuales no son de la Obra. Es interesante dar aquí breve noticia de las reglas que en este aspecto rigen en la universidad del Opus en Navarra porque demuestran además el grado de fiscalización a que están sometidos los alumnos. He aquí las normas dictadas por la Comisión Permanente de la Junta de Gobierno en agosto de 1969:

“1.° En el régimen de las Residencias de Estudiantes reconocidas por la Universidad se entenderá en todo caso que:

a) No convivirán en la misma Residencia alumnos universitarios de sexo distinto, ni se permitirán visitas de personas de sexo distinto a partir de las 22 horas.

b) No convivirán en la Residencia alumnos universitarios con personas ajenas a la Universidad, salvo autorización especial.

El incumplimiento de lo dispuesto en el presente acuerdo se considerará infracción grave a todos los efectos.

2.° Salvo autorización expresa de la Universidad, la convivencia de estudiantes en viviendas propias o alquiladas cualquiera que sea la forma y características que adopten, aun en el caso que todos ellos sean mayores de edad y se hayan independizado económicamente de sus padres, se considerará a todos los efectos, alojamiento no autorizado. Lo que se hace público para conocimiento de los interesados.”

El remedio contra el pecado de la carne, la forma de evitar las “caídas” es la mortificación. Dice el padre:

Un cuarto de hora más de cilicio por las ánimas del purgatorio: cinco minutos más por tus padres; otros cinco por tus hermanos en el apostolado. Hasta que cumplas el tiempo que te señala tu horario.

Es sorprendente que una asociación que, como el Opus Dei, ha sido creada en tiempos modernos haya adoptado estas formas de autotortura propias de épocas pasadas y que han sido abandonadas por muchos religiosos de órdenes más antiguas. Numerarios del Opus Dei con quienes he hablado manifiestan que usan el cilicio todos los días menos los domingos durante unas horas, así como las disciplinas "a sangre". Existe el cilicio para aplicar en la cintura, pero es más común el que se adapta a la pierna. Se trata de una cadena de alambre que tiene las púas hacia dentro, de forma que produce desgarraduras en la piel. Las disciplinas son azotes de cuerda de cáñamo cuyas puntas están rematadas con nudos o con bolitas de plomo sujetas al extremo de cada pedazo de cuerda.

Ahora son lágrimas. —¿Duele, eh? —¡Claro, hombre! dice monseñor Y en otra máxima da la medida exacta de la mortificación corporal:

Trata a tu cuerpo con caridad, pero no con más caridad que la que se emplea con un enemigo traidor.

Estamos acostumbrados a pensar en los disciplinantes de la antigüedad cuya mortificación formaba parte de una concepción global de la existencia. Pero no resulta fácil imaginar a un tecnócrata moderno azotándose a sangre o colocándose el cilicio antes de dar una clase en la universidad, presidir un Consejo de Administración o emprender un viaje oficial. El contraste entre el lujo burgués de que se ha rodeado la Obra con esta práctica de la mortificación corporal (que acaso sea un lujo más y el mayor de ellos) ha hecho surgir en España un pareado o refrán del que, por cierto, el director de "ABC", Torcuato Luca de Tena, se declaró autor en un artículo:

El Opus Dei es un ten con ten entre el cilicio y el Remy Martin.

La práctica de la mortificación no se limita a estas formas de tortura sino que comprende también toda la gama de los "sacrificios" hoy progresivamente abandonados en el catolicismo tales como, aparte del ayuno y la abstinencia, la privación de alimentos que son de especial gusto del mortificante y, especialmente, la ducha fría, que parece ser de patente del Opus en tanto que forma de "castigar" el cuerpo rebelde y proclive a la concupiscencia.

Pero todo el rigor de la moral sexual escrivaniana, o el hecho de que asigne a la mujer un papel complementario al del hombre no impiden naturalmente a monseñor mostrarse enormemente cordial, simpático y campechano en sus encuentros con las mujeres. Sus hijas le adoran. En una entrevista que las redactoras de "Telva" mantuvieron con el padre se decía:

Agradecemos al fundador del Opus Dei el haber hecho posible nuestra entrevista; el haber acogido con interés, con paciencia infinita, nuestras preguntas, porque las mujeres, puestas a preguntar, no sabemos terminar nunca. Hasta Roma donde trabaja desde hace años al servicio de Dios y de la Iglesia, han llegado nuestros problemas. Ambiente austero y sencillo pero familiar y cordialísimo. Somos tres a escuchar, todo oídos.

El "ambiente austero y sencillo" del saloncito de monseñor en e1 palacio de Bruno Buozzi aparece en la fotografía. Paredes forradas de seda, arcones de esmaltes, vitrina llenas de marfiles chinos, lámparas y relojes de bronce dorado al fuego, pequeños recuerdos en fin que ("¡Son tan buenos!") le han regalado sus "pobres hijos". Aparece en una de las fotografías saludando a una señora en traje de chaqueta con gruesos pendientes y pulseras, cuyo pie de foto dice:

Un saludo simpatiquísimo y expresivo, una extraordinaria comprensión hacia la mujer de todas las edades, profesiones y circunstancias.

En otra foto aparece con unas muchachas con delantales blancos que son "empleadas del hogar procedentes de distintos países" con quienes está departiendo en amigable "tertulia". Y luego, sucesivamente, se retrata "con una familia numerosa y feliz", con un niño pequeño en los brazos, pues "monseñor sabe acariciarles y hacerles reír con un sentido del humor poco corriente". En otra página se ve a monseñor con unas alumnas "que sonríen felices cuando monseñor les pregunta por sus novios para bendecir ese amor iluminado y limpio" o "bendiciendo con las dos manos el trabajo humilde y artesano de una obrera" que aparece en la foto pintando unas cerámicas. O bien "cambiando impresiones con un grupo de las más lanzadas alumnas" de un colegio italiano.

Corno muestra de su enorme humanidad y campechanía se cuenta que, en una ocasión, en la universidad de Pamplona, monseñor se detuvo a saludar a una de las "benditas mujeres navarras que hacen la limpieza" y le preguntó si estaba casada. Al decirle ella que no, el padre dijo: "Tienes que "pescar" pronto." Fue muy celebrado. La feminidad es una cualidad muy apreciada por monseñor, el cual suele recomendar a las chicas la virtud de "la santa coquetería" para atraer a los hombres a la santidad.

* * * * * * * * * *

DIAS DE ROSAS Y ESPINAS

Al estallar la guerra civil el padre y el reducido grupo de estudiantes que le seguían acababan de trasladarse al “noble palacio” de que habla Pérez Embid, situado en la calle Ferraz,16. El libro de Gutiérrez Ríos, aunque muy vago e impreciso, ha venido a arrojar alguna luz sobre este período de la vida del padre. El biógrafo de Albareda cuenta que Isidoro Zorzano le traía a éste noticias del padre Escrivá, al que llamaba “nuestro amigo”. “Nuestro amigo está bien. Me ha dado recuerdos para ti. Está en una casa oculto. Estuve con él ayer.” Según parece unos milicianos se incautaron del “noble palacio” que estaba situado junto al cuartel de la Montaña. Y Zorzano añadía: “Nuestro amigo está sufriendo mucho, pero repite constantemente ‘Omnia in bonum’ (Todo es para bien).”

Todo era para bien, como sin duda iba a demostrarse más adelante. Pero, entretanto, Escrivá y los suyos pasaron más de un año de tribulaciones. Al parecer, el padre Escrivá halló refugio en los primeros días en un asilo y en seguida en la Embajada de Honduras. Estos datos son de Artigues, y Gutiérrez Ríos no los menciona. Dice que don José María estaba refugiado en casas particulares donde celebraba la misa y daba ejercicios. [Durante los meses que siguieron al estallido de la guerra, Escrivá se ocultó en varias casas de amigos suyos o de los miembros de la Obra. Llegó a estar escondido en un frenopático haciéndose pasar por loco, para lo cual le decía al personal de servicio: “¡Soy el doctor Marañón!”. Posteriormente se refugió en el Consulado dc Honduras, en la Castellana. Honduras no tenía entonces embajada en Madrid sino solo un consulado que era al mismo tiempo la residencia del diplomático salvadoreño, nombrado cónsul de Honduras, don Pedro Jaime de Matheu Salazar.

Este período de la vida de Monseñor ha sido descrito con mayor precisión por Andrés Vázquez de Prada en su libro “El fundador del Opus Dei”] El 8 de septiembre de 1937 Albareda entró en el Opus Dei. Su padre y su hermano habían sido fusilados en Caspe y otro hermano suyo se disponía a pasar a pie la frontera. No he encontrado dato alguno relativo a la suerte que

corrieron doña Dolores y la hermana del padre Escrivá, Carmen, aunque es probable que estuviesen en Barcelona, adonde se trasladó don José María en octubre, pasando antes por Valencia. Isidoro Zorzano, que era de nacionalidad argentina, se quedó en Madrid y también, según parece, Alvaro del Portillo. La intención del grupo al hacer el viaje a Barcelona era preparar, con ayuda de los amigos de Albareda, el paso a Francia por Andorra. Según dice Gutiérrez Ríos, el padre Escrivá estaba preocupado por los que se habían quedado atrás. Luego llegaron otros estudiantes. Perdieron mucho tiempo con los trámites de falsificación de documentos y buscando a los enlaces que debían ponerles en contacto con los guías. La operación costaba mucho dinero y tuvieron problemas. Un autobús les llevó finalmente de Barcelona a la zona del Pirineo por donde iban a pasar la frontera.

Formaron al parecer dos grupos, que se encontraron en el pueblo de Peramola. Estaban presentes, aparte del padre y de José María Albareda, un estudiante de medicina llamado Juan, que probablemente es Juan Jiménez Vargas, actualmente profesor en Pamplona, y tres estudiantes de arquitectura, Paco, Pedro, que quizá sea el procurador general, Pedro Casciaro, y Miguel, que probablemente es Miguel Fisac. A la mañana siguiente se pusieron en marcha, se metieron en los bosques de Rialp y se cobijaron en una pequeña iglesia para pasar la noche. Este episodio es importante porque, aunque Gutiérrez Ríos no lo menciona, fue en este lugar donde sucedió un hecho al que en la Obra se atribuye, con ese pudor con que los opusdeístas se refieren a los milagros del padre, un carácter sobrenatural.

En un momento dado, mientras los demás descansaban en el interior de la iglesia, que estaba destrozada con señales de fuego y trozos de retablo desperdigados, don José María se levantó y entró en la sacristía. Al poco rato, volvió llevando una rosa de madera en la mano. Todos se quedaron en suspenso y, aunque nadie dijo nada, se interpretó que la Virgen se le había aparecido dentro de la sacristía y le había dado la rosa. Se han dado otras versiones, como la de que encontró la rosa medio enterrada en la nieve, pero ésta que sitúa el milagro en la sacristía parece más exacta. La Obra ha dejado este episodio en la ambigüedad, pues el hecho puede muy bien interpretarse en el sentido de que monseñor recogió una rosa desprendida de un retablo cuando entró en la sacristía. Pero en el colegio romano, en Bruno Buozzi, hay un cuadro que algunos visitantes han podido ver, en el cual aparece monseñor arrodillado recibiendo una rosa de manos de la Virgen. [La pequeña iglesia donde Escrivá recibió esta “señal del Cielo” es la de Pallerols. Andrés Vázquez de Prada menciona, entre los expedicionarios del paso del Pirineo, además del Padre Escrivá, José María Albareda, Pedro Casciaro,

Francisco Botella, Tomás Alvira y Juan Jiménez Vargas. No menciona a Miguel Fisac, aunque habla de "y otro estudiante". Esto se debe probablemente al deseo de borrar de la historia del Opus Dei el nombre de una persona que, como Fisac, abandonó la Obra años después de este episodio. La exclusión resulta más llamativa aún si se tiene en cuenta que fue el padre de Miguel Fisac quien corrió con los gastos de toda la expedición].

El resto del episodio del cruce de la frontera tiene menos interés. Los guías que les conducían se llamaban Pere y Antoni. Cada uno de los expedicionarios se encargaba un día de redactar el diario. Don José María decía la misa. Estuvieron cinco días en los bosques de Rialp, coronaron después el monte Obens, descendieron por la otra vertiente, cruzaron ríos, estuvieron a punto de ser descubiertos varias veces y siempre andando de noche, llegaron finalmente a Escaldes, en Andorra, el día 2 de diciembre de 1937. Entraron en España el día 12, después de haberse detenido en Lourdes y en San Juan de Luz. El nombre de Rialp, desde entonces, está ligado al Opus Dei. Cuando Rafael Calvo Serer y otros miembros fundaron la que había de ser la editorial de la Obra, le pusieron por nombre Rialp y adoptaron el símbolo de la rosa, que aparece en todas las publicaciones.

En el clima de intensa religiosidad y ardor bélico nacionalista que reinaba en Burgos en los años de la guerra vivieron el padre Escrivá y los suyos, realizando frecuentes viajes a otras ciudades de la España nacional. Hay recuerdos de él en Valladolid, en Salamanca y en Pamplona, donde pasó las Navidades de 1937, hospedándose en el palacio episcopal y vestido con una sotana que le había prestado el obispo. Celebró la Navidad en un restaurante de la plaza del Castillo en compañía de Albareda y los dos estudiantes, Pedro y Paco, que le habían acompañado en el paso de la frontera.

Poco después, don José María se trasladó a Burgos, adonde había ido también Albareda después de pasar por Zaragoza. Dice Gutiérrez Ríos que su biografiado "encontró Burgos mucho más cambiado que Zaragoza. La quietud de la ciudad castellana se había transformado en intensa actividad; había también muchas banderas y uniformes, como en Zaragoza. Era difícil encontrar alojamiento". Encontró una habitación en una pensión más bien modesta de la calle Santa Clara, adonde fue también unos días después el padre Escrivá con los estudiantes que habían sido enrolados en el ejército en servicios auxiliares y destinados a Burgos. Albareda trabajaba en la Secretaría de Cultura de la Junta Técnica donde se encontró con Ibáñez Martín en un encuentro que puede calificarse de histórico dadas las consecuencias que trajo consigo para el ulterior desarrollo del Opus Dei y su papel en la España de la posguerra.

El padre Escrivá, según contaba Albareda, se quedaba en la pensión escribiendo. En la pensión de Santa Clara, 51, por tanto, debió comenzarse la redacción de Camino sobre la base de las "Consideraciones espirituales" que había publicado en Cuenca en 1934. La continuó en el Hotel Sabadell, donde tenía una habitación que tenía un mirador con dos butacas y una mesita de mimbre. Escribía las máximas y se la mostraba a los estudiantes diciendo: "Mirad esto; a ver si se entiende." Tenía además reuniones con otros sacerdotes de los muchos que entonces vivían en Burgos. Pasaron por el hotel, según Gutiérrez Ríos, don Casimiro Morcillo, don Angel Sagarminaga, don Antonio Rodilla. Las máximas nuevas de Camino con respecto a "Consideraciones" y las pequeñas modificaciones que se introducen en las que se incorporan a la redacción definitiva permiten apreciar el incremento del ardor bélico-religioso del autor. Máximas nuevas son, por ejemplo, la 308 que, al preguntar qué es la paz, dice:

La paz es algo muy relacionado con la guerra. La paz es consecuencia de la victoria.

Y la 311:

¡La guerra! –La guerra tiene una finalidad sobrenatural –me dices– desconocida para el mundo: la guerra ha sido para nosotros...

La guerra es el obstáculo máximo del camino fácil. Pero tendremos, al final, que amarla, como el religioso debe amar sus disciplinas.

También son nuevas en Camino aquellas otras máximas que utilizan la imagen de la guerra para describir las vicisitudes de la vida espiritual. Por ejemplo, la 307:

Ese modo sobrenatural de proceder es una verdadera táctica militar. Sostienes la guerra, las luchas diarias de tu vida interior, en posiciones que colocas lejos de los muros capitales de tu fortaleza.

Más expresiva aún es la 905:

El fervor patriótico, indudable, lleva a muchos hombres a hacer de su vida un "servicio", una "milicia". No me olvides que Cristo tiene también "milicias" y gente escogida a su "servicio".

Es interesante comprobar también, en esta comparación entre las dos redacciones del libro de máximas, que, por ejemplo, la virtud de la Santa Audacia que se menciona en "Consideraciones espirituales" se "refuerza" considerablemente en Camino al pasar a llamarse la "Santa Desvergüenza". El ardoroso clima de la guerra tuvo como se ve una decisiva influencia en la formación del pensamiento de monseñor Escrivá.

La primera edición de Camino, que he podido consultar en la Biblioteca Nacional, aunque su contenido es prácticamente el mismo que en ediciones posteriores, [algunos ex-miembros de la Obra me han dicho que el Padre Escrivá corrigió, en las siguientes ediciones, alguna desafortunada expresión que venía a oscurecer su pregonado "ecumenismo". Según ellos, en una de las máximas se decía que los católicos "debemos rezar, y no como esos protestantes de corazón seco"], nos ofrece, en su presentación, todo el clima nacional-católico en que el Opus Dei dio sus primeros pasos tras su período de "vida oculta". Lo firma José María Escrivá, es decir, los dos nombres no se han juntado todavía y no existe aún el apellido de Balaguer. Va fechado en Valencia MCMXXXIX, con el Imprimatur de 8 de septiembre de 1939 firmado por un compañero de tertulia de Escrivá en el Hotel Sabadell, don Antonio Rodilla. Al terminar la máxima 999 dice:

Se acabó de escribir este libro, en Burgos, día de la Purificación de la Bienaventurada Virgen María, año de 1939, III Triunfal. Año de la Victoria.

* * * * * * * * * *

APOTEOSIS

Y aquí termina esta semblanza del fundador del Opus Dei. En la inmediata posguerra, Escrivá se traslada a Madrid, donde abre una residencia de estudiantes en la calle de Jenner número 6. Allí encontramos de nuevo a su familia y a los estudiantes que antes de la guerra vivían en la residencia de Ferraz. Allí vive también Albareda quien, en noviembre de 1939, va a ser nombrado secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la base del futuro imperio universitario del Opus Dei. Comienza el proselitismo, entran nuevos socios en la Obra y, a medida que ésta crece y se estructura, se van haciendo más escasas las noticias que nos llegan sobre la persona de Escrivá. A quien, a partir de 1940, podemos empezar a llamar ya Escrivá de Balaguer.

En 1940, también, el padre Escrivá de Balaguer obtiene la aprobación inicial del obispo de Madrid-Alcalá y patriarca de las Indias Occidentales, monseñor Eijo Garay. La aprobación definitiva no vendrá hasta 1947, en que Pío XII dicta la Constitución Apostólica "Provida Mater Ecclesia" que regula los institutos seculares. Vemos a don José María Escrivá como profesor de religión en la escuela de periodismo de la Iglesia, abierta en 1940 como continuación de la vieja escuela de periodismo del "Debate". Es nombrado también, dando ya muestras de su pasión por acumular títulos, para el cargo de rector del Patronato de Santa Isabel. En 1946 se traslada a Roma, no sin haber enviado por delante a dos juristas hijos suyos, Alvaro del Portillo y Salvador Canals, que son quienes lograrán el Decretum Laudis que significa la aprobación del Instituto Secular llamado Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei. A su llegada a Roma, el padre Escrivá vive primero en Cittá Leonina y se traslada después al barrio de Ai Monti Parioli, donde el Opus Dei se instalará poco tiempo después en el palacio de la calle Bruno Buozzi.

Pero ahora, la historia de Josemaría Escrivá de Balaguer es la historia de la Obra. Su personalidad se oculta cada vez más tras la cortina de la "discreción" opusdeísta. Tenemos noticias de él, como ya hemos ido viendo a lo largo de estas páginas, por algunas personas que le visitan, por algunos viajes que él realiza a España. Tras la lucha por el reconocimiento oficial como instituto secular, el Opus Dei empieza la batalla jurídica, que no ha

terminado todavía, por dejar de ser un instituto secular, por obtener el reconocimiento como “Asociación de Fieles”. [Posteriormente, en 1982 como ya he dicho, el Opus Dei obtiene de la Iglesia la calificación de Prelatura Personal, cuyo prelado es el sucesor de Escrivá, Monseñor Alvaro del Portillo. Esto significa que sus miembros no dependen ya de sus respectivos Obispos sino directamente de su Prelatura] Mientras tanto, la Obra va creciendo. Las primeras fundaciones de los becarios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas comienzan a constituir el “mar sin orillas”. Se crean residencias se abren centros educativos, se fundan universidades y colegios mayores. Socios del Opus Dei inician en España la aventura política que culminará con el “gobierno homogéneo” y justificará el interés de escritores y periodistas por el tema del Opus.

Así termina la semblanza del hijo de arruinado comerciante de tejidos de Barbastro; del colegial que flojea en latín, aunque compensa luego con creces su deficiencia hablando a todas horas la lengua sagrada; del seminarista distanciado de sus compañeros; del fugaz cura rural; del sacerdote que debe ser trasladado a Madrid porque es santo; del “burro de Dios”; del ardoroso cura de la guerra civil española; del padre de los niños aunque no niñoides; del educador de superhombres; del reformador de apellidos y nombres de pila; del marqués de Peralta; del acaparador de títulos y distinciones; del despreciador, al mismo tiempo, de honores y dignidades; del conductor de multitudes; del constructor de Torreciudad...

Pero la semblanza termina en apoteosis y, para ello, tenernos que volver por un momento a la universidad del Opus en Pamplona, mientras se celebra la “Asamblea de Amigos”. Hay un momento, en el curso de aquellas jornadas, en que los hijos, devotos y seguidores de monseñor Escrivá se sitúan en la gran escalinata de mármol del edificio de la universidad y en el amplio vestíbulo que a su pie se abre. Monseñor está en el centro de la escalinata, rodeado de la multitud de cientos de personas que le aclama. Periodistas del Opus, por ejemplo, Pilar Salcedo, en “Telva”, cuentan la insólita escena. En un momento dado, se escuchan los compases de una canción cantada a coro por los presentes. Es la canción de monseñor:

Solamente una vez se ama en la vida...

Monseñor se enternece. Es su canción favorita y sus hijos, sabedores de esta preferencia significativa, gustan de regalarle los oídos con ella. Cantan y don Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás levanta los brazos y mirando a la multitud a la que ama como padre, como educador, como ¡caudillo!, se pone a dirigir el coro:

Solamente una vez se ama en la vida. Solamente una vez y nada más...

* * * * * * * * * *

EPILOGO PARA 1992

Monseñor Escrivá de Balaguer murió en Roma el 26 de junio de 1975. En las primeras horas de la mañana de ese mismo día había visitado la Villa delle Rose, el centro de la Sección Femenina de la Obra en Castelgandolfo y había sostenido una breve tertulia con las residentes. En el momento de la muerte, acaecida hacia las once y media de la mañana en Villa Tevere, la sede central del Opus Dei en Roma, estaba con el fundador el entonces secretario general don Javier Echevarría. La persona que había de suceder a Escrivá en la presidencia general de la Obra, don Alvaro del Portillo, dirigió el 29 de junio una carta a todos los socios para darles cuenta del fallecimiento del Padre y de las primeras exequias que se le tributaron en el oratorio de Santa María, en la misma casa generalicia del Opus Dei. A ella pertenecen los siguientes párrafos:

"(...) *Nos resistíamos a convencernos de que había fallecido. Para nosotros, ciertamente, se ha tratado de una muerte repentina; para el Padre, sin duda, ha sido algo que venía madurándose, me atrevo a decir, más en su alma que en su cuerpo, porque cada día era mayor la frecuencia del ofrecimiento de su vida por la Iglesia."*

"(...) *(En el oratorio de Santa María) extendimos sobre el suelo el paño negro que se suele utilizar para el túmulo en las misas de difuntos (...) Se compuso bien, con todo amor, el cuerpo de nuestro Padre. Poco después se le revistió, sobre la sotana negra, con el amito, el alba, la estola y la casulla roja. El alba era de batista de hilo, color marfil, con viso de seda roja bajo el encaje de Bruselas desde la cintura hasta los pies. Era el alba que el Padre usaba los días de fiesta."*

"(...) *El rostro del Padre parecía enormemente sereno: una serenidad que infundía una gran paz a cuantos lo miraban; ha sido el comentario unánime de todas las personas que se han arrodillado delante de los restos mortales de nuestro santo Fundador."*

En la carta aparece bien clara la voluntad de la Obra de promover la causa de canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer. En realidad, en lo

que a la Obra respecta, el proceso que había de elevarle a los altares comenzó mucho antes. Comenzó ya en vida del padre Escrivá, que gozó siempre entre los suyos de una nunca discutida fama de santidad. El había sido el "instrumento de Dios" para la creación del Opus Dei y también, como frecuentemente él mismo les decía a sus hijos, y ellos lo aceptaban sin el menor asomo de duda, "el conducto reglamentario para llegar a Dios". Los socios de la Obra, desde la época en que comenzó su apostolado, se hacen eco del alto concepto que, en lo sobrenatural, tiene Escrivá de sí mismo. Alto concepto que no le impide presentarse, a menudo teatralmente, como "un hombre lleno de defectos" y "un gran pecador". Lo cual no hace sino confirmar a sus "hijos" el grado heroico de sus virtudes.

Se dedican a Monseñor exequias propias de un gran hombre y un gran santo. En la capilla ardiente, su cuerpo aparece tendido en el centro del oratorio con la cabeza a los pies del altar, apoyada sobre un cojín de terciopelo rojo. Las manos, cruzadas sobre el pecho, sostienen el crucifijo que tuvo San Pío X a la hora de su muerte. En la primera misa "de corpore insepulto", don Alvaro del Portillo pronuncia unas palabras:

"Estamos seguros dice, de que Dios le ha premiado por su vida santa, vida de entrega y sacrificio y, sin embargo, yo os pido por el amor de Dios que hagáis todos los sufragios que podáis, aunque no los necesite; es una obligación de piedad filial que tenemos".

"En la tarde del 26, escribe uno de sus biógrafos, fueron llegando a Villa Tevere, cardenales, obispos, embajadores, personalidades civiles y eclesiásticas, gente modesta, obreros de la construcción, madres con chiquillos de la mano..., miembros, cooperadores y amigos del Opus Dei. Era un desfile incesante de personas, con el luto en el alma, para ver y rezar en la capilla ardiente." A la hora del entierro, el día 27, trajeron el féretro de caoba rojiza, recubierto de una chapa de cinc por dentro y forrado de seda. Se dijo la última misa de "corpore insepulto". En total, durante los días 26 y 27 se dijeron cincuenta y una misas. Después se efectuó el entierro, en procesión, desde el oratorio a la cripta y finalmente se cubrió la tumba con una gran losa de mármol verdinegro con la inscripcíón EL PADRE. Al día siguiente, los solemnes funerales celebrados en la basílica de San Eugenio in Valle Giulia dieron nueva ocasión al despliegue de todo el boato que el Opus Dei sabe poner en las ceremonias litúrgicas. Un boato que el fundador y la Obra hicieron siempre compatible con las constantes protestas de Escrivá de que "No me gustan las solemnidades".

En el presbiterio estaba don Alvaro del Portillo acompañado de cardenales, obispos, prelados y algunos directores de la Obra. En las primeras

filas, el hermano del Padre, Santiago, con su mujer, y las autoridades italianas y extranjeras presentes. No se menciona, en el protocolo de los funerales, a ningún miembro de la familia de la madre del fundador. Al parecer, el padre Escrivá no tenía buenas relaciones con los Albás y, desde que añadió a su primer apellido el gentilicio "de Balaguer", no había vuelto a utilizar prácticamente su segundo apellido.

Para volver a los solemnes funerales de San Eugenio in Valle Giulia, el templo estaba abarrotado de fieles, y ello a pesar de que una inoportuna huelga de distribuidores de periódicos había dificultado la difusión de la noticia del fallecimiento de Monseñor y del anuncio de las exequias. La misa fue cantada en latín, en un momento en que la Iglesia había introducido ya, después del Concilio Vaticano II, la renovación de la liturgia y recomendaba la sustitución del latín por las lenguas vernáculas. Pronunció la homilía el consiliario del Opus Dei para Italia y, al terminar la misa, los responsos y los pésames, don Alvaro del Portillo insistió en su convicción de la santidad del difunto al pedir al público y a las autoridades asistentes "la limosna de su oración, aun estando seguro de que nuestro Fundador ha ido directamente al Paraíso llevado por el Señor y por la Virgen".

Siguiendo las normas vigentes que requieren que no se pueda introducir una Causa de Beatificación hasta pasados cinco años desde la muerte del Siervo de Dios se esperé hasta febrero de 1981 para iniciar la correspondiente al fundador del Opus Dei. En el tiempo transcurrido entre el fallecimiento de Escrivá de Balaguer y la introducción de la Causa, el Opus Dei tuvo ocasión de demostrar su enorme capacidad de movilización. Más de seis mil, cartas postulatorias fueron enviadas a la Santa Sede por personas de más de cien países, manifestando el interés con que esperaban la incoación del proceso. Numerosos cardenales, arzobispos, obispos, superiores de órdenes religiosas, jefes de Estado y de gobierno, personalidades del mundo de la cultura y de la ciencia, así como numerosísimos fieles se dirigieron al Santo Padre para manifestarle su vivo deseo de ver, en un futuro próximo, al Siervo de Dios elevado a los altares. La Postulación recogió en dos volúmenes de más de ochocientas páginas un gran número de testimonios que probaban que monseñor Escrivá de Balaguer había gozado en vida de una solidísima fama de santidad. Le llegaron asimismo diez mil narraciones de "favores" atribuidos a la intercesión del fundador. Solamente con las que llegaron en los tres años siguientes a su muerte se pudo compilar un volumen de casi setecientas páginas. Transcribo a continuación algunos de estos favores con que el futuro Beato atendió las preces de personas residentes en más de cuarenta países del mundo:

"Prometí a Monseñor Josemaría que si se cumplían tres peticiones que eran muy difíciles de cumplir, les escribiría para que tuvieran un testimonio más. Durante siete meses, sin dejar una noche, recé la Oración para la devoción privada con mucha fe; todo se cumplió, y por eso les escribo y adjunto les Mando cinco mil pesetas para ayuda de sus obras." E.C.S. Madrid.

"Una amiga mía con devoción a Monseñor Escrivá tenía una empleada del hogar cuya madre estaba muy enferma y casi no veía. La señora le dio a la empleada una estampa de Monseñor. Ya en su casa, la empleada dejó que su madre se durmiese y, sin que nadie la viera, pasó la estampa por los ojos de la madre. Cuando la madre se despertó, dio un grito porque veía. Las dos están muy agradecidas a Monseñor Escrivá y muy impresionadas." M.C. Lisboa.

"Desde hace un año, he estado en tratamiento para recuperación del alcoholismo. Estaba al borde de la desesperación cuando un sábado por la tarde fui a mi parroquia y allí cogí una estampa con una pequeña oración a Josemaría. Así comencé, a través de esta oración a recibir muchos favores. El me ayudó a dejar de beber. Me ayudó a unirme a mi familia. En Octubre tuve una hemiplejia y con ayuda de Josemaría me estoy recobrando. Mi hijo estaba buscando trabajo y no encontraba un puesto donde trabajar; invoqué a Josemaría de nuevo y mi hijo consiguió trabajo." X.X. (Canadá).

"Recientemente, se me planteó el problema de buscar un piso porque me echaban del que tenía ya que iban a derribar la casa. Hice la Novena del Padre y me salió todo que ha sido una gran suerte." M.M. Madrid.

"Tengo dos hermanas casadas que han llevado una vida desordenada durante años, debido a malentendidos con sus maridos. Se vinieron a vivir a casa, donde estuvieron durante unos meses. A veces abandonaban a sus hijos pequeños y se marchaban sin que nadie pudiera cuidarlos. Para empeorar las cosas no iban a la iglesia durante estos años infernales. Para que se unieran de nuevo, mis padres no tenían otro camino que rezar a través de Monseñor Escrivá. No pasó mucho tiempo hasta que todos volvieron a vivir juntos, recibieron el sacramento del matrimonio y bautizaron a los niños. Ahora son todos buenos cristianos que no dejan de ir a misa los domingos." M.M., Bungoma, (Kenia).

Cuando llegó la noticia de la beatificación de Josemaría Escrivá, el Cardenal Tarancón mostró su sorpresa por las prisas con las que se habla sustanciado esta causa en contraste con la lentitud que lleva la del Papa Juan

XXIII. Responsables del Opus Dei se apresuraron a contestar que la rapidez con que se ha concluido la causa del Beato Escrivá se debe a que la Iglesia ha agilizado los procedimientos de tramitación. Siguiendo las recomendaciones del Concilio Vaticano II, Pablo VI en 1969 y Juan Pablo II en 1983 dictaron normas que venían a racionalizar y abreviar, aunque no a hacer menos rigurosos, los procedimientos para la tramitación de las Causas de los Santos. Según el sacerdote del Opus Dei don Jesús Urteaga, en su prólogo al opúsculo "Josemaría Escrivá de Balaguer. Itinerario de la Causa de Canonización, la reforma de la legislación anterior se ha llevado a cabo "precisamente para que quienes vivieron santamente en cada época puedan subir pronto a los altares y ser presentados a sus contemporáneos como modelos de vida cristiana".

Esta reforma ha significado la abolición del proceso sobre la fama de santidad y sobre las virtudes que la anterior legislación exigía como paso previo a la introducción de la causa y su sustitución por una serie de investigaciones mucho más ágiles y que permiten una mayor rapidez. Se han reducido los trámites a la mitad; un solo proceso, en lugar de dos y la demostración de un solo milagro en lugar de los dos que antes se requerían para la beatificación.

En mayo de 1981 se instruyeron dos procesos, uno en Roma y otro en Madrid, sobre la vida y virtudes de Josemaría Escrivá. Según la citada publicación del Opus Dei, los procesos se prolongaron durante seis años y medio, los tribunales celebraron novecientas ochenta sesiones, interviniendo noventa y dos testigos que habían tratado personalmente y durante un tiempo prolongado a Monseñor Escrivá. La Obra asegura que más del cincuenta por ciento de los testigos no pertenecían a la institución y que había entre ellos algunos ex-miembros, así como algunas personas "manifiestamente contrarias a la Causa". También se incluyeron en la documentación, en frase de los redactores del Itinerario, "las publicaciones difamatorias contra Monseñor aparecidas hasta entonces".

Es muy significativo y muy propio de la manera de actuar del Opus Dei que se califique de "difamatorias" a las publicaciones que dieran del Padre Escrivá una visión distinta de la que da de él el mismo Opus Dei. Es una forma de descalificarlas a los ojos de los Consultores Teólogos que debían entender de la Causa. Es cierto por otra parte que declararon ante el tribunal de Madrid algunas personas a las que puede suponerse "manifiestamente contrarias a la Causa" y todas ellas eran ex-miembros del Opus Dei. El relator de la Causa, el padre dominico Ambrose Eszer, encargado de re-

dactar la “Positio” que se sometió al juicio de los Consultores, leyó las declaraciones de estos testigos, pero no debió de concederles demasiada importancia. Así consta por una conversación que transcribe el periodista Kenneth L. Woodward, responsable de las páginas de temas religiosos del semanario Newsweek y autor del libro “La Fabricación de los Santos” en el que se dedica un capítulo a la Causa de la beatificación de Escrivá. En este libro, Woodward cuenta que cuando él le preguntó al relator si el Opus Dei y su fundador no tuvieron adversarios, el padre Eszer le dijo:

–Las únicas críticas al Opus Dei que he leído venían de antiguos miembros, de gente que lo dejó.

A esto apostilla Woodward:

–Con esto daba a entender que esas personas no le parecían testigos dignos de crédito.

Preguntó entonces a Eszer si alguno de los jueces dio un voto negativo y el relator dijo: *–Eso no se lo puedo decir*.

De lo único que no se puede acusar a la Obra es de no haber trabajado en la Causa de Beatificación de su fundador. Una veintena de miembros del Opus se encargaron de preparar la documentación de la Causa, que tenía en total unos veinte mil folios. El relator, el padre Eszer, se ocupó de convertir esta montaña de alabanzas a Monseñor Escrivá que la Obra había recogido una a una en todo el mundo, en una “positio” de seis mil folios. Pero no lo hizo él personalmente, no podía hacerlo una sola persona y, según le dijo a Woodward, la “positio” la escribió el postulador general del Opus Dei, don Flavio Capucci, que tenía a cuatro profesores universitarios, miembros del Opus Dei, trabajando para él. El padre Eszer ni escribió ni siquiera revisó, por lo que él mismo dijo, la “positio”. Se limitó a eliminar los testimonios redundantes porque, afirmó, “no podernos darles a leer a los asesores teólogos toda una biblioteca”.

En estos seis mil folios de panegíricos se encontraban los de innumerables cardenales y obispos (un tercio del episcopado mundial según el postulador Capucci) y los de algunos políticos conocidos de Francia, de Italia y de Iberoamérica, así como los de una multitud de miembros, simpatizantes y amigos del Opus Dei. Los testimonios de los ex-Socios de la Obra y de las personas “manifiestamente contrarias a la Causa” o las “publicaciones difamatorias”, si es que fueron incorporadas a la “positio”, debieron de quedar sumergidos en el conjunto de declaraciones favorables.

En el “Itinerario de la Causa” preparado por el Opus Dei se dice que “algunos de los testigos contrarios citados por la Postulación fueron rechazados por el Tribunal tras examinar la consistencia testifical de cada uno de ellos (intimidad y duración de su trato con el Siervo de Dios, importancia de los hechos presenciados, credibilidad del testigo)”. Es lógico pensar que esa “consistencia testifical” dependió sobre todo de la forma en que la Postulación General del Opus Dei presentó a esos testigos. Y muchas de las personas que pretendieron testificar, o lo hubieran hecho de haberles sido posible, ni siquiera llegaron a la situación de ser admitidos o rechazados por el Tribunal. Varios ex-miembros de la Obra que solicitaron declarar no obtuvieron respuesta, a pesar de que alguno de ellos lo hizo a través de un notario eclesiástico.

El 9 de abril de 1990 el Papa Juan Pablo II promulgó el “Decreto sobre la heroicidad de las virtudes” del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer en el que se subrayan la prodigiosa fecundidad de su apostolado, su contribución a la promoción del laicado y su celo en la formación de los sacerdotes, comparándose sus escritos a los de los clásicos de la espiritualidad. El Decreto insiste mucho en la obra de Monseñor, en su mensaje de santificación “en” y “desde” las realidades terrenas que invita a los cristianos a participar, mediante el trabajo diario, en la acción apostólica de la Iglesia, permaneciendo cada uno en su lugar y en su propia condición de vida. Un mensaje, dice el Decreto, “que se muestra providencialmente actual para la situación espiritual de nuestra época” y “parece además destinado a perdurar de modo inalterable, por encima de la vicisitudes históricas, como fuente inagotable de luz espiritual”. Menos atención dedica el documento a la personalidad de Escrivá de Balaguer. Destaca, eso sí, la fama de santidad de que gozó su vida, su dedicación a la oración, sus experiencias de “contemplativo itinerante” y en general, el ejercicio en grado heroico de las virtudes teologales y cardinales.

Pero el Decreto no nos permite conocer el lado humano de la personalidad del Siervo de Dios.

Da la impresión de que el documento viene a premiar las ideas, las enseñanzas, la obra de Monseñor y, sobre todo, la importancia que esa obra, el Opus Dei, tiene en el seno de la Iglesia; pero se fija menos en los rasgos personales que tan preminente y significativo lugar han ocupado siempre en los relatos de las Vidas de Santos.

Según la praxis vigente, la Congregación para las Causas de los Santos no examina el milagro necesario para la beatificación hasta después de que se promulgue el Decreto sobre las Virtudes. Así se ha hecho en esta ocasión.

El proceso canónico sobre el milagro fue instruido en 1982 por el entonces arzobispo de Madrid Monseñor Enrique y Tarancón, que había presidido también el Tribunal que tomó declaración a los testigos españoles en el proceso sobre las virtudes. A fines de 1984, la Congregación dictó el decreto de validez de ese proceso del milagro, pero la documentación se guardó hasta tanto fuera promulgado el decreto sobre las virtudes. La Postulación del Opus Dei había recogido en dos volúmenes que totalizaban mil doscientas páginas veinte curaciones atribuidas a la intercesión del Siervo de Dios que diversos estudios médicos habían declarado "científicamente inexplicables". Alguna de estas supuestamente milagrosas curaciones será presentada en su día a la consideración de la Sagrada Congregación para que de validez al segundo milagro que Monseñor Escrivá necesita para pasar de Beato a Santo. Pero, en lo que se refiere al primer milagro, al necesario para la Beatificación, la Postulación eligió otro caso de curación. El de una religiosa del convento de El Escorial de la Congregación de las Carmelitas de la Caridad Vedruna, así llamada por el apellido de Santa Joaquina de Vedruna que la fundó en el siglo pasado.

Sor Concepción Boullón Rubio, la religiosa en cuestión, padecía una "lipocalcinogranulomatosis tumoral" complicada con otras dolencias de la que, según se dice, sanó repentinamente en junio de 1976, cuando se encontraba en trance de muerte. La curación se produjo un año después del fallecimiento del fundador del Opus Dei a cuya intercesión habían acudido los familiares de la enferma. La Postulación señala en su "Itinerario" de esta Causa que "Sor Concepción no rezó nunca por su curación. Este detalle excluye una posible influencia psicológica inconsciente en su curación". Y añade: "Fueron las hermanas de Sor Concepción quienes rezaron por ella, a través de la intercesión de Monseñor Escrivá de Balaguer", recurso éste "que se hizo cada vez más insistente a medida que las condiciones de la enferma iban a peor".

El médico de cabecera y el radiólogo que entonces visitaron a Sor Concepción certificaron que se había curado no sólo de los tumores, sino también de una úlcera gástrica y de otras dolencias que padecía. Aunque se sorprendieron de que este resultado hubiera podido obtenerse sin tratamiento especial ni intervención quirúrgica, nadie, ni los médicos ni las monjas del convento pensaron en que la curación pudiera atribuirse a alguna razón de carácter sobrenatural. Lo atestigua el hecho de que la superiora del convento, Sor Leandra Herranz, en su declaración ante el Tribunal, tuvo que

fijar la fecha de la curación dc Sor Concepción recordando un pequeño incidente que le había sucedido a otra de las monjas. “Puedo todavía, dijo Sor Leandra, concretar un hecho para precisar la fecha de la curación:

El 21 de junio de 1976, por un golpe que había recibido la hermana Pilar Prieto, tuvo que ir al médico a hacerse una radiografía. Yo dije que la acompañara Sor Concepción. Esto indica que para esa fecha ya se encontraba curada”.

No debió de ser muy grande, por tanto, la conmoción que se produjo en el convento como consecuencia de la curación. Y hay otro dato que debo mencionar. Una vez que los periódicos hubieron publicado, a mediados de 1991, la decisión del Vaticano de dar por válido el milagro atribuido a la intercesión de Monseñor Escrivá, tuve ocasión de hablar con la persona que, en 1976, era Superiora General de las Carmelitas de la Caridad Vedruna. “Yo no me enteré de nada”, me dijo Sor Catalina Serna. Y añadió: “Cuando leí la noticia en el periódico pensé que la persona que se había curado había sido alguna Carmelita de clausura, y no una Hermana de nuestra Congregación”.

Una vez que, en abril de 1990, se promulgó el Decreto sobre las virtudes del Siervo de Dios, la Postulación presentó a la Congregación para las Causas de los Santos el proceso de la curación, presuntamente extraordinaria, de Sor Concepción Boullón. La Consulta Médica formada por eminentes especialistas italianos con gran experiencia en las Causas, declaró el 30 de junio del mismo año que la curación de la religiosa no era explicable por causas naturales, así como que su muerte ocurrida en 1988 a los 82 años de edad, se había debido a causas que no guardaban relación alguna con la enfermedad de que sanó repentinamente en 1976. El Congreso Peculiar de los Consultores Teólogos discutió la curación y dio una respuesta positiva, pasando de forma igualmente positiva el examen de la Congregación Ordinaria de Cardenales y Obispos. Finalmente, el 6 de julio de 1991, el Papa Juan Pablo II ordenó la promulgación del Decreto por el que la curación de Sor Concepción Boullón se declaraba milagrosa. Cumplidos todos los requisitos que señala la legislación, el Santo Padre anunció la Beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

Su apresurada y polémica ascensión a los altares pone fin a esta singular historia.

* * * * * * * * * *

BIBLIOGRAFÍA

Obras de don Josemaría Escrivá de Balaguer

Consideraciones Espirituales. Cuenca, 1934.

Camino. Valencia 1939. Numerosas ediciones posteriores en 37 lenguas diferentes. La Abadesa de ¡a Huelgas (Tesis doctoral). Madrid, 1944.

Santo Rosario. Madrid, 1945.

Es Cristo que pasa, Homilías. Madrid, 1973.

Amigos de Dios, Homilías. Madrid, 1977.

Vía Crucis, Meditaciones. Madrid, 1981.

Surco. Madrid, 1986.

Forja. Madrid, 1987.

Amar a la Iglesia, Homilías. Madrid, 1988.

Se menciona entre sus obras una colección de entrevistas contestadas por escrito por Monseñor Escrivá de Balaguer que lleva por título:

Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Madrid, 1968.

Biografías del fundador del Opus Dei

Salvador Bernal: Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei. Madrid, 1976.

François Gondrand: Au Pas de Dieu. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fondateur de l'Opus Dei. París, 1982, Traducción española, Madrid, 1984.

Andrés Vázquez de Prada: El Fundador del Opus Dei. Madrid, 1987.

Peter Berglar: Opus Dei. Leben un Werk des Gründers Josemaría Escrivá. Salzburg, 1983. Traducción española, Madrid, 1987.

Obras generales sobre el Opus Dei

Daniel Artigues: L'Opus Dei en Espagne. París, 1968.

Yvon Le Vaillant: Sainte Maffia. París, 1971.

Dominic Le Tourneau: L'Opus Dei (Que sais-je?). París, 1984.

Amadeo de Fuenmayor, Valentín Gómez-Iglesias y José Luis Illanes:

El itinerario jurídico del Opus Dei (Historia y Defensa de un carisma). Pamplona, 1989.

Luis Ignacio Seco: La herencia espiritual de Mons. Escrivá de Balaguer. Madrid, 1986.

Jesús Infante: La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de La Santa Mafia. París, 1970.

Michael Walsh: El mundo secreto del Opus Dei. Barcelona, 1990.

Alberto Moncada: El Opus Dei, una interpretación. Madrid, 1974.

Alberto Moncada: Historia oral del Opus Dei. Barcelona, 1987.

María Angustias Moreno: El Opus Dei. Anexo a una Historia. Barcelona, 1976.

María Angustias Moreno: La otra cara del Opus Dei. Barcelona, 1978.

Woodward, Kenneth, L.: La fabricación de los Santos (Making Saints).

Edición española. Barcelona, 1991. (Dedica un capítulo a la Beatificación de Monseñor Escrivá de Balaguer).

F I N DEL LIBRO

"Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei"

Autor: LUIS CARANDELL